LUCRECIO

LA NATURALEZA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO SOCAS



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI
EX LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 316

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Francisco Pejenaute Rubio.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2003.
www.editorialgredos.com

Este trabajo se incluye en el Proyecto de Investigación «Liber» (BFF2000-0366) de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Depósito Legal: M. 42992-2003.
ISBN 84-249-2683-8.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2003.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

1. *El tiempo de Lucrecio*

Nacido en el primer decenio del s. I a. C. y muerto hacia mediados de la centuria[1], el poeta Tito Lucrecio Caro vive en unos tiempos de violenta inestabilidad y fuertes disensiones civiles[2] que habrían de cambiar la faz de Roma y el Mediterráneo. Nos han llegado pocos datos e inseguros sobre su vida, que parece llevada según aquella regla de su

[1] Sólo un escritor tan tardío como San Jerónimo da la fecha de nacimiento (94 a. C.); establece además que el poeta murió a la edad de 44 años *(Chron. ad annum 1223 = 94 a. Chr.*, ed. R. HELM, *Eusebius Werke VII. Die Chronik des Hieronymus*, Berlín, 1956, pág. 149; aunque en el códice de esta crónica conocido como *Amandinus*, la fecha de nacimiento se adelanta al 96 a. C.). De otra parte, el gramático ELIO DONATO, asegura que, el mismo día (15 de octubre del 55 a. C.) en que Virgilio, a los diecisiete años, tomaba la toga viril, falleció Lucrecio *(Vita Verg.*, 6).

[2] La guerra entre Mario y Sila con sus implacables matanzas y proscripciones debieron causar en Lucrecio una honda impresión y tal vez por eso habla con horror de los que amasan riquezas con sangre de ciudadanos: *sanguine ciuili rem conflant divitiasque / conduplicant* (III 70-71).

maestro Epicuro (Samos 341-Atenas 270 a. C.) que aconsejaba vivir a escondidas[3].

Desconocemos el lugar de su nacimiento[4]. Algunos lo han querido situar en la Campania, territorio por donde deambulan simpatizantes del epicureísmo[5], otros en la Galia Cisalpina, patria de Catulo y Virgilio[6], pero lo único probable es que residiera largos años en Roma según dejan ver muchos detalles de su poema[7]: los entrenamientos militares en el Campo de Marte, las procesiones orgiásticas de Cibeles, los espectáculos teatrales y escenografías palaciegas[8].

Sobre la clase social a la que perteneció sólo es posible hacer conjeturas. Hay quien ha defendido que era de familia noble, pues los *Lucretii* aparecen en los Fastos como detentadores de magistraturas[9]. Pero, aunque la *gens Lucretia* era

---

[3] Frag. 551 Usener. Hay una reformulación de Horacio: «No se da mala vida quien de nacimiento a muerte pasa desapercibido» *(nec vixit male qui natus moriensque fefellit* [*Epist.* I 17, 10]); y otra de Ovidio: «Quien bien se esconde, bien se da» *(bene qui latuit, bene vixit* [*Trist.* III 4, 25]).

[4] W. J. Watts, «The birthplace of latin writers», *Greece & Rome* 18 (1971), pág. 95.

[5] Puso a Lucrecio en Campania y lo relacionó con Filodemo F. della Valle, *Tito Lucrezio Caro e l'epicureismo campano,* Nápoles, 1935; rebate en parte sus tesis A. Traglia, *Sulla formazione sprirituale di Lucrezio,* Roma 1948, págs. 11-12.

[6] En un análisis poco conclusivo, basado sobre indicios lingüísticos, afirma tal cosa L. A. Holland, *Lucretius and the Transpadanes,* Princeton, 1976.

[7] Véase E. Paratore, «La problematica sull'epicureismo a Roma», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I 4 (1973), 116-204.

[8] Los grandes toldos de colores (mencionados en IV 75) se habían estrenado por vez primera en los *ludi Apollinares* del 60 a. C. para dar sombra a teatros hasta entonces descubiertos (según A. Rostagni, *Letteratura Latina,* Turín, 1964, vol. I, pág. 542).

[9] Las órdenes suaves pero firmes que imparte al lector para que aprenda, la elegante maestría del estilo, el trato de igual a igual que tiene con Memio refuerzan la idea de que fue noble. Eso creyeron C. Martha

ilustre y antigua, tenía también ramas plebeyas. Otros reparan en cambio en su *cognomen* Caro *(Carus)*, que, acaso de estirpe celta, era frecuente en esclavos, y suponen por ahí que fue un liberto[10]. Un apoyo para encuadrarlo en la clase de los clientes modestos parece prestarlo la dedicatoria del poema a un rico y poderoso Memio (I 26). Pero el tono que usa Lucrecio en sus palabras es más bien de amistad juvenil, e incluso parece hablar con cierta autoridad de preceptor y ofrecer a su discípulo algo más valioso que lo que podría obtener de él[11].

Es del todo inseguro que hiciera un viaje de formación por tierras helénicas, a pesar de que «su *cognomen,* Caro, reaparece en medio de un grupo de epicúreos asentados en la isla de Rodas, de los que hace mención una carta anónima adjuntada por vía epigráfica entre los textos fragmentarios de Diógenes de Enoanda»[12]. Este Diógenes fue un apóstol tan entusiasta del epicureísmo que grabó en un muro de su ciudad, en tierras de Anatolia, pasajes de tratados, cartas y aforismos de la *secta,* que se han ido rescatando desde el año 1884[13].

---

y J. Bayet; *vid.* F. L. Lisi, «Lucrecio», en C. Codoñer (ed.), *Historia de la Literatura Latina,* Madrid, 1997, pág. 91.

[10] J. Mewaldt, *s.v.* 'T. Lucretius Carus' en *Real-Encyclopädie der Altertumwissenschaft,* XIII, 2, 1927, cols. 1659-1683. La tesis es muy insegura; véase B. K. Gold, *Literary Patronage in Greece and Rome,* Chapel Hill, Londres, 1987, pág. 51, n. 49.

[11] Lucrecio apenas dice nada de Memio en la docena de pasajes donde lo nombra. La expresión más llamativa es la de I 141-142: *sed tua me virtus tamen et sperata voluptas / suavis amicitiae,* que, como señala B. K. Gold *(Literary Patronage* ... pág. 53), no sabemos si se refiere a una relación política o social formalizada, o si hay que entender todo dentro de la camaradería epicúrea.

[12] A. Rostagni, *Letteratura...,* vol. I, pág. 507.

[13] Según E. Évrard, «Diogène d'Oenoanda et Lucrèce», en R. Poignault (ed.), *Présence de Lucrèce: actes du colloque tenu à Tours (3-5*

Que en unos versos del poema Lucrecio aparezca como quien está familiarizado con peleas matrimoniales y prácticas favorables a la fecundidad de «nuestras esposas», como dice literalmente (IV 1277), no es ninguna prueba de que estuviera casado.

Y al referirnos a su muerte topamos con una historia que rueda por los siglos como leyenda infamante desde que San Jerónimo, en escueta nota, afirmara que el poeta se había intoxicado con un filtro amoroso y había enloquecido, si bien pudo escribir su poema (que luego corregiría Cicerón) en intervalos de lucidez antes de acabar suicidándose[14]. Todo esto acaso no sea más que una fábula tipificadora como tantas que se han adherido a las biografías de los antiguos filósofos (las vidas de Sócrates o Diógenes el Cínico están hechas de ellas y casi de nada más), o el resultado de una serie de vagas alusiones que cuajan en un persistente malentendido[15]. El caso es que el cuento prende y forma parte ya de la memoria de los siglos. Sobrevuela o impregna cualquier juicio que se haga sobre el poeta. Los editores renacentistas, que con una suerte de horror al vacío aprovechan

---

déc. 1998), Tours, 1999, págs. 53-54, es aventurado asegurar que el *Káros* de la inscripción (51 II 8 CHILTON) sea Lucrecio. La inscripción es más de dos siglos posterior al poeta; véase C. W. CHILTON, *Diogenes of Oenoanda. The Fragments*, Londres, Nueva York, Toronto, 1971, pág. 106.

[14] *T. Lucretius poeta nascitur. qui postea amatorio poculo in furorem versus cum aliquot libros per intervalla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendavit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIIII (Chron. ad annum 1223 = 94 a. Chr.*, ed. HELM, pág. 149).

[15] Pasajes del propio LUCRECIO como III 828 *(adde furorem animi proprium atque obliuia rerum)* y la descripción de la locura amorosa en el final del libro IV, expresiones ambiguas del poeta ESTACIO *(docti furor arduus Lucretii*, en *Silvas* II 7, 75-6) y del apologista cristiano LACTANCIO *(delirat Lucretius*, en *De opif. Dei* VI 1), la conexión entre afrodisíacos y demencia que establece OVIDIO *(Arte de amar* II 106).

todo para confeccionar sus «Vidas» de Lucrecio, lo recogen y amplifican[16]. Los estudiosos modernos oscilan entre una aceptación llena de suspicacia[17] y el rechazo o menosprecio más decidido de la noticia[18]. Unos la consideran perjudicial pero operante[19], otros la despejan como niebla que impide ver al verdadero poeta[20], alguno[21] ni siquiera la toma en cuenta (pues la calumnia, ya se sabe, medra con su refutación). Hay en toda la historieta, es evidente, una intención de desacreditar a Lucrecio. La pretendida locura anularía cada verso del poema (pues el autor no sabe lo que dice), mientras que el acto final, el suicidio, refuta por vía práctica

---

[16] Una «Vida», contrahecha por Girolamo Borgia en 1502 sobre fuentes de diverso valor, suministra tres datos nuevos sobre la locura y la muerte: Lucrecio recibe el filtro de una mala mujer (el lector piensa inmediatamente que sea una hechicera o la amante del poeta), se suicida ahorcándose o echándose sobre una espada, nació de madre largo tiempo estéril. Véase un análisis crítico de la *Vita Borgiana* en G. SOLARO, *Lucrezio. Biografie umanistiche,* Bari, 2000, págs. 5-10.

[17] A. K. MICHELS, «Death and two poets», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 86 (1955), pág. 171, da crédito a la historia del suicidio. Lucrecio, al perder la exaltación vital y poética, habría decidido regresar, por el atajo de una muerte voluntaria, al mundo eterno.

[18] Véase el análisis demoledor de K. ZIEGLER, «Der Tod des Lucretius», *Hermes* 71 (1936), 421-440.

[19] «La fascinación de la locura habría podido impedir la lectura total y comprensiva, pero pronto se ve que la nota —o todos los pensamientos equivalentes sobre melancolía, pesimismo, etc.— ha servido para rechazar un texto inaceptable» (traduzco de M. BOLLACK, *La raison de Lucrèce,* París, 1978, pág. 80).

[20] Para P. H. SCHRIJVERS la idea de la personalidad de Lucrecio como angustiada y en desequilibrio ha continuado, por decirlo al modo del poeta, «mostrándose en lo alto de las regiones celestes y amenazando a los filólogos con su aspecto horrible» (*Horror ac divina voluptas. Études sur la poétique et la poèsie de Lucrèce,* Amsterdam, 1970, pág. 6).

[21] Como A. GARCÍA CALVO en el prefacio de su edición (Zamora, 2000).

el mensaje de una doctrina que se proclama gozosa pero que no sabe mantener al que la enseña en la felicidad mínima de seguir vivo[22].

2. *Título, fecha y dedicatoria*

De rerum natura ('Sobre la naturaleza') es sin duda un calco del título griego *Perì phýseōs*. Ya ahí se le planteó a Lucrecio un problema de adaptación por culpa de la exigüidad del vocabulario filosófico latino, que él llama «pobreza de la lengua» (I 832). Y no hay equivalencia exacta: mientras el término griego *phýsis* habla de 'producción' o 'brote', el latino suena más de la cuenta a 'nacimiento'[23].

Sólo podemos dar una fecha aproximada de la publicación del poema. La única noticia datable que contiene es muy imprecisa: dice el poeta que tanto a él como a su lector y destinatario Memio les es difícil trabajar y concentrarse en tiempos de zozobra para la patria (I 41). Se detecta en la expresión una indudable ansiedad que puede corresponder a muchos momentos de la agitada vida de Roma[24]. Pero te-

---

[22] Los epicúreos defienden la eutanasia como escapatoria de la necesidad («La necesidad es un mal, pero ninguna necesidad hay de vivir en la necesidad», *Sent. Vat.* 9), pero no enaltecen al suicida («Insignificante, de todas todas, es aquél que tiene muchos motivos razonables para abandonar la vida», *ibid.* 38).

[23] Así en I 21 y V 331. I. Fisher, «Le sens du titre *De Rerum Natura»*, en *Mélanges linguistiques*, Bucarest, 1957, págs. 17-21, defiende un distanciamiento lucreciano de la equivalencia exacta entre el término latino y el griego. A. Pellicer, *Nature: Étude sémantique et histoire du mot latin*, París,1966, págs. 42-45, señala que el valor de *natura* por 'nacimiento' es raro en latín arcaico. Pero en algún modo coexisten los dos sentidos, sobre todo en el prefacio de la obra (véase D. Clay, *Lucretius and Epicurus*, Ithaca, Londres, 1983, pág. 339, n. 12).

[24] E. Paratore, *art. cit.*, págs. 181-184, recoge un catálogo de fechas propuestas.

nemos de otra parte una referencia contenida en una carta de Cicerón a su hermano Quinto (II 9, 3) fechada en febrero del 54. La nota es preciosa y no podemos pasar sin ocuparnos de sus detalles. Cicerón habla del poema lucreciano dando a entender que tanto él como Quinto lo han leído: «Los poemas de Lucrecio, tal como escribes, así son: con muchos deslumbres de talento y sin embargo de mucho artificio. Pero ya veremos cuando vengas ...»[25]. La mayoría de los estudiosos se inclina a pensar que cuando la carta se expide no sólo la ejecución de la obra había concluido, sino que además el poeta había muerto[26].

El poema, ya lo hemos señalado, tiene un destinatario al que se interpela en varios pasajes como Memio o Memíada, esto es, alguien perteneciente a la familia nobilísima de los *Memmii* que, según la *Eneida*[27], remontaba su origen al héroe troyano Menesteo. El aludido suele identificarse con Gayo Memio, un inquieto y ambicioso aristócrata casado con Fausta, hija del dictador Sila. Su biografía está más llena de noticias que la de Lucrecio. Memio había combatido a las órdenes de Pompeyo en Hispania (77 a. C.). Como tribuno en el año 66, logró el aplazamiento del desfile triunfal de L. Luculo y, como pretor en el 58, se enfrentó a propuestas legales de César y tuvo mando sobre tropas[28]. Ejerció como goberna-

[25] *Lucreti poemata, ut scribis, ita sunt: multis luminibus ingeni, multae tamen artis; sed cum ueneris.*

[26] Después de escribir esto, el profesor Juan Gil ha tenido la amabilidad de darme a conocer un trabajo inédito («Lucrecio y los leones», de próxima aparición en la revista *Habis)* que pone en entredicho esta cronología. El artículo relaciona un texto de Plutarco *(Vida de Bruto* 8, 6-7), que da cuenta del empleo bélico de unos leones por parte de los habitantes de la ciudad griega de Mégara el año 48 a. C., con un problemático (hasta ahora) pasaje de Lucrecio sobre el uso militar de animales (V 1308 ss.).

[27] «Menesteo, nombre del que procwede el linaje de Memio» *(Mnestheus, genus a quo nomine Memmi* [(V 117]).

[28] De ahí acaso la expresión *tuas legiones* (II 40).

dor de Bitinia en Asia Menor el año 57. En su viaje a la provincia llevó con él a los poetas Helvio Cinna y Catulo[29] (que, con camaradería tabernaria, lo moteja de cicatero con los amigos y perdulario)[30]. Es casi seguro que los patrocinaba[31]. Por culpa de ciertas ilegalidades confesadas no logró el consulado del año 54 para el que gozaba del apoyo de Julio César. Dos años más tarde, acusado *de ambitu* (irregularidades electorales), marcha desterrado a Atenas. Allí lo vemos metido en un asunto que lo pone en relación, aunque sea de modo externo y material, con la *secta* de los epicúreos. En efecto, Cicerón le aconseja por carta[32], obrando según dice a instancias de su amigo el epicúreo Ático[33], renunciar al derecho, validado por el Areópago, de construir sobre el solar y las ruinas de la casa y el jardín de Epicuro situados en los suburbios de Atenas. Aparte de este lance, poco parece que debió de interesarse el ambicioso Memio en una doctrina como la epicúrea, que predicaba la renuncia de las glorias políticas y militares[34]. Pero, eso sí, tuvo barruntos de orador y poeta, y fue sin duda hombre de buen gusto y aficionado a las letras. Ovidio[35] nos informa de que escribió poesía amatoria con desparpajo. Memio, pues, habría estado más interesado en la literatura como ornato que en la

---

[29] D. E. W. WORMELL, «Lucretius: the personality of the poet», *Greece & Rome* 7 (1960), pág. 59, se pregunta si no acompañó también Lucrecio a todos ellos y vio en Asia las corrientes del Ponto descritas en V 507.

[30] X y XXVIII.

[31] Véase TH. J. CADOUX, «Memmius», *The Oxford Class. Dict.*, 1970², pág. 618; y E. PARATORE, *art. cit.*, págs. 167-170.

[32] *A los famil.*, XIII 1.

[33] A. GERLO, «Pseudo-Lucretius», *L'Antiquité Class.* 25 (1956), págs. 41-72, propuso que 'Lucrecio' no fuera más que un pseudónimo de Ático, que al final vino a suicidarse por el sistema de ayunar.

[34] EPICURO, *Sent. Vat.* 58.

[35] *Trist.* II 433.

filosofía como forma de vida. Su muerte ocurre probablemente antes del 46. Lucrecio no alaba ni directa ni indirectamente (como imponen los usos) a su dedicatario. Acaso Memio no merecía alabanzas y Lucrecio lo escogió como interlocutor precisamente por eso, por sustentar como ninguno una mentalidad que obstaculiza y desafía al maestro y consejero[36]. Y como paradigma de una clase dirigente tan descarriada como refractaria a cualquier remedio moral, Memio metía de rondón el poema en su desapacible contexto histórico[37]. Es un cuadro social de guerras civiles, aspiraciones encontradas, acumulación de riquezas, luchas de clase, corrupción sin freno[38]. Las ideas de decadencia lleva en último término a la sensación de acabamiento y derrumbe del mundo[39]. El poema es espejo de la penuria moral de su época, a la que diagnostica, juzga y a su modo propone remedio. Es como si en un trasfondo de violencia y locura valiera la excepción que puso Epicuro a su consejo de abstenerse de intervenir en los negocios públicos[40].

3. *Enseñanza a través de la poesía*

Una larga tradición de poesía didáctica prepara y dispone la obra de Lucrecio. Estaban los ejemplos venerables de Hesíodo y los filósofos anteriores a Sócrates que expusieron sus doctrinas en verso. Pero a lo largo de su desarrollo his-

---

[36] D. W. ROLLER, «Gaius Memmius, patron of Lucretius», *Classical Philology* 65 (1970), págs. 246-248.

[37] *Vid.* R. KEEN, «Lucretius and his reader», *Apeiron* 19 (1985), págs. 1-10.

[38] *Vid.* III 59-89 y V 1136-1160.

[39] *Vid.* II 1150-1174.

[40] Epicuro había dicho: «El sabio no se acercará a la política, a no ser que se interponga alguna circunstancia» (SÉNECA, *Sobre el ocio* III 2 = frag. 2 USENER).

tórico, sobre todo en la edad llamada alejandrina, la poesía didáctica osciló entre temas elevados[41] y triviales[42]. Surge igualmente en esta edad, saturada de libros y literatura, el *metaphrastḗs*, versificador profesional que se limita a retocar el vocabulario o remover el orden de la prosa de un tratado cualquiera para sacar un mediocre producto poético. Pero el *De rerum natura* va en serio, no es ni trivial en su contenido ni pedestre en su lenguaje. Pretende ser el receptáculo de un mensaje que provoque en el ciudadano un profundo cambio de mentalidad y conducta. No se corresponde, que sepamos, con ningún tratado epicúreo que le sirva de pauta; nada de eso, sino que el propio autor de algún modo reanuda con sus lectores la tarea entusiasta de iluminación y liberación que en su momento desempeñó con él el Maestro. No oculta su pedagogía sino que desvela el truco supremo de endulzar con versos la amarga prosa. Su intención declarada es quitarle así al razonamiento la aspereza que sin poderlo remediar le acompaña: *rationem ... dulci contingere melle*[43].

Sin embargo, en lo hondo de su actividad poética, Lucrecio no concibe la poesía como mero excipiente del medicamento filosófico; no faltan en él alusiones más o menos secularizadas a las raíces misteriosas o sagradas de la inspi-

---

[41] Así Arato de Solos (315-240) en los *Fenómenos* poetizó un tratado del astrónomo Eudoxo de Cnido (390-337). Comienza con un himno a Zeus (tal como el *De rerum natura* con otro a Venus).

[42] *Cf.* Ovidio, *Trist.*, II 471-490, donde se mencionan tratados poéticos sobre juegos de azar (tabas, dados) y de mesa (ajedrez, tres en raya), sobre los tipos de pelota y su manejo, sobre natación, uso del aro, cosmética, protocolo de los banquetes y visitas, alfarería y envasado de vinos.

[43] I 936-950 = IV 11-25. El símil aparece por vez primera en Platón, *Leyes* 659e. Horacio acuñó su fórmula más conocida: *miscere utile dulci.*

ración[44]. Tampoco es que compusiera, como a veces se dice con anacrónica admiración, una epopeya de la ciencia (entendida al menos según nuestra moderna concepción servil o tecnológica) sino que se limitó, como él mismo expone, a dar brillo en versos latinos a los ocultos hallazgos de los griegos (I 136-137) y a publicar un canto luminoso sobre un tema descolorido, poniendo en todo un toque de gracia inspirada (IV 8-9). Será docto como piden las convenciones de su tiempo, pero huirá de todo culteranismo caprichoso o exhibicionista, pues sólo los estúpidos admiran lo que se encubre con expresiones torcidas (I 642). «Huye, bendito, de todo tipo de cultura al iniciar la singladura de tu bajel»[45], había ordenado Epicuro. Lucrecio procuró por ello resolver la paradoja que suponía el que la doctrina de su Maestro se transmitiera en un poema tachonado de inevitables referencias cultas[46]. Porque es que los filósofos, y Platón el primero[47], habían recelado siempre de los poetas. Epicuro vio en la poesía una actividad inútil y un daño para la verdad, que se desfigura con el uso traslaticio y ambiguo del lenguaje; la consideró un peligro para el alma, toda vez que suscita en ella pasiones y fantasmas[48]. El sabio, según él, estará capa-

---

[44] «Lucrecio», apunta acertadamente M. von Albrecht, «se mueve en un territorio poético inexplorado. Oscila entre la idea inspiradora indirectamente orientada sobre imágenes báquicas, pero secularizada a través del pensamiento de la gloria poética, y la concepción de un papel del poeta semejante al del médico» (*Historia de la Literatura Romana*, Barcelona, 1999, t. I, pág. 278).

[45] Diógenes Laercio, X 6 = frag. 163 Usener. *Cf.* Quintiliano, XII 2, 24: «Antes que nadie Epicuro nos echa de su lado, pues ordena huir a vela y remo de todo sistema de enseñanza *(omnem disciplinam)*».

[46] Véase P. Boyancé, *Lucrèce et l'épicureisme*, París, 1963. pág. 1.

[47] *Repúbl.* X 600b.

[48] «[Epicuro] rechaza en bloque toda la poesía considerándola mortífero sustento de mitos» (frag. 229 Usener).

citado para opinar sobre poesía pero «en la práctica, no compondrá poemas»[49]. Lucrecio desobedece al Maestro[50]. Y no fue el primero en hacerlo. Tenemos el caso del contemporáneo Filodemo de Gádara (110-35 a. C.), epicúreo asentado en Italia, abierto y erudito, que compuso refinados epigramas[51]. Comoquiera que sea, Lucrecio se consideró venturosamente libre y dispensado del duro veto de Epicuro.

4. *Modelos y fuentes*

Ante todo, hay que establecer las relaciones del *De rerum natura* con los textos epicúreos. El autor deja claro desde los primeros versos que él es un propagandista fiel de Epicuro. Su entusiasmo por el Maestro es evidente, pero resulta muy difícil sin embargo medir el grado de fidelidad con que trasmitió sus doctrinas. Más todavía si tenemos en cuenta que ninguna obra importante de Epicuro nos ha llegado completa. Diógenes Laercio, un erudito tardío, incluyó en su biografía de Epicuro (X 139-154) unas breves «Opiniones principales» *(Kýriai dóxai)* y tres importantes cartas pedagógicas: una dirigida a Heródoto (X 35-83) sobre tema físico (que se corresponde con los libros I, II y V de Lucrecio); otra dirigida a Pitocles (X 84-116) sobre tema meteo-

[49] Diógenes Laercio, X 120. Sobre las relaciones entre poesía y epicureísmo véase E. Paratore, *art. cit.*, págs. 173-179.

[50] La única cita de un poeta que aparece en sus escritos se halla en la *Carta a Meneceo* 126; se trata de la famosa divisa del pesimismo acuñada por el elegíaco Teognis que proclama que lo mejor es no nacer o, de haber nacido, morir pronto (425-428).

[51] El elogio algo irónico que le dedica Cicerón *(Contra Pisón* XXVIII 68) muestra que era bien conocido el año 55 a. C. Un repertorio de trabajos en torno a su figura recoge D. Obbink (ed.), *Philodemus and Poetry. Poetic Theory and Practice in Lucretius, Philodemus, and Horace,* Nueva York, Oxford, 1995.

rológico (como el libro VI); una tercera dirigida a Meneceo (X 122-134) sobre ética (materia que se halla disuelta en el poema latino). Aparte, el llamado *Gnomologio Vaticano,* descubierto en 1888, recupera unas ochenta y una sentencias (algunas de las cuales coinciden con las «Opiniones principales». El *Perì phýseōs,* un prolijo tratado en treinta y siete libros, de los que calcinados papiros nos restituyen extensos fragmentos, aporta el título y la ordenación general del *De rerum natura*[52]. La adaptación lucreciana no se atiene, pues, a ninguna obra conocida de Epicuro. Porque Lucrecio, según él mismo reconoce, quiso libar como abeja en los escritos de Epicuro para condensar y rehacer lo mejor de sus palabras *(omnia nos itidem depascimur aurea dicta,* III 12). El poema es así un conjunto orgánico y original de doctrinas epicúreas con un sesgo o punto de vista peculiar. Tiene presente ante todo la realidad física donde está encerrado el hombre y en la que, como una parte suya, despliega su conocimiento y sensaciones, sus posibilidades y garantías de felicidad.

No poca importancia tiene que Lucrecio siguiera el ejemplo de los poetas filósofos que precedieron a Sócrates y se ocuparon ante todo del tema de la naturaleza. En hexámetros expusieron su doctrina Jenófanes, Parménides y Empédocles. El atomismo, punto central de la física epicúrea, al depender casi por completo de los venerables Leucipo y Demócrito, facilitó a Lucrecio la tarea de fundir epicureísmo y tradición presocrática. Pero su mentor ideal fue sin duda Empédocles. Empédocles (493-433 a. C.) compuso un poema *Sobre la naturaleza* del que se conservan trescientos

---

[52] Véase sobre ello el excelente artículo de D. Sedley, «How Lucretius composed the *De rerum nature»,* en K. Algra, M. H. Koenen, P. H. Schrijvers, *Lucretius and his intellectual Background,* Amsterdam, Nueva York, 1997, págs. 1-19 (esp. el esquema de pág. 3).

cincuenta versos, lo suficiente para colegir que pretendía explicar el mundo a partir de unos pocos principios básicos cuyo comportamiento aclara su estado presente y sobre todo la complejidad de los seres vivos. Un Salustio, que acaso es el mismo que el historiador, compuso unas *Empedoclea,* endebles a decir de Cicerón, pero que pudieron despertar la admiración de Lucrecio por el filósofo poeta. Lo cierto es que en su poema Empédocles se muestra seguro de sí mismo hasta la fanfarronería (Lucrecio en sus prólogos aparece lleno de confianza y entusiasmo); en el prólogo habla de la brevedad de la vida, las limitaciones del conocimiento humano y los riesgos de la presunción (Lucrecio advierte constantemente sobre los límites y dificultades del conocimiento); invoca a la Musa de blancos brazos pidiéndole «tal conocimiento como es lícito oír a criaturas de un día»[53] (también Lucrecio alude a las Musas). Hay en el poema griego un destinatario llamado Pausanias y una alabanza de Pitágoras (Memio y Epicuro hacen el mismo papel en el *De rerum natura).* El filósofo griego exalta la felicidad del sabio[54] (como hace el latino una y otra vez). Incluso la adaptación alegorizante de la estampa homérica de los amores entre Venus y Marte puede que la intentara Empédocles antes que Lucrecio[55].

Para que el poema didáctico de Lucrecio no fuera un monumento aislado no faltaban tampoco ejemplos ambiciosos dentro de la propia literatura latina. Ya hemos mencionado los *Empedoclea* de Salustio. Poco sabemos del *carmen Pythagoreum* de Apio Claudio (censor en el 312 a. C.), si tenía una temática (la amistad) o simplemente se trataba de

---

[53] *DK* 31B 3, 5; 31B 131.

[54] *DK* 31B 132.

[55] Véase D. J. Furley, «Variations on themes by Empedocles in Lucretius' proem», *Bull. Inst. Class. Stud. of London* 17 (1970), 55-64.

un acopio de aforismos. Ennio (239-169 a. C.), el padre de la literatura latina, publicó un *Epicharmus*, traducción de un poema sentencioso sobre la naturaleza falsamente atribuido a Epicarmo de Sicilia. Macrobio (VI 5, 12) menciona a un tal Egnacio como autor de un *De rerum natura* y trasmite dos hexámetros que suenan dentro de los modos refinados de los *poetae noui* pero también con visos lucrecianos: *roscida noctiuagis astris labentibu' Phoebe* (frag. 2 Morel). Plutarco, en la vida de Pompeyo (cap. X) habla de un Quinto Valerio Sorano (muerto el 82 de C.), poeta de intereses filosóficos, que había compuesto un poema místico-filosófico inspirado en el panteísmo estoico[56] y que empezaba con una invocación a Júpiter muy similar al arranque del *De rerum natura: Iuppiter omnipotens regum rerumque deumque / progenitor genetrixque* (frag. 4 Morel).

Lucrecio no fue un ingenio lego. En su poema se refleja una vasta cultura literaria que no es exclusivamente filosófica. En el contexto del poema la entonación didáctica, fría y objetiva, se ve interrumpida, a veces muy bruscamente con otras de carácter épico, trágico o satírico. Revela por ahí el *poeta doctus* que conocía a Homero, Hesíodo, Eurípides (sacrificio de Ifigenia) y Tucídides (peste de Atenas), a los líricos arcaicos (síntomas corporales de la pasión)[57], a Calímaco y a algunos autores de epigramas y poetas helenísticos. No sorprende entonces que presente a Epicuro levantándose como un sol que borra con su luz la de los otros astros (III 1044), tal como el epigramista Leónidas de Tarento había presentado a Homero (*Antol. Palat.* IX 24).

Lucrecio se asoma desde su escuela a otras: «Algunos de los cuadros más celebrados de Lucrecio», observa A. Dal-

---

[56] Manifiesto sobre todo en el himno a Zeus de Cleantes.

[57] Safo I 2, 7-15, traducida por Catulo en su poema LI, inspira *Sobre la nat.* III 154-160.

zell, «derivan de la tradición filosófica: los átomos en el rayo de sol se remontan por lo menos a Demócrito (Aristóteles, *De anima* 404a 1-6); la carrera de antorchas y la famosa imagen de la miel en el borde de la copa están anticipadas por Platón en las *Leyes* (776b y 659e); el ejemplo del anillo[58] fue usado por Meliso de Samos (DK 1, 274; B8, 3), y la importante comparación de los átomos con las letras del alfabeto aparece en dos pasajes de Aristóteles, que tratan de la teoría de los átomos de Leucipo y Demócrito (*Metaf.* 985b 15-19 y *Sobre la generación y la corrupción* 315b 9-15)»[59].

Se atribuye al cínico y populachero Bión de Borístenes (s. III a. C.) el ejercicio de la prédica filosófica que utiliza módulos expresivos familiares y formas dialogadas (patentes en el comienzo del libro II y los finales de los libros III y IV de Lucrecio). Pero los epicúreos, y Lucrecio con ellos, eran más serios y formales y se acercan más a los tonos fríos y especulativos.

El *De rerum natura* encierra sus propias complicaciones, pero en cuanto a temas y procedimientos está firmemente enraizado en el medio intelectual y artístico de la tardía República. La influencia de la literatura es más notoria, claro es, en los proemios, digresiones y finales[60]. Hay en Lucrecio idéntico regusto arcaico en el léxico, afán moralizador y pesimismo en sus propuestas que en el historiador

[58] Se refiere al pasaje lucreciano de I 312-314, vagamente inspirado en al fragmento de MELISO, DK 30 B8; *cf.* OVIDIO, *Arte de amar* I 473. Otros fragmentos de Meliso hablan de la eternidad (30 A5) y la infinitud de las cosas (30 B2).

[59] A. DALZELL, «Lucrecio», en E. J. KENNEY, W. V. CLAUSEN (eds.), *Historia de la Literatura Clásica. Vol. 2. Literatura latina,* Madrid, Gredos, 1989, pág. 255.

[60] Véase R. D. BROWN, *Lucretius on Love and Sex,* Leiden, Nueva York, Copenhague, Colonia, 1987, pág. 128.

Salustio. Muestra una hipersensibilidad erótica tan acusada como la de Catulo (aunque el amor es pasión que el poeta filosófico denuncia y reprueba, mientras el poeta lírico sin más documenta). La tensión entre arcaísmo clasicista (bajo el patronazgo de Ennio) y helenismo culterano (traído por el movimiento innovador de los *poetae noui)* se resuelve en cierto predominio de la primera tendencia. No se adhiere a la escuela de poetas filohelénicos, pero algunas de sus maneras son parecidas: la rica doctrina, el uso de la mitología, la precisión en el vocabulario[61].

5. *Epicuro en Roma*

El epicureísmo tuvo una temprana pero pasajera presencia en Roma. Ateneo (XII 547a) y Eliano *(Hist. varia* IX 12) refieren la expulsión de los epicúreos de nación griega Alcio y Filisco en el s. II a. C. (no se sabe si el año 154 o el 174) y atestiguan que un senadoconsulto les impidió la fundación de una escuela en Roma. El siglo I a. C. ve asentarse en Roma movimientos innovadores: el aticismo en oratoria, el neoterismo en poesía y el epicureísmo en filosofía. Estos tres movimientos se enlazan en una trama que se revela «en el hecho de que Licinio Calvo fuera a un tiempo orador aticista y *poeta nouus,* el hecho de que Torcuato, el interlocutor epicúreo de *Del supremo bien y del supremo mal,* fuera quizá aquel al que Catulo dedicó el poema 61, el hecho de que el destinatario del *De rerum natura* fuera quizá aquel mismo Memio de cuya *cohors* en Bitinia formó parte Catulo, el hecho de que, en su biografía de Ático, Cornelio Ne-

[61] En I 926-928 (= IV 1-3) reivindica su originalidad con imágenes características de la poesía alejandrina: caminos nunca hollados, manantiales intactos, flores frescas.

pote citara juntos a Lucrecio y Catulo[62] como los dos mayores poetas de su época, el hecho de que César profesara el epicureísmo y estuviera próximo a la oratoria aticista, y, finalmente, el hecho de que Cicerón, el representante cualificado del tradicionalismo político, ético, ideológico y cultural, no ahorrara sus andanadas ni contra los epicúreos en sus obras filosóficas, ni contra los aticistas en las retóricas (y sobre todo en *El orador),* ni contra los *neōteroi* (así definidos por él irónicamente) en sus cartas»[63].

La filosofía epicúrea no era sólo un conjunto de escritos sino que se mantenía viva y pujante[64], con sus prédicas y diatribas orales en la Italia de la época, particularmente en la región de Campania. Porque el epicureísmo tenía vocación expansiva y en cierto modo fue la única filosofía misionera y proselitista que hubo en Grecia. En su impulso moral se encerraba una profunda simpatía hacia el hombre extraviado y doliente. Hacía proclama doctrinaria de un esquema salvador[65] y produjo cierta conmoción social[66]. Cicerón llegó a exclamar:

---

[62] En este orden, lo que supone acaso que Lucrecio muere antes que Catulo (véase J. Cascajero Garcés, «Aproximación a la biografía de Lucrecio», *Gerión* 2 [1984], pág. 103, n. 11).

[63] Traduzco de E. Paratore, *art. cit.*, págs. 133-134.

[64] Lucrecio incorpora desarrollos doctrinales de la escuela posteriores a Epicuro; algunos de ellos los analiza P. H. Lacy, «Lucretius and the history of epicureanism», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 79 (1948), págs. 12-23.

[65] En tiempos mesiánicos, que son de zozobra, surgen sin falta los salvadores. Como lo expresa C. Bailey: «For Lucretius it was for the ills of the soul that he needed a saviour and that saviour was Epicurus who to him was god: *deus ille fuit, deus* (V 8)» (»The mind of Lucretius», *The Amer. Journal of Philol.* 61 [1940], pág. 291).

[66] Cicerón es claro al señalar que con el epicureísmo «Grecia e Italia ... y todas las tierras exteriores *(barbaria)* están conmocionadas» *(Del supremo bien y del supremo mal* II 49).

«Los epicúreos han invadido Italia»[67]. Según él, muchos se acogían al epicureísmo «bien porque era fácil de entender, bien por la seducción del placer y sus atractivos, bien porque, no habiendo otra cosa mejor, se tomaba lo que estaba más a la mano»[68]. Atestigua[69] que en Roma y su entorno, la única actividad editorial filosófica fue durante un tiempo epicúrea. Calpurnio Pisón, el cónsul del 58 y gran rival de Cicerón, fue protector de Filodemo de Gádara[70]. Así que, como se ve, no eran pocos entonces los simpatizantes y seguidores de Epicuro, gente de toda condición y laya.

6. *Lucrecio y el epicureísmo*

Veamos cómo ciertos usos y maneras del epicureísmo se reflejan en Lucrecio. En primer lugar la estima de la escritura. Epicuro estableció vínculos de amistad con sus discípulos tal como Sócrates, pero no desdeñó como él la escritura (al contrario, fue un escritor prolífico) ni los conocimientos sobre la naturaleza (que el Sócrates platónico considera innecesarios). Lucrecio emprende la ardua tarea de trasmitir por escrito ideas y conceptos de una filosofía nacida dentro de una larga tradición de textos y aquilatada en el discurso y la polémica. Como fiel y modesto emisario, si de algo se enorgullece es de su labor de poeta y traductor. Atrevimiento fue componer en latín, pues en esto «se aparta de los maestros de la escuela, para quienes sólo los que hablaban griego llegaban a ser realmente sabios»[71].

---

[67] *Tusc.* IV 3, 7.

[68] *Tusc.* IV 3, 6.

[69] *Tusc.* IV 3, 6-7.

[70] En el epigrama de *Antol. Palat.*, XI 44, se ligan los nombres de Epicuro, Pisón y Filodemo.

[71] F. L. Lisi, «Lucrecio»..., pág. 94, que remite su aserto a Epicuro, frag. 226 Usener, y Filodemo, *De la vida de los dioses*, col. III 14.

Viene luego el talante coloquial. En Epicuro no se ha perdido la raíz dialogada del saber filosófico, que requiere una actitud abierta en los interlocutores, frente al dogmatismo irracional y cerrado de las creencias. «En una disputa entre personas amantes del razonamiento» —aseguraba— «gana más el que pierde, debido a que aprende más que ninguno»[72]. Todo el poema de Lucrecio está impregnado de intención persuasiva, quiere convencer más que exponer o teorizar en el ámbito de la razón pura.

El epicureísmo era una doctrina salvadora y que ponía la salvación «en la celosa clausura sobre sí misma del alma individual para tutelar la propia imperturbabilidad en medio de las tempestades de la vida humana, gracias al poder iluminador de algunos principios»[73]. Lucrecio es decididamente apostólico, quiere convertir a su oyente. Algunas manifestaciones patrióticas (sinceras a pesar de todo) salen al paso de las censuras y recelos que podía suscitar su doctrina. Por este afán regenerador, que fija la mirada en las viejas costumbres perdidas, la doctrina adquiere una cierta pátina romana. Lo que Lucrecio añade al epicureísmo es el creer casi sin decirlo que las enfermedades sociales de Roma podrían remediarse con la aceptación de las doctrinas de Epicuro.

En la antigüedad los filósofos se sienten parte de una comunidad que los abarca a todos. No es tanta la rivalidad entre las *sectae* como la fuerte oposición que establecen todas frente a los más, al vulgo de los que no filosofan. «Jamás pretendí agradar al vulgo», decía Epicuro, «pues lo que a él le agradaba no lo aprendí yo y, por contra, lo que sabía yo estaba lejos de su comprensión»[74]. A la expansión de la

[72] *Sent. Vat.* 74.

[73] E. PARATORE, *art. cit.*, pág., 131.

[74] SÉNECA, *Cartas a Lucilio,* XXIX 10 = frag. 187 USENER.

filosofía ponía restricciones temperamentales y étnicas (si es suyo el texto trasmitido): «Pero, está a disposición de cualquier complexión corporal ni de cualquier raza llegar a ser sabio»[75]. Es verdad que Lucrecio, en sintonía con su Maestro, no espera que todos acojan su mensaje pero su mensaje es para que todos lo acojan. Es la cara elitista de la escuela.

Y muy cerca de ella está su cara heterodoxa. El epicureísmo mostraba cierta radical oposición a las otras filosofías, al proponer el placer como piedra de toque para cada acto moral o suprimir la intervención divina en el universo y la historia[76]. Si Lucrecio tiene una «gran esperanza de gloria» *(laudis spes magna,* I 923) no es tanto por sus invenciones poéticas sino por su destrucción de los miedos religiosos (I 932) a través del desvelamiento de los enigmas de la física (I 933).

También es cierto que la escuela epicúrea fue poco flexible y se mantuvo igual a sí misma entre las otras *sectae,* más acomodaticias y cambiantes. Jamás un epicúreo se atrevería a retocar la doctrina del Maestro aunque fuera en el punto más insignificante. Prueba de ello es el respeto rayano en la adoración que se le profesaba al fundador y sus dogmas. No es de extrañar por tanto que Lucrecio glorifique a Epicuro con lenguaje de tono religioso. Lo ensalza sucesivamente como vencedor sobre la religión (I 75), como *pater* y *rerum inuentor* (III 9), como dios civilizador (V 19) y héroe cultural ateniense (VI 2). Pero a la postre damos con una paradoja: de un exclusivista cenáculo helénico que veneraba la prosa del Maestro Fundador y aceptaba gustoso una cierta tiranía intelectual, el vocero más conspicuo ha resultado ser

---

[75] Diógenes Laercio X 117.

[76] Véase G. Cambiano, «Lucrezio e la poesia filosofica», en G. Cavallo, P. Fedeli, A. Giardina, *Lo spazio letterario di Roma antica,* Roma, 1989-1991, t. I, pág. 246.

un discípulo de última hora, un poeta que ni siquiera escribe en griego. El destino incierto de los escritos lo quiso así[77].

7. *La organización del poema*

Ya nadie cree en la composición descuidada o imperfecta del *De rerum natura*. Su estructura está hecha de partes grandiosas, bien definidas y trabadas. La materia no abarca la conocida distribución ternaria del sistema epicúreo —teoría del mundo, de la conducta humana, del conocimiento— sino que se limita a exponer la parte física e incluir en ella algunos esbozos de las otras dos. De esta manera, el poema se ocupa ante todo del mundo como realidad objetiva y funciona, pues, como un *simulacrum* de la *rerum natura*[78]. Este trasunto verbal de la naturaleza se reparte y constituye en tres pares de libros: I y II versan sobre los átomos y el universo como objeto total y único; III y IV explican la naturaleza del alma y la mente con sus operaciones; V y VI describen el mecanismo de los movimientos celestes, narran la historia del mundo y la humanidad, dan razón de los fenómenos meteorológicos y las epidemias. Cada par de libros acaba con una visión pesimista o cuadro de disolución (fin del mundo, desvaríos de la pasión amorosa, peste de Atenas).

Aunque la obra no desarrolle, como hemos dicho, una doctrina moral sistemática y ni siquiera se detenga en el concepto cardinal del placer *(hēdonḗ)*, disuelve estos temas a lo largo de su trama: hay invitaciones al buen vivir en los

---

[77] «Mais en somme le hasard a bien fait les choses», reconoce después de señalar todo esto P. Boyancé *(Lucrèce...*, pág. 1).

[78] En un sentido literal o técnico para E. M. Thury, «Lucretius' poem as a *simulacrum* of the rerun *natura*»..., pág. 271.

proemios, surgen aplicaciones morales extraídas de tal o cual aspecto de la cosmología, están ahí las peroratas contra el miedo a la muerte y la pasión amorosa. Tampoco hay una doctrina sobre el ser de los dioses porque ella es algo así como una silueta que se perfila después de haber dibujado el marco de la realidad: sabiendo cómo está constituido el mundo se sabe cómo lo habitan los dioses y qué son. Así la ética y la teología se desprenden de la mera mostración de los principios físicos y cosmológicos.

Una importancia decisiva tienen en la economía de la obra los proemios. Las convenciones del género didáctico piden una invocación que ponga al poeta en contacto con las fuentes divinas del saber y una dedicatoria que traiga un interlocutor cercano y explícito. En los comienzos de cada parte es conveniente hacer una recapitulación de lo dicho y proponer lo que sigue. Pero los proemios lucrecianos no se limitan a eso y adquieren un particular color y patetismo e inducen un clima en el espíritu del lector[79]. La distribución tripartita de la materia hace que cobren singular importancia los exordios de los libros I, III y V. El más largo y elaborado es el del libro I que comienza con una invocación a Venus (1-49) a la que sigue una propuesta temática (50-61)[80], la alabanza de Epicuro (62-79), unas consideraciones sobre los males de la religión (80-101), las penas del infierno (102-135) y las dificultades técnicas de poner en versos latinos las enseñanzas del sabio griego (136-148). En los otros proemios reaparecen los elogios de Epicuro, héroe de la ver-

---

[79] De los 7.416 versos que tiene la obra se emplean 545 en los prólogos (un 7,34% del total).

[80] Sobre el aparente desarreglo de anunciar aquí (50-61) el tema del libro I antes del tema general (62-145), según el recurso típicamente lucreciano de la suspensión del pensamiento, véase J. Cascajero Garcés, *art. cit.*, pág. 109.

dad (III 1-30, V 1-53 y VI 1-42) y otros temas centrales como la felicidad sencilla y asequible del sabio (II 1-61), el temor a la muerte (III 42-93) o la dulzura de la poesía (IV 1-25). En ninguno de los libros falta la recapitulación de lo ya enseñado y la propuesta de lo que se va a enseñar (II 62-66, III 31-40, IV 26-53, V 54-90 y VI 43-91). Algo descolocado queda una suerte de proemio interno para conjurar el miedo a lo nuevo (II 1023-1047). Al final hay una breve llamada a la musa Calíope (VI 92-95) que se corresponde lejanamente con la inicial advocación a Venus.

Al ocuparnos de la estructura compositiva topamos con la cuestión tan debatida de si está completo y acabado el poema[81]. Entre los indicios de que no lo está entraría el pequeño detalle de que no aparezca en ningún lugar de la obra la consabida *sphragís,* sello o firma de autor que no falta en los poemas didácticos de Virgilio y Ovidio. Pero esto puede ser un rasgo epicúreo: el discípulo calla su nombre y engarza en un verso, por una vez tan sólo, el nombre del Maestro *(ipse Epicurus obit,* III 1042). Otra señal de imperfección serían los pasajes repetidos, pero siempre podemos achacarlos a intenciones estilísticas del autor o a percances de la transmisión manuscrita. Una base más firme para asentar la suposición de un *De rerum natura* inacabado se ha creído extraer de un verso que promete aclarar extensamente la naturaleza y sede de los dioses *(quae tibi posterius largo sermone probabo,* V 155). Pero deducir de ahí que la vida de los dioses habría sido el tema de un irrealizado libro VII no es legítimo, desde el punto y hora que en lo que sigue el poeta aclara la verdadera naturaleza del cielo, pretendida morada de los dioses, y llega a afirmar taxativamente en el

[81] Véase discusión y bibliografía en E. PARATORE, *art. cit.*, págs. 162-167.

libro VI (92-95) que ése será el último de todos. Así pues, «resta como mera hipótesis la opinión de que al final del actual libro VI, por ley de isonomía, habría de seguir el tratado sobre la naturaleza de los dioses prometido anteriormente (V 153 ss.), símbolo de la felicidad perfecta y prueba en la naturaleza de los *motus auctifici,* para compensar el efecto de la espantosa peste de Atenas, que de modo impresionante muestra al hombre sometido a los *motus exitiales*»[82].

Y es que cuanto más se le lee y medita, más deja sentir el poema su honda armonía y el equilibrio de sus partes. Una serie de nexos, anticipaciones, transiciones y llamadas internas revelan que no sólo el todo sino cada libro está completo. Por ello hoy día los estudiosos, provistos de un mejor conocimiento de la literatura arcaica y despojados de prejuicios clasicistas, se inclinan casi todos a pensar que el poema se sostiene tal como está y que si algo le falta es tan sólo una última mano (un caso no muy diferente del de la *Eneida* de Virgilio)[83].

8. *La trama de la realidad*

Ya hemos establecido la terna de contenidos: a uno y otro lado el mundo de lo pequeño y lo grande, y en el centro el hombre como el escudriñador de ambos. La exposición doctrinal empieza, pues, con lo que los antiguos llamaban una 'fisiología', discurso sobre la naturaleza íntima y total de las cosas, el átomo y el universo (libros I y II).

---

[82] Traduzco de A. Barigazzi, «Lucrezio», en F. della Corte (dir.), *Dizionario dei Scrittori Greci e Latini,* Milán, 1990, vol. II, págs. 1284-5.

[83] Así E. McLeod, «Lucretius' *carmen dignum*», *The Classical Journal* 58 (1963), 145-156.

Nada viene de la nada y nada se vuelve nada (I 151-264). La materia está compuesta de cuerpos, simientes o primordios invisibles instalados en el espacio vacío: son los átomos (I 265-417). Cada cosa es una combinación de átomos y vacío, y lo demás (incluido el tiempo) es sólo un accidente o propiedad de ellos (I 418-502). Los átomos son macizos, perdurables, sin partes y mínimos (I 503-634). El universo es infinito y nada hay fuera de él; infinitos son el espacio, la materia y el número de los átomos (I 951-1113).

El movimiento de los átomos produce el mundo con los hombres, no para los hombre por causa divina (II 62-183). Tal movimiento nunca es hacia arriba, sino que cae produciendo peso, si bien una leve desviación garantiza los choques y la potestad de los seres vivos sobre sus movimientos (II 184-293). Las figuras de los átomos son diferentes en unos y otros, lo que explica las cualidades heterogéneas que se dan en una misma cosa (II 294-477). Es limitado en cambio el número de las clases de átomos diferentes en figura, aunque sean infinitos los átomos de cada clase (II 478-729). Los átomos carecen de cualidades secundarias como color, olor, sabor, temperatura (II 730-864). Lo viviente sensible está hecho de átomos insensibles, pues vida y sentido depende tan sólo de la ordenación de átomos en un conjunto, y todo en suma proviene de átomos y en ellos se resuelve (II 865-1022). Hay un infinito número de mundos que se forman y destruyen (II 1023-1174).

Hasta aquí la doctrina del primer par de libros. Se trata, como se ve, de una explicación del universo en términos únicamente de redistribución de la materia en movimiento. Vida y mente son propiedades que emergen, una vez que cierta ordenación de átomos lo consiente. Pese a ello se advierte en el sistema de Lucrecio una acusada propensión al uso de símiles y metáforas vitalistas. Hay que tener en cuen-

ta que la más llamativa construcción de la naturaleza es el ser vivo. No es de extrañar por tanto que el atomismo derive en primera instancia de la experiencia que se tiene con el nacimiento, sustento y muerte de los organismos. El intercambio y reordenación de materia viva que se hace en el nacer y morir, comer y defecar. Los cadáveres se hacen polvo y en el polvo brota el grano: todo se arma y se desarma en el almacén y taller incansable de la naturaleza. El atomismo lucreciano, revestido de lenguaje poético, recibe de ahí una fuerte impronta vitalista. Los primeros ejemplos de seres que los agregados de átomos producen son en el *De rerum natura* los vivientes: hombres, peces, aves, reses, árboles (I 161-5). Los átomos se denominan, por eso, 'semillas de seres' (I 59), 'cuerpos engendradores' (I 132).

Reparemos también en la radical rebeldía contra las trampas del antropocentrismo[84]. Una concepción naturalista auténtica supone un gran esfuerzo de imaginación: saltar por encima del hombre y sus ilusiones, verlo como parte del todo, someterlo a la ley universal. Requiere además una inmensa modestia: es como si el sabernos de la misma substancia del mundo nos volviera a los hombres insubstanciales. De ahí que siempre se haya tenido al atomismo como una concepción hiriente para el narcisismo de la especie humana. No es un bálsamo sino un cauterio doloroso para las heridas de un ser aislado y consciente; por eso «es instructivo que el materialismo haya sido adoptado en aquella coyuntura por los mismos ajenos motivos morales en nombre de los cuales ha sido usualmente rechazado»[85].

---

[84] Léase II 167-183.

[85] G. SANTAYANA, *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe*, Buenos Aires, 1943, pág. 30.

Otros conceptos que lleva aparejado el atomismo son los de azar y ley, presentes en una sentencia del fundador Demócrito («Todo lo pueden espontaneidad y necesidad»[86]) y aliados por la matemática y física modernas en las leyes llamadas 'leyes de azar'. En Lucrecio el acaso y la necesidad conviven armónicamente como las dos caras de la moneda: el vocabulario carga las tintas sobre lo obligatorio y forzoso en la naturaleza[87], pero cierra cualquier rendija por donde pueda colarse el finalismo[88]. Por eso la tradición filosófica deísta no dejó nunca de percibir con razón que él y los atomistas habían puesto la casualidad en el trono de la providencia[89].

Frente al átomo se alza el infinito. Los antiguos recelaban del espacio sin fin y el tiempo perdurable (las penas eternas de los malvados suelen presentarlas como tareas cíclicas: sube y baja de Sísifo con la piedra, idas y venidas de las Danaides con los cántaros cascados); veían el mar y el cielo como una ausencia, un vacío, el abismo; no los inscriben en su poesía como imagen de soledad y grandeza porque más bien son objetos que les repelen. Epicuro asume fervorosamente el principio de lo infinito, en contraste abierto con la teoría aristotélica de la finitud del mundo. En ciertos pasajes de Lucrecio, incluso, se percibe una suerte de ebrie-

---

[86] DK 68 A 69.

[87] Un estudio de las expresiones de Lucrecio para estos conceptos en E. Otón Sobrino, «Del azar y de la necesidad en Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Ital.*, núm. extraord., (2000), vol.1, págs. 45-50, que concluye: «En Lucrecio, no existe un gran campo de maniobra para el azar o la fortuna. En cambio la necesitdad es proponderante» (pág. 50).

[88] Como hace en IV 823-857 y V 146-234.

[89] Así el aserto de Dante: *Democrito che il mondo a caso pone (Inf.*, IV 136). Con este verso arranca el libro de V. Cioffari, *Fortuna and Fate from Democritus to St. Thomas Aquinas*, Nueva York, 1935, págs. 1-15.

dad de infinito[90]. Sólo por imperativos de la filosofía, pues, un poeta se atreve a inscribir el infinito en sus versos a través de la fantástica imagen del arquero que se acerca a las murallas del mundo y lo prolonga disparando siempre más allá.

9. *Mente y vida perecedera*

En el centro de la obra aparece una psicología, discurso sobre el alma, las sensaciones y el conocimiento. Alma *(anima)* y mente *(animus, mens)* son componentes unitarios del hombre y están hechas de átomos lisos y redondeados que les otorgan fluidez (III 94-417).

El alma es mortal y hay pruebas abundantes de tal cosa: su propia naturaleza atómica, la clara dependencia del cuerpo en el nacimiento y desarrollo del ser humano, la íntima trabazón de alma y cuerpo, la incapacidad de los sentidos para actuar por sí solos (III 418-669). Se niega una existencia del alma anterior al nacimiento (III 670-805). El alma no cumple ninguna de las condiciones de la inmortalidad (III 806-829).

¿Cómo funciona la mente? ¿Qué le permite sentir y conocer? La respuesta está en los simulacros, unos efluvios desprendidos de las cosas, que atraviesan el aire por todas partes, dando lugar durante la vigilia y el sueño a visiones, olores y sonidos (IV 26-268).

Los simulacros de la vista son como membranas o cáscaras atómicas velocísimas que sin parar se desprenden de la superficie de los objetos y, viajando en línea recta, permiten explicar la visión directa y las imágenes de los espejos, así como varios fenómenos e ilusiones ópticas (IV 324-521). El oído percibe igualmente unos simulacros de soni-

---

[90] La expresión la tomo de E. Paratore, *art. cit.*, pág. 128.

dos que, a diferencia de los de la luz, son capaces de cruzar por conductos torcidos (IV 522-614). Los efectos del gusto vienen provocados por los átomos de diversa textura al penetrar en los poros del paladar (IV 615-672). El olor no alcanza tanto como la visión o el oído porque los átomos que forman su simulacro son más gruesos y proceden del interior del cuerpo oloroso (IV 673-705). Las alucinaciones y ensueños están formadas por simulacros que vagan por el aire y se mezclan (IV 722-822).

Hambre y sed son movimientos compensatorios de la pérdida de átomos (IV 858-876). Los mismos animales, inducidos primero y movidos luego por simulacros, son capaces de echar a andar en un acto de volición real (IV 877-906). El sueño se produce por escapatoria de partes del alma (IV 907-961). Los ensueños afectan a hombres y animales, y les provocan reacciones y cambios, como la polución nocturna del adolescente (IV 962-1057). A partir de ahí se explica la pasión amorosa (IV 1058-1287).

Se echa de ver en todo ello que la teoría del conocimiento (teoría que los epicúreos llamaron 'canónica') estriba en la sensación, roca firme y único asidero que impide naufragar en el mar del escepticismo (IV 502-512). Y todas las sensaciones, además, se reducen al tacto. Mientras la mano toca los objetos, los otros sentidos han de valerse de un contacto mediatizado por los simulacros, fantasmas atómicos de corporeidad sutil pero tan real como la de los objetos duros y firmes.

Hay no obstante cierto punto de exageración en este sensualismo radical. Con afectado tono desaprensivo se afirma sin más que el sol y la luna son del tamaño que se ven (V 564-578), o se enuncia alegremente un movimiento más rápido que el de la luz (II 162).

Algunos motivos conductores del poema son, diríase, de carácter metodológico: la confianza en la razón, el propósito

de argumentar sobre la base firme de las sensaciones, las analogías que operan mediante el paso de lo chico a lo grande y de lo visible a lo invisible, la dificultad no invencible de penetrar en las causas. Cuando se da con un hecho especialmente problemático, entonces hay que atenerse al principio de las causas múltiples. A veces, en efecto, un fenómeno puede explicarse de muchos modos y no es bueno limitarse a una sola razón entre varias (IV 500-506; V 526-533; VI 703-711), porque lo importante no es tanto dar con la verdadera como no dejar el suceso disponible para una atribución a los dioses. Por eso, entre todas estas maravillas de los sentidos (pues lo más extraño del mundo es que haya seres que puedan conocer el mundo) Lucrecio no quiere que olvidemos que los objetos artificiales están hechos con un fin, pero no así los seres naturales ni sus partes y miembros, que surgen antes de promover su utilidad (IV 823-857).

10. *Astros y meteoros*

Para los antiguos la cosmología explica el mundo en su totalidad y grandeza, mientras que la que llaman 'meteorología' versa sobre los objetos de lo alto: astros y fenómenos atmosféricos. Cosmología y meteorología ocupan los libros V y VI, y toda su doctrina descansa sobre la firme base de la materia atómica estudiada en la física. El dogma epicúreo pretende establecer la mortalidad del mundo y aclarar el origen de los cuerpos celestes y la tierra, para que el hombre pueda contemplarlos serenamente sin recaer en miedos religiosos (V 55-90).

Cielo y tierra no son divinos ni eternos, ni están hechos para uso y bien de los hombres (V 91-323). El mundo es mortal, pues si fuera eterno, guardaría memoria de civilizaciones incontables, tendría una solidez absoluta, no tendría un espacio exterior desde donde recibir golpes y no mostra-

ria conflictos entre sus partes y elementos que presagian su fin (V 324-415).

El mundo se ha formado por conglomerados azarosos de átomos que, a causa del peso, se van disponiendo en elementos de tierra, mar, aire y éter (V 416-508).

Una o varia explicación puede darse sobre los cuerpos celestes, el sostenimiento de la tierra en el espacio, los tamaños del sol y la luna, su luz y calor, el día y la noche, las fases lunares y los eclipses (V 509-770).

Lo mismo cabe decir de la tierra y su historia. De la tierra nacieron plantas y monstruos entre los que perduraron las formas más capaces y armónicas (V 771-924). De la tierra salió igualmente la raza humana que se organizó en las primeras comunidades, a la vez que en ellas por evolución de los gritos animales fue articulándose el lenguaje y se halló el uso del fuego, surgió la religión, la metalurgia y la guerra, el vestido, la agricultura, la música y el canto, dentro de una felicidad sencilla, pronto rota por los desarrollos de la civilización (V 925-1457).

Tampoco los meteoros, sucesos más cercanos a los hombres que los astros pero igualmente sobrecogedores, son obra de dioses (VI 42-95). Se aportan explicaciones para los fenómenos atmosféricos: truenos y rayos, corrientes violentas de agua, nubes y lluvia (VI 96-534); y para los terrestres: terremotos, mares que lluvias y ríos no hacen rebosar, volcanes, crecidas de ríos como el Nilo, aguas que emanan gases, pozos y manantiales que se enfrían y calientan, el magnetismo y las epidemias (VI 535-1286).

¿Para qué podía servir el aporte de todos estos datos de la ciencia natural expuestos con abigarramiento de enciclopedia? Ya había advertido Epicuro que el estudio y conocimiento de la naturaleza no es para el sabio un fin en sí mismo, sino que tiene como meta el proporcionar sólidos funda-

mentos a la vida dichosa. El programa lo había diseñado con exactitud: «No es preciso indagar en la ciencia de la naturaleza según vanos axiomas y leyes arbitrarias, sino como exigen los hechos visibles. Porque nuestra vida no tiene necesidad ni de un sistema particular *(idiologías)* ni de opiniones vanas, sino de transcurrir en paz»[91].

Así pues, no cabe pensar que los epicúreos fueran unos campeones de las ciencias positivas. Como casi todos los filósofos desde Sócrates, las despreciaron más o menos. Epicuro jamás aconseja a los suyos que participen activamente en el desarrollo de unas ciencias, que en cierto modo considera acabadas y cuya utilidad es ante todo moral. Es algo parecido a la actitud predominante en la Edad Media cristiana, que admite que la ciencia revela la labor de Dios creador sobre un mundo hecho «con número, peso y medida»[92], pero no deja de considerar a esa misma ciencia como tarea mundana y secundaria.

Para Lucrecio la naturaleza no es obra perfecta de dioses sino una improvisadora incansable que únicamente conforma islas de orden cuando el azar le ofrece un resquicio para hacerlo: es la famosa ineptitud de la naturaleza *(atechnía tês phýseōs)*. Para el hombre la naturaleza puede resultar malvada[93]. Una amarga invectiva contra ella (V 195-234) la convierte en territorio donde el hombre pisa «como náufrago arrojado por las olas fieras»[94]. No es, pues, la naturaleza la que nos acoge al nacer con manos maternales, sino que nosotros a nosotros nos salvamos me-

---

[91] *Carta a Pitocles* 86-87.

[92] La formulación es frecuentísima en los astrónomos y naturalistas medievales. Procede del bíblico *Libro de la Sabiduría*: «Todas las cosas las arreglaste según medida y número y peso» *(omnia mensura et numero et pondere disposuisti* [XI 21]).

[93] *Tanta stat praedita culpa* (V 199).

[94] *Ut saeuis proiectus ab undis nauita* (V 222-223).

diante la conciencia de la realidad. Sólo ese saber nos consuela y salva en la zozobra.

La historia de la humanidad, que es el paso de la horda al Estado[95], se presenta de modo ambiguo. Primero el hombre aprende de la necesidad exterior y luego de su propia reflexión e inventiva. Pero el verdadero y único progreso no consiste en las innovaciones del ingenio humano (perjudiciales las más de las veces) sino en el control de los tumultos interiores que permite alcanzar una suerte de calma *(ataraxía)* a la que sigue luego como un don la vida moderada. Epicuro, por tanto, no teme enfrentarse con desprecio a los especialistas de un saber cuando en un momento dado dice que respecto a los astros hay que forjarse una opinión acorde con las apariencias, «sin asustarse de chocar con los artificios *(technitelas)* serviles de los astrónomos»[96]. Porque, como se ve, los epicúreos ponen la ciencia, tomada como conocimiento puro de las realidades físicas, al servicio de un ideal ético y social. No se ocupan lo más mínimo de aquel otro aspecto liberador de la ciencia aplicada que nos hace sospechar a quienes vivimos bajo el manto protector de máquinas y farmacología que si los antiguos hubieran podido vivir con pararrayos y antibióticos habrían dejado de pensar en Júpiter y epidemias enviadas por la ira divina todavía mejor que con la lectura de los libros V y VI del *De rerum natura*. Pero también a los hombres de hoy les suena muy moderno el recelo lucreciano hacia la tecnología —las po-

[95] Como señala A. Dalzell («Lucrecio» ..., pág. 240), las disquisiciones sobre el origen y evolución del estado (V 1105-60), sorprendentemente radicales y especulativas, prescinden de la rica información que tenía disponibles un romano culto acerca de la constitución e historia de su propia *respublica*. Pero Lucrecio, con los epicúreos, quiere ir más atrás y aplicar el concepto de evolución natural a la cultura humana.

[96] *Carta a Pitocles* 93.

cas máquinas que aparecen en el poema son instrumentos de muerte— o hacia una economía que mira a la obtención de bienes superfluos, actividades que a la postre vienen a parar en destrucción e infelicidad. El progreso según Lucrecio exaspera los deseos, construye ámbitos artificiales para proyectos inducidos que a la larga traen desdichas[97]. Los sufrimientos que nos impone la naturaleza son pocos y pequeños si los comparamos con los que derivan de la civilización o, sobre todo, con la imagen falsa y exagerada del dolor y la muerte que nos fabrica nuestra ignorancia: «Lo insaciable no es la panza, como el vulgo afirma, sino la falsa creencia de que la panza necesita hartura infinita», decía Epicuro[98]. Porque la compasión solidaria con el hombre sufriente era uno de los pilares de la doctrina de Epicuro[99]. Sus seguidores romanos, con Lucrecio a la cabeza, se mostraban como guerrilleros de la felicidad individual que se alzan contra los disciplinados y severos soldados de la *uirtus*. La rueda fatal de guerra, ley y negocio produce en las almas dolor y miedo y unas ansias insaciables que a su vez alimentan los conflictos y reanudan el ciclo. Para parar esta rueda fatal Lucrecio propone la autentificación o naturalización de los deseos, conjura toda forma de miedo y busca extender la paz desde el ámbito pequeño y asequible de la amistad *(philía/amicitia)*.

[97] La cuestión del progreso en Epicuro y Lucrecio puede aclararse en E. Paratore, *art. cit.*, pág. 120, n. 5 (con bibliografía).

[98] *Sent. Vat.* 59.

[99] Entre las contradicciones y síntomas morbosos de Lucrecio se aduce el famoso proemio del libro II. Pero no hay modo de ver como una muestra de frío sadismo lo que es una versión sapiencial del tópico 'Es dulce contemplar la tempestad desde tierra'. Así lo ve E. B. Holtsmark, «On Lucretius 2.1-19», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 98 (1967), 193-204.

Lucrecio poetiza la perplejidad que experimenta la mente humana cuando asiste al plan extraño y fecundo de la naturaleza y proclama que debajo de todo ese orden aparente no hay ningún propósito. Como sentenció el biólogo Jacques Monod en un famoso libro puesto bajo la advocación de Demócrito, «todas las religiones, casi todas las filosofías, una parte de la ciencia, atestiguan el insaciable, heroico esfuerzo de la humanidad negando desesperadamente su propia contingencia»[100]. El hombre, fabricando dioses e ideas endiosadas para enaltecerse, no cesa de gritar inútilmente: no somos cualquier cosa, ¡somos nosotros! Epicuro y Lucrecio, sin tonos de tragedia, enseñan que la eventualidad de la raza humana la debe hacer mansa, solidaria y dichosa.

11. *La religión, hija y madre del miedo*

En el *De rerum natura* conviven varias ideas de lo divino. Si por un lado los dioses son ficciones de los relatos legendarios, oscuros símbolos de las grandes fuerzas psíquicas y naturales, meros nombres de sentido traslaticio, por otro están presentes de verdad en los intersticios del universo como felices y duraderas conjunciones de átomos.

Pese a todo esto, la divinidad irrumpe en el mismo proemio de la obra, que es nada menos que una invocación solemnísima a la diosa Venus. El poeta parece tomar fuerzas cuando arranca en estilo elevado, sometiéndose a una tensión extrema que sólo el curso lento de muchos versos habrá de liberar. A su vez les hace comprender a sus oyentes que ingresan en una estancia digna de sus puertas: algo grave y trascendente aguarda allí dentro. De todos modos, no deja

[100] *El azar y la necesidad* [trad. de F. Ferrer Lerín], Barcelona, 1981, cap. 2, pág. 53.

de ser llamativa esta cohabitación, aunque sea preambular y poética, de materialismo y misticismo. ¿Adónde va a parar esta oración que el descreído Lucrecio dirige a la diosa Venus? Si los dioses son impasibles, como quería Epicuro, ¿para qué invocarlos? De ahí que este proemio haya sido uno de los pasajes más discutidos. Lucrecio usa en él un lenguaje litúrgico[101], obrando un poco como el deísmo abstracto de los masones, hurta y remeda la simbología y los gestos del ritual católico. Venus es palabra cargada de acepciones, un signo a la vez político y filosófico: trae la *concordia ordinum* y representa asimismo la *uoluptas* que impulsa la carrera de los animales en celo (I 12-23), trasunto de la corriente interior de la naturaleza, el río imparable de las generaciones en el momento de enlazar una con otra. No cabe, pues, estrechar el sentido del mito, el mito siempre es polisémico. No basta decir: «Venus es para Lucrecio una simple metonimia poética como él mismo explica (II 655 ss.), al referirse a nombres de dioses como *Neptunus, Ceres, Mater deorum* y otros»[102]. La Venus lucreciana es un nudo de significados. Ella, como madre legendaria del pueblo y patrona de la familia de Memio, el amigo del poeta[103], encuadra el poema en la vida civil romana. Pero, más allá de la historia, la diosa es, como hemos dicho, la fuerza que pone en movimiento la producción de seres vivos en la naturaleza (y por ahí puede representar la *uoluptas* epicúrea), es

---

[101] Las letanías de milagros y virtudes ('aretalogías') propias de los himnos sagrados obran en la lengua del prefacio según establece en detalle P. H. Schrijvers, *Horror...*, págs. 180-184.

[102] E. Bickel, *Historia de la Literatura Romana*, Madrid, 1982, pág. 496.

[103] Venus aparece en las monedas contemporáneas acuñadas con el nombre de los *Memmii;* véase B. K. Gold, *Literary Patronage...*, pág. 198, n. 50.

fuerza amansadora que acompasa la paz del sabio con la paz exterior, cumple, en fin, funciones propias de la Musa otorgando gracia y facilidad de estilo a la poesía, es la belleza que se manifiesta a la vez en la palabra y la naturaleza. Los antiguos son capaces de creer con la imaginación (porque sus dioses son ante todo *eídōla)*. Lucrecio introduce además una viñeta mitológica (I 32-40) en la que Venus seduce y apacigua a Marte[104]. Se ha querido ver a la divina pareja como un reflejo de las fuerzas de Amor y Discordia que Empédocles puso en la base de la realidad[105]. Pero Marte no se presenta como símbolo inexorable de destrucción, sino como un ser sensual, con los rasgos dulces y casi serviles del amante elegíaco, que a partir de ahí sale para siempre de un poema que tantas veces habla de conflicto y muerte.

En la invocación a Venus no hay que ver ninguna trágica antinomia. Para evitar cualquier malentendido, en un salto brusco desde la región poética a la filosófica, Lucrecio —él y no ningún *lector frustra curiosus*— coloca junto a la invocación de Venus, el principio básico de la indiferencia y extrañeza de unos dioses a los que «ni acciones virtuosas / ni el enojo y la cólera los mueven»[106]. Cada dios es un perfecto *fainéant* y en el juego de la vida humana queda apartado en un terreno neutral. Quedan así claras las cosas.

Además de Venus y Marte hay otras figuras míticas montadas en escenarios mitológico: Ifigenia (I 80), Faetonte (V

[104] La idea de introducir el viejo mito homérico de Venus y Marte pude llegarle a través de Empédocles, quien se cree que la aplicó a las dos grandes fuerzas de Amor y Discordia que dominan el universo 31 B17 DK).

[105] 31 B17, 24 DK.

[106] Traducción del Abate Marchena. Los editores sospecharon muy pronto que algún copista tomó el pasaje de II 646-651, donde encaja mejor, y lo interpoló en I 44-49, pegado al himno de Venus, para poner a Lucrecio en contradicción consigo mismo.

369), los pobladores del infierno (III 978-1023), Hércules (V 22) y la Gran Madre (II 600). Pero, al igual que en el proemio, el epicúreo pone en guardia sobre el carácter simbólico de todo esto (II 652-659/680). De este modo el poeta se sintió libre de traer seres divinos a sus versos, pues muchas veces un dios no es más que una mera *translatio uerbi* como la que en el pasaje se autoriza:

> *concedamos también llamar a la tierra*
> *con el nombre de Madre de los Dioses,*
> *aunque tal madre fabulosa sea* (II 658-660).

El rechazo de Epicuro hacia la religión anda emparejado con aquellos recelos suyos hacia la poesía que antes mencionamos. Los antiguos eran conscientes de que sus dioses, pues toman forma a partir de historias trasmitidas en relatos poéticos, tenían por así decirlo carne de versos[107]. Epicuro considera la poesía como un «mortífero sustento de mitos»[108] y pone los datos del conocimiento natural como fundamento irrenunciable de la desmitificación. Sólo la liberación del miedo a los dioses puede dar la felicidad entendida como calma interior alejada de toda ebriedad intelectual o mística.

Epicuro no niega decididamente a los dioses. Y obra así porque en la cuestión de los contenidos mentales es lo que la filosofía clásica llama un realista craso. Para él todo pensamiento deriva de una imagen y toda imagen de un cuerpo; si de forma clara nos llegan en sueños y apariciones simulacros de los dioses, es que de ellos, de sus cuerpos verdaderos y materiales, se han desprendido. De este modo, obliga-

---

[107] Lo dice el malicioso Ovidio *(Cartas del Ponto* IV 8, 55) para defender su oficio de poeta: «También los dioses, si es ley decirlo, están hechos de versos» *(di quoque carminibus, si fas est dicere, fiunt).*

[108] Frag. 229 Usener.

do por su propia gnoseología a admitir la presencia de los dioses, su ateísmo se limita a empujar a los dioses a tierra de nadie: los entremundos *(metakósmia)* donde llevan una vida indiferente a las súplicas y pecados de la humanidad[109]. Ya en la mitología los dioses son hermanos mayores de los hombres, envueltos e incluidos en el mundo. Epicuro no los niega ni los saca del mundo, sólo los aparta y arrincona[110]. El dios epicúreo es también una proyección del ideal de sí mismo que se traza el sabio, invulnerable a deseos y temores[111].

Contra el sacrificio, que es el centro de la religión antigua (y casi el único acto religioso universal que ha detectado la etnografía) se manifiesta en dos ocasiones: I 80-101 (muerte de Ifigenia) y II 352-366 (lamento de la vaca por su ternerillo). Para Lucrecio el sacrificio quebranta una ley natural de conservación de la vida y supone la irrupción de una ley primitiva y bárbara en el mundo civilizado (I 101). Su carácter utilitario o preventivo carece de fundamento, toda vez que los dioses están desterrados y aislados en sus entremundos (II 646-651), desde donde llegan a las mentes

---

[109] Es tradicional en la corriente de pensamiento derivada de la religión, o que vive con ella en pacto más o menos explícito, afirmar que los ataques de Lucrecio a la religión no son más que ataques a la superstición. Atenúa por ahí la irreligiosidad E. Otón Sobrino, «Superstición y religión verdadera en Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 12 (1997), 29-38; la acentúa en cambio K. Summers, «Lucretius and the epicurean tradition of pity», *Classical Philology* 90 (1995), 32-57.

[110] La fórmula no es invención de Epicuro, pues ya Platón en el libro X de las *Leyes* (899d) rechazaba por impía la opinión de algunos que sostenían que los dioses, con ser reales y verdaderos, no se ocupaban en absoluto de las cosas del mundo y los hombres.

[111] La igualación con la divinidad *(homoíōsis theôi)* es concepto de raigambre platónica, pero presente en Epicuro y Lucrecio: «Vivirás como un dios entre los hombres» *(Carta a Meneceo* 135) = *nos exaequat uictoria caelo (Sobre la nat.* III 79).

de los hombres sólo efluvios de serenidad y alegría (VI 75-78).

La creencia en los castigos de ultratumba es sometida por el poeta-filósofo a un proceso de racionalización que introduce el infierno en el corazón de los desprevenidos: la propia vida de los necios se vuelve infierno[112] y cada pecado es un desgarro íntimo que no necesita castigo en el más allá[113].

Recordemos aquí que la concepción del saber como contrapeso de la superstición y sus miedos no es exclusiva del epicureísmo, sino que recorre toda la filosofía griega desde los sofistas[114]. También Cicerón es un ilustrado a su manera cuando escribe: «Pero con el conocimiento de la naturaleza de la realidad entera nos aliviamos de la superstición *(leuamur superstitione),* nos libramos del miedo a la muerte, no nos dejamos perturbar por la ignorancia de la realidad»[115]. En cambio Lucrecio no hace distinción entre *religio* y *superstitio*. Los estudiosos cristianos quieren rescatar al poeta ateo de su infierno y pretenden que Lucrecio distinga entre la verdadera piedad y la falsa opinión sobre los dioses. No hay nada de eso si se lee bien el poema[116]. Como afirmó Epicuro: «De verdad hay dioses y evidente es su conocimiento. Pero tal como la mayoría los cree, no son. Y es que no los ponen a salvo pensándolos así. El impío es no quien

[112] *Hinc Acherusia fit stultorum denique uita* (III 1023).

[113] Véase III 978-1023. Estas ideas las retoman y hacen suyas los mitógrafos: «...confirmando Lucrecio que en nuestra vida se dan todas las cosas que se vienen imaginando sobre los infiernos *(de inferis)*» *(Mitógr. Vat.* 2, cap. 127, lín. 10).

[114] Resalta este punto L. EDELSTEIN, «*Primum Graius homo* (Lucretius 1.66)», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 71 (1940), 78-90.

[115] *Del supremo bien...* I 19, 63.

[116] I 62-79 es una condena clara e indubitable de la religión.

elimina los dioses de la mayoría, sino quien aplica a los dioses las opiniones de la mayoría»[117]. Este reproche es una ironía habilidosa (heredada y repetida por los librepensadores sucesivos), no la propuesta de una religiosidad depurada (que jamás que se sepa defendieron los epicúreos). Y Lucrecio no lanza sus ataques contra las formas de la religiosidad popular[118], sino sobre todo contra la visión teológica del mundo.

12. *Aceptación de la mortalidad*

Difícil es perder uno el miedo a la muerte, casi imposible hacer que los demás lo pierdan. «Contra cualquier otro peligro» —decía Epicuro— «se puede hallar fácilmente resguardo, pero frente a la muerte vivimos como en una ciudad sin murallas»[119]. Conjurar ese miedo, mediante la aceptación plena de la mortalidad, es la intención de todo el poema, pero su enunciado se concentra en la última parte del libro III[120]. Como cualquier dolor de la muerte propia se pone en alguna zona imaginaria de pervivencia, hay que empezar por convencerse de que con el cuerpo acaba toda sensación (III 830-869) y que son figuraciones vanas las que la gente se hace sobre los padecimientos del cadáver: su soledad de

---

[117] *Carta a Meneceo,* 123.

[118] La religión romana aparece sólo tres veces, cuando alude a ritual fúnebre de la *parentatio* (III 51), al velo de las plegarias sacrificiales (V 1198) y a la consulta de los rollos etruscos en la *procuratio prodigii* (VI 381). Todas las otras referencias son más griegas que romanas.

[119] *Sent. Vat.* 31.

[120] B. P. Wallach, en *Lucretius and the Diatribe against the Fear of Death (De rerum natura 3, 830-1094),* Leiden, 1976, inserta el pasaje en el género de la diatriba (discurso que quiere corregir las conductas rutinarias pero erradas de los hombres), y no en el otro género de la *consolatio* (dirigido a aliviar la pena ante la muerte de un ser querido).

familia e hijos, la ausencia de placeres, la podredumbre y opresión del sepulcro. Porque todo en la muerte es como estar dormidos (III 870-930). Aceptar el común destino y salir de un error que causa miedo nos dispone para la felicidad (III 1024-1075). Todas las angustias del hombre vienen de no aceptar plenamente el acabamiento definitivo del yo. En uno de esos pasajes llenos de patetismo que tachonan el poema sale a escena la Naturaleza que como madre riñe a unos hijos glotones de experiencia y los invita a ceder el puesto en el banquete de la vida a nuevos comensales (III 931-977). El filósofo, pródigo de su existencia, la consuma con un gesto de chulería: «...nos iremos de la vida tras echar un enorme escupitajo contra la vida y contra los que neciamente se apegan a ella...»[121]. Lucrecio, además, tiene una explicación sobre el continuo afanarse de los hombres en procura de riqueza y honores: codicia, ambición y envidia no son más que expedientes para hurtarle en vano sus derechos a la muerte (III 59-86).

13. *Alegría y placer*

«Es preciso reír y al mismo tiempo filosofar»[122], decía Epicuro. Lucrecio fabricó una doctrina de la felicidad basándose en el reconocimiento de la desgracia. El desvelamiento de la verdad se hace exasperando una conciencia de la fragilidad humana, que obliga a atenerse a lo esencial e imprescindible. Y estos mínimos lucrecianos vienen a ser el átomo en el mundo físico, el tacto en el tema del conocimiento y el placer en el ámbito de la moral. Ya algunos de los primeros discípulos de Sócrates habían propuesto el placer como principio básico de la moral, pero frente a ellos

[121] EPICURO, *Sent. Vat.* 47.

[122] *Sent. Vat.* 41.

que buscan el placer activo, Epicuro proclamó la superioridad del estático. Por eso, como veremos, no le gusta la pasión amorosa, fuente de alteraciones y motor de acciones perjudiciales para el individuo. Hay en Epicuro cierta pasividad desprendida y un gusto por la renuncia. Pero toda su doctrina converge hacia la felicidad. Ser feliz es fabricarse buenos recuerdos, y por eso dice: «Quien un día se olvida de lo bien que lo ha pasado se ha hecho viejo ese mismo día»[123]. Hay que llegar a la muerte cargado de alegría. La felicidad humana, ya se ha visto, es incompatible con la creencia en dioses y con el miedo a la muerte. Aunque el ideal sea la calma interior *(ataraxía)*, la dicha puede convivir con las pulsiones humanas. Lucrecio afirma paladinamente que hay recintos del carácter que la razón no puede y acaso no debe asaltar (III 288-322). El método para alcanzar la felicidad no impone la destrucción del temperamento, sólo requiere su control[124].

14. *Artificios y desarreglos de la pasión amorosa*

La furibunda (y celebrada) perorata que contra la pasión amorosa lanza Lucrecio al final del libro IV encaja dentro de esta concepción de la felicidad como calma controlada. El amor es un hecho físico explicable por la carga y descarga de átomos en el cuerpo del hombre, no una pasión inspirada por los dioses. El prudente se libera de los embelecos

---

[123] *Sent. Vat.* 19.

[124] Algunos atribuyen una especie de integrismo racionalista a Epicuro: «Puede ser que los psicólogos modernos no acepten la cura de las pasiones propuesta por Epicuro y que juzguen a la razón incapaz de dominarlas, o que tal dominio sea inútil o simplemente dañino; pero nosotros deberíamos juzgar desde el punto de vista de Lucrecio, que cree firmemente en esa doctrina» (traduzco de A. Barigazzi, «Lucrezio», pág. 1275).

culturales y literarios del amor por el procedimiento de echar su simiente en un cuerpo cualquiera sin dedicarle una atención exclusiva (IV 1058-1076), porque el amor, incluso el feliz y correspondido es siempre irrealizable cuando no desgarrador (IV 1077-1140). Los inconvenientes del amor contrariado no hace falta nombrarlos (IV 1141-1145). Pero, aunque lo mejor sea no enamorarse, el sabio, si no hay más remedio, condesciende al amor rutinario y benévolo del matrimonio (IV 1278-1287).

«Si se prescinde de la contemplación, de la conversación y trato con la persona querida se desvanece toda pasión erótica», enseñaba Epicuro[125]. Este remedio de amor está conectado con la teoría de los simulacros, pero se acoge también a la prudencia popular y a la tradición literaria. La teoría de los simulacros lucreciana, justo en su capítulo de los ensueños y las ilusiones, deriva de modo natural hacia el magisterio amoroso[126]. Todo este pasaje del libro IV revela un enorme recelo hacia la sexualidad y sus alteraciones. Sabemos que Epicuro compuso un *Perì érōtos*[127], y suyas son estas palabras: «Pues la coyunda jamás sienta bien, y sería algo desable si no dañara»[128]. Su discípulo Lucrecio ataca al adversario —el amor artificioso, enrarecido y exasperado por la literatura— con armas robadas de su propio arsenal[129], pero pone tanto énfasis en su ataque, que parece un terapeuta fascinado por los síntomas de la enfermedad amorosa.

---

125 *Sent. Vat.* 18.

126 La insistencia de Lucrecio en los aspectos ilusorios del amor es clara para R. D. Brown, *Lucretius on Love...* pág. 122.

127 Diógenes Laercio, X 27.

128 Diógenes Laercio, X 118.

129 E. J. Kenney, «*Doctus Lucretius*», *Mnemosyne* 23 (1970), pág. 380.

15. *¿Lucrecio contra Lucrecio?*

Se ha visto una cierta contradicción en el hecho de que Lucrecio arranque con entusiasmo alegre, anunciando que escribe el poema para curar a la humanidad del miedo y prometiendo serenidad a raudales, pero acabe dejando en el lector una impresión de angustia y derrota con sus minuciosas descripciones de las zozobras amorosas, de la muerte y corrupción del cuerpo, de las refinadas crueldades de la guerra, de las miserias comunales de una epidemia[130]. Es suyo el terrible cuadro del hombre, que arriba, sí, a las claras orillas de la luz (I 22), pero como náufrago desamparado y lloroso (V 222). Lucrecio, como Epicuro, tuvo la voluntad de no hacerse ilusiones sobre el hombre y su madre (o madrastra) la Naturaleza. Se mete para registrar en la tramoya de la vida *(uitae postcaenia,* IV 1186) porque nada de ella le es ajeno. El examen del mal, exhaustivo y sin miramientos, crea una tensión liberadora y constituye una suerte de exorcismo intelectual[131]. El poeta revela sin cesar el agudo contraste entre luz (conocimiento) y oscuridad (superstición e ignorancia), entre vida (de raíz gozosa y venérea) y destrucción (simbolizada en la epidemia ateniense). Pero esta visión trágica no lo paraliza, no piensa que nada puede hacerse sino que pone a sus lectores en acción. Se ha exagerado el pesimismo de Lucrecio por varias razones, entre las que no tienen poco peso la leyenda edificante de la locura suicida o la inquietud que la doctrina del naturalismo materialista

[130] Mediante la filosofía epicúrea, favorecedora de la vida y enfrentada al poder destructivo de la muerte, el poema armoniza estas confrontaciones, según W. S. ANDERSON, «Discontinuity in Lucretian Symbolism», *Transactions and Proceeding of the Amer. Philol. Assoc.* 91 (1960), 1-29.

[131] Sobre el pesimismo lucreciano véase E. PARATORE, *art. cit.*, págs. 159-162.

produce en los adictos al opio de las ilusiones místicas y en los habituados a confortables visiones antropocéntricas. Ese trasfondo contrario a todo engaño consolador ha hecho que muchos lectores se le enfrenten con su desdén, y ha obrado más en contra del libro que no la aridez del tema o lo intrincado de algunos puntos. El propio poeta era tan consciente del riesgo que corría, que no pasa sin mostrar desconfianza en un lector que por pereza mental quedará pasmado ante la novedad de la doctrina expuesta *(nouitate exterritus,* II 1040) y, adrede, seguirá sometido a las sentencias terroríficas de los iluminados *(uatum terriloquia dicta,* I 102).

No hay un Lucrecio que sin querer combata contra sí mismo. Si pone mucha pasión en convencer, ello no da derecho a decir que de verdad lo que pretende es convencerse.

16. *Estilo y versificación*

Lucrecio, hay que reconocerlo, es claro en lo que dice pero no es cómodo de leer (¡cuántos lectores y traductores se han quedado en sus prólogos!). Para comprenderlo y disfrutarlo hace falta, aparte de saber mucho latín, estar familiarizado con las convenciones de la poesía antigua y pasar largos ratos luchando con pasajes estragados por los accidentes de la transmisión. Pero eso es ahora. En sus tiempos Lucrecio buscaba en Roma un público de lectores dispuestos a adentrarse en los vastos espacios de un poema que habría de poner ante ellos una visión completa de la realidad donde enmarcar una vida dichosa. Si el lector explícito era el noble Memio [132], el lenguaje no podía ser otro que el de la

---

[132] SERVIO *(Proem. ad Georg.,* III 1), veía en esta figura una necesidad del género que el llama «didascálico» y viene a decir que Virgilio en sus *Geórgicas* se dirige a Mecenas, tal como Hesíodo a Perses y Lucrecio a Memio.

clase rica y ociosa, abierta a los refinamientos de la literatura. Pero, como por encima de las convenciones del género el poeta se dirige a cualquier inteligencia dispuesta a liberarse, procuró no perder una suerte de cercanía coloquial y dotar a su obra de un aura de sinceridad y energía. No quiere sólo exponer la verdad sino ganarse al lector con argumentos coherentes y poderosos[133]. Hay por eso un desafiante maximalismo doctrinal y una controlada furia razonadora. Recorre el poema un rumor sordo de oscuro estupor; la admiración, que es motor de la filosofía, pero que en los filósofos profesionales y prosaicos se acalla del todo con las voces claras de la razón, vibra aquí entre los versos.

Es el suyo un estilo solemne y austero. La sintaxis es difícil a veces, pero más por la longitud excesiva de los razonamientos y exposiciones (con algunas derivaciones y paréntesis que distraen la atención[134]) que por las inversiones o disyunciones contrarias al orden habitual de las palabras. Con el uso del hipérbaton Lucrecio no enrarece el lenguaje más que un Virgilio o un Horacio.

El largo y comprometido poema de Lucrecio poco tiene que ver con la temática y las predilecciones estilísticas de la escuela de los *poetae noui*[135]. Pero a pesar de todo esto, Lucrecio lleva razón cuando en la convencional propaganda de sus proemios, dice que es un pionero, que pisa un camino

---

[133] Un repertorio de los recursos argumentales en el extenso y esmerado trabajo de C. J. Classen, «Poetry and rhetoric in Lucretius», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 99 (1968), 77-118.

[134] Nadie defiende ya un Lucrecio más dotado para la presentación pictórica de la doctrina que para el razonamiento lógico. El poeta visual de K. Büchner o C. Bailey se rehace como riguroso aunque peculiar argumentador en el artículo de E. Asmis, «Rhetoric and reason in Lucretius», *The American Journal of Philology* 104 (1983), 36-66.

[135] Una aproximación de Lucrecio y los catulianos predomina en L. Ferrero, *Poetica Nuova in Lucrezio*, Florencia, 1949.

limpio de huellas, que no tiene precursores (I 924-933). En ese propósito innovador se encuentra con los neotéricos.

Al tema le cuadraba mejor cierto empaque tradicional y arcaizante. De ahí que en cuestión de estilo el poema ocupe un lugar central entre Virgilio y Ovidio. La organización de sus partes es muy clara, pero no se alude a ella ni tan escasamente como en las *Geórgicas* ni de modo tan palmario y continuo como en el *Arte de amar*. Las inserciones narrativas están sustituidas por las rarezas naturales o las descripciones; los preceptos dejan paso a explicaciones retóricamente eficaces y lógicamente bien trabadas, ya que, como el mismo poeta se encarga de decirnos (I 401) son los argumentos *(argumenta)* los que arañan credibilidad *(fides)* en favor de las palabras *(dicta)*.

Sobrevuela por todo él el fantasma de Ennio, evocado al principio. De Ennio se toma cantidad de vocabulario, el uso de palabras compuestas, la aliteración efectista, principios rítmicos y métricos. El metro y la lengua de Lucrecio se perciben a veces como una estación de paso entre Ennio y Virgilio. Esto es un abuso del historicismo progresista. Lucrecio es en sí y para sí. Es poeta de su tiempo que a su manera participa de la solemnidad comprometida y civil de Cicerón. También es falso el contraste que a menudo se establece entre las partes poéticas y las prosaicas del *De rerum natura*. Es verdad que la poesía didáctica no deja nunca de padecer una íntima tensión entre forma y contenido, entre lo poético y lo expositivo, pero no es legítimo leer con ánimo diverso partes de un poema que se escribieron con el mismo.

La adaptación y traducción del vocabulario de sus fuentes doctrinales griegas supuso un primer desafío para Lucrecio. Ya el satírico Lucilio antes que él había latinizado los *eídōla* y las *átomoi* (frag. 753 Marx). Pero en el *De rerum*

natura hay nada menos que tres quejas sobre las carencias del latín, la *patrii sermonis egestas* (I 136-139 y 831-832; III 260). Pese a ello, Lucrecio adopta muy pocas palabras griegas por mera transcripción[136] y en general prefiere evitar los helenismos. Así, el final del libro VI, que describe la peste de Atenas durante la Guerra del Peloponeso, es un trasunto del relato que de la misma hizo el historiador Tucídides (II 49), pero mientras el autor griego utiliza más de medio centenar de términos técnicos tomados en préstamo de autores médicos, el latino se ciñe al vocabulario tradicional —enniano— de la poesía épica.

La aliteración era un recurso rítmico de la poesía arcaica, de la que se toma también un cuantioso número de vocablos y algunas desinencias en trance ya de perderse *(-ai, -ier, -um, -os).* Se confía más en sustantivos y verbos que en adjetivos ornamentales («los adjetivos más comunes... son palabras cuantitativas sin color como *magnus* y *paruus»*[137]). Usa dobletes del tipo *noua miraque* y acumulaciones efectistas *(pocula crebra, unguenta, coronae, serta parantur,* IV 1132). Le coloca a veces más de un adjetivo a un substantivo, fórmula evitada por los poetas posteriores (que emparejarán monótonamente dos adjetivos y dos nombres en diversos ordenamientos y quiasmos).

Palabras y nexos prosaicos marcan las divisiones mayores: *in primis, incipit, nunc age, nunc locus est, illud in his rebus, quod superest.* No falta aquí el bucle metafrástico, 'digo y repito' (*etiam atque etiam*). Recalca invariable y cui-

---

[136] Nunca *átomos,* que será en latín sobre todo *corpus,* mientras que *parénklisis* se recoge como *clinamen.* Otros tecnicismos: *prolepsis = notities; epibolḗ tês dianoías = animi iniectus.* Las únicas tres palabras griegas que adopta mediante pura transliteración son *homoeomeria* (I 830), *harmonia* (III 100) y *prester* (VI 424).

[137] A. Dalzell, «Lucrecio» ..., pág. 254.

dadosamente el orden en que las pruebas se suceden: *principio, praeterea, porro, huc accedit, denique, postremo*. Aduce analogías en apoyo de sus puntos de vista, interpela a la audiencia y le plantea preguntas, remata con una sentencia los períodos, propone y recapitula, deja para el final el argumento más poderoso[138].

Muchas repeticiones de versos y pasajes son estilísticas y conscientes[139], pero a veces van más allá de lo puramente formulario[140], como por ejemplo la reproducción, tal cual, del pasaje programático interno del libro I (926-950) al principio del IV (1-25), que bien puede deberse a un accidente editorial[141].

Nadie compite con Lucrecio en el uso de las imágenes y símiles[142]. Para la actividad de los átomos fragua las metáforas del tejido[143], del río[144], de la reproducción animal[145], del acuerdo y el conflicto[146]. Sus descripciones tienen gran fuerza visual[147] unida a un manejo del lenguaje lleno de es-

---

[138] Véase C. J. CLASSEN, *art. cit.*, págs. 87-92.

[139] Un análisis del conjunto de ellas en A. RAUBITSCHEK, «Zu einigen Wiederholungen bei Lukrez», *The American Journal of Philol.*, 59 (1938), 218-223.

[140] Un artículo de W. B. INGELLS, «Repetition in Lucretius», *Phoenix* 25 (1971), págs. 227-236, señala que Lucrecio compone en una suerte de estilo formulario que recuerda a veces el de la épica.

[141] En defensa de Lucrecio se puede alegar que Epicuro ya era algo desordenado y reiterativo. Un discípulo renegado dice que «en las 37 secciones de su obra *Sobre la naturaleza* no hace más que repetirse» (DIÓGENES LAERCIO, X 7).

[142] Como señala A. DALZELL, «Lucrecio» ..., pág. 255.

[143] *Contextum* (I 243), *textura* (I 247).

[144] *Fluitare* (II 1011).

[145] *Genitalia corpora, semina rerum* (I 58-59).

[146] *Conciliis et discordiis* (II 120).

[147] Es acaso el único poeta latino que utiliza una metáfora pictórica para describir un sonido (*lepido ... fucata sonore*, I 644).

crupulosa exactitud. La *tmesis*[148] arcaica es del todo artificiosa pues se ejerce en prefijos que en ningún estadio de la lengua tuvieron autonomía[149]. Se entrega a juegos etimológicos del tipo: en la leña *(lignis)* está escondido el fuego *(ignis)*[150]; amor *(amorem)* no es más que expulsión de humor *(umorem)*[151].

Menudean las sentencias[152], acaso porque los epicúreos propendían a la divulgación de sus doctrinas en resúmenes claros y simplificadores[153]. El propio Epicuro daba importancia a los resúmenes y máximas memorables[154] y compuso repertorios de ellas (las llamadas *Kýriai dóxai)*.

Lucrecio, si hubiera atendido más al sesgo práctico de la filosofía epicúrea y le hubiera querido quitar grandeza y altura al tema, podría haber escogido como metro el dístico elegíaco, tal como hicieron los poetas griegos Solón y Tirteo para propagar sus enseñanzas morales y políticas, o haría luego Ovidio para sus alegres consejos de amor. Un buen

---

[148] Es la figura que de broma ejerció Quevedo sobre la palabra 'jerigonza' en el soneto contra los poetas culteranos y latinizantes que empieza: «Quien quisiere ser culto en solo un día», y sigue: «la *jeri* aprenderá *gonza* siguiente».

[149] Así en I, 452: *seque gregari.*

[150] I 901.

[151] IV 1054-1056. Otras etimologías están más escondidas. Por ejemplo *superstitio,* palabra que nunca usa, está en *super ... instans* (I 65); *mors* quizá en la forma arcaica *Mavors* (según D. E. W. Wormell, *art. cit.,* pág. 61).

[152] He aquí unas pocas cláusulas lucrecianas que se han hecho célebres: *tantum religio potuit suadere malorum* (I 101); *nullam rem e nilo gigni divinitus umquam* (I 150); *nil igitur mors est ad nos* (III 830); *mortalem vitam mors quom immortalis ademit* (III 869); *surgit amari aliquid* (IV 1134); *vitae postcaenia* (IV 1186); *consuetudo concinnat amorem* (IV 1283).

[153] Según Cicerón, *Cuest. Tusc.* IV 7.

[154] *Carta a Heródoto,* 36.

vehículo para su doctrina hubiera podido ser también el género de la sátira, que sin dificultad adquiere un aire cercano a la diatriba del filósofo callejero y popular[155]. Pero su elección fue la tirada de hexámetros propia de Hesíodo y de los filósofos-poetas anteriores a Sócrates. Si entramos en los detalles técnicos de la métrica lucreciana se observa una predilección por el dáctilo en el primer pie y el uso del espondeo para subrayar lo solemne. No se evitan palabras polisílabas para completar los dos últimos pies del verso (*frugiferentis, exorerentur, pervolitantes*). Ocasionalmente la *-s* final no hace posición, tal como era norma en los poetas anteriores pero dejará de ocurrir a partir justamente de Virgilio. Aunque métricamente Lucrecio no supera todas las asperezas formales de la poesía arcaica, supone un avance hacia la forma clásica o consagrada[156].

17. *Pervivencia*

Por más que su nombre se calle muchas veces, las huellas de Lucrecio en la literatura posterior no son pocas ni borrosas[157]. Ya hemos hablado de Cicerón como lector y acaso editor de unos versos que, enigmáticamente, dejan de resonar en sus obras filosóficas: quien compuso poemas y tenía

---

[155] Varrón Reatino (116-27 a. C.), el gran erudito, había introducido materia filosófica de toda clase en sus *Saturae Menippeae* (véase A. Rostagni, *Letteratura...*, vol. I, pág. 514).

[156] Aunque algunas presuntas ingenuidades arcaicas son en realidad refinamientos, como se ha señalado por ejemplo «para la alternancia de *sorsum, seorsum* y *sorsus* en el ámbito de cuatro versos (IV, 491-494), que por otra parte debía parecerles a los lectores antiguos como una fineza de gusto particularmente 'helenístico'» (M. von Albrecht, *Historia...*, t. I, pág. 291).

[157] Un excelente y compendioso trabajo sobre la pervivencia de Lucrecio es el artículo de M. von Albrecht, «Fortuna europea de Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 20 (2002), 333-361.

un oído sensibilísimo y una memoria tenaz nunca citó un solo verso de Lucrecio[158]. Cicerón reconoce en el *De rerum natura* originalidad *(lumina ingenii)* y técnica *(ars)*[159] y sin duda lo consideró un instrumento precioso para la tarea que él mismo se había asignado: verter en moldes latinos la filosofía griega.

No hay que descontar que Virgilio y Horacio, con el grupo de jóvenes que por los años 50 y 40 a. C. se acogieron a la compañía de los dos maestros epicúreos Sirón y Filodemo en los alrededores de Nápoles, trabaran relación con Lucrecio[160]. Sin embargo ni Virgilio ni Horacio, que fueron epicúreos moderados, lo nombran nunca, aunque lo imitan con devoción visible. El primero fue sin duda su más hondo e impresionable lector, si es que consideramos la presencia de Lucrecio en las *Geórgicas*, donde se revelan vocablos y concepciones que son suyas; ante todo la célebre exaltación ilustrada: «Dichoso quien puede saber la razón de las cosas, / y todos los miedos y el destino implacable / arroja bajo sus pies, y el estruendo de Aqueronte avaricioso»[161]. Un pastor de las *Bucólicas* (VI 31-40), ¿quién lo esperaría?, esboza una visión cósmica de tonos lucrecianos, donde los átomos o «semillas se agrupan a través del inmenso vacío» *(magnum per inane coacta semina*, vv. 31-2). Toda la obra virgiliana sostiene un diálogo con la de su precursor. ¿Es exage-

---

[158] Para E. Paratore *(art. cit.*, págs. 139) se trata de «la più tormentosa aporia presentata dalla storia della cultura latina in quel secolo».

[159] Un repertorio de interpretaciones muy ponderado es todavía H. W. Litchfield, «Cicero's judgement on Lucretius», *Harvard Studies on Class. Philol.* 24 (1913), págs. 147-159. E. Menuet-Guilbaut, «*Lucreti poemata*... Une lecture ironique du jugement de Cicéron», *Bull. de l'Ass. Guilleaume Budé* 1 (1991), 6-18.

[160] De ello está convencido A. Rostagni, *Letteratura...*, vol. I, pág. 531.

[161] II 490-492.

rado afirmar que el arranque *Aeneadum genetrix* (I 1) encierra como en germen el título y materia de la *Eneida?*

Las sátiras y cartas de Horacio, que mencionan a otros poetas de menor valía, callan sospechosamente[162], porque «incluso los grandes espíritus de la edad augústea, nutridos de Lucrecio hasta el meollo, y que a través de él supieron conservar el influjo más vital del epicureísmo sobre la sociedad romana, no osaron dar su nombre»[163].

Por contra Ovidio, más libre de prejuicios que ninguno, no se recata a la hora de enaltecerlo: «Los versos del sublime Lucrecio» —dice— «habrán de perecer tan sólo en ese día que entregue el mundo a su destrucción»[164]. Y en otra ocasión lo pone entre Ennio y Catulo, haciendo referencia a su profecía del fin del mundo[165], tema que parece fascinarle. Cualquier lector percibe el aliento de Lucrecio en el discurso que Pitágoras[166] entona al final de las *Metamorfosis* (XV 75-478).

Manilio, cuya vida alcanza el reinado de Tiberio, vino a ser en sus *Astronomica* el poeta de la cosmología estoica, tal como Lucrecio lo había sido de la epicúrea. Pero no polemiza con las doctrinas rivales sino que se limita a encerrar las enseñanzas de su *secta* en sentencias que invierten el sentido de las lucrecianas: los dioses voltean el firmamento *(mundum diuino numine uerti,* I 484) y son el mundo *(ipsum*

---

[162] A pesar de que la influencia de Lucrecio en ellas es innegable; véase C. Murley, «Lucretius and the history of satire», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 70 (1939), 380-395.

[163] Traducido de E. Paratore, *art. cit.*, pág. 155.

[164] *Am.*, I 15, 23-24; *cf. Sobre la nat.* V 95-96.

[165] *Explicat ut causas rapidi Lucretius ignis / casurumque triplex vaticinatur opus (Trist.* II 425-426; *cf. Sobre la nat.* V 92-109).

[166] Ph. Hardie, «The speech of Pythagoras in Ovid *Metamorphoses* 15: Empedoclean epos», *The Class. Quarterly* 45 (1995), 207-210, dilucida las influencias de Lucrecio, Ennio y Empédocles en el pasaje.

[*mudum*] *esse deum,* I 485), no hay azar sino un orden providencial *(non casus opus est, magni sed numinis ordo,* I 531). En el orden pedagógico rechaza las dulzuras que buscó Lucrecio *(nec dulcia carmina quaeras,* III 38): es difícil imaginar que al expresarse así Manilio no tuviera en cuanta a su precursor.

Vitrubio, en su tratado de arquitectura (IX 17), pone a Lucrecio junto a los grandes pedagogos de Roma, junto a Varrón y Cicerón, y recuerda la sensación de viveza e inmediatez que causa su lenguaje: «A muchos que habrán de nacer después de nuestro tiempo les parecerá estar discutiendo con Lucrecio sobre la naturaleza de la realidad como si delante de él estuvieran *(velut coram)*».

Séneca lo cita muchas veces[167] y comparte con él la idea de que la filosofía saca al hombre de su estrecha vivienda mortal *(contubernium mortale*[168]).

Quintiliano en su *Enseñanza de la oratoria* (X 1, 87) lo juzga elegante *(elegans)* pero a la vez dificultoso *(difficilis);* lo considera, como harán tantos críticos, un hito para llegar al perfecto Virgilio (XII 11, 27).

El poeta Estacio *(Silv.* II 7, 76) habla del «elevado entusiasmo del sabio Lucrecio» *(docti furor arduus Lucreti),* ponderando, como Cicerón en su célebre carta, la mucha inspiración y doctrina del poeta.

En el ambiente erudito y helenizante de la Segunda Sofística (s. II) no faltan alusiones. Ya en tiempos de Tácito (según el *Diálogo de los oradores* XXIII) algunos ponían a Lucrecio por delante de Virgilio. Frontón, corresponsal y preceptor de emperadores, lo vuelve a motejar de «elevado»

---

[167] *Epístolas morales a Lucilio* 95, 11; 106, 8; 110, 6-7; *Sobre la tranq.,* 2, 14.

[168] *Epístolas morales a Lucilio* 95, 10.

(*sublimis*, en *Ad Verum* I 1, 2, pág. 113 Nab.). En las *Noches áticas* (I 21, 5) de Aulo Gelio, Favorino de Arelate, amigo de Frontón, elogia también a Lucrecio [169].

Macrobio en el libro VI de sus *Saturnales* reseña una larga lista de latrocinios virgilianos perpetrados en la obra de Lucrecio. Estas alusiones habrían de excitar la curiosidad de los primeros humanistas, admiradores ya ganados por Virgilio.

Era de esperar que Lucrecio provocara los ataques de la apología cristiana. Pero hay poco de tal cosa. Exhibía el epicureísmo cierto espíritu de austeridad y renuncia que atrajo a los ascetas cristianos. Por eso pudo testimoniar San Jerónimo: «Epicuro, el campeón del placer ha llenado todos sus libros de hortalizas y frutas, y dice que hay que comer barato» [170]. Se da una paradójica comunidad de sentimientos. Incluso en Lucrecio buscan los escritores cristianos argumentos para desacreditar los cultos paganos. Es un desguace de ideas con fines apologéticos. Arnobio simpatiza con aspectos doctrinales del epicureismo ausentes del cristianismo ortodoxo posterior: imperturbabilidad de Dios, mortalidad del alma (lo que no se opone a la doctrina de la resurrección), inexistencia de castigos crueles en la otra vida, vanidad de los ritos: «era, pues, mucho más sensible a los paralelo con Lucrecio que a las diferencias» [171].

Lactancio, discípulo de Arnobio, menosprecia a Lucrecio y Epicuro [172], pero no tiene empacho en incluir al final de sus *Instituciones* versos del poeta (VI 24-28) o en servir-

---

169 Véase R. Poignault, «Les références à Lucrèce chez Quintilien, Fronton et Aulu-Gelle», en R. Poignault (ed.), *Présence de Lucrèce...*, págs. 177-198.

170 *Contra Joviniano* II 11.

171 M. von Albrecht, *art. cit.*, pág. 355.

172 «Es como si de nuevo refutara a Epicuro, pues a él pertencen todos los delirios de Lucrecio *(quae delirat Lucretius)*», *(De opificio Dei* VI 1).

se de su elogio de Epicuro para elaborar el elogio de Cristo salvador[173].

Tertuliano concibe el alma como hecha de una materia sutil *(De anim.* V 6) y lo confirma con cita de Lucrecio (I 304).

Pero estos contactos leves no deben hacer olvidar que epicureísmo y cristianismo son antitéticos. ¡Cómo protestarían los epicúreos si se les quisiera hacer pasar por anticipadores de una doctrina tan extraña y enemiga de sus principios, supuestamente insuflada en las mentes y en la historia del modo que una y otra vez Lucrecio niega que en el mundo ocurra nada: *diuinitus!* El epicureismo era precisamente la única doctrina combativa que habría podido impedir la caída de Europa occidental bajo las supersticiones orientales que a la postre la anegaron. Y hasta tal punto a Epicuro se le sentía (con razón) como el enemigo más irreconciliable de la fe, que en las polémicas entre cristianos se hará costumbre llamar epicúreo sin más a cualquier disidente.

Cuando el cristianismo gana la batalla y se establece en todas partes, remite el fervor polémico antipagano y Lucrecio se queda en el limbo de los tratadistas de retórica, los gramáticos y lexicógrafos, que llevan a cabo un troceo del *De rerum natura* con fines eruditos y escolares.

En la Edad Media no hay propiamente una conjura de silencio contra Lucrecio. Se le abandona más que se le ataca. La victoria total del cristianismo volvió inocua la obra de Lucrecio, que, eso parecía, atacaba únicamente a los dioses paganos y no representaba ya ningún riesgo para el dios cristiano concebido dentro de otra dimensión cultural. Ningún autor de los que lo citan (aunque sea por vía indirecta)

---

[173] W. Schmid, «Lukrez und der Wandel seines Bildes», *Antike and Abendland* 2 (1946), 196 (cit. por E. Paratore, *art. cit.*, pág. 204).

denigra su vida o su doctrina. No hay que olvidar que debemos la conservación del texto a la labor de copia de los *scriptoria* medievales y que las manos sucesivas que glosaron los dos principales códices del *De rerum natura* denotan interés por el poeta[174].

Todavía Isidoro de Sevilla *(ca.* 560-636), para refrendar sus noticias naturalistas, recuerda a Lucrecio, aunque es poco probable que lo haga desde una lectura directa[175]. El prestigioso título *De rerum natura* lo llevará una obra suya y otra de Beda el Venerable (673-735).

El pasaje del polvillo que flota en un rayo de sol, símil de los átomos[176], leído en Lactancio o en algún *liber manualis,* impresionó a Dante, que lo imita: «le minuzie de' corpi, lunghe e corte, / moversi per lo raggio» *(Divina Comedia, Paraíso,* XIV 114-5). De haberlos conocido en su plenitud[177], ¡qué no hubiera hecho el fabricante de tormentos infernales con los versos bravos de Lucrecio, destructor de Avernos!

Sólo cuando la religión cristiana dejó de llenar todo el espacio mental y cultural de Europa el texto del *De rerum*

---

[174] G. SOLARO, *Lucrezio. Biografie...,* págs. 93-122, recoge un repertorio de autores medievales que citan o se hacen eco de Lucrecio.

[175] La etimología de *superstitio (Etymol.* VIII 3, 7) conecta de algún modo con la doctrina del poeta: «Pero Lucrecio llama 'superstición' a la de las cosas que 'sobre-están' *(superstantium),* esto es, las celestiales y divinas que están sobre nosotros; pero habla sin razón».

[176] *Multa minuta ... videbis / corpora misceri radiorum lumine in ipso,* II 116-7. La fuerza del ejemplo explica acaso que en la lengua vulgar del Siglo de Oro el concepto de 'átomo' casi no se aplicara más que a estas pelusas. Así, el *Dicc. de Aut.* define 'átomos' como «las moticas que andan por el aire [...] que sólo las vemos al rayo del Sol quando entra por los resquicios de las ventanas».

[177] M. VON ALBRECHT, *art. cit.,* págs. 349-353, examina sorprendentes paralelismos en el texto de la *Divina Comedia.*

natura recobró sus capacidades iluminadoras (o su virulencia antirreligiosa visto desde el otro lado). Renace Lucrecio como maestro de libertad.

Los humanistas de la primera hora conocieron a Lucrecio gracias a un antiguo manuscrito que Poggio Bracciolini (1380-1450) descubrió en Alemania y envió a su amigo Niccolò Niccoli en 1417, pronto multiplicado en numerosas copias manuscritas (e impresas[178]) y hoy perdido. Puede decirse que Lucrecio, como Tácito o Petronio, es un autor dado a conocer por los humanistas.

En la aurora de la imprenta un editor tras otro advierte en prefacios y comentarios sobre las finuras poéticas de Lucrecio y los *deliramenta* de su filosofía. La *editio princeps* la perpetra en Brescia *(ca.* 1473) un entusiasta incompetente[179] y la segunda se elabora en un taller sólido pero también incapaz de Verona (1486). A fines del s. XV, bajo la influencia de Giovanni Pontano (1429-1503) y otros estudiosos, comienza la tarea crítica sobre un texto muy corrompido. Fue el brillante exiliado griego Michele Marullo Tarcaniota (1453-1500), soldado de fortuna y erudito, el primero que se aplica a la edición del texto con entusiasmo y competencia[180]. Algunos pasan de las tareas editoriales a la imitación. Tal es el caso del mismo Marullo, que intentó una síntesis del panteísmo y el naturalismo materialista en sus *Hymni naturales* (1497), o de Pontano, que compuso una pieza didáctica titulada *Urania sive de stellis*.

[178] Es el autor clásico que se imprime menos: 4 ediciones hasta 1500 frente a 24 de Juvenal, 19 de Virgilio, 15 de Horacio; *vid.* C. Gordon, *A Bibliography of Lucretius*, Londres, 1962, págs. 47-52.

[179] «An incompetent hot-head» (C. Gordon, *A Bibliography...*, pág. 15).

[180] C. Gordon, *A Bibliography...*, pág. 16.

La impresión en Basilea (1523) de las *Vidas de filósofos* de Diógenes Laercio, cuyo libro X está dedicado íntegramente a Epicuro y recoge sentencias suyas y textos originales, da a conocer mejor las bases doctrinales de la escuela y ayuda enormemente a la comprensión de Lucrecio. Sin embargo, lo entiende todavía muy a la manera escolástica el averroísta Agostino Nifo (1473-1536 ó 1545), que en su tratado *De pulchro et de amore* dedicó dos interesantes epígrafes a la opinión de Lucrecio sobre el amor. En uno la resume[181] y en otro la discute y rechaza: «El amor sería un deseo de montar a la hembra por ver de engendrar el enamorado en ella y de ella un semejante. Pero tal amor más se acomoda a las bestia que a los hombres»[182]. Más adelante cuando trata los síntomas del mal de amores no deja de mencionar la melancolía lucreciana:

> ... seguidamente, el enamorado se vuelve melancólico, pues de la sangre seca, densa y oscura se forma la bilis negra que llena con sus emanaciones la cabeza, reseca el cerebro y no cesa de angustiar al alma día y noche con siniestras y horrendas figuraciones. Es lo que leemos que por amor le ocurrió al filósofo epicúreo Lucrecio, que entre los tormentos del amor y la locura acabó por suicidarse[183].

La atención que los pensadores del renacimiento dedican al poema de Lucrecio lo convierte a la vez en una base prestigiosa para la interpretación naturalista del mundo y para la revalorización de la idea de infinito, aunque no siempre dentro de un estricto antiespiritualismo, como veremos. El napolitano Scipione Capece (1485-1551) compuso una imi-

---

181 *De amore*, cap. VI (en Agostino Nifo, *Sobre la belleza y el amor*, ed. de F. Socas, Sevilla, 1991, pág. 181).

182 *Ibid.* cap. VII, pág. 182.

183 *Ibid.* cap. XCVI, pág. 358.

tación de Lucrecio en sus *De principiis rerum libri duo*[184], poema rico en digresiones felices y notas autobiográficas, donde se entrega a una discusión sobre los cuatro elementos[185]. La obra de Capece habría de influir en el florentino Bernardino Telesio (1508-1588) que publicó su *De rerum natura* en 1565. Este autor personaliza a la Naturaleza más allá del pagano: «Omnípara Naturaleza, hacedora de hombres y cosas, / complicada y sencilla, semejante a ti misma y desemejante, / por nadie engendrada, incansable, feraz, más hermosa que tú misma / y la única que contigo compite, a ti hasta después de vencida vuelves a vencer»[186].

Tanto Capece como Telesio, y luego Polignac en el s. XVIII, confiesan su admiración por Lucrecio, pero son defensores sinceros del dogma cristiano. El revuelo que armó el libro de Pietro Pomponazzi (1462-1524) *De immortalitate animae* (1516) pone en primer plano los argumentos contra la pervivencia del alma que se agolpan en el libro III del *De rerum natura*. En esta atmósfera, el sínodo episcopal de Florencia de 1517 decretó la prohibición de leer en las escuelas «poemas lascivos y descreídos, como es el poema de Lucrecio, donde con todas sus fuerzas se empeña en demostrar la mortalidad del alma»[187]. Pero se siguió leyendo a Lucrecio. Aonio Paleario (1503-1570), que habría de ser ejecutado por hereje en Roma, publicó un poema *De animo-*

[184] Hay una edición perdida hecha en Nápoles en 1534. Junto con el *De immortalitate animorum libri tres* de Aonio Paleario (Lión 1536) se imprimieron como partes integrantes en la edición lucreciana de Daniel Paré (Frankfurt 1631).

[185] C. GORDON, *A Bibliography...*, págs. 293-297.

[186] *Carm.* I viii 'Cicindela' *(Opera* 1762, n.º 141, vv. 20-23).

[187] Citado por D. SACRÉ, «Le premier Anti-Lucrèce de l'èpoque moderne? Aonio Paleario et son poème *De animorum immortalitate* (1535)», en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce...*, pág. 347.

rum immortalitate (Lión, 1536)[188] de inspiración platónica y que resulta lucrecianamente antilucreciano, pues al comienzo del canto II hace un panegírico de Aristocles (que no es otro que Platón, al que llama así con el nombre propio luego suplantado por el apodo): se trata, claro es, de una imitación de los elogios de Epicuro[189].

Giordano Bruno (1548-1600) retoma las ideas lucrecianas sobre la pluralidad de mundos y homogeneidad de la materia terrestre y celestial (I 951-1113). Cita a nuestro poeta con frecuencia cuando se refiere a estas cuestiones, tanto en el *De l'infinito e mondi* como en otras de sus obras[190].

España no fue del todo ajena a estos intereses naturalistas. Alfonso de Fuentes (nacido el año 1515), en una *Summa de Philosophia natural* (Sevilla, 1545)[191], expone en versos sueltos, según un esquema séxtuple, la astronomía, la física de los fenómenos terrestres, y la fisiología del cuerpo humano (atendiendo mucho a la reproducción). La obra es un diálogo entre Etrusco, un toscano que se encuentra en Sevilla, y Vandalio, un caballero andaluz. Vandalio hace una referencia a Epicuro: «Esta opinión de epicúreos / (ser fecho el mundo de áthomos) / muy grandes misterios tiene, / sin sentir lo que dixeron, / porque dixeron que aquestos / áthomos son sin comienço [...]: / es falso y muy fabuloso, / porque no ay cosa ninguna / sino sólo nuestro dios / que pueda ser sin principio» (f. xvi). Etrusco le contesta, haciendo una puntual referencia a Lucrecio: «De lo qual se sigue que es muy falsa / la opinión de Lucrecio, el qual dize / que ningu-

[188] Hay edición crítica reciente de D. Sacré (Bruselas, 1992).

[189] Véase D. Sacré, *art. cit.*, pág. 351.

[190] F. A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, trad. de D. Bergadà, Barcelona, Ariel, 1983, pág. 284.

[191] Cito por el ejemplar dela Biblioteca Nacional de Madrid [R. 2.217], cuya copia me cedió amablemente el prof. Juan Montero.

no no crea que la cosa / que puede ver el hombre nasce aquesta / de cosa que no es vista, y es visible» (f. xvii).

Lucrecio pasa muy pronto de estos tratados a la fantasía literaria. Famianus Strada, en sus *Prolusiones academicae* (1617), urde un extraño drama entre los poetas de la corte de León X. Los vates se dividen en virgilianos, estacianos y lucrecianos. Se proponen disfrazarse como sus literarios héroes pero sólo sale el intérprete de Lucrecio, que será el mismísimo Pietro Bembo y entrará en escena con el solemne *auia Pieridum peragro loca* I 926).

Las imitaciones parciales aparecen acá y allá. En España el poeta Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575) en la «Epístola a don Diego Lasso de Castilla» (vv. 97-108) hace traslación casi literal de II 1-6:

> *Dulce ver es de tierra un bravo viento*
> *que levanta la mar alta e hinchada* [...]
> *Ver sin peligro nuestro menearse*
> *y caminar con fiero continente*
> *dos bravos escuadrones a afrontarse,*
> *no porque el mal ajeno te contente,*
> *mas porque, en la verdad, es dulce cosa*
> *carecer del dolor que el otro siente*[192].

Quevedo, lector de Lucrecio, recordó sin duda las imágenes oníricas del amor (IV 1011-1036), en el soneto «A fugitivas sombras doy abrazos». Salta la sangre y el semen hacia la figura amada en el poema latino (IV 1045-1050); el

[192] Citado por A. J. Traver Vera, «El sabio epicúreo en Lucrecio II 1-13: fuentes y recepción en los Siglos de oro españoles», en M. Á. Márquez, A. Ramírez de Verger, P. Zambrano (eds.), *El retrato literario. Tempestades y naufragios. Escritura y reelaboración*, Huelva, 2000, pág. 453.

castellano sublima todo y dice «como de abrazarla tengo gana, / hago correr tras ella el llanto en río».

En Francia, antes ya de la edición de Lambinus (1563), que hizo época, Du Bellay había traducido y publicado (1558) el himno a Venus[193]. Montaigne (1533-1592), epicúreo confeso, cita a Lucrecio casi ciento cincuenta veces. El filósofo Pierre Gassendi (1592-1655), que descubre a Lucrecio a través de la experiencia ética e intelectual del librepensador Saint-Évremond (1613-1703)[194], lo prosifica y comenta[195] en su compendio *(Syntagma)* de doctrinas epicúreas, leído y secundado por Isaac Newton (1642-1727)[196] y Robert Boyle (1627-1691), padres de la física y la química modernas.

Se cree que Molière había comenzado una traducción de Lucrecio. Parafrasea en el *Misanthrope* (acto II, esc. 5, vv. 711-730) la andanada lucreciana contra los enamorados que disimulan los defectos de la amada con eufemismos (IV 1153-1169). M. de Marolles, el primer traductor francés del poema en 1650, frecuenta los círculos epicúreos y en el prólogo a las ediciones de 1659 y 1677 de su traducción afirma que Molière se había servido de ella[197].

Por este mismo tiempo Bossuet (1627-1704) traduce el *De rerum natura* y se hace una edición *ad usum Delphini*

---

[193] Texto y detalles en C. GORDON, *A Bibliography...*, pág. 153.

[194] E. PARATORE, *art. cit.*, pág. 119.

[195] Véase É. WOLFF, «L'utilisation du texte de Lucrèce par Gassendi dans le *Philosophiae Epicuri Syntagma* (1649)», en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce...*, pág. 327, n. 1.).

[196] Newton distancia atomismo y ateísmo: «La concepción *(philosophia)* de Epicuro y Lucrecio es verdadera y antigua, malamente desviada por ellos hacia el ateísmo». La cita se halla en A. W. TURNBULL (ed.), *The Correspondence of Isaac Newton*, Cambridge, 1961, vol III, pág. 335.

[197] Véase M. BENÍTEZ, «Y a-t-il une philosophie clandestine? Le statut des copies manuscrites du *De rerum natura*», *La Lettre Clandestine* 7 (1998), pág. 365.

(1680), aunque el editor, Michael Fay, se excusa por presentar al heredero de la corona una filosofía «reputada de irreverente y atea»[198].

El inglés Johannes Audoenus (John Owen, 1564-1622) convirtió en epigrama un juego de palabras lucreciano: *est amor in nobis in lignis ut latet ignis (cf.* I 891-892). John Dryden (1631-1700) tradujo los mejores pasajes del *De rerum natura* en vigorosas estrofas. En el prefacio a sus *Sylvae* de 1685 trazó un espléndido retrato intelectual de Lucrecio, donde habla de su noble orgullo, su capacidad de afirmar, su indignación ante la culpa, la fuerza masculina de sus versos, su riqueza argumental y calor poético. Pero al parecer no se puede ser buen poeta y ateo a tiempo completo: *In short, he was so much an atheist, that he forgot sometimes to be a poet*[199].

Cuando resurge el atomismo y la Ilustración arrecia con sus ataques a las religiones, Lucrecio adquiere importancia como maestro liberador. Empieza a apreciarse no sólo la fuerza de su poesía sino también el valor de su pensamiento. El anónimo que compuso el lúcido y elegante tratado *Theophrastus redivivus* (1659), que recoge el que quizá sea el primer sistema moderno libre y enfrentado a la tradición cristiana, ha leído con asiduidad a Lucrecio al que cita con frecuencia y en extenso. La obra circuló manuscrita y el nombre de Lucrecio aparece en el frontispicio junto al de Epicuro[200].

---

198 *Quae irreligiosa aestimatur et impia* (véase C. Gordon, *A Bibliography...*, págs. 90-92).

199 T. J. B. Spenser, «Lucretius and the Sicientific Poem in English», en D. R. Dudley (ed.), *Lucretius*, Londres, 1965, págs. 134-135.

200 *Theophrastus redivivus*, ed. de G. Canziani y G. Paganini, Florencia, La Nuova Italia Ed., 1981.

El *Traité de l'infini créé,* de fines del XVII y falsamente atribuido a Malebranche, defiende la infinitud del mundo con un argumento prestado de Lucrecio (V 998-1001)[201].

En la erotodidaxis de la novela libertina *L'Ecole des filles* (1655), para evitar la concepción haciendo que el esperma *ne tombe pas justement au lieu où il devrait,* se proponen los mismos meneos de la hembra que aconseja Lucrecio en IV 1268-1273[202].

Bonaventure de Fourcroy, *homme de belles lettres,* lo cita bastantes veces en sus *Doutes sur la religion proposés à MM. les Docteurs de Sorbonne,* un tratado subversivo confiscado por la policía real en 1698. Como el anónimo autor del *Theophrastus,* Fourcroy se interesa «por los argumentos que Lucrecio desarrolla para negar la providencia divina o afirmar la materialidad del alma [...] A menudo, la influencia de Lucrecio se deja adivinar, aunque no se le nombre a las claras»[203]. Sin embargo, los materialistas de las Luces descartan en general el craso mecanicismo epicúreo en favor de concepciones como el alma del mundo o la materia animada[204].

En el tolerante siglo XVIII, Lucrecio se imprime menos veces de lo que se podía esperar[205], pero circula en repertorios manuscritos dentro de los ambientes de la llamada lite-

---

201 Véase A. DEL PRETE «Entre Descartes et Malebranche: le 'Traité de l'infini créé», en A. MCKENNA, A. MOTHU (eds.), *La Philosophie clandestine à l'Âge classique,* París-Oxford, Universitas-Voltaire Foundation, 1997, pág. 315.

202 C. FISCHER, *Les aspectes philosophiques de la littérature érotique,* en A. MCKENNA-A. MOTHU, (eds.), *La Philosophie clandestine...,* pág. 409.

203 M. BENÍTEZ, *art. cit.,* págs. 363-364.

204 M. BENÍTEZ, *art. cit.,* pág. 361, n. 13.

205 C. GORDON, *A Bibliography...,* pág. 22.

ratura clandestina[206]. Es curioso que cuando en Italia ya se habían publicado más de media docena de Lucrecios latinos desde la introducción de la imprenta hasta 1515, hubiera que esperar hasta 1717 para ver una traducción impresa[207].

Cuando Voltaire quiso dar a conocer sus opiniones deístas y heterodoxas, las publicó en forma de *Lettres de Memmius à Cicéron* (1771) «encontradas por el almirante Sheremetof en la biblioteca del Vaticano»[208]. Allí el librepensador, tras la máscara de Memio, debate sobre la muerte de Lucrecio y ensalza sus ataques contra la superstición.

El cardenal Melchior de Polignac (1661-1741) dedicó a la refutación del epicureísmo, un largo y detallado poema en nueve libros titulado *Anti-Lucretius sive de Deo et Natura*[209], compuesto a fines del s. XVII y publicado por partes hasta la edición completa de 1747[210]. A lo largo de sus 13.000 versos Polignac desempeña a la perfección el papel de *simia Lucreti,* remedando su forma, estilo y versificación, pero a la vez trastornando todos sus contenidos y haciendo una ardua defensa de la providencia divina, la inmortalidad del alma y demás. Pero donde más brilla es en

---

[206] Véase M. BENÍTEZ, *art. cit.*, pág. 362.

[207] La de Alessandro Marchetti publicada en Londres e incluida en el *Índice de libros prohibidos* al año siguiente. Circuló manuscrita poco menos que como obra clandestina desde 1669. Véase C. GORDON, *A Bibliography...*, págs. 194-196.

[208] G. HIGHET, *La tradición clásica,* México, 1978, vol. II, pág. 65.

[209] Para É. FLAMMARION, «L'*Anti-Lucretius sive de Deo et Natura libri novem* de Polignac», en R. POIGNAULT (ed.), *Présence de Lucrèce...*, pág. 365, la obra quizá fuera compuesta por algún colaborador del cardenal.

[210] Se reeditó y tradujo a diversas lenguas; véase C. GORDON, *A Bibliography...*, pág. 300. Fue tan apreciado que un halagador Voltaire en su *Temple du Goût* saca a Lucrecio reconociendo ante el cardenal: «Tu m'as vaincu, je cède et l'âme est immortelle, / aussi bien que ton nom, mes Écrits et tes Vers».

los símiles e ingeniosidades. Así, los tormentos del amor, que andaban por el libro IV de Lucrecio, se resumen en un epigrama galante:

tormenti genus omnis amor: si fervidus optes
emoreris, vel si tepidus nil carpis amoeni[211].

En Alemania no le faltaron lectores curiosos o desatentos. G. E. Lessing (1729-1781) se preocupó de las relaciones entre poesía y pensamiento, que en Lucrecio confluyen y pugnan como en ningún otro. Su veredicto es terminante: «Lucrecio y quienes se le parecen son fabricantes de versos, pero no poetas»[212]. Al lado de este juicio tan severo hay señales de la popularidad del poeta. El reproche de la Naturaleza al Hombre rebelde contra su propia mortalidad, —«Y tú titubearás y protestarás de morir?»[213]—. le sonaba a Goethe como aquel otro de «Federico el Grande, que durante la batalla de Collin gritó a sus granaderos: 'Vosotros, perros, ¿es que queréis vivir para siempre?'»[214]. El filósofo Kant, que sin la ayuda de telescopios poderosos fue capaz de ver en las nebulosas unos agolpamientos de estrellas similares a la Vía Láctea a los que llamó 'universos-islas', confiesa haberse inspirado en la pluralidad de mundos que entrevió Lucrecio[215].

Son interesantes las imitaciones pedagógicas de Lucrecio que hacen los profesores de la Compañía de Jesús. El

---

[211] «Todo amor es tormento sin salida: / si con fervor anhelas, te desvives; / si con tibieza, pierdes todo el gusto» (I 1058).

[212] «Sobre la posibilidad de que un poeta como tal pueda tener un sistema» (obra de 1775), en G. E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*, intr., trad. y notas de A. Abreu, Barcelona, *Anthropos*, 1990, pág. 280.

[213] *tu uero dubitabis et indignabere obire?* (III, 1045).

[214] M. von Albrecht, *Historia...*, t. I, pág. 306.

[215] M. von Albrecht, *Historia...*, t. I, pág. 305.

Padre José Pons Massana (1730-1815) compuso dos curiosos poemas didácticos latinos de materia científica, titulado el uno *Philocentrica sive de corporum gravitate libri duo,* que tiene como tema la fuerza centrípeta o gravitatoria, y el otro *Ignis* (Barcelona, apud Franciscum Suriá, 1760). Los también jesuitas[216], naturalizados en la católica Italia pero oriundos de los Balcanes, Ruggero Giuseppe Boscovich (1711-1787) y Benedetto Stay (1714-1801) escribieron sendos poemas con pretensiones de vulgarizar las novedades de la ciencia. Boscovich era un genio imaginativo que anticipó descubrimientos posteriores de modo asombroso. Utiliza hexámetros lucrecianos en su *De solis ac lunae defectibus* (Londres, 1760). Su paisano Stay escribió dos largos poemas destinados a sustituir al de Lucrecio: el primero (1744)[217] encierra el sistema de Descartes y el segundo (1755 y 1760)[218] recoge las doctrinas de Newton.

Otro tanto se hace en las lenguas vivas. El malogrado poeta André Chénier (1762-1794) «durante diez años estuvo rumiando un poema didáctico, el *Hermès,* que expondría las doctrinas de la Enciclopedia en el estilo de Lucrecio»[219]. Allí Lucrecio se codea con naturalistas y físicos:

> *Souvent mon vol, armé des ailes de Buffon,*
> *franchit avec Lucrèce, au flambeau de Newton,*
> *la ceinture d'azur sur le globe étendue*[220].

---

[216] Eran oriundos de Ragusa-Dubrovnik pero afincados en Roma e italianizados. Véase C. Gordon, *A Bibliography...*, págs. 300-303.

[217] *Philosophiae...versibus traditae libri sex,* Venecia 1744 y Roma 1747.

[218] *Philosophiae recentioris...versibus traditae libri decem,* Roma 1755 (libros I-III) y 1760 (libros IV-VI), ambas ediciones con notas en prosa de Boscovich. La edición completa del poema no aparecería hasta 1792.

[219] G. Highet, *La tradición...*, vol. II, págs. 167-168.

[220] Citado por P. Boyancé, *Lucrèce...*, pág. 325.

En el periodo romántico pasan a primer plano las visiones grandiosas y los tonos oscuros de Lucrecio. En un epitafio adéspoto del pintor Goya se engasta la frase lucreciana *decurso lumine uitae* (III 1042)[221]. Otras veces el intercambio se hace en el territorio de los sentimientos más que en el de las doctrinas. El poeta italiano Giacomo Leopardi (1798-1837) tuvo en nuestro poeta al autor clásico con quien estableció los vínculos más fuertes. Lucrecio es para él «la prima voce» de la edad latina. «Como Lucrecio, Leopardi [...] contempla los entusiasmos y los esfuerzos humanos con asombrada lástima, como quien mira un hormiguero aplastado por una manzana»[222].

Los poetas ingleses rinden tributo a Lucrecio. Frente a muchos, Lord Byron opinaba que lo que arruina la poesía de Lucrecio no es su física sino su ética. Las enseñanzas del *Don Juan* no dejan de prevenir a los espíritus débiles contra Lucrecio: *Lucretius' irreligion is too strong / for early stomachs, to prove wholesome food...* (I 43). Se dice que Shelley, estudiante en Eton, se hizo ateo leyendo la doctrina de Plinio sobre los dioses y el poema de Lucrecio[223]. Algernon Swinburne en su poema *For the Feast of Giordano Bruno, philosopher and martyr* termina colocando a Lucrecio en el paraíso de los ateos, donde aguarda la llegada de Bruno y Shelley[224]. El poema de Tennyson *The Two Voices* es lo más parecido que hay a Lucrecio en la literatura inglesa. «Pero el espléndido y franco *Lucretius* de Tennyson —una fantasía físico-erótica— muestra que va mucho más allá de la cien-

---

[221] A. Ruiz de Elvira «*Decurso probe lumine vitae*», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 8 (1995), 295-298.

[222] G. Highet, *La tradición...*, vol. II, pág. 213.

[223] T. J. B. Spenser, *art. cit.*, pág. 157.

[224] G. Highet, *La tradición...*, vol. II, pág. 247, n. 57.

cia y la antirreligión en su aprecio del poeta»[225]. El largo poema pertenece al subgénero de la lírica historicista. En él aparece la esposa apócrifa que le asignaron los biógrafos humanistas[226]: *Lucilla, wedded to Lucretius, found / his master cold...* Tras clavarse el cuchillo, las últimas palabras del poeta suicida son para descargar de responsabilidad a la angustiada mujer: *Care not thou! / Thy duty? What is duty? Fare thee well!*

Victor Hugo se lanzó a la lectura de Lucrecio por rebeldía juvenil, porque «mis profesores de retórica» —cuenta— «me habían hablado muy mal de él y esto avivó mi interés». Siendo casi un niño topó con el pasaje que proclama que la religión buena no consiste en ceremonias sino en dirigir al mundo una mirada tranquila (*placata posse omnia mente tueri* V 2003). «Detúveme a meditar», prosigue, «y continué la lectura. Algunos instantes después ya no vi ni oí nada a mi alrededor; hallábame sumergido en el poeta»[227]. Hugo llamará en sus versos al *De rerum natura* 'monstruo sonoro':

---

[225] T. J. B. Spenser, *art. cit.*, pág. 163.

[226] Aparece por vez primera en la 'Vida' lucreciana de Giovanni Battista Pio (1511) y su nombre cambia a veces en Lucilia y Lucía; véase G. Solaro, *Lucrezio. Biografie...*, págs. 14-15 y 46-47. Pomponio Leto (1492) le inventa a nuestro poeta un amante efébico: Asterico (*ibid.* págs. 12 y 27).

[227] Las citas proceden de Victor Hugo, *Guillermo Shakespeare* [traducción de A. Aura Boronat], Madrid, Saturnino Calleja, 1880, pág. 99. En esta misma obra se emite un juicio entreverado de fantasías místicas y aseveraciones certeras: «Júpiter está en Homero, Jehová en Job, en Lucrecio aparece Pan. [...] Llevó a tal grado la simplificación del universo, que casi lo aniquiló. [...] Ganoso de conocer la región sombría, se embarca en el ataúd y, desatando por sí mismo la amarra, empuja con el pie esta barca oscura, a la cual mece desconocido oleaje» (libro II, cap. 2, secc. 6, págs. 50-52).

Lucrèce, pour franchir les âges,
crée un poème dont l'oeil luit,
et donne à ce monstre sonore
toutes les ailes de l'aurore,
toute les griffes de la nuit
(*Les contemplations XXXIII*, «Les mages»).

Charles Baudelaire (1821-1867), el poeta del hastío urbano, sacó de Lucrecio la fórmula *semper eadem*[228] como título para una pieza de *Les fleurs du mal* (XL).

El parnasiano Sully Prudhomme (1838-1907), que juntó la perfección formal de su escuela con intereses filosóficos[229], pergeñó una reelaboración poética del libro I de Lucrecio (1878/9), tarea que le ayudó en la búsqueda de un lenguaje a la vez elegante y preciso[230].

Marcel Schwob (1867-1905), refinado maestro de la prosa simbolista, incluyó en sus *Vies imaginaires,* —recreación biográfica de veinte personajes de los que se sabe poco— un retrato de Lucrecio, que, si se le borra el amor de una altiva africana y el consabido suicidio, se atiene a la letra del *De rerum natura.* Así cuando relata que Lucrecio, «tal cual las ensangrentadas facciones de Roma, con sus turbas de litigantes armados e injuriados, contempló el torbellino de las manadas de átomos, tintos en una misma sangre, disputándose una oscura supremacía» (símil presente en *De rerum natura* II 569-580). O bien: «...ya instruido merced al rollo de papiro en el que las palabras griegas aparecían, como los átomos del mundo, tejidas unas con otras...» (tal como dice

---

[228] *Eadem sunt omnia semper* (III 945).

[229] Intentó hacer una poesía que expresara los valores y conquistas de la ciencia en *Le prisme* (1886). Se ocupó de problemas morales en *La Justice* (1878) y *Le Bonheur* (1888). Todo, como se ve, *more Lucretiano.*

[230] M. von Albrecht, *Historia...*, t. I, pág. 305.

Lucrecio de sus propios versos en II 688-695) Y esto otro: «Sabía que no queda de nosotros ningún doble aspecto para verter lágrimas sobre su propio cadáver tendido a sus pies» (según III 881-883).

Gustave Flaubert (1821-1880), en carta a Mme. Roger de Genettes, no se priva de juzgar al poeta inevitable[231]:

> La melancolía antigua me parece más profunda que la de los modernos, que sobrentienden todos más o menos la inmortalidad [...] En ninguna parte encuentro esta grandeza, pero lo que hace a Lucrecio intolerable es su física, que da como positiva. Si es débil, es por no haber dudado bastante, ha querido explicar, ¡concluir!».

En pleno siglo positivista Emygdius Capelli (muerto en 1868) creyó conveniente ocuparse de temas epicúreos con versos lucrecianos y publicó *De mundi origine vetus Epicuri sententia Latinis versibus refutata*[232].

El joven Karl Marx dedicó la tesis de licenciatura a la *Diferencia entre la filosofía natural de Demócrito y Epicuro* (1841), con especial atención al tema de la libertad y la desviación *(clinamen)* de los átomos.

En la segunda mitad del XIX Lucrecio se convierte de verdad en un autor estudiado en las escuelas, pero siempre en antologías. Una de ellas es la que con el subtítulo de «El genio de Lucrecio» preparó el filósofo francés Henri Bergson. Bergson, como hará luego Santayana, reivindica la originalidad de Lucrecio, no lo quiere considerar tan sólo el mensajero de Demócrito y Epicuro.

---

[231] G. Flaubert, *Correspondence*, Troisième série (1854-1869), París, 1910 (citado por M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. V).

[232] Señalado por D. Sacré, *art. cit.*, pág. 355.

La figura de Lucrecio está detrás de todos los evolucionistas de la primera hora (el biólogo Jean Baptiste Lamark o el filósofo Herbert Spencer). A Darwin no faltó quien le recordara que algo de su teoría estaba ya en Lucrecio[233], y el genial y laborioso científico negó haberlo leído, sin que tengamos razón para no creerle.

Dentro del movimiento positivista se libra una sorda batalla entre ciencia y sentimiento. Con su célebre tesis, M. Patin[234] (1793-1876) acredita ante muchos la idea de que Lucrecio es un nudo de contradicciones: doctrinario y poeta, un enamorado que habla contra el amor, un amargado y miedoso de la muerte, alguien que busca la independencia liberadora pero añora una fe y entrega su mente a Epicuro. El Lucrecio que se refuta a sí mismo se pone de moda[235].

Hay quien abraza a Lucrecio, como el hereje de todas las herejías. Tal Friedrich Nietzsche (1844-1900), que hace de él (en *El Anticristo)* su propio precursor: «...léase a Lucrecio para comprender lo que Epicuro combatió: no el paganismo, sino el 'cristianismo', es decir, la perdición del alma a partir de los conceptos de culpa, castigo e inmortalidad».

Miguel de Unamuno (1864-1936) adaptó a sus particulares agonías las supuestas contradicciones lucrecianas y habla de «aquel terrible poeta latino, Lucrecio, bajo cuya apa-

---

[233] El pasaje más llamativo es el que habla de la selección de las formas mejor adaptadas a partir de otras inviables o monstruosas (V 837-877).

[234] «Du poème De la Nature: l'antilucrèce chez Lucrèce», en *Études sur la poésie latine* I, París, 1868. D. E. W. Wormell, *art.cit.*, pág. 54, ratifica que el opúsculo debería más bien titularse «L'anti-Patin chez Patin».

[235] W. Fauth, «Divus Epicurus. Zur Problemgeschichte philosophischer Religiosität bei Lukrez», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I 4 (1973), pág. 211.

rente serenidad y ataraxia epicúrea tanta desesperación se cela»[236]. Ya avisamos antes que este sentimiento trágico es más propio de algunos lectores de Lucrecio que del poeta mismo. El conflicto de razón y sentimiento es muy de época. Perdura y se agrava en Unamuno, pero tiene a su vez manifestaciones estrafalarias o paródicas[237].

En cambio a otros, como al poeta peruano Manuel González Prada (1844-1918), el rebelde descreído les proporciona una alegría orgullosa. Así apostrofa a Lucrecio: «En el reino inviolado de la muerte / eres, oh gran pagano, / manjar de libres, demasiado fuerte / para el servil cerebro de un cristiano»[238].

El filósofo español de expresión inglesa George Santayana (1863-1952) en un libro muy leído *(Tres poetas filósofos. Lucrecio, Dante, Goethe)* lo caracteriza con admiración: «Extraordinariamente vívido, inexorable, inequívoco en todos sus detalles, es sobremanera grandioso y severo en su agrupación de los hechos»[239]. Santayana, enamorado de su autor, afirma que Epicuro fue sólo un suministrador de ideas a medio cocer; habría sido Lucrecio el verdadero constructor del sistema materialista epicúreo.

En el terreno puramente literario es severísimo el juicio de Theodor Mommsen (1817-1903), lastrado ciertamente por

---

[236] *Del sentimiento trágico de la vida,* cap. V («La disolución racional»).

[237] Pienso en el poema de JOAQUÍN M.ª BARTRINA (1850-1880) «De omni re scibili», muy popular en tiempos. La típica pugna de razón y sentimiento se expresa al final como derrota de la fanfarronería científica: «Todo lo sé, del mundo los arcanos / ya no son para mí / lo que llama misterios sobrehumanos / el vulgo baladí... / Mas, ay, que cuando exclamo satisfecho 'todo, todo lo sé', / siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho, / un algo, un no sé qué...».

[238] «Lucrecio» del poemario *Grafitos* (París 1937).

[239] Trad. de J. FERRATER MORA, Buenos Aires, Losada, 1943, pág. 35.

ese lugar común de la filología y el historicismo germánicos que proclama que en arte y filosofía Grecia es el sol y Roma una luna de luz mortecina y refleja:

> ... quien lea con los ojos del filósofo el poema didáctico de Lucrecio, echará de ver que en él no se tocan los puntos más importantes del sistema [...]; y aquellos que sólo busquen en él la poesía, se fatigarán pronto de aquellas disertaciones matemáticas, sujetas a la medida del verso, que hacen verdaderamente ilegible una buena parte del libro[240].

Con más requilorios, viene a decir lo mismo que, como vimos, había dicho Lessing cien años antes. Pero otros lo apreciarán siempre. André Gide (1869-1951), en su *Journal* (8 de febrero de 1944) se sorprende de entenderlo mejor de lo que esperaba y se anima a estudiar de nuevo el latín, al tiempo que exclama: *Quelle mâle énergie chez Lucrèce; quelle austère noblesse dans son impieté, dans sa libre pensée impavide!*.

A mediados del s. xx el único país que en la angustiada posguerra europea celebró el bimilenario de la muerte de Lucrecio fue la Rusia soviética, que hizo al poeta el mejor homenaje con la edición y traducción de su obra por Teodoro Petrovski (Leningrado, 1945, reeditada en 1946-47 con comentarios e ilustraciones)[241]. El poeta y dramaturgo marxista Bertold Brecht (1898-1956) naufragó un tanto en su proyecto de adaptar el *Manifiesto comunista* a las formas de la poesía didáctica lucreciana[242].

---

[240] TH. MOMMSEN, *Historia de Roma* [trad. de A. GARCÍA MORENO], Madrid, Turner, 1983, cap. XII, t. VIII, pág. 401.

[241] C. GORDON, *A Bibliography...*, pág. 253.

[242] W. RÖSLER, «Vom Scheitern eines literarischen Experiments. Brechts 'Manifest' und das Lehrgedichtt des Lukrez», *Gymnasium* 82 (1975), 1-25.

Incluso en las vanguardias le brotan a nuestro poeta retoños inesperados. Raymond Quenau (1903-1976), el juguetón y genial fundador del *Ouvrier de Littérature Potentielle (OULIPO)* que se propone liberar la escritura sometiéndola a reglas imaginativas y fecundantes, compuso una *Petite Cosmogonie Portative,* poema didascálico que tiene detrás como referencia constante el texto de Lucrecio, del que toma ante todo ese fondo de continuo pasmo ante las cosas, y también algunas expresiones deformadas *à la oulipienne.* Así a la hora de celebrar la más extraña de las maquinaciones naturales, la reproducción por sexos, introduce una invocación a Venus con triple remedo de Lucrecio (I 1):

Aimable banditrix[243] *des hommes volupté*
qui donnes à l'être un trou pour éjaculer [...]
Aimable banditrix des hommes volupté
toi qui créas le foutre et la féminité [...]
Aimable banditrix des hommes volupté
prends-moi par la main (disons) et montre moi comme
au delà des coraux aux ambitions atolles
ils vont faire l'amour les mignons nématodes
(IV 110-155).

La historia de la humanidad no emerge más que al final resumida en dos versos que cierran en anillo la cosmogonía atómica y otean un horizonte de desastre nuclear:

Le singe sans effort le singe devint l'homme
lequel un peu plus tard désagrégea l'atome.

[243] Queneau juega con el epíteto lucreciano *genetrix* y con los vocablos franceses *bandit* («bandido») y *bander* («empalmarse»).

18. *Lucrecio, profeta de la ciencia*

Hay en Lucrecio vislumbres de la ciencia moderna. No podemos menos de asombrarnos ante la concepción atomista (I-II), el enunciado diáfano de la ley de conservación de la materia (I 150-224), la crítica de cierta idea ingenua de progreso y finalismo (II 167-183), los esbozos de una teoría de la selección natural de las especies (V 837-924). Admiramos su audacia de quitarle un centro al universo (I 1052-1113) y poblarlo de mundos (II 1048-1089). Sutil y recóndita es la doctrina del carácter no-objetivo de algunas sensaciones y el color (II 730-864). Afirmaciones suyas, tenidas mucho tiempo por extravagantes, como atribuir ensueños a los animales superiores (IV 962-1029) o deleite a las hembras en el coito (IV 1192-1207), hoy son moneda corriente.

A veces las profecías son detallistas. No sé si alguna vez se ha indicado que Lucrecio enuncia como sin querer el fundamento sensitivo y óptico del cinematógrafo, cuando dice hablando de la movilidad de las imágenes oníricas: «No es de extrañar que las representaciones se muevan y regularmente agiten brazos y otras extremidades (pues ocurre que en sueños las imágenes parecen hacer tales cosas), comoquiera que, cuando la primera acaba y luego en otra posición nace otra, la primera entonces parece cambiar de ademán» (IV 768-772). ¡Tiene mérito afirmar, antes de que las apariencias más palmarias de lo contrario fueran desmentidas por vía experimental y con ayuda de aparatos, que las sensaciones derivan de un flujo discontinuo de imágenes!

En este punto de las anticipaciones no falta sin embargo quien extreme las cosas y saque a la palestra nada menos que el principio de indeterminación formulado por el físico Werner Heisenberg para conectarlo al *clinamen* lucreciano (II 216-250): «La idea de una declinación 'inmotivada' ('voluntaria'), largo tiempo burlada como anticientífica, ha en-

contrado ahora una confirmación en el sentido de que en ámbito atómico ciertos fenómenos no pueden explicarse causalmente, sino sólo previstos estadísticamente»[244]. Pero todo esto, claro es, hay que entenderlo dentro de la distancia enorme que separa el atomismo antiguo del moderno. El átomo de la ciencia física actual sólo muy vagamente se identifica con el de los antiguos. Se diría que uno y otro son realidades heterogéneas e incompatibles. Aunque Lucrecio, como por adivinación, adelante muchos de los principios del atomismo clásico[245], el atomismo de hoy, a la vez ondulatorio y corpuscular, sin lugar para el vacío, se le parece menos; sólo algo así como los *quarks*, piezas últimas de unos átomos desmontables, podrían asimilarse a los átomos epicúreos.

Hay que mirar más allá de la fortuna que en este terreno hayan tenido sus aciertos y desaciertos, porque es su espíritu de amor a la realidad como verdad lo que importa. Resulta instructivo seguir a nuestro poeta al tiempo que renuncia, por ejemplo, a cualquier ilusión antropocéntrica (lo que con grandes dificultades y tropiezos intenta la ciencia moderna). Y así, cuando vemos que en la actualidad los paleontólogos evolucionistas desentierran vestigios de antiquísimos animales aviformes y luego dan por sentado que el vuelo viene a ser una consecuencia inesperada del nacimiento de plumas (y no al revés), uno piensa al punto que están haciendo suyo el aforismo lucreciano: *quod natumst, id procreat usum* (IV

---

[244] M. von Albrecht, *Historia...*, t. I, pág. 299.

[245] Todavía el atomismo experimental y cuantificado de John Dalton (1766-1844) es en gran parte idéntico al de Lucrecio (átomos indivisibles e invariables, cuerpos compuestos de átomos diferentes, identidad de todos los átomos de una sustancia pura, redistribución de átomos en las reacciones químicas). Véase F. J. Olivares del Valle, *Noción de átomo y su historia*, Cáceres, 1998, págs. 219-221.

835). Porque es que hay modos de razonar, o de ejemplificar lo razonado, que sin saberse ya de donde vienen, saliendo de Lucrecio y otros antiguos, llegan al presente. Los físicos y biólogos actuales, cuando hablan de los modos de operar del azar, no dejan de recurrir a la fabulilla del mono que sin propósito teclea en una máquina de escribir hasta componer *Hamlet.* La escena estaba ya en el tratado *Sobre la naturaleza de los dioses* (II 93-94) de Cicerón, donde un hombre tira al suelo caracteres de las veintiuna letras, hechos de oro u otro material, y salen compuestos los *Anales* de Ennio[246]. En pos de precursores griegos (Demócrito sobre todo), Lucrecio gustaba de comparar los átomos con las letras del alfabeto[247].

19. *La transmisión del texto*

El texto del *De rerum natura* es un caso perfecto de tradición cerrada. Hubo un momento en que la corriente de copias, que nunca debió ser caudalosa, quedó reducida a delgado hilillo: un manuscrito en letra capital del siglo IV o V, que tal vez fue transcrito en minúscula alrededor del año 800. De él derivan, sin contaminación de otras fuentes, todas las copias posteriores conservadas. Entre ellas destacan como principales dos códices, uno y otro denominado indistintamente *Leidensis* (por la biblioteca que los guardó) o *Vossianus* (por su antiguo propietario). Sólo la forma de sus hojas les otorga el apellido que las distingue: *Oblongus* (O) y *Quadratus* (Q). Fueron copiados en Francia en algún momento del s. IX. El primero es algo más antiguo y fiable

---

[246] Véase una interesante discusión del caso en D. ARMSTRONG, «The impossibility of mathesis: Philodemus and Lucretius on form and content of poetry», en D. OBBINK (ed.), *Philodemus...*, págs. 224-225.

[247] En I 197, 824 y 912; II 688 y 1013-1018.

que el segundo, pues al parecer se transcribió sin intermediario y con mayor cuidado[248]. De la misma fuente que el *Quadratus* procede una serie de hojas sueltas *(schedae)* conocidas como *Gottorpienses* y *Vindobonenses,* igualmente de época carolingia. Todos estos códices y fragmentos comparten numerosos errores que estaban ya en el arquetipo, atribuibles a la casi total incomprensión del sentido por parte de unos copistas que jamás yerran a sabiendas o con intención de arreglar un pasaje (la forma de error más insidiosa para la tarea del filólogo).

A. García Calvo[249] ha propuesto un nuevo *stemma* cuyo tronco arranca de la supuesta edición ciceroniana a través de otra del s. II d. C. (ω), muy cuidadosa con la ortografía recomendada por el gramático Probo[250] e ilustrada con títulos semigriegos, de moda en el helenismo de la época de Adriano, y con variantes textuales. Viene luego el cambio de soporte, del rollo al libro o códice (principios del s. IV) y dos momentos editoriales que dejan su huella en la trasmisión (arquetipos Ψ y χ, este último copiado en Irlanda); sigue el paso de la letra uncial a la llamada carolina (en torno al año 800), en la que se compone el arquetipo (φ) del que depende toda nuestra tradición, bien directamente en el caso de O, bien a través de un intermediario (x) en el caso de Q y las *schedae;* a partir de ahí se pasaría de la 'copia a ciegas' a la comprensión creciente del texto, con los diversos correctores de O y Q.

---

248 Hay edición facsimilar de los dos manuscritos: É. CHÂTELAIN, *Lucretius Codex Vossianus Oblongus phototypice editus,* Leiden, A. W. Sijhoff, 1908. El *Quadratus* se reprodujo con los mismos datos editoriales el año 1913.

249 Lucrecio, *De la realidad,* Zamora, 1997, pág. 42.

250 A quien se atribuye una recensión del *De rerum natura;* véase. S. BODELÓN, «Tradición indirecta en Lucrecio»..., pág. 48.

Fuera ya de cualquier hipótesis novedosa es seguro que del *Oblongus* (o de un coetáneo equivalente guardado en la abadía de Murbach), mediante la copia efectuada por el humanista Poggio Bracciolini (1380-1450) y enviada a su amigo Niccolò Niccoli, deriva un conjunto de manuscritos del quinientos fabricados en Italia *(codices Itali)* a partir de 1418[251].

Fuera de esta tradición hay muy poco. Son del todo inseguras las trazas de Lucrecio que se han querido ver en papiros calcinados de Herculano[252]. El interés que por el poeta-filósofo mostraron gramáticos y profesores como Nonio o Prisciano, eruditos como Servio o Macrobio, y autores cristianos como Lactancio o Isidoro de Sevilla, permite que se perfilen algunos versos y vocablos gracias a sus citas, las cuales difieren muy poco entre sí y todas parecen venir de una misma edición.

Desde los albores de la imprenta se suceden las ediciones en las que la crítica humanística se ejerce en la lenta mejora de un texto muy estragado. La *editio princeps,* harto deficiente, se debe a T. Fer(r)andus (Brescia, *ca.* 1473), y destacan entre otras las de H. Avancius (Venecia 1500, primera Aldina), J. B. Pius (Bolonia, 1511), P. Candidus (Florencia, 1512-13, edición Juntina), A. Naugerius (Venecia, 1515, segunda Aldina), O. Gifanius (Amberes, 1565-66), D.

---

[251] Cada vez que la tradición de los manuscritos italianos difiere del texto del *Oblongus,* o se trata de un error involuntario o de una lectura conjetural. Carecen, pues, de elementos propios y no cabe utilizarlos para reconstruir el arquetipo. Véase G. F. Cini, «La posizione degli 'Italici' nello stemma lucreziano», *Atti e Mem. dell'Accad. Toscana La Colombaria* 41 (1976), 115-169.

[252] Ve trazas de cuarenta versos de Lucrecio en papiros de Herculano K. Kleve, «Lucretius in Herculaneum», *Cronache Ercolanesi* 19 (1989), 5-27; *cf.* W. Suerbaum, «Herculanensische Lukrez-Papyri», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 104 (1994), 1-22.

Lambinus (París, 1563-64, cuya reedición de 1570 incluye ya un índice de conjeturas). Muchos de estos humanistas encabezan el *De rerum natura* con vidas de Lucrecio donde se entreveran datos bien documentados y fantasías librescas[253].

En los siglos XVII y XVIII destacan las ediciones de T. Le Fèvre (Saumur, 1662), T. Creech (Oxford, 1695), G. Wakefield (Londres, 1796-97), todas ellas provistas de anotaciones y comentarios (algunos de Bentley en la de Wakefield).

En el siglo XIX la edición de C. Lachmann sobrepasa el ámbito del texto lucreciano para erigirse en modelo del método moderno de crítica textual. Los comentarios de Lachmann a su edición hicieron época cuando aparecieron por vez primera en 1850. Posteriormente la doble edición de H. A. J. Munro (*minor,* Cambridge, 1860; *maior,* Nueva York, 1860-1896) afianzó las bases para explicaciones objetivas. De gran interés es la ingente edición comentada de C. Giussani (Turín, 1896-1898).

En el siglo XX la labor de H. Diels, con su edición crítica y traducción alemana (Berlín, 1923-4), hizo avanzar la comprensión del poema. Muy consultadas han sido y serán las ediciones de A. Ernout (París, 1920; luego ampliada con la colaboración de L. Robin, París, 1925) y C. Bailey (Oxford, 1947).

El estudioso de Lucrecio dispone actualmente de ediciones y comentarios minuciosos de cada libro del *De rerum natura* por separado[254].

---

[253] Pueden leerse las de Pomponio Leto (*ante* 1492), Girolamo Borgia (1502), Pietro del Riccio Baldi (1505), Giovanni Battista Pio (1511), Pietro Candido (1512), Giglio Gregorio Giraldi (1545), Hubert van Giffen (1565/66) y Dénis Lambin (1570) en el excelente repertorio de G. SOLARO, *Lucrezio. Biografie...*, págs. 25-89.

[254] Véase en nuestra Bibliografía los apartados b) 2 y d) 2.

La edición de A. García Calvo, que es la que, a sabiendas de su heterodoxia[255], aquí adoptamos como texto básico para nuestra traducción, restituye la ortografía e intenta acercarse a lo que conocemos de la escritura republicana (con la presentación de formas como *saluos, equos, uolua, quom, quor, quoi, quoique, quoicumque, fluont*). Donde los manuscritos presentan mutilaciones y carencias graves García Calvo rehace el texto en perfectos hexámetros para regalarle al lector la comodidad de una lectura continuada. Con esta misma finalidad recogemos estas restituciones en nuestra versión (responsabilidad del lector será no tomar, y mucho menos citar, estas recreaciones como palabras propias de Lucrecio).

20. *Traducciones hispánicas*

En España, como fuera de ella, el destino de Lucrecio ha sido verse troceado y antologizado. Ningún traductor se atrevió con él entero hasta los umbrales mismos de la Edad Contemporánea.

Gabriel de Ciscar y Ciscar (1760-1829) en unos *Ensayos poéticos*[256], tradujo cuatro fragmentos de Lucrecio (I 1-58; I 63-102; I 251-305 y II 1-60) no sin encabezarlos con la habitual excusa sobre unos versos «en los cuales nada hay contra la religión ni contra la moral». No podía faltar el himno a Venus:

---

[255] M. Ferguson Smith hace una crítica injusta (acusa a García Calvo, que es capaz de componer hexámetros lucrecianos indistinguibles del modelo, de estar falto de «a good feeling for Lucretius' lenguage and style») y sesgada (todo el peso de la censura se descarga sobre los errores de atribución de las variantes en el aparato crítico) en su artículo «A mass of dross and one particle of gold: observations on a new text of Lucretius», *Prometheus* 26 (2000), págs. 233-240.

[256] *Impreso en la Librería Militar de Gibraltar*, 1825, págs. 21-34.

Oh de la estirpe ínclita de Eneas
alma progenitora que recreas
a los hombres y dioses inmortales,
y bajo de los signos celestiales
que velozmente giran, Venus bella,
las tierras en mil frutos abundosas
y las surcadas mares espaciosas
colmas de regocijo

(= I 1-4)

Ciscar fue asimismo autor de un *Poema físico-astronómico* en siete cantos, lleno de reminiscencias lucrecianas[257].

El peruano Pedro Paz Soldán y Unanue (1839-1895), que usó el pseudónimo de Juan de Arona, tradujo algunos trozos en una antología de poesía latina[258]. Suena así su verso:

Venus la reunión favorecía
de los amantes en la selva umbría,
cuando los arrastraba a tal efecto
o recíproco afecto,
o del ciego varón la fuerza bruta,
o sus regalos de bellota o fruta

(= V 962-965)

El colombiano Antonio José Restrepo (1855-1933)[259], bajo el título de «Los Dioses», hace una recreación muy liberal de V 1160-1239:

---

[257] Gibraltar, 1828, y Madrid, Imp. Ribadeneyra, 1861. *Vid.* E. Herreros Tabernero, «Lucrecio y otras fuentes en el Poema físico-astronómico de Gabriel de Ciscar y Ciscar», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat)* 8 (1995), 281-293. Más sobre este autor en E. La Parra López, *El regente Ciscar. Ciencia y revolución en la España romántica,* Madrid, 1995.

[258] *Poesía latina,* Lima 1883, págs. 1-13 y 49-54.

[259] *Poesías originales y traducciones poéticas*, Lausana, Imprenta G. Bridel et C.ª, 1899, págs. 307-312.

Digamos ya qué error ignominioso
impuso de los Dioses la existencia
a los débiles hombres, qué prestigio
levantó esos piadosos monumentos,
transmitió a las naciones esos cantos
misteriosos y extraños, esas pompas,
ese grande espectáculo en que el vulgo,
al través del incienso vaporoso,
sueña ver su destino de ultratumba...
En la noche del tiempo y los errores
investiguemos con paciencia y calma
cómo el hombre infeliz se hizo vasallo
de la misma obra que abortó su mente

(= V 1161-1168)

Don Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) tradujo en un castellano trufado de latinismos el proemio (I 1-101)[260], donde destaca la escena del sacrificio de Ifigenia:

Por varoniles manos arrastrada
trémula al ara fue, no cual debiera
en la sagrada pompa de Himeneo,
sino doncella, en el feliz instante
en que iba Amor a desatar su zona
fue por su padre víctima inmolada
para a las naves dar viento propicio.
¡Tanta maldad la religión persuade!

(= I 95-101)

[260] *Estudios poéticos*, Santander, Imp. C. de V. Saiz, 1878, págs. 45-49.

El mismo Menéndez Pelayo cita un epigrama de Andrés Bello (1781-1865), que es traducción del famoso *amari aliquid*[261] lucreciano (IV 1134):

De en medio de la fuente del deleite
un no sé qué de amargo se levanta,
que entre el halago de las flores punza.

Alberto Lista (1775-1848) tradujo el canto a Venus (I 1-23) «con fidelidad y gallardamente», según Menéndez Pelayo[262], que lamenta que el poeta sevillano no hubiera dedicado sus ocios a la versión del poema entero. Pero el breve fragmento presenta a un poeta que corre despreocupado por el verso filosófico y mezcla elementos pastoriles de Virgilio. Véase:

Tú el blando amor esparces, ya en los campos,
que pinta el ledo abril, ya en las montañas,
ya en los senos del piélago rugiente.
De amor llenas la selva: 'amor' resuenan
las frondosas mansiones de las aves;
y así de ser la llama fugitiva
por tu dulce influjo se propaga.
Inspira tú mi acento, tú, que el mundo
y la natura mandas; nada amable,

[261] R. Pérez de Ayala, muy apropiadamente, escogió este lema para encabezar la parte de su novela *A. M. D. G.* que trata de amores (véase ed. en Madrid, Cátedra, 1983, pág. 251, donde, por cierto, el intrépido editor romancea la expresión como ¡«ser amado por algo»!).

[262] Según M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, 1952, vol. II, pág. 339.

nada alegre es sin ti; nada del día
goza sin ti la refulgente lumbre.

(26-36 = I 17-24)[263]

Javier de Burgos (1778-1848), afrancesado, vio perderse su versión de Lucrecio en la requisa de libros y papeles que sufrió tras la derrota napoleónica[264]. La primera versión completa conocida es por tanto la del Abate Marchena (1768-1821)[265]. Está compuesta en endecasílabos blancos. Si para Menéndez Pelayo, como para tantos, es ambigua la valoración de Lucrecio, ambigua será también la del romanceador: «Cuando Lucrecio decae, su traductor lo hace lastimosamente; cuando el poeta latino se levanta en alas de su genio, el intérprete castellano se enciende en el sacro fuego de su modelo, y llega a producir acentos de noble y verdadera poesía»[266]. Un pasaje bien logrado es el del hombre náufrago:

Y el niño semejante al marinero,
que a la playa lanzó borrasca fiera,
tendido está en la tierra, sin abrigo,
sin habla, en la indigencia y desprovisto
de todos los socorros de la vida,
desde el momento en que naturaleza

---

[263] Esta frase final parece una versión algo alocada de *dias in luminis oras*. El poema fue editado con el n.º XIV de las «Poesías filosóficas», en ALBERTO LISTA, *Poesías*, Madrid 1822 y París 1854.

[264] M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid, C.S.I.C., 1950-1953, vol. VII pág. 78.

[265] Una copia manuscrita lleva la fecha de 1791, pero la primera edición es de 1892-96. M. MENÉNDEZ PELAYO conoció la obra en un manuscrito signado con las iniciales D. J. R. M. C. *(Biblioteca...*, vol. I, pág. 102) y sólo luego atribuyó a Marchena la traducción con pocas dudas *(ibid.*, vol. III, pág. 18).

[266] *Biblioteca...*, vol. I, pág. 104.

a la luz le arrancó con grande esfuerzo
del vientre de su madre; y llena el sitio
de lúgubre gemido, como debe
quien tiene que pasar trabajos tantos.

(V 313-322 = V 222-227)

El poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo (1782-1847) veneró a Lucrecio[267] y en su «Canto de Junín» aplicó al Sol los conceptos que el latino aplicó a Venus:

Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por ti viven
y acción, salud, placer, beldad reciben[268].

No detallaré aquí las prosificaciones recientes[269] (a la que se sumará la presente). Un trabajo notable es la versión rítmica del poeta mejicano R. Bonifaz Nuño[270], que suena así:

La primera, a los tristes mortales los granos frugíparos
distribuyó en otro tiempo Atenas, la de nombre preclaro,
e instauró de nuevo la vida y propuso las leyes,
y la primera dio a la vida los dulces solaces,
cuando engendró al varón con corazón tal hallando,
que en otro tiempo lo vertió todo con boca verídica.

(= VI 1-6)

---

[267] Carta al Dr. D. Joaquín Araujo: «Sepa Vd. (aquí en secreto) que yo amo mucho a Lucrecio y lo tengo por un genio extraordinario...» (cit. por M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía...*, vol. VII pág. 102).

[268] Versión libre de *per te quoniam genus omne animantum / concipitur* (I 4-5).

[269] Véase el apartado *e)* de la Bibliografía.

[270] *Lucrecio. De la natura de las cosas*, México, UNAM, 1984.

Una riqueza literaria fiera y extravagante (aunque hablen un idiolecto tan esquivo a veces como el latín del original) tienen los hexámetros acentuales de la versión que acompaña el texto de A. García Calvo:

A esto se añade que no sin las lluvias ciertas que vengan
al año podrá ofrecer su gozosa cría la tierra,
ni falta asimismo de pasto podrá la harnaz de las bestias
ni propagar su linaje y la vida ni mantenerla,
de modo que a muchas cosas comunes muchos entiendas
que hay elementos, como a las palabras vemos las letras,
más bien que haber cosa alguna sin sus principios que pueda.

(= I 192-198)

Las primeras traducciones completas al portugués datan de mediados del siglo XIX[271]. Al catalán se traduce en los años veinte del siglo pasado[272]. Hace poco ha aparecido una traducción completa al vascuence, que debe de ser la primera[273].

---

[271] Reseño estos dos libros que no he podido ver: J. D. MACHADO FERRAZ, *T. Lucrécio Caro. Da natureza das cousas traduzido em verso*, Lisboa, Mr. Rolland, 1850; A. J. LIMA LEITÃO, *A natureza das coisas, poema de Tito Lucrécio Caro* traduzido do original latino para verso Portuguez, Lisboa, impr. de Jorge Ferreira de Mattos, 1851-53, 2 vols.

[272] J. BALCELLS, *Lucreci. De la natura.* Volum I. Text i traducció ..., Barcelona, Editorial Catalana S. A., 1923 + Vol II, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1928.

[273] *Lukrezio, Gauzen izaeraz*, Bilbao, Klasikoak, 2001. La versión es de X. AMURIZA ZARRAONAINDIA y lleva un prólogo de J. R. ARANA MARCOS.

NOTA CRÍTICA

A continuación se muestra una tabla con las discrepancias respecto al texto de A. García Calvo (Zamora, 2000), que es el que se ha seguido para la presente traducción. Se atribuyen a los editores (*edd.*) lecturas de los manuscritos o enmiendas comúnmente aceptadas, y a J. Martin variantes de puntuación que seguramente comparte con sus predecesores. Algunas problemas textuales se discuten en la correspondiente nota a la traducción.

	A. GARCÍA CALVO	LECTURA ELEGIDA
	LIBRO I	
106	timore?	timore! (MARTIN)
271	corpus	pontum (MARULLUS)
276	pontus	ventus (MARKLAND)
433	id ipsum augmine	id ipsum, augmine (SOCAS)
434	denique, dum	denique dum (SOCAS)
744	solem	rorem (CHRIST)
796	umquam	usquam *edd.*
1014	*om.*	nec mortale ... sancta *edd.*
1076	motis	motu (SOCAS; *cf.* IV 176)

	A. GARCÍA CALVO	LECTURA ELEGIDA

Libro II

14	caeca.	caeca! (Martin)
16	quodquomquest?	quod cumquest! (Martin)
19	metuque?	metuque! (Socas)
22	possint	possit (Kannengieser)
181	quaqua iam	tanta stat (Lachmann)
280	possit?,	possit, (Socas)
283	residit.	residit? (Socas)
343	arbusta	armenta (Bentley)
359	ad sitim iens	adsistens *edd.*
503	serta	cauda (Socas (*cf.* II 806)
586	qua quo inque	quo quicque (Purmann)
715	corpora ibus	corpora tum (Socas (*cf.* IV 263)
859	queiscum	quae cum *edd.*
860	mollia	molli (Turnebus)
911	animo	animum (Giussani)
911	in res fluit	respicit (Lachmann)
1032	nitorem; omnia	nitorem, omnia (Socas)
1072	ui si	quis (Lachmann)
1101	subito	sonitu *edd.*

Libro III

225	corpore	pondere *edd.*
228	natura	naturam *edd.*
240	sensus	motus *edd.*
346	reposto	reposta (Avancius)
466	in itumque	nutuque *edd.*

	A. GARCÍA CALVO	LECTURA ELEGIDA
	Libro IV	
545	⟨at⟩que alid Is⟨meni⟩	et ⟨iam⟩ Dauliades (Martin)
632	mundum	usque unum (Socas, *cf.* V 508)
791	oculis	ollis (Creech)
1058	amoris	Amoris (Martin)
1130	Attalidem instita	atque Alidensia *edd.*
1165	flagrans	'flagrans' (Socas)
	Libro V	
46	timores?	timores! (Martin)
48	clades?	clades! (Martin)
396	supera uice	superauit et ambiens *edd.*
764	rigidi	rigidas *edd.*
1010	nu⟨nc⟩ dant ⟨aliis⟩	nu⟨unc componu⟩nt (Asmis)
1075	amor	Amor *edd.*
1349	uolebant	uacabant *edd.*
	Libro VI	
1109	colore,	colore? (Martin).

BIBLIOGRAFÍA

a) Repertorios Bibliográficos

A. Dalzell, «A Bibliography of Work on Lucretius 1945-1972», *The Classical World* 66 (1972-73), 389-427 y 67 (1973-74), 65-112.

G. Laguna Mariscal, A. Ramírez de Verger, *Bibliografía selecta de autores latinos,* Madrid, Ediciones Clásicas, 1997, 105-106.

L. Perelli, «Rasegna di studi lucreziani (1968-1977)», *Bolletino di studi latini* 8 (1978), 277-308.

Ch. Reitz, «Lukrez in der Forschung der letzen 30 Jahre», *Der altsprachliche Unterricht* 35, 3 (1992), 68-80.

D. E. W. Wormell, «Lucretius», en *Fifty Years (and Twelve) of Classical Scholarship,* Oxford, 1968, 345-357 (C. Bailey) y 379-386.

b) Ediciones (por orden cronológico)

1. Algunas antiguas

Editio princeps, T. Fer(r)andus, Bescia, *ca.* 1473 (Brixiana)

H. Avancius, Venecia, 1500 (Primera Aldina)

P. Candidus, Florencia, 1512-13 (Edición Juntina)

O. Gifanius, Amberes, 1565-66
D. Lambinus, París, 1563-64 (la 3.ª ed. de 1570 incluye un índice de conjeturas y una vida de Lucrecio)
T. Le Fèvre, Saumur, 1662 (con coment.)
T. Creech, Oxford, 1695 (con coment.)
G. Wakefield, Londres, 1796-97 (3 vols. con indicaciones de Bentley).
C. Lachmann, Berlín, 1850.

2. Posteriores a la de Lachmann

C. Giussani, *T. Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex,* Milán, 1896-1898 (4 vols.).
W. A. Merrill, Nueva York, 1907 (anotada), y Berkeley, 1917 (texto).
C. Bailey, *Lucreti de rerum natura,* Oxford, Clarendon Press, 1922 (2.ª ed.).
Th. Petrovski, *Lucreti de rerum natura libri VI recognovit versibusque rossicis convertit Theodorus Petrovski,* Leningrado, Ex officina Academiae Scientiarum FRSS, 1945.
E. Valentí, *T. Lucrecio Caro. De la naturaleza,* Barcelona, Alma Mater, 1961, 2 vols.
J. Martin, *T. Lucreti Cari De rerum natura libri sex,* Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1963 (5.ª ed.).
K. Büchner, *T. Lucretius Carus. De rerum natura. Welt aus Atomen,* Stuttgart, Reclam, 1973.
K. Müller, *De rerum natura libri sex,* Zúrich, 1975.
M. F. Smith, *Lucretius. De rerum natura,* Londres-Cambridge Mss. Loeb, 1975.
H. A. J. Munro, *T. Lucreti Cari De rerum natura libri sex,* 4.ª ed. Londres, 1886, 3 vols. (reimpr. Nueva York-Londres, 1978).
A. Ernout, C. Rambaux, *Lucrèce. De la nature,* París, Les Belles Lettres, 1985-1990 (6.ª reimp.).
H. Diels, *Titus Lucretius Carus, Von der Natur,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993.
F. Giancotti, *T. Lucretius Carus, La natura,* Milán, Garzanti, 1994.

I. DIONIGI, *T. Lucrezio Caro, La natura delle cose.* Testo e Commento a c. di I. Dionigi. Trad. di L. Canali, Milán, Rizzoli Pantheon, 2000.

A. GARCÍA CALVO, *Lucrecio. De rerum natura / De la realidad,* Zamora, Lucina / Universidad Complutense, 2000.

c) Léxicos

S. GOVAERTS, *Lucrèce, De rerum natura: index verborum, listes de fréquence, relevés grammaticaux,* Lieja, CIPL, 1986.

J. PAULSON, *Index Lucretianus,* Göteborg, 1926 (reimp. en Darmstadt, 1961).

M. WACHT, *Concordantia in Lucretium,* Hildesheim, Olms, 1991.

d) Comentarios

1. De toda la obra

C. BAILEY, *Titi Lucreti Cari de rerum natura Libri Sex,* Oxford, Clarendon Press, 1947, 3 vols.

A. ERNOUT-L. ROBIN, *Lucrèce. De rerum natura. Commentaire exégétique et critique,* París, Les Belles Lettres, 1962, 3 vols.

W. E. LEONARD-S. B. SMITH, *T. Lucreti Cari De Rerum Natura Libri Sex,* Madison, 1942.

—, Madison, 1942, reimp. 1961.

2. De una parte

P. M. BROWN, *Lucretius De rerum natura I,* Bristol, Bristol Classical Press, 1984.

—, *Lucretius De rerum natura III,* Warminster, Aris & Phillips, 1997.

R. D. BROWN, *Lucretius on Love and Sex. A Commentary on De rerum Natura IV 1030-1287,* Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, Brill, 1987.

C. D. N. Costa, *Lucretius. De rerum natura V*, Oxford, Clarendon Press, 1984.

J. Godwin, *Lucretius. De rerum natura IV*, Warminster, Aris & Phillips, 1986.

—, *Lucretius. De rerum natura VI*, Warminster, Aris & Phillips, 1992

E. J. Kenney, *Lucretius. De rerum natura book III*, Cambridge, Univ. Press, 1971.

E. Paratore-U. Pizzani, *Lucreti De rerum natura locos praecipuos notabiles, collegit et illustravit H. Paratore, commentariolo instruxit H. Pizzani*, Roma, 1960.

e) Traducciones en España, Portugal e Iberoamérica

L. Alvarado, *Tito Lucrecio Caro, De la naturaleza de las cosas. Nueva traducción española*, Caracas, Ávila Gráfica S. A., 1950; nueva edición en San José de Costa Rica, Equinoccio, 1982.

—, *T. Lucrecio C. De la naturaleza d. l. c. Edición bilingüe. Estudio preliminar de J. D. G. Bacca*, Caracas, 1958 [Obras Completas de L. Alvarado, vol. VI].

X. Amuriza Zarraonaindia *Lukrezio, Gauzen izaeraz*, Bilbao, Klasikoak, 2001 (versión vascuence).

J. Balcells, *Lucreci. De la natura. Volum I. Text i traducció del Dr. J. Balcells...*, Barcelona, Editorial Catalana S. A., 1923 + Vol II, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1928.

R. Bonifaz Nuño, *T. Lucretii Cari De rerum natura libri sex*, México, UNAM, 1984.

C. A. Disandro, *Lucrecio. Naturaleza de las cosas. Traducción e introducción de...*, La Plata, Ed. Andes, 1959.

A. J. Lima Leitão, *A natureza das coisas, poema de Tito Lucrécio Caro traduzido do original latino para verso Portuguez*, Lisboa, impr. de Jorge Ferreira de Mattos, 1851-53, 2 vols.

J. D. Machado Ferraz, *T. Lucrécio Caro. Da natureza das cousas traduzido em verso*, Lisboa, Mr. Rolland, 1850.

J. MARCHENA, *Tito Lucrecio Caro. De la naturaleza de las cosas,* en M. MENÉNDEZ PELAYO, *Obras literarias de D. José Marchena,* Sevilla, Imp. de E. Rasco, 1892-6, vol. II.
—, con intr. de A. GARCÍA CALVO, notas de D. PLÁCIDO, Madrid, Cátedra, 1983.
G. MÉNDEZ PLANCARTE, *Tito Lucrezio Caro y su poema 'De rerum natura'.* Introducción, selección y versión en hexámetros, México, Bajo el Signo del Ábside, 1946.
I. ROCA, *T. Lucrecio Caro, La Naturaleza,* Madrid, Akal Clásica, 1990.
M. RODRÍGUEZ-NAVAS, *Tito Lucrecio Caro. De la naturaleza de las cosas,* Madrid, Agustín Aurial, 1892, 2.ª ed. aumentada con un prólogo de D. FRANCISCO PI Y MARGALL.
E. VALENTÍ FIOL, Barcelona, Bosch, Col. Erasmo, textos bilingües, 1993 (revisión de J. I. CIRUELO BORGE]

f) Estudios

1. Una visión general

M. VON ALBRECHT, *Geschichte der Römischen Literatur,* Múnich, 1994 = *Historia de la Literatura Romana,* trad. de D. ESTEFANÍA y A. POCIÑA PÉREZ, Barcelona, Herder, 1999, t. I, 280-314.
A. BARIGAZZI, «Lucrezio», en F. DELLA CORTE (dir.), *Dizionario dei Scrittori Greci e Latini,* Milán, Marzorati, 1990, II, págs. 1273-1296.
E. BIGNONE, *Storia della letteratura latina,* Florencia, 1945, t. II, cc. VI-VIII, págs. 114-342.
M. BOLLACK, *La raison de Lucrèce,* París, Les Éditions de Minuit, 1978.
G. CAMASSA (ed.), *Lucrezio (giornata di studio organizzata dalla Bibliteca di Locarno...),* Locarno, Biblioteca cantonale di Locarno, 1995.
L. CANALI, *Lucrezio, poeta della ragione,* Roma, Editori Riuniti, 1986 (3.ª ed.).

C. J. von Classen (ed.), *Probleme der Lukrezforschung,* Hildesheim, Olms, 1986.

A. Dalzell, «Lucrecio», en E. J. Kenney, W. V. Clausen (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature. II: Latin literature,* Cambridge, Univ. Press, 1982 = *Historia de la Literatura Clásica. Vol. 2. Literatura latina,* trad. de E. Bombín, Madrid, Gredos, 1989, 237-260 y 891-893.

D. R. Dudley (ed.), *Lucretius,* Londres, Routledge & Kegan Paul, 1965.

A. Ernout, *Lucrèce,* Bruselas, 1947.

F. Giancotti, *Religio, natura, voluptas: studi su Lucrezio con un'antologia di testi annotati e tradotti,* Bolonia, Pàtron, 1989.

O. Gigon (ed.), *Lucrèce,* Fondation Hardt. Entretiens sur l'antiquité classique, t. XXIV, Ginebra, 1978.

E. J. Kenney, *Lucretius,* Oxford-Nueva York, Oxford Univ. Press, 1977.

F. L. Lisi, «Lucrecio», en C. Codoñer, ed., *Historia de la Literatura Latina,* Madrid, Cátedra, 1997, págs. 91-107.

J. Mewaldt, *s.v.* 'T. Lucretius Carus' en *Real-Encyclopädie der Altertumwissenschaft,* XIII, 2, 1927, cols. 1659-1683.

R. Minadeo, *The Lyre of Science: Form and Meaning in Lucretius' De Rerum Natura,* Detroit, Wayne State Univ., 1969.

L. Perelli, *Lucrezio: Poeta dell'angoscia,* Florencia, 1969.

A. Rostagni, *Letteratura Latina,* Turín, Unione Tipografica-Editrice Torinese, 1964, t. I, págs. 507-549.

G. Runchina, *Studi su Lucrezio,* Cagliari, Istituto di Lingua e Letteratura Latina dell'Università degli Studi di Cagliari, 1977.

G. Santayana, *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe,* Madrid, Tecnos, 1995.

P. H. Schrijvers, *Horror ac divina voluptas. Études sur la poétique et la poèsie de Lucrèce,* Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1970.

Ch. Segal, *Lucretius on Death and Anxiety. Poetry and Philosophy in De rerum natura,* Princeton, Univ. Press, 1990.

2. Biografía y ambiente

J. CASCAJERO GARCÉS, «Aproximación a la biografía de Lucrecio» *Gerión* 2 (1984), 101-111.

B. K. GOLD, *Literary Patronage in Greece and Rome,* Chapel Hill, Londres, The Univ. of N. Caroline Press, 1987, págs. 50-54.

P. GRIMAL, «Lucrèce et son public», *Revue des Études Latines* 41 (1963), 91-106.

L. A. HOLLAND, *Lucretius and the Transpadanes,* Princeton, Princeton U. P., 1976.

G. O. HUTCHINSON, «The date or the *De rerum natura», The Class. Quarterly* 51 (2001), 150-162.

K. KLEVE, «Lucretius in Herculaneum», *Cronache Ercolanesi* 19 (1989), 5-27.

G. LUCK, «Was Lucretius really mad?», en G. LUCK, *Ancient Pathway & Hidden Pursuits,* Michigan, Ann Arbor, 2000, págs. 60-65.

J. D. MINYARD, *Lucretius and the Late Republic,* Mnemosyne, suppl. 90, Leiden, 1985.

D. W. ROLLER, «Gaius Memmius, patron of Lucretius», *Classical Philology* 65 (1970), 246-248.

A. ROSTAGNI, «Ricerche di biografia lucreziana, I: La cronologia; II: La Vita Borgiana» *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 65 (1937), 25-31 y 67 (1939), 113-135.

W. SUERBAUM, «Herculanensische Lukrez-Papyri», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 104 (1994), 1-22.

L. P. WILKINSON, «Lucretius and the love-philtre», *Classical Review* 63 (1949), 47-48.

K. ZIEGLER, «Der Tod des Lucretius», *Hermes* 71 (1936), 421-440.

3. El epicureísmo y otras escuelas

A. BARIGAZZI, «Nuova luce su Democrito e Lucrezio da Diogene d'Enoanda», *Emerita* 49 (1981), 1-15.

J. Bollack, A. Laks (eds.), *Études sur l'épicureisme antique (= Cahier de Philologie 1),* Lille, 1976.

P. Boyancé, *Lucrèce et l'épicureisme,* París, P.U.F., 1963.

C. W. Chilton, *Diogenes of Oenoanda. The Fragments. A Transation and Commentary,* Londres, Nueva York, Toronto, 1971.

D. Clay, *Lucretius and Epicurus,* Ithaca-Londres, Cornell Univ. Press, 1983.

C. García Gual, *Epicuro,* Madrid, 1993.

A. García Calvo, «Para la interpretación de la carta a Heródoto de Epicuro», *Emérita* 40 (1972), 69-140.

G. Giannantoni, M. Gigante (eds.), *Epicureismo Greco e Romano* (Atti del congresso internazionale, Napoli, 19-26 maggio 1993), Nápoles, 1996.

P. H. de Lacy, «Lucretius and the History of Epicureanism», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 79 (1948), 12-23.

H. M. Howe, «Amafinius, Lucretius and Cicero», *American Journal of Philology* 72 (1951), 57-62.

H. Jones, *The Epicurean Tradition,* Londres, 1989.

D. Obbink (ed.), *Philodemus and Poetry. Poetic Theory and Practice in Lucretius, Philodemus, and Horace,* Nueva York, Oxford, 1995.

E. Paratore, «La problematica sull'epicureismo a Roma», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I 4 (1973), 116-204.

M. Rodríguez Donís, *El materialismo de Epicuro y Lucrecio,* Sevilla, 1989.

D. Sedley, *Lucretius and the Transformation of Greek Wisdom,* Cambridge, U.P., 1998.

H. Usener, *Epicurea,* Leipzig, 1887 (reimp. Roma 1963, Stuttgart 1966).

4. Contenido y aspectos ideológicos

K. Algra, M. H. Koenen, P. H. Schrijvers (ed.), *Lucretius and his intellectual Background,* Amsterdam-Nueva York, North-Holland ed., 1997.

C. BAILEY, «The mind of Lucretius», *American Journal of Philology* 61 (1940), 278-291.

A. CASSINI, «El concepto clásico de átomo», *Theoria* 16-18 (1992), 63-686.

W. FAUTH, «Zur Problemgeschichte philosophischer Religiosität bei Lukrez», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I 4 (1973), 205-225.

A. GIGANDET, *Fama deum: Lucrèce et les raisons du mythe,* París, J. Vrim, 1998.

M. R. GALE, *Myth and Poetry in Lucretius,* Cambridge, C.U.P., 1994.

F. MAUTHNER, *Der Atheismus und seine Geschichte im Abendlande,* Stuttgart-Berlín 1920-1923, vol. I, págs. 119-141.

J. H. NICHOLS, *Epicurean Political Philosophy. The De rerum natura of Lucretius,* Ithaca-Londres, Cornell U.P., 1972.

F. J. OLIVARES, *Noción de átomo y su historia,* Cáceres, Univ. de Extremadura, 1998, págs. 37-50 y 94.

E. OTÓN SOBRINO, «Del azar y de la necesidad en Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Ital.,* n.º extraord., (2000), vol.1, 45-50.

—, «Superstición y religión verdadera en Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 12 (1997), 29-38.

T. REINHARDT, «The speech of Nature in Lucretius' *De rerum natura* 3.931-71», *The Class. Quarterly* 52 (2002), 291-304.

A. SCHIESARO, *Simulacrum et imago: Gli argomenti analogici nel De rerum natura,* Pisa, 1990.

F. SOCAS, «*Venus Volgiuaga* o El amor tornadizo y plebeyo», *Er, Revista de Filosofía,* 2 (1985), 6-20.

P. H. SCHRIJVERS. «Die Traumtheorie des Lukrez», *Mnemosyne* 33 (1980), págs.128-151.

E. M. THURY, «Lucretius' poem as a *simulacrum* of the *rerum natura*», *American Journal of Philology* 108 (1987), 270-294.

E. VALENTÍ, «Poesía y verdad en el *De rerum natura*», *Actas del II Congreso Esp. de Est. Clás.,* Madrid, 1964, 386-401.

B. P. WALLACH, *Lucretius and the Diatribe against the Fear of Death (De rerum natura 3, 830-1094),* Leiden, 1976.

5. Título, forma y composición del texto

I. Fisher, «Le sens du titre *De Rerum Natura*», en *Mélanges Linguistiques,* Bucarest, 1957, 17-21.

E. McLeod, «Lucretius' *carmen dignum*», *The Classical Journal* 58 (1963), 145-156.

A. Pellicer, *Nature: Étude sémantique et histoire du mot latin,* París, 1966.

L. Perrelli, «Il piano originario del poema lucreziano alla luce del suo svolgimento ideale», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica,* 25 (1947), 18-43.

U. Pizzani, *Il problema del testo e della composizione del De rerum natura di Lucrezio,* Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1959.

G. B. Townend, «The original plan of Lucretius' *De rerum natura*», *The Class. Quarterly* 29 (1979), 101-111.

6. Los proemios

K. Barwick, «Über die Proömien des Lukrez» *Hermes,* 58 (1923), 147-174.

E. Bignone, «Nuove ricerche sul proemio del poema di Lucrezio», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica,* 47 (1919), 423-433.

K. Büchner, «Die Prooemien des Lukrez», *Class. et Mediaev.,* 13 (1952), 159-235.

J. P. Elder, «Lucretius, I, 1-49, *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.,* 85 (1954), 88-120.

D. J. Furley, «Variations on themes by Empedocles in Lucretius'proem», *Bull. Inst. Class. Stud. of London,* 17 (1970), 55-64.

J. Gómez Pallarès, «Catulo 1, 9-10 y el proemio de Lucrecio al *De rerum natura*», *Veleia* 15 (1998), 299-314.

P. Grimal, «Lucrèce et l'hymne à Venus», *Revue des Études Latines,* 35 (1957), 184-195.

J. Pigeaud, «Quel dieu est Épicure? Quelques remarques sur Lucrèce V 1 à 54», *Revue des Études Latines* 50 (1972), 139-162.

B. SEGURA, «El Proemio del *De Rerum Natura* de Lucrecio», *Habis,* 13 (1982), 43-49.

7. Género, estilo, lengua, métrica.

G. BONELLI, *I motivi profondi della poesia lucreziana,* Coll. Latomus 186, Bruselas, 1984.

C. J. CLASSEN, «Poetry and rhetoric in Lucretius», *Transactions and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 99 (1968), 77-118.

J. CAMPOS, «*De arte lucretiana.* Poesía y estilo de los grupos binarios», *Helmantica* 6 (1955), 257-290.

W. B. INGELLS, «Repetition in Lucretius», *Phoenix* 25 (1971), 227-236.

E. J. KENNEY, «Doctus Lucretius», *Mnemosyne* 23 (1970), 380-388.

J. D. MINYARD, *Mode and Value in the De rerum natura. A Study in Lucretius' Metrical Language,* Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1978.

E. POHLMANN, «Charakteristika des römischen Lehrgedichtes», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I 3 (1973), 814-901.

C. RAMBAUX, «La logique de l'argumentation dans le *De rerum natura* (III 830-1094)», *Revue des Études Latines* 58 (1980), 201-219.

I. ROCA MELIÀ, «Términos lucrecianos para los conceptos de átomo y de los cuatro elementos», *Helmantica* 31 (1980), 363-382.

A. RUIZ CASTELLANOS, «Metaenunciados en el *De rerum natura* de Lucrecio», *Excerpta Philologica* 1 (1991), 767-777.

C. SCHINDLER, *Untersuchungen zu den Gleichnissen in römischen Lehrgedicht (Lukrez, Vergil, Manilius),* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht *(Hypomnemata* 129), 2000.

J. SNYDER, *Puns and Poetry in Lucretius'De Rerum Natura,* Amsterdam, 1980.

D. WEST, *The Imagery and Poetry of Lucretius,* Edimburgo, Univ. Press, 1969.

8. La posteridad

M. von Albrecht, «Fortuna europea de Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 20 (2002), 333-361.

M. Benítez «Y a-t-il une philosophie clandestine? Le statut des copies manuscrites du *De rerum natura», La Lettre Clandestine,* 7 (1998), 355-368.

W. B. Fleischmann, *Lucretius and English Literature 1680-1740,* París, 1964.

—, «Lucretius Caro, Titus», en P. O. Kristeller, F. E. Cranz, V. Brown (eds.), *Catalogus Translationum et commentariorum. Medieval and Renaissance Latin Translations and Commentaries. Annotated Lists and Guides,* Washington, Catholic Univ. of America Press, 1960-1986, vol. II págs. 349-365.

S. Fraisse, *L'influence de Lucrèce en France au XVI*[e] *siècle,* París, 1962.

C. A. Fusil, «Montaigne et Lucrèce», *Revue du Seizième Siècle,* 13 (1926), 265-281.

—, «La renaissance de Lucrèce en France au xvi[e] siècle», *Revue du Seizième Siècle,* 15 (1928), 134-150.

A. L. Giesecke, *Atoms, ataraxy, and allusion: cross-generic imitation of the De rerum natura in early Augustan poetry,* Hildesheim, Olms, 2000.

G. D. Hadzsits, *Lucretius and his Influence,* Nueva York, 1935.

L. Hermann, «Catulle et Lucrèce», *Latomus* 15 (1976), 465-480.

E. Herreros Tabernero, «Lucrecio y otras fuentes latinas en el 'Poema físico-astronómico' de Gabriel de Ciscar y Ciscar», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 8 (1995), 281-293.

G. Highet, *The Classical Tradition. Greek and roman Influences on Western Literature,* Nueva York, Oxford. Univ. Press, 1985 = *La tradición clásica,* trad. de A. Alatorre, México, FCE, 1954.

W. R. Johnson, *Lucretius and the Modern World,* Londres, Duckworth, 2000.

M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica,* Madrid, C.S.I.C., 1950-1953, VII 77-101.

R. Poignault (ed.), *Présence de Lucrèce: actes du colloque tenu à Tours (3-5 déc. 1998)*, Tours, 1999.

M. Rodríguez Donís, «Fuentes grecolatinas en el ateísmo del Theophrastus», *Themata* 24 (2000), 193-215.

W. Rösler, «Vom Scheitern eines literarischen Experiments. Brechts 'Manifest' und das Lehrgedichtt des Lukrez», *Gymnasium* 82 (1975), 1-25.

N. Rudd, *The classical Tradition in Operation: Chaucer, Virgil, Shakespeare, Plautus, Pope, Horace, Tennyson, Lucretius, Pound, Propertius*, Toronto-Londres, University of Toronto Press, 1994.

A. Ruiz de Elvira, «Decurso probe lumine vitae», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 8 (1995), 295-298.

G. Solaro, *Lucrezio. Biografie umanistiche*, Bari, Ed. Dedalo, 2000.

A. J. Traver Vera, «Dos ejemplos de recepción clásica: Lucrecio, 2, 1-13 en fray Luis y en Lord Byron», *Anuario de Estudios Filológicos* 22 (1999), 459-474.

—, «El sabio epicúreo en Lucrecio II 1-13: Fuentes y recepción en los Siglos de Oro españoles», en M. Á. Márquez, A. Ramírez de Verger, P. Zambrano (eds.), *El retrato literario*, Huelva, 2000, págs. 449-463.

A. D. Winspear, *Lucretius and Scientific Thought*, Montreal, Harvest House, 1963.

9. La transmisión textual

S. Bodelón, «Nota de ecdótica lucreciana (lib. IV)», *Cuadernos de Filol. Clás.* 20 (1986-1987), 85-91.

—, «Tradición indirecta en Lucrecio», *Epos* 4 (1988), 39-52.

—, «Ecdótica lucreciana», *Emerita* 56 (1988), 207-215.

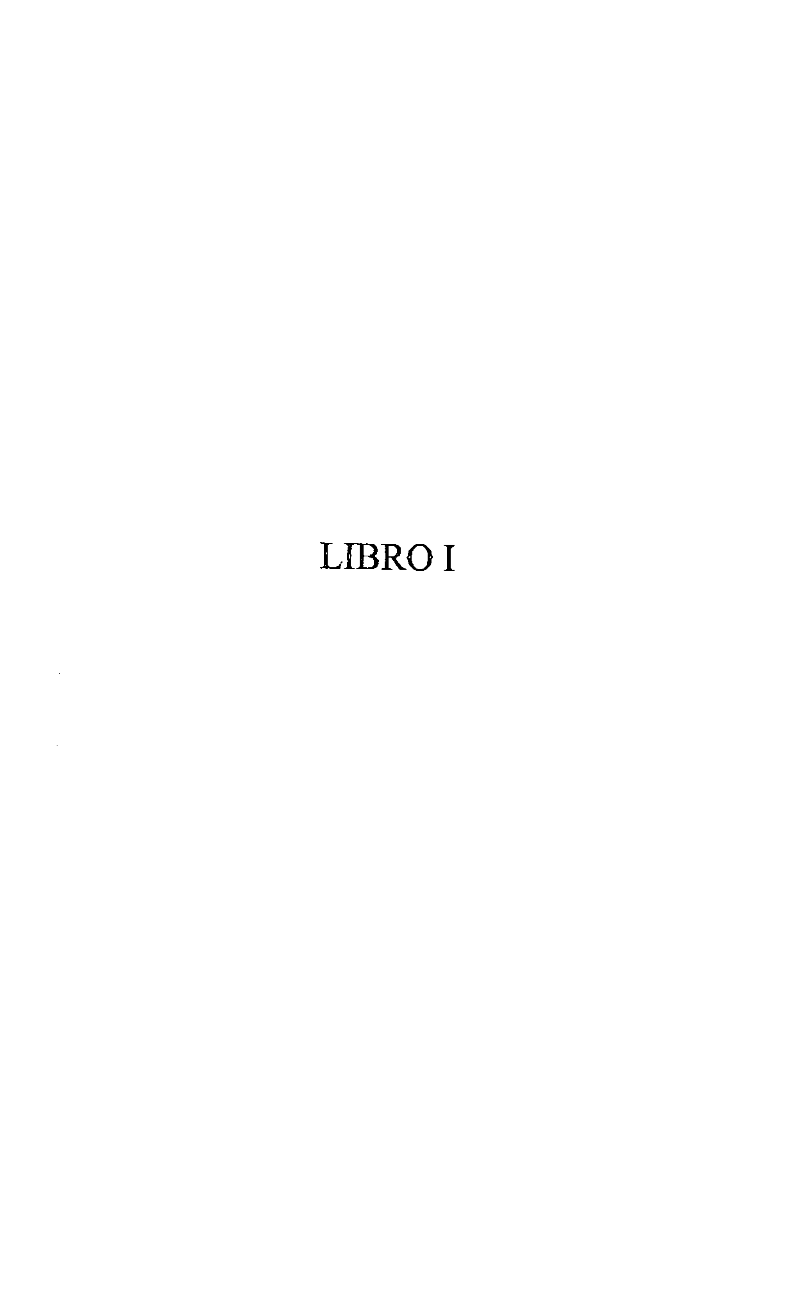
G. F. Cini, «La posizione degli 'Italici' nello stemma lucreziano», *Atti e Mem. dell'Accad. Toscana La Colombaria* 41 (1976), 115-169.

É. Châtelain, *Lucretius Codex Vossianus Oblongus phototypice editus*, Leiden, A. W. Sijhoff, 1908. (El *Quadratus* se reprodujo con los mismso datos editoriales el año 1913).

C. Gordon, *A Bibliography of Lucretius,* Londres, Rupert Hart-Davis, 1962 (reimp. en Winchester, St. Paul's Bibliographies, 1985.

G. Müller, «Die Problematik des Lukreztextes seit Lachmann», *Philologus,* 102 (1958), 247-283 y 103 (1959), 53-86.

S. Timpanaro, *La genesi del metodo de Lachmann,* Biblioteca del Saggiatore 18, Florencia, 1963 (reeditado en Padua, 1985).



LIBRO I

SINOPSIS

Proemio (1-149).

1. Invocación a Venus y doctrina sobre los dioses (1-49).
2. Dedicatoria a Memio y propuesta del tema (50-61).
3. Epicuro libera a los hombres de la religión (62-101).
4. El miedo a la muerte vencido por el conocimiento del mundo y el alma (102-135).
5. Dificultad de poner la ciencia griega en versos latinos (136-145).
6. La sabiduría disipa los miedos (146-149).

A. Principios generales (150-482).

1. Nada viene de la nada, sino que nace y crece según ley (150-214).
2. Que nada se vuelve nada (215-216) lo demuestran la dificultad de destruir un ser (217-224), la existencia misma de las cosas (225-237), su diferente dureza (238-249) y sus transformaciones (250-264).
3. La materia está compuestas de átomos, aunque no se vean (265-328).
4. Hay espacio vacío (329-334), según se demuestra por el movimiento (335-345), el paso de unas cosas a través de otras (346-357), el diferente peso de los cuerpos (358-369), el na-

dar de los peces (370-383), el refluir del aire entre dos cuerpos que se separan después de chocar (384-399) y otras razones que podrá descubrir por su cuenta el lector (400-417).

5. Cada cosa es una combinación de átomos y vacío (418-448) y lo demás (incluido el tiempo) sólo es accidente o propiedad de ellos (449-482).

B. Los primordios o átomos (483-634)

1. Los cuerpos o son primordios o conglomerados de primordios (483-502).
2. Los átomos son macizos (503-539), perdurables (540-599), sin partes y mínimos (600-634).

C. Valoración de las teorías rivales (635-950)

1. Heráclito y el fuego primordial (635-704).
2. Empédocles y los cuatro elementos (705-829).
3. Anaxágoras y las *homeomerías* (830-920).
4. Exaltación de la empresa poética del autor (921-950).

D. Infinitud de la materia y el espacio (951-1113).

1. El universo es infinito y nada hay fuera de él (951-983).
2. Infinitud del espacio (984-1007).
3. Infinitud de la materia y los átomos (1008-1051).
4. No hay centro del mundo y en nigún sitio falta materia (1052-1113).

Exhortación final (1114-1177).

Trabando unos conocimientos con otros el lector penetrará los secretos de la naturaleza.

LIBRO I

Invocación a Venus

Engendradora de los Enéadas[1], placer de hombres y dioses, nutricia Venus[2], que bajo las constelaciones deslizantes del cielo pueblas el mar portanavíos, pueblas las tierras fructificantes. Porque gracias a ti toda raza de vivientes queda concebida y al nacer contempla la lumbre del sol (ante ti,

[1] Gentilicio helénico para designar a los romanos en cuanto descendientes de Eneas, el héroe troyano nacido del mortal Anquises y la diosa Venus. Según leyendas tardías y seguramente artificiosas, Eneas, tras la caída de Troya, habría desembarcado con los suyos en las costas del Lacio y emparentado con la realeza indígena.

[2] La invocación a Venus, paradójica en un epicúreo, ha dado lugar a una copiosa bibliografía. Preludia la estructura tripartita del poema, según G. Barra, «*Il proemio del* De rerum natura di Lucrezio», *Vichiana* 13 (1984), 235-248. Véase también J. P. Elder, «Lucretius, I, 1-49, *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.* 85 (1954), 88-120; P. Grimal, «Lucrèce et l'hymne à Venus», *Revue des Études Latines* 35 (1957), 184-195; K. Kleve, «Lukrez und Venus *(De rerum natura* I, 1-49)», *Symbolae Osloenses*, 61 (1966), 86-94; P. H. Schrijvers, *Horror ac divina voluptas*, Amsterdam, 1970, págs. 174-191; B. Segura, «El Proemio del *De rerum natura* de Lucrecio» *Habis* 13 (1982), 43-49.

diosa, ante ti huyen los vientos, ante ti nubarrones del cielo y a tus pies la tierra artificiosa pone flores tiernas, te sonríen las llanuras del mar, y el cielo serenado brilla en luz que se derrama. Y es que al tiempo que la faz primaveral del día se desvela y arrecia el suelto soplo del Favonio[3] fecundo, las aves del aire primero delatan tu presencia y tu entrada cuando tu fuerza golpea sus corazones; al punto fieras las reses retozan por lozanos pastizales y cruzan nadando corrientes arrebatadas: así cada una, cautiva de tu encanto, te sigue adondequiera que pretendas llevarla. Y al cabo por mares y montes y ríos arrebatadores, por las moradas frondosas de las aves y los prados verdeantes, inculcándoles a todos dulce amor en sus pechos logras que con ansias propaguen por especies sus generaciones), puesto que tú sola manejas la producción[4] de los seres y sin ti nada brota en las claras orillas de la luz, ni nada lozano o deseable llega a ser, pretendo que tú seas mi aliada a la hora de escribir estos versos que sobre la producción de los seres intento entonar en honor de mi amigo el Memíada[5], ese que tú, diosa, en todo tiempo con toda clase de dotes quisiste que destacara. Por ello más, divina, otorga gracia perdurable a mis decires.

[3] Viento del oeste que anuncia la primavera. Su nombre alude a que favorece los nuevos brotes.

[4] «Producción» = *natura*. La primera vez que Lucrecio emplea el término es en su acepción dinámica, presente también en el término griego *phýsis*, conforme establece Aristóteles: «La naturaleza considerada como producción *(génesis)* es camino hacia la naturaleza» *(Física* II 1, 193b12); véase sobre el sentido de *natura* en este comienzo D. Clay, «*De rerum natura*: Greek *physis* and Epicurean *physiologia* (Lucretius 1.1-148)», *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.* 100 (1969), 31-34.

[5] Nombre de aire épico que Lucrecio da a Memio, amigo y dedicatario del poema. Es muy probable que se trate del noble Gayo Memio *(Caius Memmius)*. De él se habló ampliamente en nuestra Introducción (n.° 2). Su biografía es más rica en datos que la del poeta y no es imposible que fuera su mecenas; véase B. K. Gold, *Literary Patronage in Greece and Rome*, Chapel Hill, Londres, 1987, págs. 50-54.

Logra que entretanto los fieros menesteres de la guerra por mares y tierras todas se aquieten adormecidos. Porque sólo tú puedes beneficiar a los mortales con paz serena, ya que los fieros menesteres de la guerra los gobierna Mavorte[6] omnipotente, ese que a menudo, derrotado por herida perdurable de amor, se acuesta en tu regazo, y así, levantando sus ojos, echada hacia atrás la bien torneada nuca, apacienta, anheloso de ti, miradas ansiosas de amor, y en tu boca se encarama el aliento del tendido: sobre este tú, divina, mientras está recostado en tu cuerpo santo, desparrámate y viértele de tu boca dulce charla pidiéndole grata paz, excelsa tú, para los romanos. Porque nosotros no podemos con serenidad llevar a cabo nuestra obra en un tiempo aciago para la patria[7], ni el retoño famoso de Memio[8], en tales circunstancias, faltar a la común salvación.

Indiferencia de los dioses

Y es que es forzoso que por sí solo el ser de los dioses, en la mayor paz, disfrute de una existencia sin muerte, apartado de nuestras cosas y separado lejos; porque libre de todo dolor, libre de pruebas, capaz por sí solo gracias a sus recursos, en nada necesitado de nosotros, ni se deja ganar por meritorios favores ni afectar por enfados[9].

---

[6] Antiguo nombre del dios Marte.

[7] Durante toda la vida de Lucrecio Italia vive sumida en gran inestabilidad política, cuando no en guerra civil. La insegura datación del poema hace que no podamos saber a ciencia cierta qué circunstancias movieron al poeta a decir esto (véase Introducción, núm. 2). No obstante, se ha propuesto el año 59 a. C. (consulado de César y pretura de Memio), «en el que se agudizó el conflicto entre los triúnviros y la oligarquía senatorial» (E. VALENTÍ, *Lucrecio. De la naturaleza*, Barcelona, 1961, pág. 167).

[8] Véase la nota a I 26.

[9] Estos versos (44-49) hay quien asegura que fueron traídos de II 646-651 e insertados aquí por algún anotador o copista que quería poner

Presentación general de la obra

Por lo demás, Memíada mío, con oídos desembarazados, entrégate libre de preocupaciones a la doctrina verdadera, no vaya a ser que mis dones, preparados para ti con leal empeño, antes de comprenderlos, los desdeñes y abandones. Pues por ti me pondré a disertar sobre el más alto fundamento del cielo y los dioses[10], e iré desvelando los primordios de los seres, de dónde la naturaleza produce todos los seres y los agranda y sustenta, y adónde a su vez esa misma naturaleza los reduce al desbaratarlos. A estas cosas nosotros solemos llamarlas, al dar una explicación de la realidad, 'simientes de seres', y denominarlas a esas mismas también 'cuerpos primarios', porque de esos cuerpos primarios derivan todos[11].

---

a Lucrecio en contradicción consigo mismo (como diciendo: «Para qué invocas a los dioses si tú mismo dices que no se ocupan de nosotros?»). Pero la calma que necesita el lector y el poeta, y en general el sabio epicúreo, es reflejo de la calma inalterable de los dioses y, por tanto, no está demás recordar aquí este atributo divino. *Cf.* VI 69-79. La indiferencia de los dioses es doctrina que expuso a las claras EPICURO (*Carta a Heródoto* 76-77; *Carta a Meneceo* 123). Asentó que estos versos están en su sitio, y no los intercaló ningún *lector frustra curiosus*, P. FRIEDLAENDER, «The epicurean theology in Lucretius' first prooemium (I, 44-49), *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.*, 70 (1939), 370.

[10] El poema no encierra una teología, pero todo él es un discurso sobre el mundo que quiere explicarlo sin necesidad de dioses; *cf.* V 155.

[11] Para la terminología del átomo, véase P. GRIMAL, «*Elementa, primordia, principia* dans le poème de Lucrèce», *Mélanges de philosophie, de littérature et d'histoire ancienne offerts à P. Boyancé*, Roma, 1974, págs. 357-366.

Epicuro el liberador

Cuando en todo el mundo la vida humana permanecía ante nuestros ojos deshonrosamente postrada y aplastada bajo el peso de la religión, que desde las regiones del cielo mostraba su cabeza amenazando desde lo alto a los mortales con su visión espantosa[12], por vez primera un griego[13] se atrevió a levantar de frente sus ojos mortales, y fue el primero en hacerle frente; a él no lo agobiaron ni lo que dicen de los dioses ni el rayo ni el cielo con su rugido amenazador, sino que más por ello estimulan la capacidad penetrante de su mente, de manera que se empeña en ser el primero en romper los apretados cerrojos de la naturaleza. Así pues, la vívida fuerza de su mente triunfó y avanzó lejos, fuera de los muros llameantes del mundo[14], y recorrió con su inteligencia y su

[12] Es posible que Lucrecio arremeta contra la religiosidad popular y contra la divinización de los astros que pretendieron Platón y, en menor grado, Aristóteles, estoicos y académicos.

[13] Su maestro, el filósofo Epicuro (isla de Samos 341-Atenas 270 a. C.), al que Lucrecio volverá a dedicar alabanzas en los proemios de los libros III, V y VI. Es de notar que lo llama por su nombre una sola vez (III 1042). Este griego no sería Epicuro sino los primeros filósofos que se enfrentaron a la visión religiosa del mundo, según L. Edelstein, «Primum Graius homo (Lucretius 1.66)», *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.* 71 (1940), 78-90.

[14] C. Bailey, *T. Lucreti Cari De rerum natura,* Oxford, 1947 *(com. ad loc.),* avisa de que no es esta una mera fórmula poética, sino una figuración netamente epicúrea: las partículas de fuego suben a lo alto para formar la envoltura del mundo. Para A. Ernout-L. Robin, *Lucrèce. De rerum natura. Commentaire exégétique et critique,* París, 1962 *(com. ad loc.),* esta muralla ardiente es el éter, de cuyo fuego se nutren los astros. Y la opinion de E. Valentí es, en fin, que «el universo rodeado de llamas es una concepción corriente en el pensamiento antiguo, aunque más propia de la cosmología estoica que de la epicúrea» *(Lucrecio..., nota ad loc.).*

empuje toda la inmensidad, de donde nos revela a la vuelta, ya vencedor, qué es lo que puede nacer y lo que no, según qué fundamento, en fin, cada ser tiene una capacidad restringida[15] y unas lindes bien asentadas. En consecuencia la religión queda a nuestros pies pisoteada y a nosotros, por contra, su victoria nos empareja con el cielo[16].

En estas cuestiones temo lo siguiente: que acaso creas que te estás iniciando en los rudimentos de una doctrina irreverente o emprendiendo un camino de crímenes. Es al contrario, más a menudo esa religión provoca acciones criminales e irreverentes; fue así como en Áulide[17] mancillaron torpemente con la sangre de Ifianasa[18] el altar de la Virgen de las Encrucijadas[19] los caudillos escogidos de los dánaos[20], la flor de los héroes: en cuanto a ella la cinta[21], puesta alrededor de su peinado de doncella[22], le cayó des-

---

[15] La virtualidad limitada de cada ser y de la naturaleza misma es un concepto esencial (reaparece en I 595, V 89 y VI 65), que en ocasiones toma irisaciones éticas; *vid.* D. PESCE, «La *finita postestas* della natura», *Paideia* 39 (1984), 185-189.

[16] La condena de toda religión (y no sólo de sus formas populares, degeneradas o supersticiosas) es taxativa, según deduce bien de este pasaje K. SUMMERS, «Lucretius and the epicurean tradition on piety», *Class. Philology* 90 (1995), 32-57.

[17] Se trata de un pequeño promontorio que se halla en la región de Beocia sobre el estrecho llamado Euripo. En la bahía cercana, según la leyenda, se concentró la flota griega para la expedición a Troya.

[18] Ifianasa es el nombre que en los poemas homéricos tiene la que luego, sobre todo a partir de los autores de tragedia, sería conocida como Ifigenia. Su padre Agamenón la sacrifica para volver propicios a los dioses en la partida de los griegos hacia Troya.

[19] La diosa Diana en su advocación de Trivia.

[20] Los griegos.

[21] Se trata de las cintas *(infulae, vittae)* que se le ponían al animal en el sacrificio antes del degüello.

[22] Ciertos peinados y adornos del vestido servían de distintivo entre doncellas *(virgines)* y casadas *(matronae)*. La novia romana lucía un pei-

colgándose por igual a una y otra parte de las mejillas, y se dio cuenta de que al tiempo su padre, entristecido, estaba en pie junto al altar, que a su lado los acólitos disimulaban el cuchillo y que al verla derramaban lágrimas sus paisanos, muda de espanto, postrada sobre sus rodillas se iba al suelo; y a la pobre de nada le servía en tal momento haber sido la primera en granjearle al rey el título de padre; porque arrastrada por manos de héroes y temblorosa la llevaron hasta los altares, no para que, tras acabar las consabidas solemnidades de la ceremonia, saliera acompañada por el sonoro '¡himeneo!'[23], sino para que, en edad de bodas justamente, como víctima pura sin pureza cayera, entristecida porque su progenitor la sacrificaba para que a la flota se le concediera una salida próspera y venturosa[24]. ¡Maldades tan grandes fue capaz de promover la religión!

El miedo a la muerte

Tú, digo, en cualquier momento, derrotado por las palabras terroríficas de los sacerdotes, querrás desertar de nuestro bando. ¡Porque hay que ver qué cantidad de ensoñaciones pueden al instante inventarte, capaces de darle la vuelta a los principios de tu conducta y, por el miedo, trastornar del todo tu ventura! Y es lógico, ya que si los hombres le vieran un final preciso a sus penalidades, podrían con algún fundamento oponerse a las supersticiones y amenazas de los adivi-

---

nado ritual en seis crenchas *(sex crines)*. La patética escena confunde elementos de la boda y el sacrificio.

[23] *Oh Himen Himeneo* es el viejo grito que se daba en los cantos de boda, tal como se ve en los epitalamios de CATULO, 61 y 62).

[24] Lucrecio rememora la fórmula romana de los agüeros que preceden a la toma de decisiones políticas y a las batallas (*cf.* CIC., *Sobre la adivinación* I 45).

nos[25]: ahora no hay ningún fundamento para la resistencia, ninguna capacidad, puesto que con la muerte hay que temer castigos eternos. Y es que se desconoce cuál es la naturaleza del alma[26], si nace o, por el contrario, se les trasmite a los nacientes, si perece a la vez que nosotros deshecha con la muerte, o va a ver las tinieblas de Orco[27] y sus charcas desoladas, o si por milagro se trasmite a otras bestias, tal como cantó Ennio[28], que entre nosotros fue el primero que trajo del Helicón[29] deleitoso una corona de fronda inmarcesible, cuya fama ilustre habría de resonar a través de los pueblos de Italia. Aunque, pese a todo, Ennio expone de otra parte, publicándolo con versos eternos, que existen los templos del Aqueronte[30], donde no perduran las almas ni nuestros cuerpos sino una suerte de imágenes descoloridas de extraña manera. De allí cuenta que salió el espectro de Homero el

---

[25] El término *vates* significa generalmente en los autores republicanos 'persona que habla inspirada por la divinidad'; durante la época imperial se trivializa en su otro significado de 'poeta'.

[26] Tema del libro III.

[27] En las creencia populares romanas, Orco es encarnación de la muerte, mal diferenciada de los propios infiernos. En las tumbas etruscas se le representa como gigante desgreñado y barbudo, y los textos literarios lo igualan a Plutón, rey de los muertos. Hay quien dice que su imagen perdura en la voz castellana 'ogro'.

[28] Quinto Ennio (239-169 a. C.), el padre de la poesía romana, que adaptó a los moldes métricos y formales griegos. Tradujo un poema sobre la naturaleza falsamente atribuido al siciliano Epicarmo e imitó en latín la *Hierà anagraphḗ* de Evémero, obra que encerraba una fuerte crítica racionalista de la imagen tradicional de los dioses.

[29] La montaña más elevada de Beocia, que en sus faldas sostenía un templo de las Musas y cerca de la cumbre mostraba la fuente de aguas inspiradoras llamada Hipocrene ('Fuente del caballo'), abierta por el alado Pegaso de una coz.

[30] El Aqueronte es en la *Odisea* uno de los ríos que los difuntos tienen que atravesar en su viaje a los infiernos. Luego pasa a designar la morada de los muertos, con sus sombras y terrores.

siempre florido y, llorando a lágrima viva, se puso a decir y explicar la producción de las cosas[31].

Por consiguiente, si tenemos que dar buena cuenta de las cosas de arriba, con qué cadencia se producen los pasos del sol y la luna, y con qué alcances cada suceso que acaece en la tierra[32], como más importante ahora hay que examinar con sagaz raciocinio de dónde toma consistencia el alma y el ser de la mente, y qué cosa nos aterroriza saliéndonos al paso cuando velamos si estamos aquejados de algún mal de la mente, o cuando nos hallamos sepultados en el sueño, de manera que nos parece contemplar y oír delante de nosotros a aquellos cuyos huesos, luego del trance de la muerte, abraza la tierra.

Dificultades del poeta

Y a mi comprensión no escapa que es difícil aclarar en versos latinos los oscuros hallazgos de los griegos, sobre todo cuando en muchos casos tenemos que manejarnos con palabras nuevas a causa de la pobreza de nuestra lengua y la novedad de los temas. Pero tu valía, pese a todo, y el gusto que espero de tu grata amistad[33] me anima a sobrellevar cualquier fatiga y me arrastra a pasar en vela noches despejadas, re-

[31] El canto I de los *Anales* de Ennio (un poema épico sobre la primera guerra entre Roma y Cartago) se abre justamente con el relato de un sueño del poeta en el que se le aparece Homero (fr. 5 Vahlen) y le revela que son ciertas las figuraciones de Pitágoras sobre la trasmigración de las almas y que él, Ennio, es la reencarnación del propio Homero (frs. 6 y 15 Vahlen).

[32] Tema del libro V.

[33] En la vida romana la *amicitia* es un vínculo semijurídico entroncado con el patronazgo civil y la camaradería militar; para los epicúreos es un valor moral (lo que vale decir hedonístico) de primer orden; todo ello lo resalta W. Allen, «On the friendship of Lucretius and Memmius», *Class. Philology* 33 (1938), 167-181.

buscando las expresiones y los versos con que poder abrirle por fin claras luces a tu mente para que un día contemples en su hondura la realidad oculta.

Porque ese miedo y esas tinieblas del espíritu es menester que los despejen no los rayos del sol ni los dardos luminosos del día sino la contemplación y doctrina de la naturaleza[34].

Nada surge de la nada

El comienzo de ello arrancará según nosotros de lo siguiente: que no hay cosa que se engendre a partir de nada por obra divina jamás. Y es que a todos los mortales los envuelve el miedo ese de que ven que en la tierra y en el cielo se producen muchas cosas sin que puedan ellos de ninguna manera acertar a ver las causas de tales acciones, y piensan que suceden por gracia divina. Por esto, cuando hayamos visto que no hay cosa que pueda originarse a partir de nada, arrancando entonces de ahí contemplaremos ya con más acierto lo que estamos persiguiendo: de dónde cabe que se origine cada cosa y de qué modo cada una se produce sin la actuación de los dioses.

Porque si se produjeran a partir de nada, de cualquier ser podría nacer cualquier linaje, nada necesitaría simiente. Del mar para empezar podrían surgir los hombres, de la tierra el escamoso linaje, y los volátiles brotarían del cielo; reses y otros ganados, fieras de cualquier linaje irían ocupando tierras habitadas y deshabitadas con alumbramientos imprevisibles; tampoco los árboles darían los mismos frutos que

34 «Contemplación y doctrina de la naturaleza» = *naturae species ratioque*. Esté o no personificada aquí la naturaleza, es este un concepto clave del poema; *vid.* J. M. Durban, «Venus, Epicurus and *Naturae species ratioque*», *American Journal of Philology* 103 (1982), 165-177.

suelen, sino que se cambiarían, cualquiera de ellos podría dar cualquier cosa, como es evidente si no tuviera cada uno sus cuerpos genésicos de modo que pueda haber para los seres una madre segura. Pero puesto que ahora cada cosa se origina mediante una determinada semilla, nace y sale a las orillas de la luz de allí donde cada una tiene encerrada su materia y sus cuerpos primarios; y por tal razón no puede engendrarse de cualquier cosa cualquier otra, porque en determinados seres hay encerrada una peculiar capacidad.

Y esto otro: ¿por qué vemos diseminarse en primavera la rosa, con los calores los trigos y a la invitación del otoño las vides, si no es porque cuando a su tiempo determinadas semillas de seres se congregan aparece cada cosa que se va originando, mientras es la temporada, y la tierra vivificante saca sin peligro seres tiernos a las orillas de la luz? Porque si se produjeran a partir de nada, surgirían de pronto en plazos imprevisibles y en estaciones del año extrañas, pues tal sería en el caso de que no hubiera unos primordios que pudieran hallar impedimento para una conexión engendradora en tiempo inadecuado. Ni desde luego en el crecimiento de los seres tendría cabida un plazo para la conjunción de la simiente, si pudieran ellos crecer a partir de nada: y es que de pronto saldrían mozos a partir de niños balbucientes y brotarían matorrales de la tierra levantándose de repente. Ninguna de estas cosas sucede, es claro, ya que todo va creciendo poco a poco, como es lógico, mediante semillas determinadas; y al ir creciendo, conserva su linaje, de modo que uno puede reconocer que se va agrandando y sustentando cada cosa a partir de materia propia.

A esto se añade que, sin determinadas lluvias al año, la tierra no puede producir sus partos lustrosos ni tampoco la naturaleza, ella por separado con su alimento, podría propagar el linaje de los animales y conservar sus vidas; de mane-

ra que debe uno mejor pensar que hay muchos corpúsculos comunes a muchos seres, tal como vemos en el caso de las letras respecto a las palabras[35], y no que algún ser pueda subsistir sin unos principios.

Y para terminar, ¿por qué la naturaleza no fue capaz de proveer hombres tan grandes que a pie vadeando pudieran cruzar el mar y a fuerza de brazos arrancar las grandes montañas, o sobrepasar con vida muchos siglos de edad, si no es porque para el engendramiento de cada ser hay una materia determinada de la que se sabe qué es lo que puede surgir? Conque hay que admitir que nada se produce a partir de nada, toda vez que los seres tienen necesidad de simiente a partir de la cual se produzca cada uno y pueda avanzar entre las finas brisas del aire.

Por último, puesto que vemos que los parajes cultivados son mejores que los que no lo son, y que a fuerza de brazos dan mejores frutos, está claro que hay en el suelo unos primordios de los seres que nosotros, volteando con la reja terrones fecundos y montando[36] el suelo de la tierra, empujamos a nacer. Y si no los hubiera, cada cosa sin nuestro esfuerzo verías que iba por cuenta propia mejorando en gran manera.

---

[35] Lucrecio retomará la comparación de átomos y letras *(elementa)* en I 824 y 912; II 688 y 1013-1018; *cf.* V 1445. J. SNYDER, *Puns and Poetry in Lucretius' «De rerum natura»*, Amsterdam, 1980, pág. 54, comenta la analogía y la remonta a Demócrito; véase también P. FRIEDLÄNDER, «The pattern of sound and atomistic theory in Lucretius», *American Journal of Philology* 62 (1941), 16-33.

[36] El término *subigentes* trae el recuerdo del macho que monta a la hembra (*vid.* J. N. ADAMS, *The Latin Sexual Vocabulary*, Baltimore, págs. 155-156). La imagen de la reja de arado abriendo el vientre de la madre tierra es muy antigua y repetida (SÓFOCLES, *Antígona* 569).

Nada regresa a la nada

A esto se añade el que la naturaleza deshaga luego cada cosa en sus propios corpúsculos sin dejar ningún ser eliminado hasta la nada. Porque si algo fuera mortal en todas sus partes, tal cosa en particular desaparecería como si la quitaran de nuestra vista: no tendría cabida entonces ninguna fuerza que pudiera provocar desunión entre sus partes y desatar los enlaces. Pero ahora, puesto que cada cosa está hecha de semilla eterna, hasta que se presente una fuerza que a golpes destroce los seres o penetrando en el interior por sus huecos los desbarate, la naturaleza no permite que se vea la desaparición de ninguno.

Además, cualquier cosa que el tiempo elimina de vejez, si perece del todo consumiendo toda su materia, ¿de dónde Venus vuelve a traer hasta la luz de la vida el linaje de los animales según especies? Y una vez traído, ¿de dónde la tierra artificiosa lo nutre y acrecienta ofreciéndole sustento según especies? ¿De dónde los manantiales suyos propios y las lejanas corrientes de fuera abastecen el mar?[37] ¿De dónde el éter ceba estrellas?[38] Porque todo, si fuera de cuerpo mortal, debería haberlo gastado el infinito espacio de tiempo y días previamente transcurrido. Pero si en ese espacio y edad previamente transcurridos se dieron ya los elementos de que consta la totalidad renovada de estos seres, es que están dotados de una naturaleza inmortal ciertamente. No pueden por tanto volverse nada cada uno por su cuenta.

En último lugar, una misma fuerza y causa destruiría acá y allá todas los seres, si la materia eterna, más o menos

[37] *Cf.* VI 609.

[38] El éter con su luz alimenta y es el combustible de astros y estrellas; *cf.* V 524.

trabada, entre sí no sujetara los lazos: un toque sería causa suficiente de destrucción sin duda, una vez que por supuesto ninguna cosa fuera de cuerpo eterno y cada fuerza debiera desbaratar su trama. Pero ahora, ya que los enlaces mutuos de los principios resultan disparejos y la materia es eterna, los seres perduran con cuerpo incólume hasta que viene y se presenta una fuerza lo bastante violenta para la urdimbre de cada uno.

Así pues, no se convierte en nada ningún ser, sino que todos mediante separación se convierten en corpúsculos de materia. Se pierden, en fin, las lluvias cuando el padre Éter las derrama en el seno de la madre Tierra[39]; ahora bien, brotan lustrosos los sembrados y reverdecen las ramas en la arboleda que crece al tiempo y se carga de frutos; gracias a ello se sustenta luego nuestro linaje y el de las bestias; gracias a ello vemos lozanear y florecer de niños las ciudades, resonar por doquier los bosques frondosos con pajarillos nuevos; gracias a ello los rebaños cansados de puro gordos reposan sus cuerpos en el pastizal lozano y un blanco licor de leche mana de sus ubres turgentes; de ahí la nueva prole de extremidades tambaleantes retoza juguetona entre los pastizales tiernos, con sus almas jóvenes embriagadas de leche pura. No se destruye, por tanto, sin más todo lo que parece, puesto que la naturaleza rehace una cosa a partir de otra y

[39] Las bodas sagradas entre el Cielo y la Tierra están presentes en muchas mitologías (en la egipcia el cielo es hembra y la tierra macho). En el mundo grecolatino la figuración deriva de la *Teogonía* de Hesíodo y se halla un poco por todas partes. Así el filósofo Anaxágoras, según el *De plantis* del Pseudo Aristóteles, I 2, 817a27, consideraba a la tierra madre de los vegetales y al sol su padre. Sobre esta unión leemos en Esquilo, *Danaides* fr. 108 Mette., y Virgilio, *Geórg.* II 325-327 (según A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.*).

no consiente que se engendre ningún ser si no se ve favorecido por la muerte de otro.

Realidad de los corpúsculos invisibles

Y ahora, venga, una vez que he mostrado que los seres no pueden producirse a partir de nada ni tampoco reducirse a nada una vez engendrados, no vaya a ser que por acaso desconfíes pese a todo de estas palabras dado que los primordios de los seres no se dejan ver con los ojos, entérate además de qué corpúsculos es menester que tú admitas que están en los seres sin que se puedan ver.

Para empezar, la fuerza del viento azota el ponto arrebatada, tumba navíos enormes y desbarata nubes, a veces cruza los llanos en violento torbellino alfombrándolos de grandes árboles y maltratando serranías empinadas con soplos rompeleños: así enloquece con desapacible estruendo y se ensaña con bramido amenazador el viento[40]. Son, por lo tanto, los vientos, claro es, unos corpúsculos invisibles que barren el mar, barren la tierra, barren en fin las nubes del cielo y, zarandeándolas, las arrastran en torbellino de repente. Y no corren y reparten desastres de manera distinta a como la blanda sustancia del agua se precipita de repente en impetuosa riada, si una gran corriente con lluvias abundosas desde lo alto de la sierra, lanzando pedazos de leño y matorrales enteros, la hace crecer (sin que puentes recios puedan aguantar el empuje de la riada que repentina se presenta: tan revuelto de tanta lluvia descarga el río contra los diques con recio empuje, provoca

[40] A partir del pasaje que sigue el poeta traza una red intraducible de términos conectados fonética y semánticamente: *flabra, flamina, flumen, fluere, fluctus, flare, flamma; cf.* I 275, 280, 282, 291, 725, 900; *vid.* D. CLAY, «An anatomy of Lucretian metaphor», en G. GIANNANTONI, M. GIGANTE (eds.), *Epicureismo...*, vol. II, pág. 784.

destrozos con gran estrépito y bajo sus aguas voltea gruesos pedruscos, tumba igualmente cuanto a su corriente se opone); de esa misma manera deben, por tanto, moverse también los soplos del viento, que, cuando como un río poderoso descargan en cualquier parte, se llevan por delante las cosas y las tumban con embates repetidos, de vez en cuando las arrancan con retorcido remolino y las arrastran violentos con rodador torbellino. Así pues, una vez más queda claro que los vientos son corpúsculos invisibles, toda vez que en sus efectos habituales resultan ser semejantes a grandes ríos y éstos son de corporeidad manifiesta.

Aquí además está que distinguimos olores de diversa fuente, pero nunca sin embargo los vemos llegar a nuestras narices, ni tampoco podemos observar las vaharadas del calor o advertir con los ojos el frío, ni solemos ver las palabras, cosas todas que es forzoso estén constituidas por una naturaleza corporal, ya que pueden activar los sentidos: y es que tocar y ser tocada, si no es un cuerpo, ninguna cosa lo puede[41].

Y por último, las ropas colgadas junto a playa y rompeolas se humedecen, y esas mismas tendidas al sol se secan; ahora bien, ni de qué modo se asienta el líquido acuoso se deja ver ni de qué modo al contrario desaparece con el calor. Y es que el líquido se dispersa en partes pequeñas que los ojos no pueden ver de ninguna manera.

Más todavía, al cabo de muchos años y vueltas del sol un anillo se va por dentro afinando de tenerlo en el dedo, el caer de la gota horada la piedra, la corva reja del arado, aun siendo

---

[41] *Tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla postest res.* La evidencia que proclama este verso es tan fuerte que con él defiende TERTULIANO *(Acerca del alma* V 6) su concepción del alma como algo material; *vid.* M. VON ALBRECHT, «Fortuna europea de Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Clás. (Est. Lat.)* 20 (2002), pág. 355.

de hierro, imperceptiblemente se achica en los surcos, el pedregoso enlosado de las calles llega un tiempo en que con las pisadas de la gente lo vemos regastado; también en las puertas de las ciudades[42] imágenes de bronce muestran a menudo sus manos derechas desgastadas con el manoseo de los que las saludan al pasar por su lado. Así pues, vemos que estas cosas menguan a medida que se van rozando, pero qué corpúsculos se desprenden de ellas en cada momento, es una imagen que la naturaleza nos ha cubierto celosa sin que la veamos.

Y para terminar, todo lo que el tiempo y la naturaleza va añadiendo poco a poco a los seres, forzándolos a crecer pausadamente, no puede observarlo la agudeza de nuestra mirada atenta, ni tampoco todo lo que va envejeciendo con el tiempo y la consunción; ni en las rocas que roídas por fina sal se ciernen sobre el mar puedes observar qué es lo que en cada momento pierden. A base de corpúsculos invisibles, por tanto, hace la naturaleza su faena.

El vacío

Y sin embargo no en todo lugar está todo apelmazado y sujeto por una naturaleza corpuscular, pues también se da en la realidad el vacío[43], algo que en muchos extremos te será de provecho conocer y no permitirá que te extravíes y dudes,

---

[42] Cicerón recuerda *(Verrinas* IV 94) una estatua de Hércules que había en las puertas de Agrigento y presentaba boca y barbilla regastadas por los besos de los devotos.

[43] Sobre el concepto de vacío en Epicuro y los atomistas, con la importante distinción entre vacío propiamente dicho *(kenón),* lugar *(tópos)* y sitio *(chôra),* véase F. Solmsen, «Epicurus on void, matter and genesis», *Phronesis* 22 (1977), págs. 263-281; B. Inwood, «The origin of Epicurus' concept of void», *Class. Philology,* 76 (1981), págs. 273-285; A. Cassini, «El concepto clásico de átomo»..., págs. 665-666.

que andes preguntando constantemente por el fundamento de la realidad sin confiar en nuestra palabra.

Así que hay un lugar impalpable, libre y vacío; y si no lo hubiese, las cosas no podrían moverse de ninguna manera, pues la función sobresaliente de un cuerpo, que es oponer resistencia, obraría para todos ellos en todo tiempo y, por tanto, nada podría avanzar, ya que ninguna cosa iniciaría un movimiento de retroceso. Pero ahora por mares y tierras y por las alturas del cielo vemos que ante nuestros ojos se mueven muchas cosas de muchos modos y en orden variable, las cuales, de no existir el vacío, no es ya que estarían aisladas y carecerían de su inquieto movimiento sino que ni siquiera se habrían engendrado de ninguna manera, ya que la materia, apelmazada, en todas partes estaría en reposo.

Y de otra parte, por más sólidas que consideremos las cosas, uno puede a partir de ahí sin embargo comprender que están acompañadas de un cuerpo poroso. En las rocas de las cavernas rezuma el claro licor de las aguas y por doquier se derrama un llanto de gruesas gotas; la comida se va difundiendo a través del cuerpo todo de los animales, crecen las plantas y derraman a su tiempo el fruto porque el alimento desde las más hondas raíces sin parar se va repartiendo en todas por entero a través del tronco todo y de las ramas; a través de los tabiques pasan las palabras y cruzan volando las cancelas en las casas, el frío helado penetra hasta los huesos, algo que, de no haber vacíos por donde cada corpúsculo atraviese, verías que no puede ocurrir de ninguna manera.

En fin, ¿por qué vemos que unas cosas superan en peso a otras sin ser en modo alguno de mayor tamaño? Pues si en una bola de lana hay tanto cuerpo como en una de plomo, es razonable que pesen lo mismo, ya que es función de un cuer-

po presionar siempre hacia abajo, mientras que por el contrario la naturaleza vacía permanece sin peso. Conque lo que es igual de grande pero parece más liviano manifiesta a las claras que encierra en sí más vacío; en cambio lo más pesado proclama que tiene dentro más cuerpo y hay en él mucho menos vacío. Es evidente, pues, que aquello que con metódica pesquisa andamos buscando se da mezclado en las cosas y lo llamamos 'vacío'.

No vaya a ser que en este punto te descarríes acaso de la verdad, me veo obligado a salir antes al paso de algo que algunos[44] imaginan. Dicen que los líquidos desalojan y van abriendo traslúcidos caminos ante el empuje de los escamosos, ya que los peces irían dejando detrás unos espacios adonde las aguas desalojadas puede otra vez afluir; así podrían también las otras cosas moverse unas entre otras y cambiar de sitio aunque todas fueran macizas. Has de saber que todo esto está tomado sobre un fundamento erróneo: porque ¿hacia dónde en fin podrían los escamosos avanzar si el líquido no les diera espacio? ¿Y adónde a su vez podrían retirarse las aguas si los peces no pudieran moverse? Así pues, o hay que privar de movimiento a todo cuerpo o hay que decir que en las cosas anda mezclado el vacío para que de ahí cada una tome arranque en sus movimientos.

Y por último, si tras chocar dos cuerpos extensos rebotan veloces, está claro que el aire tendrá que asentarse por

---

[44] La teoría del movimiento sin vacío, mediante la sustitución de un cuerpo por otro que le cede el sitio, aparece por vez primera en Platón (*Tim.* 79b). Aristóteles la retoma y llama al proceso *antiperístasis* y *antimetástasis*. La adoptan igualmente los estoicos y académicos (Cic., *Acad.* II 40, 125). El ejemplo de los peces lo toma Lucrecio, al parecer, de Estratón de Lámpsaco o de alguna réplica a sus doctrinas presente en escritos epicúreos, pues este Estratón fue contemporáneo y adversario del Maestro. (Todo según A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.*).

fuerza en todo el vacío que entre los cuerpos se forme; ahora bien, el aire aunque confluya en torno con soplo acelerado, no podrá sin embargo a un mismo tiempo rellenar el espacio entero, ya que primero es forzoso que ocupe cada sitio y luego quede en todos asentado. Y si acaso alguno, cuando los cuerpos rebotan, piensa que aquello sucede entonces porque el aire se condensa, se equivoca, ya que entonces se produce un vacío que antes no estaba y a su vez se rellena un vacío que antes se había formado, sin que conforme a tal explicación pueda el aire condensarse, ni, caso de poder en algún momento, podría sin el vacío, creo yo, contraerse sobre sí misma y agrupar sus partes en unidad.

Por consiguiente, aunque en poner pegas mucho te entretengas, es forzoso sin embargo que admitas que hay vacío en los seres.

Puedo además con la mención de muchos argumentos rebañar credibilidad en favor de mis palabras; pero estas pequeñas trazas le basta a tu espíritu sagaz para por ellas poder conocer con seguridad lo demás. Porque tal como los perros muy a menudo por el olfato hallan los cubiles ocultos en la fronda de una bestia montaraz una vez que toman trazas seguras de su camino, así podrás en las tales ver por ti mismo una cosa a partir de otra, ir metiéndote en todos los escondrijos ocultos y de ahí sacar la verdad.

Y si remoloneas o cejas algo en tu empeño, puedo a las claras prometerte, Memio, lo siguiente: hasta tal punto mi lengua tras beber en los manantiales derramará melodiosa desde mi corazón repleto ríos generosos, que temo no vaya a ser que la torpe vejez invada nuestros cuerpos y en nosotros descorra los cerrojos de la vida antes de que sobre uno cualquiera de estos temas todo un caudal en verso de argumentos te vaya entrando por los oídos.

No hay más que corpúsculos y vacío

Pero, para retomar ahora el hilo de lo que he venido diciendo: toda la naturaleza, tal como está en efecto constituida, consta de dos realidades, que son: los corpúsculos y el vacío donde aquellos están colocados y por donde se mueven en diferentes direcciones. Que el cuerpo, pues, se da como tal, lo publica el sentir común; y si una primordial credibilidad basada en él no tiene fuerza, no habrá respecto a las realidades ocultas a qué atender para que así podamos asegurar ninguna cosa con razones de la mente. Y aquí además tenemos que, si no hubiera ese lugar y espacio al que llamamos 'vacío', en ningún sitio podrían estar colocados los cuerpos ni tampoco en diferentes direcciones pasar a ningún otro sitio, cosa que ya poco antes te hemos mostrado más arriba.

Y esto otro: no hay nada que puedas mencionar como algo separado de todo cuerpo y diferente del vacío, de manera que resulte ser algo así como una tercera realidad. Y es que cualquier cosa que ello sea, deberá justamente ser algo, con tal de que de tamaño grande o chico a la postre sea; y si lo palpa un toque, por más tenue y ligero que sea, se añadirá al conjunto de los cuerpos acrecentando su número. En cambio si fuera impalpable, de modo que ninguna cosa pueda por ninguna de sus partes impedirle que pase a través y la cruce, es claro que ello será precisamente esa oquedad que llamamos 'vacío'.

Y de otra manera: cualquier cosa que se dé o bien obrará algo por sí sola o bien deberá verse afectada por agentes extraños, o se dará de modo que en ella puedan darse y hacerse cosas; es así que sin cuerpo ninguna cosa puede obrar o verse afectada, ni tampoco proporcionar un espacio que no sea oquedad o vacío; luego aparte del vacío y los cuerpos no puede quedar propiamente en el conjunto de los seres

ninguna tercera realidad[45] sin que en algún momento quede bajo el dominio de los sentidos o pueda uno captarla mediante razonamiento de la mente.

Atributos y resultados

Y, en efecto, cualquier cosa que se nombre, o hallarás que es atributo[46] de tales dos realidades o cosas, o verás que es su resultado[47]. Es atributo aquello que por ningún lado podemos separarlo y disgregarlo sin que en tal división se destruya, como el peso en la piedra, el calor del fuego, la humedad del agua, el tacto en los cuerpos todos, lo impalpable en el vacío. La servidumbre y la pobreza frente a las riquezas y la independencia, la guerra frente a la concordia, y las demás cosas con cuya llegada o marcha una realidad permanece inalterable, a esas solemos llamarles, como es lógico, 'resultados'[48].

El tiempo

Igualmente el tiempo no se da por sí mismo[49] sino que justamente de las cosas se desprende la noción de qué es lo que ya en las edades pasó y qué cosa de otra parte es inminente, qué es lo que sigue luego; nadie puede afirmar que tiene una no-

[45] Muy próximo a lo que dice Epicuro: «Fuera de estas dos cosas [*sc.* cuerpo y vacío] no hay nada cuya existencia el pensamiento pueda concebir, sea por intuición, sea por analogía con aquello que él puede intuir, al menos entre las cosas que concebimos como seres acabados, y no entre aquello que llamamos atributos necesarios o accidentales de esas sustancias» *(Carta a Heródoto* 40).

[46] «Atributo(s)» = *coniuncta,* que traduce el término griego *symbebēkóta.*

[47] «Resultado(s)» = *eventa,* traducción de *symptómata.*

[48] La misma doctrina expone Epicuro *(Carta a Heródoto* 68-70).

[49] *Cf.* Epicuro, *Carta a Heródoto* 72-73.

ción del tiempo como tal, separado del movimiento de las cosas o de su tranquila quietud. En fin, cuando hablan de que raptaron a la Tindárida[50] y la nación de los troyúgenas quedó en guerra sometida, hay que procurar que estas cosas no nos fuercen a decir que tales cosas están ahí por sí solas[51], siendo así que esas generaciones humanas a las que conciernen tales sucesos ya las ha suprimido de forma irreversible el tiempo pasado. Y es que podría decirse que una cosa resultó en las diversas comarcas y otra en aquella parte del mundo, una vez que pasó lo que pasó. A la postre, si no hubiera materia para los seres, ni hubiera sitio y espacio donde suceder cada cosa, nunca el fuego inflamado con el amor de la belleza de la Tindárida, penetrando en el corazón frigio de Alejandro[52], hubiera alentado los famosos combates de la guerra fiera, ni el furtivo caballo de madera con su nocturno parto de griegos les hubiera incendiado a los troyanos su alcázar[53], de manera que no podrías percibir que las cosas ya del todo realizadas tengan tal como el cuerpo consistencia o se den por sí solas, o que aparezcan según el mismo fundamento por el que toma consistencia el vacío, sino que con más razón podrías llamarlas resultado del cuerpo y del lugar donde cada cosa sucede.

---

[50] Helena, hija del héroe espartano Tindáreo.

[51] Los estoicos admiten una suerte de realidad y presencia de las cosas pasadas a través de la memoria humana, mientras que algunos de ellos (Crisipo) tiende a negar toda realidad al tiempo en razón de su carácter continuo (en lo indefinidamente divisible, el presente, el único tiempo real, no es nada). Epicuro se ocupa del tema en *Carta a Heródoto* 72.

[52] Otro nombre de Paris, el raptor de Helena, al que como troyano se le llama 'frigio'.

[53] El texto dice *Pergama*, que es el nombre propio de la ciudadela de Troya.

Los átomos son sólidos e indestructibles

Los cuerpos son a su vez en parte primordios de seres, en parte aquellos que se basan en una agrupación de principios. Ahora bien, los que son primordios de seres no hay fuerza que pueda extinguirlos, ya que se imponen gracias a su cuerpo macizo. Resulta sin embargo difícil creer que pueda hallarse en las cosas algo que sea de cuerpo sólido. Cruza, pues, el rayo del cielo las paredes de las casas tal como el grito o las palabras; el hierro relumbra en el fuego y estallan las piedras con el vapor que hierve fiero; unas veces se deshace y ablandada la tiesura del oro con el fuego, otras el hielo domado por la flama del aire se derrite; se difunde en la plata el calor o el frío penetrante, pues al tomar nosotros en la mano una copa sentimos lo uno o lo otro si a propósito vierten encima el agua a chorro: hasta tal punto parece que en los seres no hay nada sólido. Pero ya que, con todo, la verdadera fundamentación y la naturaleza de los seres nos obligan a ello, estate atento mientras en pocos versos vamos a explicar que se dan cosas que constan de cuerpo sólido y eterno; tales cosas enseñamos que son las simientes y los primordios de los seres, de donde ahora tomaría consistencia el conjunto todo de los seres producidos.

Para empezar, puesto que se ha hallado que es muy dispareja esta doble naturaleza de las dos realidades, la del cuerpo y la del lugar en el que sucede cada cosa, es forzoso que cada una esté ahí limpia y por sí sola. Porque dondequiera que se abre el espacio que llamamos 'vacío', allí no hay cuerpo; y a su vez dondequiera que el cuerpo se encuentra, allí en modo alguno reside la oquedad del vacío. Son por lo tanto macizos y sin vacío los cuerpos primarios.

Y además, puesto que en los seres engendrados se da el vacío, es forzoso que resida en torno a la materia maciza,

sin que se pueda demostrar con un fundamento real que alguna cosa guarda en su cuerpo y tiene dentro de sí vacío, si no concluyes que es algo macizo lo que lo encierra. Pero nada sino la propia conexión de la materia es capaz de encerrar el vacío de las cosas. Porque la materia que consiste en cuerpo macizo puede ser eterna aunque lo demás se deshaga.

Y aquí luego está que, si no hubiera nada que, vacío, dejara sitio, sería macizo; y al contrario, si no hubiera determinados cuerpos que rellenaran cualquier lugar que acaso ocupen, todo el espacio que hay consistiría en vacía oquedad. Así pues, en alternancia, eso es claro, el cuerpo se diferencia de lo vacío, toda vez que no aparece ni decididamente lleno ni del todo vacío: se dan por tanto determinados cuerpos que pueden diferenciar el espacio del puro vacío.

Ellos no pueden desbaratarse al recibir golpes desde fuera, ni tampoco rasgarse si en lo hondo se les penetra, ni cabe que puestos a prueba de otra manera se dobleguen, tal como ya hace un momento te hemos mostrado más arriba: y es que sin el vacío parece que nada puede entrechocar ni romperse ni rajarse al cortar en dos, ni tampoco embeberse de agua, frío invasor o fuego penetrante, medios que todo lo deshacen. Y cuanto más vacío encierra dentro de sí cada cosa, tanto antes se doblega si con tales medios sin más se la pone a prueba. Conque si los cuerpos primarios son macizos y sin vacío, tal como te he enseñado, es forzoso que sean eternos.

Y además, si la materia no fuera eterna, antes de ahora todas y cada una de las cosas se habrían reducido sin más a nada y de nada habría resurgido cualquier cosa que vemos. Pero ya que antes he enseñado que nada puede producirse de nada y que lo que ya se ha engendrado no regresa a la nada, los primordios deben estar dotados de cuerpo inmortal donde cada cosa en su momento final pueda disgregarse de

manera que haya un suministro de materia para rehacer los seres. Así pues, los primordios son de una simplicidad maciza, y no por otra razón han podido mantenerse a lo largo del tiempo y en duración ilimitada rehacer ahora los seres.

En fin, si la naturaleza no hubiera dispuesto ningún límite a la ruptura de los seres[54], ya los cuerpos de la materia, rotos por el paso del tiempo, habrían llegado a una situación tal que nada de ellos a partir de un cierto momento hubiera podido concebirse y llegar hasta el tramo final de su existencia. Porque vemos que cualquier cosa tarda menos acaso en desbaratarse que en rehacerse de nuevo; por eso lo que hasta ahora hubiese roto la prolongada e inmensa duración de todo el tiempo pasado a fuerza de desordenar y desbaratar, nunca en el resto del tiempo podría reconstruirse. Pero ahora está claro que hay un claro límite renovado para la rotura, ya que vemos que cada cosa se rehace y a la vez por especies hay establecida para los seres una duración limitada en la que puedan alcanzar la flor de la edad.

A esto se añade que, aunque los cuerpos de materia sean del todo macizos, puede darse una explicación de todos los que resultan blandos, del aire, el agua, la tierra y los calores, de qué modo se producen y en virtud de qué cada cual actúa, toda vez que en los seres hay una mezcla de vacío; y a la inversa, si los primordios de los seres fueran blandos, no se podría explicar de dónde surgen las recias peñas y el hierro, ya que la naturaleza toda se quedaría de raíz sin sus cimientos primeros. Resultan, pues, fuertes ellos gracias a su maciza simplicidad, con cuya conexión más espesa todos pueden apretarse y mostrar poderosa resistencia.

---

[54] Anaxágoras y Zenón (con sus célebres *aporías),* estoicos y académicos se ocuparon de la divisibilidad inacabable, y Aristóteles habló del continuo como «lo divisible en siempre divisibles» *(tò diairetón eis aeì diairetá).*

Además, si no se le ha asignado ningún límite a la rotura de los seres, a partir de un tiempo eterno es forzoso sin embargo que hasta ahora sobrevivan a cosas que todavía no destacan unos cuerpos sin haber quedado expuestos a prueba ninguna: ahora bien, como están hechos de naturaleza quebradiza, suena disparatado que hayan podido durar eternamante, vejados todo el tiempo en choques incontables.

En fin, puesto que ya está probado que por especies se les ha asignado a los seres un límite en el crecimiento y mantenimiento de sus vidas, y comoquiera que ha quedado formalmente establecido qué es lo que según leyes de naturaleza puede cada ser y qué en cambio no puede, sin que haya alteraciones sino que más bien todo procede con tal coherencia que las aves variopintas unas tras otras todas ellas dejan ver que en sus cuerpos hay manchas específicas, deben poseer también un cuerpo no mudable de materia, es evidente: y es que si los primordios de los seres se pudieran alterar y torcer por alguna razón, tenemos en tal caso que no se sabría qué es lo que puede nacer y lo que no, por qué razón en fin cada cosa tiene capacidades restringidas y unas lindes bien asentadas, y no podrían las generaciones una y otra vez reproducir por especies la naturaleza, la conducta, el modo de alimentación y los movimientos de los padres.

Y aquí tenemos que, dado que hay en cada caso una cúspide última del corpúsculo[55], que ya no alcanzan a ver nuestros sentidos (ella se da, es claro, sin partes y está hecha de la más pequeña sustancia, nunca estuvo separada por su cuenta ni en adelante podrá estarlo, ya que ella es precisa-

[55] Epicuro con argumentación sutil y poco clara *(Carta a Heródoto* 56-59) introdujo la idea de que también los átomos tienen partes mínimas *(tà eláchista).* Véase A. Cassini, *art. cit.*, pág. 666.

mente parte primordial y unificada de otra cosa; a partir de ahí las partes unas con otras van por orden completando en apretada formación la sustancia del corpúsculo, y ellas, dado que no pueden subsistir por sí solas, es forzoso que se afiancen allí de donde no se les podría arrancar de ninguna manera), los primordios son, en consecuencia, de una simplicidad maciza, pues amasados con las partes más pequeñas se afianzan estrechamente, no trabados mediante la reunión de cosas, sino más bien fuertes en su simplicidad eterna, de donde la naturaleza, poniendo a resguardo las semillas de los seres, no consiente que se arranque ni quite nada.

Además, si no hay un mínimo[56], cada uno de los cuerpos más pequeños constará de partes infinitas, lo que implica que entonces la mitad de la mitad siempre tendrá otra mitad y no habrá cosa que llegue a remate. Por tanto, entre el total de las cosas y lo menor que en ellas haya no habrá nada que esté ahí para establecer una diferencia: y es que aunque el conjunto todo sea básicamente infinito, pese a ello, las cosas más pequeñas que haya estarán hechas por igual de partes infinitas. Puesto que una razón bien fundada rechaza y niega que la mente pueda creer tal cosa, es forzoso que cedas y admitas que el espíritu puede creer que se dan esas realidades que estarían completamente desprovistas de partes y constituidas por la sustancia más pequeña; y puesto que se dan, tienes que admitir que también ellas son macizas y eternas.

[56] Estos mínimos no son partes constitutivas del átomo sino más bien «las condiciones lógicas de la individualidad física del átomo» (A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.),* ya que «no tienen algunas de las propiedades esenciales de los átomos, en particular no poseen peso ni movimiento» (A. Cassini, *art. cit.*, pág. 667).

Y por último, si la naturaleza productora no tuviera por costumbre hacer que por fuerza todas las cosas se vayan deshaciendo en sus partes más pequeñas, ella entonces no sería capaz de restaurar ninguna de esas cosas, por la siguiente razón, porque aquellas cosas que no crecen mediante partes no podrían tener lo que debe tener la materia engendradora: vínculos variables, pesos, choques, concurrencias, movimientos, que son los procesos con que se produce cada cosa.

Refutación de la doctrina de Heráclito

Por tal razón[57], quienes pensaron que la materia de los seres es el fuego, y que la totalidad está hecha sólo de fuego, muy mucho parece que se han desviado de una razón bien fundada. Su batalla la abre en vanguardia Heráclito[58], esclarecido por su oscuro lenguaje[59] más entre los griegos vanos que entre los serios que andan buscando la verdad; porque los tontos se admiran y gustan más de todo lo que ven envuelto en pa-

---

[57] La elección de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras en el pasaje que sigue no se puede explicar sólo en términos doctrinales o polémicos, sino que más bien se escogen como ejemplos de la variedad de discursos filosóficos que permite incluso un paso hacia lo poético (según W. J. Tatum, «The presocratics in book one of Lucretius' *De rerun natura»*, *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.* 114 (1974), págs. 189.

[58] De Éfeso. Vivió entre los siglos vi y v a. C. Se le dio el mote de 'sombrío' u 'obscuro', por su carácter y lenguaje. El conocimiento que de Heráclito tiene Lucrecio parece de segunda mano, a través de resúmenes o refutaciones de sus doctrinas. «La explicación de los procesos creadores de la naturaleza mediante la condensación o el enrarecimiento del fuego, no es de Heráclito, sino de sus intérpretes posteriores» (E. Valentí, *not. ad loc.)*.

[59] La expresión es paradójica e imita el lenguaje enigmático del propio Heráclito: *clarus ob obscuram linguam*.

labras enrevesadas[60], y dan por verdadero aquello que acaso acaricia con donaire sus oídos o se acicala de graciosos sones[61].

Pues pregunto yo por qué las cosas alcanzarían a ser tan variadas, si es que se han producido a partir de un mismo y simple fuego. De nada valdría en efecto que el fuego caliente se espesara o quedara mullido, si las partes del fuego tuvieran la misma naturaleza que el fuego todo por encima de ellas. Pues su ardor sería más recio al acercarse sus partes, y más flojo si a la inversa ellas se escinden y disipan; más allá de esto no hay nada que tú creas que puede suceder con tales causas, mucho menos que sea posible una variedad de cosas tan grande a partir de fuegos densos o mullidos.

También aquí, si postulan una mezcla de vacío en las cosas, podrán los fuegos espesarse o quedar mullidos. Pero como ellos ven muchas cosas contrarias a su musa[62] y se resisten a admitir en las cosas el puro vacío, por miedo a las cuestas dejan el camino de la verdad, y por contra no ven que si en las cosas se elimina el vacío todas las cosas se espesan y de todas se hace un único cuerpo que de sí nada po-

---

[60] La expresión *(inversis verbis)* es acaso técnica. La inversión semántica equivale para la retórica antigua a la alegoría, y la sintáctica a la metátesis, alteración del orden habitual en las palabras; *vid.* M. Bollack, «Comparer Lucrèce et Philodème», en G. Giannantoni, M. Gigante (eds.), *Epicureismo...*, vol. II, pág. 758.

[61] D. Sedley *(Lucretius and the Transformation of Greek Wisdom*, Cambridge, 1998, pág. 66, 136 y 190) apunta que el pasaje deriva de la crítica dirigida a Heráclito por Epicuro en su *Perì phýseōs*, 14. La relación con el tratado sobre poesía del epicúreo Filodemo es más insegura; véase R. Janko, *Philodemus. On Poems. Book I*, Oxford, 2000, pág. 10.

[62] La expresión es extraña y el verso está muy estropeado. Se han propuesto varios arreglos. Diógenes Laercio (IX 1, 12) reseña que algunos daban el nombre de *Musae* a la obra de Heráclito (*vid.* A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.)*.

dría dejar escapar de virutas, tal como el fuego calorífero despide luz y humo, de manera que uno ve que no está hecho de partes aglomeradas.

Y si acaso por alguna razón creen que el fuego puede apagarse en el conglomerado y cambiar su cuerpo, o sea, si renuncian a que eso nunca lo haga a partir de parte, todo calor quedará completamente reducido a nada, claro es, y de la nada saldrán todas y cada una de las cosas que se producen. Y es que cualquier cosa que al cambiar sale de sus límites, ello supone sin más la muerte de lo que antes fue. Por tanto es necesario que algo en las cosas persista inalterable para que todas ellas no se reduzcan a nada y la provisión de seres a partir de nada renazca y tome fuerza.

Así pues, puesto que ahora hay ciertos cuerpos que evidentísimamente mantienen siempre una misma naturaleza, con cuya ausencia o presencia, y por cambio en su ordenación, las cosas cambian de naturaleza y los cuerpos se convierten unos en otros, es bueno saber que no hay tales cuerpos ígneos en las cosas. Pues nada importaría que ciertas cosas caigan de aquí o que se integren en otro sitio o cambien de ordenación, si todas ellas sin embargo siguen teniendo la naturaleza del calor: y es que fuego sería aquello que a la sazón de mil maneras produjesen.

Pero, en mi opinión, ello es del siguiente modo: hay ciertos cuerpos cuya concurrencia, movimiento, ordenación, postura y perfiles[63] producen los fuegos y, al cambiar de ordenación, cambian de naturaleza, sin que sea el fuego quien los imita ni ninguna otra cosa aparte que pueda lanzar cor-

[63] Tres conceptos básicos presentes ya en Demócrito (según ARIST., *Metafísica* VII 2 1042b): ordenación *(táxis)*, postura *(thésis)* y perfil o figura *(schêma)*.

púsculos hacia los sentidos y por aproximación alcanzar nuestro tacto.

Seguir diciendo que todas las cosas son fuego y que ninguna cosa real tiene consistencia en el conjunto de las cosas sino el fuego, como hace este mismo[64], parece también extravagante; y es que, partiendo de los sentidos, lucha contra los sentidos y los debilita, a pesar que de ellos depende toda creencia, que por ellos precisamente llegó a reconocer ese fuego que él menciona; pues cree que los sentidos reconocen realmente el fuego pero no reconocen las demás cosas que en absoluto resultan brillantes. Tal creencia me parece a mí vana y extravagante. ¿Adónde miraremos entonces? ¿Qué puede haber más seguro para nosotros que justamente los sentidos a la hora de distinguir lo verdadero de lo falso?

Además, ¿por qué uno iba a eliminar todas las cosas e intentar dejar tan sólo la sustancia del calor mejor que decir que no hay fuegos, y permitir que haya ⟨*fuego*⟩ no obstante? La misma locura, pues, supone decir lo uno o lo otro.

Refutación de otras doctrinas

Por consiguiente, quienes pensaron que la materia de los seres es el fuego y que a partir del fuego puede constituirse el total, y quienesquiera que pensaron que el aire constituía el principio para el engendramiento de los seres o que el agua por sí sola iba plasmando los seres o que la tierra producía todo y podía transformarse en las sustancias de todos los seres, de todas todas parece que mucho se alejan ellos de la verdad.

[64] Heráclito.

Refutación de Empédocles

Añade también aquellos que reduplican los primordios de los seres juntando el aire con el fuego y la tierra con el agua, y los que creen que de cuatro realidades, —el fuego, la tierra, el viento y la lluvia— pueden todas las cosas ir en aumento. Entre ellos destaca como ninguno aquel Empédocles de Agrigento[65] al que sostuvo sobre su suelo la isla de tres puntas, en torno a la que el mar se derrama en anchos golfos y rocía el jónico[66] amargor de sus verdes olas, y en estrecho paso la arrebatada corriente marina separa de sus confines las orillas de la tierra itálica (aquí está la devastadora Caribdis[67] y aquí los rugidos del Etna amenazan con levantar la cólera de las llamas de manera que su fuerza empuje por las gargantas recio vómito de fuego y hasta el cielo lleve nuevamente relámpagos de llama), y, aunque esta gran comarca le parezca a la gente por mil razones admirable y digan que vale la pena visitarla por ser rica en muchos bienes y estar provista de hombres en gran número, seguramente no hubo en ella pese a todo nada más señero, nada más sagrado, admirable y valioso que este hombre. Más aún, los versos de su pecho endiosado corren de boca en boca revelando señeros hallazgos, hasta un punto que resulta difícil creer que él provenga de estirpe de hombres.

Éste, sin embargo, junto con las figuras antes mencionadas, manifiestamente inferiores en muchos extremos y muy menores, si bien es verdad que lograron muchos hallazgos

---

[65] Agrigento o Acragante, colonia griega en Sicilia, fue la patria del filósofo Empédoces, que vivió en la primera mitad del s. v a. C. Lucrecio lo refuta pero habla de él con admiración.

[66] El mar Jonio o Jónico se extiende desde Sicilia a Creta.

[67] Monstruoso remolino que se tragaba naves enteras en la *Odisea* homérica (XII 428).

valiosos e inspirados y como oráculos los fueron revelando desde el santuario de su corazón con mayor escrúpulo y mucho más seguro fundamento que la Pitonisa que desde el trípode y laurel de Febo profetiza[68], pese a todo provocaron desastres en torno a los principios de los seres y ahí dieron ellos con su grandeza una caída grande y espantosa; en primer lugar, porque establecen movimientos tras eliminar el vacío en las cosas y admiten cosas blandas y mullidas, el aire, el agua, el fuego, las tierras, los animales, los vegetales, sin que por ello mezclen en sus cuerpos vacío; después, porque harán que no haya ningún límite para la división de los seres ni se establezca una pausa en su quiebra, ni tampoco en las cosas podrá asentarse algo absolutamente pequeño, siendo así que vemos que ese extremo final de cada cosa es el que ante nuestros sentidos aparece como el más pequeño, de modo que por ahí uno puede suponer que ese extremo más pequeño que las cosas imposibles de ver tienen lo es ⟨*de verdad*⟩.

Y a esto también se añade que, dado que los primordios de los seres constituyen las cosas blandas que nosotros vemos que tienen nacimiento y cuerpo mortal, de raíz la totalidad de los seres debería en tal caso reducirse a nada o de nada renacer y tomar auge un gran caudal de seres; cuánto lo uno y lo otro se aleja de la verdad, es para ti cosa sabida.

Después está que de mil modos las cosas resultan nocivas la una para la otra y como su veneno; de manera que al encontrarse o bien habrán de perecer o escaparán por cada

[68] En el santuario oracular de Delfos la sacerdotisa de Apolo, coronada de laurel, se sentaba sobre un trípode desde donde, en una suerte de trance, pronunciaba frases que luego arreglaban e interpretaban los expertos. Tales respuestas tenían una autoridad inmensa ante los particulares y las insituciones. Se conserva un epigrama de Ateneo que parangona el saber de Epicuro con el de la Pitonisa (Dióg. Laer., X 12).

lado tal como al formarse la tormenta vemos escapar rayos, lluvias y vientos.

Y finalmente, si todas las cosas se producen a partir de cuatro sustancias y todas luego se resuelven en ellas, ¿por qué no podrían llamarse aquellas cosas primordios de los seres y no al contrario los seres principios de aquellas, considerándolo al revés? Pues se engendran unos a otros y entre sí se vienen prestando por entero su color y naturaleza en todo tiempo[69].

Pero si acaso piensas que el cuerpo del fuego y la tierra, las brisas del aire y las gotas del agua se ayuntan de tal manera que en la unión nada haga cambiar su naturaleza, hallarás que a partir de tales elementos no se podrá producir ningún ser, ni ser vivo ni montón[70] con cuerpo sin vida. Como que cada uno en el conglomerado de ese montón diverso mostrará su propia naturaleza y se verá que el aire mezclado con la tierra y algo de agua allí sigue a un mismo tiempo. Ahora bien, en el engendramiento de los seres conviene que los primordios aporten una naturaleza desconocida y oculta, para que no sobresalga nada que luche en contra e impida que pueda darse como tal cada cosa que se produzca.

Más todavía van[71] al cielo y sus lumbreras para traer de allí primero el fuego y hacer que se convierta en las brisas del aire, que de ahí se engendre la lluvia y que la tierra se produzca ⟨*de la lluvia y que luego a su vez de la tierra hu-*

---

[69] En los manuscristos sigue aquí una repetición injustificada del v. 762 («vemos escapar rayos, lluvias y vientos»).

[70] La lectura de los manuscritos *(cum corpore ut arbos)*, seguida por la mayoría de los editores, adolece de ciertas incoherencias conceptuales y sintácticas. El traductor sigue la ingeniosa enmienda de A. García Calvo: *cum corpore aceruos* (v.774).

[71] Heráclito y los seguidores de tal doctrina, que en este caso se trata más bien de los estoicos, los cuales admitían un ciclo continuo de derivaciones (fuego, aire, agua, tierra); *vid.* Cic., *Sobre la nat. de los dioses* II 33, 84.

medad y del agua aire y de ahí fuego, y a su vez entonces cada cosa se críe a partir⟩[72], del fuego, y que hacia atrás a partir de la tierra vuelva todo, el agua primero, después el aire y finalmente el calor, sin que dejen de mudarse unas cosas en otras, de pasar del cielo a la tierra y desde la tierra hasta los astros del firmamento. En modo alguno debe ser tal el comportamiento de los primordios: es forzoso, en efecto, que quede un algo inmutable para que de raíz todos los seres no se reduzcan a nada; y es que cualquier cosa que al cambiar se sale de sus lindes, ello supone la muerte inmediata de lo que ella antes fue. Por tanto, puesto que aquellas cosas que antes mencionamos[73] sufren cambios mutuos, es forzoso que estén hechas de otras, de modo que por ningún lado puedan trasformarse, no vaya a ser te encuentres con que de raíz todos los seres se reducen a nada.

Más aún, es necesario que establezcas que ciertos cuerpos dotados de tal naturaleza, si han producido el fuego, puedan ellos mismos, mediante pequeñas sustracciones y añadidos, alterando su ordenación y movimiento, fabricar las brisas del aire, y así todos los demás seres trasformarse unos en otros.

«Pero», dirás, «la realidad manifiesta indica a las claras que todos los seres a partir de tierra van creciendo en busca de brisas de aire y alimentándose; y si el clima en momento favorable no les concede lluvias de modo que con la descomposición de las nubes los arbustos retiemblen, y el sol por su parte no los empolla y da su calor, no podrían crecer las mieses, arbustos, animales». Y por supuesto que si comida dura y agua fina no nos mantuviera perderíamos el cuerpo en tal caso y a su vez la vida toda en todos nuestros nervios[74] y huesos se

[72] El texto entre paréntesis angulares, vv. 884a-884b, es traducción de un añadido o suplencia de A. García Calvo.

[73] Los cuatro elementos.

[74] La lengua latina no distingue entre nervios y tendones (distinción que la anatomía científica ha perfilado en castellano). El término *nervus*

desvanecería; pues sin lugar a dudas nos mantenemos y alimentamos con determinadas cosas, unos seres lo hacen con determinadas cosas y otros con otras; resulta claro que, puesto que hay muchos primordios comunes a muchos seres mezclados de muchos modos en los seres, los diferentes seres se alimentan por ello de diferentes seres.

Y mucho importa a menudo a cuáles y en qué posición, siendo los mismos, se pegan esos primordios, y qué movimientos recíprocos provocan o reciben, pues unos mismos constituyen el cielo, el mar, tierras, ríos, el sol, unos mismos las mieses, arbustos, animales, aunque se van moviendo y mezclando entre sí de diverso modo. Y digo más: acá y allá en nuestros propios versos ves muchas letras comunes a muchas palabras, a pesar de que te ves forzado a reconocer que versos y palabras difieren tanto en el significado como en la pronunciación de su sonido: tanto pueden las letras con sólo que cambie su ordenación[75]. Ahora bien, los que vienen a ser los primordios de las cosas pueden proporcionar más combinaciones para de ahí producir acaso cada uno de los diferentes seres.

Contra las homeomerías *de Anaxágoras*

Ahora examinemos también la homeomería de Anaxágoras[76], que así la llaman los griegos, mientras que la pobreza de nuestra lengua materna no nos permite darle nombre apropiado,

---

se traducirá, pues, por lo uno o lo otro, a veces por cuestiones meramente prosódicas.

[75] Véase la nota a I 197.

[76] Anaxágoras *(ca.* 500-428 a. C.), nacido en la ciudad jónica de Clazómenas, residió en Atenas y fue contemporáneo de los atomistas Leucipo y Demócrito. La reconstrucción de su sistema de ideas es difícil por lo contradictorio de los testimonios. El mundo era en sus comienzos

aunque resulta bien fácil explicar su sentido en unas palabras.

Para empezar, la que él llama 'homeomería de los seres' es venir a decir que huesos y tripas se engendran a partir de huesos y tripas pequeñitos y diminutos, que la sangre se produce al unirse unas con otras muchas gotas de sangre, que puede de migajas de oro formarse el oro y de tierra menuda fraguar la tierra, que de los fuegos viene el fuego y de las aguas el agua, y las demás cosas las va conformando y pensando por un procedimiento parecido. Y pese a todo no admite bajo ningún concepto que en las cosas se dé el vacío y un límite en la partición de los cuerpos. Así que en ambos aspectos me parece a mí que se equivoca, tal como aquellos que antes dijimos.

Añade que conforma unos primordios demasiado endebles, si es que son primordios los que se constituyen dotados de una naturaleza semejante a los mismos seres y por igual se debilitan y perecen sin que ninguna cosa frene su destrucción. Porque ¿cuál de ellos tras recio embate aguantará de modo que ya en las fauces de la muerte escape a la perdición? ¿El fuego, el agua o el aire? ¿Algo de oro o sangre? ¿Acaso el hueso?[77] Nada, según creo, cuando por igual toda cosa será tan radicalmente mortal como las que a las claras vemos que perecen dominadas ante nuestros ojos por alguna fuerza. Pero de que las cosas no pueden ir decayendo hacia

---

una mezcla de semillas *(spérmata)* de cada sustancia natural. Carne, sangre, piedra o metal son infinitamente divisibles en partes iguales entre sí y semejantes al todo, de ahí el nombre que Aristóteles dio a esas partes: 'homeomerías'. «En toda cosa hay una porción de cada cosa salvo la mente *(noûs)*» dice uno de sus fragmentos *(DK* 59 B11).

[77] Frente a la lectura de los manuscritos *quid horum? sanguen an ossa?* A. García Calvo propone: *auri aut sanguinis? anne os?*

nada ni tampoco crecer a partir de nada, pongo por testigo lo antes demostrado.

Además, puesto que el alimento engrosa y sustenta al cuerpo, es bueno saber que las venas, la sangre y los huesos ⟨*con sangre y huesos y venas crecen y se sustentan*⟩ o si dicen que todos los alimentos se dan con mezcla de cuerpo y encierran dentro de sí pequeños cuerpos de nervios, huesos y hasta venas y partículas de sangre, ocurrirá que todo alimento, el seco y la propia agua se considera que están formados de sustancias extrañas, huesos, nervios y una mezcla de pus y sangre. Y esto otro: si cualquier cuerpo que a partir de la tierra crece se halla en el terreno, es forzoso que la tierra esté formada con las sustancias extrañas que del terreno nacen. Aplica esto mismo a otra cosa, podrás usar otras tantas palabras: si en el leño se esconden la llama, el humo y la ceniza, es forzoso que el leño esté formado por sustancias extrañas; y además, tal como la tierra hace crecer cuantos cuerpos alimenta ⟨*a partir de otros, así también los frutos*⟩, que de su propio leño nacen, ⟨*los da el árbol a partir de fuerzas*⟩ ajenas[78].

Queda aquí una cierta posibilidad débil de escapatoria, que es la que por su lado adopta Anaxágoras, de modo que piensa que todas las cosas están mezcladas y escondidas en todas las cosas, pero que únicamente aparece aquello a lo que corresponden más elementos de la mezcla y los situados más a la mano y en primera línea. Eso sin embargo queda muy lejos de ser una explicación certera. Encajaría aquí según ello que incluso los granos, cuando una y otra vez se trituran bajo la fuerza rompedora de la muela, dejaran entrever trazas de sangre o de alguna de las sustancias con la que nuestros cuer-

[78] Pasaje estropeado. Nos atenemos al arreglo y la suplencia de A. García Calvo.

pos se sustentan; tenía por la misma razón que manar sangre también de las hierbas cuando, piedra contra piedra, las machacamos, y las aguas dejar salir gotas sabrosas, de un sabor parecido al que en la sustancia de su leche muestra el ganado lanudo, y al triturar una y otra vez los terrones del suelo, claro es, verse allí hierbas de una u otra clase, simientes y ramas ocultas y en pequeños trozos repartidas dentro de la tierra, y por último verse en el leño, si lo rajamos, la ceniza y el humo y los pequeños trozos de fuego allí escondidos; puesto que la realidad revela claramente que nada de ello ocurre, es bueno saber que no hay en las cosas tal mezcla de seres, sino que unas simientes entremezcladas de muchos modos y comunes a muchos seres en los seres se esconden.

«Pero es que más de una vez en las grandes montañas», dirás, «sucede que las altas copas de árboles vecinos, si a hacer tal cosa les obliga la fuerza del viento, frotan sus cortezas hasta que al saltar el brote de la llama relumbran». Bueno es saber que, pese a ello, dentro del leño no se aposenta fuego, sino que hay muchas semillas de calor que, al frotarse cuando se encuentran, producen incendios en los bosques; porque si en los bosques se produjera la llama por estar allí metida, en ningún momento el fuego podría mantenerse oculto, destruiría con frecuencia los bosques, quemaría matorrales.

¿Ves ahora, por tanto, lo que hace poco dijimos, que es que a menudo importa muchísimo a cuáles y en qué posición se pegan unos mismos primordios, y qué movimientos recíprocos provocan o reciben, y que es que mediante la leve trasformación de unos en otros unos mismos producen fuego y madera. Es lo mismo que sucede con las propias palabras 'lumbre' y 'cumbre'[79], que con una leve permuta de letras las marcamos con sonidos diferentes.

[79] Para reproducir de algún modo el juego de consonancias nos desviamos algo del sentido propio de las palabras que emplea Lucrecio, que

En fin, si cada una de las cosas que ves entre las realidades evidentes crees que no pueden llegar a ser sin imaginar tú en la materia cuerpos dotados de una naturaleza pareja, según tal razonamiento hallas que se destruyen los primordios de los seres: sucederá que en un ataque de risas y temblores suelten carcajadas, o que empapen de gruesas lágrimas toda su cara.

Exaltación de la empresa poética

Ahora[80], vamos, entérate de lo que viene luego y óyelo bien claro, que no se me escapa lo oscuro que resulta, si bien es verdad que una gran esperanza de gloria ha golpeado mi corazón con recia vara al tiempo que metía en mi pecho ese dulce amor de las Musas que me acucia ahora mientras con la fuerza de mi pensamiento recorro los despoblados de las Piérides[81] nunca antes pisados por la planta de otro: da gusto acercarse y beber en manantiales que nadie tocó y da gusto cortar flores frescas y hacerle una llamativa corona a mi cabeza con aquellas que las Musas nunca antes tomaron para cubrir las sienes de nadie. En primer lugar porque mis enseñanzas tra-

---

son *ignis* y *lignum* ('fuego' y 'leña'). El símil de letras y átomos lo usó por vez primera en I 197 (véase allí nuestra nota).

[80] Este preámbulo (926-950) retrasado llama la atención porque comienza abruptamente y, además, se repite en IV 1-25. Lo considera una proclama de inmortalidad Ch. Segal, «Poetic immortality and the fear of death: the second proem of the *De rerum natura*», *Harvard Studies in Class. Philol.* 92 (1989), 193-212. Otro análisis en L. Lenaghan, «Lucretius 1.921-50», *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.* 98 (1967), págs. 221-251.

[81] El monte Piero, en Tesalia, da nombre a sus habitantes las Musas. Otras historias hablan de un rey Piero, macedón, padre de las nueve Musas (Cic., *Sobre la nat. de los dioses* III 21, 54).

tan de cuestiones graves y se encaminan a desatarle al espíritu los estrechos nudos de la religión; luego, porque en tema tan opaco entono versos luminosos y los voy empapando todos ellos de gracia poética[82]. Y esto además no parece que sin razón se haga, sino que tal como los médicos, cuando intentan suministrarle repulsivo ajenjo a un niño, untan previamente la redonda boca de un vaso con dulce y rubio licor de miel a fin de que el niño con la poca malicia de sus años quede burlado sólo en los labios, y de paso vaya sorbiendo la amarga leche del ajenjo y, aunque caiga en la trampa no caiga enfermo sino que con tal operación más bien se restablezca y sane, así yo ahora, puesto que con mucha frecuencia esta doctrina parece repugnarles un tanto a quienes no tienen trato con ella, y ante ella se echa atrás espantada la gente, decidí exponerte nuestra doctrina en dulcísono verso de Pieria[83] y untarla por así decirlo con la grata miel de las Musas, a ver si acaso de ese modo alcanzaba a mantenerte atento a nuestros versos en tanto que examinas la naturaleza toda de los seres, en qué forma se arma y va configurando[84].

Infinitud de la totalidad

Pero, una vez que he enseñado que cuerpos de materia completamente macizos revolotean sin parar, indestructibles a lo largo del tiempo, adelante pues, expliquemos ahora si la totalidad de ellos tiene o no tiene alguna clase de límite; asimismo, como hemos dado con el vacío, o bien con ese lugar o espacio

[82] *Vid.* J. McIntosh Snyder, «The meaning of *Musaeo contingens cuncta lepore,* Lucretius I 934», *The Classical World* 66 (1973), 330-334.

[83] Véase nota a I 926.

[84] I 926-950 = IV 1-25.

donde todas y cada una de las cosas vienen a suceder, aclaremos si se conforma como un todo radicalmente limitado o bien se extiende sin medida y en hondura inabarcable[85].

Porque es que en ninguna dirección alcanza límites todo lo que hay. Y es que debería tener un extremo; ahora bien, parece que no puede haber extremo de nada si más allá no hay algo que lo delimite, de manera que se vea que más lejos de ahí esa entidad no secunda a nuestras sensaciones; puesto que ahora hay que reconocer que fuera del total no hay nada, no tiene por tanto extremo y carece así de límite y medida. Y no importa en qué dirección allí te coloques: hasta tal punto, sea cual sea el lugar que uno tome, va dejando hacia todas partes por igual un todo ilimitado.

Y hay más: si como limitado se establece de entrada todo el espacio que hay, si alguien corriera hasta sus bordes más lejanos y remotos, y arrojara una jabalina volandera, ¿qué prefieres, que ella, disparada con mucha fuerza, vaya adonde se la mandó, o piensas tal vez que algo se lo impide y estorba? Con una de las dos cosas tendrás por fuerza que quedarte y mostrar acuerdo, y una y otra te deja sin escapatoria y te obliga a admitir que todo se extiende sin límite alguno: y es que sea que haya algo que impida y haga que no llegue adonde se la mandó, y allí en el confín se coloca, sea que se dirija hacia fuera, no salió ella del confín. De esta manera iré detrás de ti y, dondequiera que pongas los bordes últimos, preguntaré qué pasó con la jabalina; resultará que en ningún sitio podrá asentarse el límite, y la posibilidad de un avance irá postergando para siempre tu escapatoria.

---

[85] Según I. Avontin, «On some epicurean and lucretian arguments for the infinity of the universe», *Classical Quarterly* 33 (1983), págs. 421-427, la idea de un mundo sin límites irrebasables surge entre los atomistas anteriores a Epicuro, y a todos ellos suele aplicarla la tradición (así Aristóteles, *Física* 203b 15-30).

Y también: si todo el espacio del conjunto completo quedara encerrado por todos sitios dentro de unos bordes definidos y fuera limitado, ya el montón de la materia con sus pesadas masas por todos sitios habría ido reuniéndose en lo más hondo, sin que ninguna cosa pudiera suceder bajo la techumbre del cielo y sin que cielo en modo alguno hubiera o relumbres de sol, pues ello es claro en el caso de que la materia toda estuviera aplastada en montón después de haber ido asentándose durante tiempo sin fin. Pero ahora, por supuesto, no hay quietud en los cuerpos de los principios, porque no hay en absoluto esa parte más honda adonde por así decirlo podrían ellos acudir y allí poner su asiento: siempre andan en continuo movimiento todas y cada una de las cosas en todas partes y desde abajo se van sin límite suministrando veloces corpúsculos de materia.

Y, para terminar, ante nuestros ojos aparece que una cosa linda con otra: el aire separa a trechos los cerros, y los montes a trechos el aire, la tierra es frontera del mar y a su vez el mar es frontera de las tierras todas. Pero por supuesto nada hay que por fuera linde con el todo.

Así pues, la naturaleza del sitio y el espacio de lo hondo es tal que ni un rayo luminoso podría recorrerlo en su marcha resbalando durante un trecho inacabable de tiempo, ni siquiera hacer que al avanzar quede menos: hasta tal punto sin límite alguno se extiende acá y allá hacia todas partes en derredor el caudal inmenso de los seres.

Y, más todavía, que el total de los seres pueda por sí solo ponerse medida, la naturaleza lo impide, haciendo que por fuerza el cuerpo quede delimitado por el vacío y a su vez lo que es vacío quede delimitado por el cuerpo, de modo que con tal alternancia haga ilimitadas todas las cosas, o incluso uno y otro, si el otro no lo limita, se abra desde su ser enterizo no obstante sin medida. ⟨*Pero que lo uno y lo*

otro está exento de un final de tal modo que al otro en su ser sólo él lo define, vendré a probártelo en pocas palabras, si me atiendes. Porque si admites que los cuerpos de materia son infinitos en número, como lo son, pero a la postre decides que el espacio de ellos se halla todo cerrado en derredor, tú mismo ves lo que amenaza pasar en falso: que es que quizá los cuerpos innumerables todos en apretado conjunto se sujetarían apelmazados entre ellos, hasta tal punto que ninguno podría hacer los movimientos por los que la naturaleza rige todos sus hechos en las cosas que hay, o bien, lo que es más verdad, que estando así lleno, ni siquiera podrías ver qué es lugar o qué es cuerpo, como es natural que sea si no hay ningún vacío que delimite el cuerpo. Pero si imaginas que los cuerpos son finitos en número y al mismo tiempo dejas sin un límite al espacio, hallarás que lo que de eso se sigue no es menos absurdo, pues no quedaría ninguna cosa que en su propio ser se mantuviera,⟩[86] ni el mar ni la tierra ni las bóvedas luminosas del cielo, ni la raza de los mortales ni los cuerpos gloriosos de los dioses podrían detenerse el breve espacio de una hora. Y es que la provisión de materia, desprendida del conglomerado, se arrastraría suelta por el gran vacío, o bien jamás entonces se hubiera apelmazado para producir cosa alguna, ya que una vez deshecha no se habría podido apelotonar.

Porque, lo que es a propósito y gracias a una inteligencia sagaz, los primordios de los seres no se fueron colocando cada uno en su lugar debido, ni es tampoco que entre sí

[86] El largo pasaje entre paréntesis angulares es una reconstrucción de A. García Calvo basada en la doctrina epicúrea *(Carta a Heródoto* 42). El editor H. Diels (1923/24) hace una reconstrucción más breve: «⟨Pues, por finito, el espacio no contendría los innúmeros / y velocísimos átomos de la materia, y si a su vez, / los átomos fueran, en el espacio infinito, finitos⟩, / ni el mar ni la tierra», etc.

⟨*concertaran los movimientos que cada cual habría de ocasionar*⟩, sino que, como muchas cosas cambian de muchos modos, y a través del todo y sin tiempo sufren el empuje de los golpes, probando desplazamientos y reuniones de toda clase, acaban por fin dispuestas tal como se halla la totalidad esta de los seres, producida y también mantenida a lo largo de muchos y muchos años, de manera que, en cuanto ella viene a dar en los movimientos adecuados, hace que los ríos con las aguas abundosas de sus caudales restauren el mar insaciable y la tierra, recalentada con los vahos del sol, renueve sus frutos, que florezca en su crianza la raza de los vivientes y revivan los fuegos escurridizos del éter. Y de ninguna manera esto harían si no pudiese del infinito ir por debajo brotando la provisión de materia de donde suelen en su momento recobrar cada cosa que pierden. Porque tal como la naturaleza de los vivientes, privada de alimento, se desbarata y pierde la carne, deben así deshacerse todas las cosas al tiempo que por alguna razón falla el suministro de una materia que no está al paso.

Ni tampoco golpes desde fuera pueden preservar en todos sitios todo conjunto, cualquier cosa que haya logrado trabazón. Es verdad que podrían percutir una y otra vez y mantener en espera una parte hasta que acudan otras y el conjunto pueda completarse; sin embargo, de vez en cuando se ven obligados a rebotar y otorgarles con ello espacio y tiempo para su evasión a los principios de los seres, de modo que sean capaces de desplazarse libremente lejos del conglomerado.

Por tanto es forzoso que una vez y otra vayan surgiendo muchas cosas y, no obstante, para que también por su cuenta los golpes las repongan, se hace necesaria en todas partes una cantidad interminable de materia.

No hay centro del mundo

En este punto, Memio, procura en gran manera no dar crédito a eso que dicen[87]: que todas las cosas descansan sobre el centro del conjunto, y que por tanto el ser del mundo se sostiene sin ningún empuje externo y hacia ningún lado pueden separarse ni las partes altas ni las bajas, ya que todas ellas se apoyan en el centro (si crees que algo puede estribar sin más sobre sí mismo), y que las masas que hay de la tierra abajo empujan todas hacia arriba y al revés descansan puestas sobre tierra, como las imágenes que ahora vemos reflejadas en las aguas; y por razonamiento semejante defienden que allí los animales vagabundean panza arriba sin que acaso desde tierra caigan atrás hacia las bajuras del cielo, ni más ni menos que si pudieran nuestros cuerpos a capricho volar hasta la bóveda celeste; que cuando ellos están viendo el sol, nosotros divisamos los astros de la noche, y comparten con nosotros en alternancia los tiempos celestes y se las entienden con noches emparejadas con días. Pero a los necios un falso ⟨*profeta les viene inculcando todas*⟩ estas cosas, ya que se las tienen ⟨*con la cuestión*⟩ acogiéndose ⟨*a un argumento*⟩ erróneo: y es que nada puede ser centro ⟨*si el conjunto todo es*⟩ inacabable; ni tampoco si es que ⟨*hay centro*⟩ podría allí detenerse cosa alguna ⟨*jamás con suficiente firmeza*⟩ y no por cualquier otra razón ⟨*verse rechazada*⟩ lejos; porque todo ese lugar y espacio que ⟨*llamamos 'vacío'*⟩, por

[87] De nuevo se rechaza una hipótesis estoica. Dice un estoico al que da la palabra Cicerón: «Todas las partes de este ⟨mundo⟩ buscan por doquier el lugar central y en él se apoyan en equilibrio *(aequaliter nituntur)*» *(Sobre la nat. de los dioses* II 43, 115).

el centro y por lo que no es centro ⟨*debe*[88]⟩ ceder ante masas iguales, doquiera ellas en movimiento se arrastren, y no hay lugar adonde acudan los cuerpos y en tal instante pierdan su peso y puedan quedarse quietos en el vacío; ni tampoco por su parte lo que es el vacío debe aguantar ante nada sin ceder una vez y otra, que es lo que su naturaleza exige. No pueden, pues, según tal razonamiento, mantenerse las cosas en agrupación dominadas por una tendencia hacia el centro[89].

Además, puesto que se figuran que no todos los cuerpos se apoyan en el centro, sólo los terrosos y blandos, y los que de algún modo están contenidos dentro del cuerpo terrestre, las aguas del mar y las corrientes que bajan crecidas de la montaña, mientras que por otro lado enseñan que las finas brisas del aire y el fuego ardiente se alejan por igual del centro, y que el éter entero riela en torno con sus constelaciones y la llama del sol pasta entre los azules del cielo precisamente porque el calor huye del centro y allá se junta todo, y que de ninguna manera en los árboles las puntas de sus ramas podrían florecer, si desde la tierra poco a poco a cada uno ⟨*alguna*[90] *clase de fuerza también de abajo arriba envíe y arrastre al revés hacia el cielo pequeños cuerpecillos de tierra, de manera que la totalidad del conjunto no presentaba un centro, una vez que admiten que también estas cosas alguna vez van de ahí hacia fuera. Más aún, si a la sazón prestas oídos a las palabras de esos que pretenden*

[88] Los vv. 1068-1075 han sufrido mermas en su segundo hemistiquio. Las suplencias que propone A. García Calvo son en parte originales y en parte las del editor H. Munro.

[89] F. E. Hoevels, «Lukrez: ein kritischer oder dogmatischer Denker?», *Hermes* 103 (1975), 333-349, interpreta el anterior pasaje (1052-1082) en conexión con I 753-759 (un argumento contra los pluralistas que se repite en I 847-858).

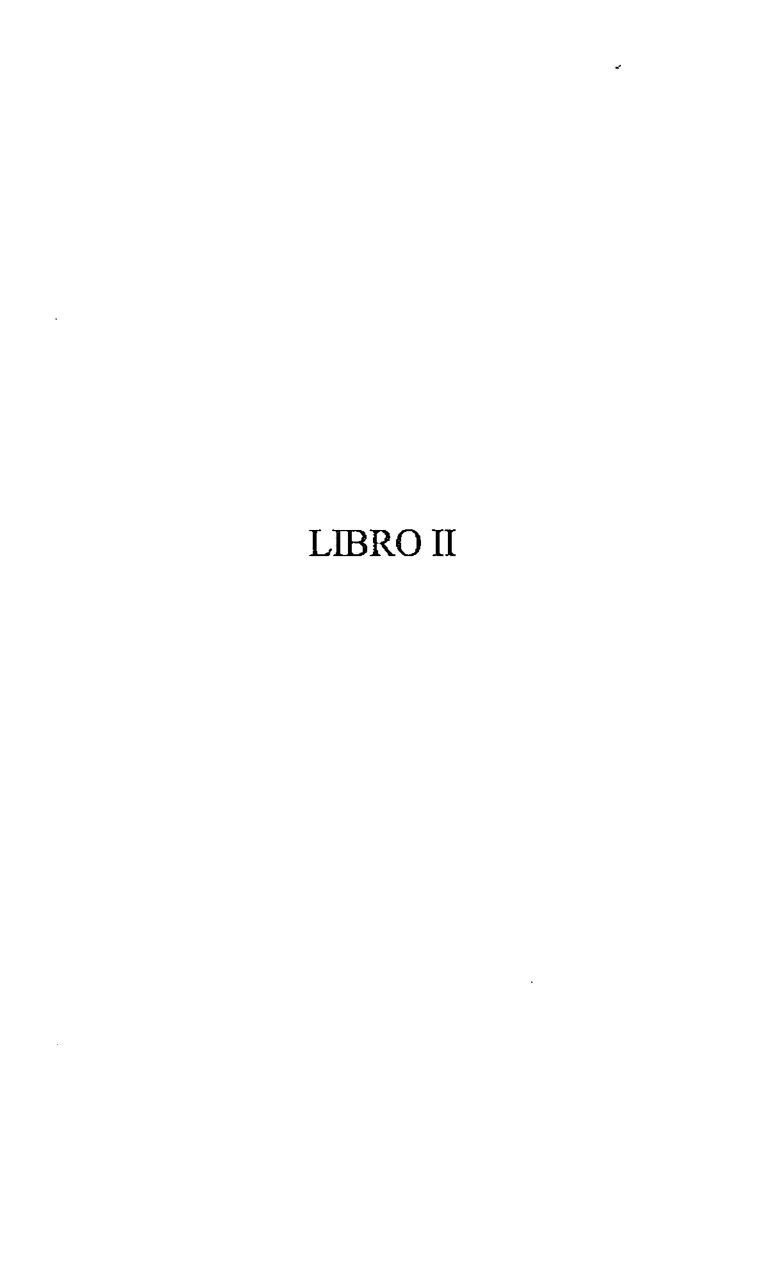
[90] La laguna de ocho versos (1094-1101) en los manuscritos se rellena con la reconstrucción de A. García Calvo.

preservar el globo todo del mundo mediante un centro —al tiempo que a esos mismos se les escapa la verdad, que todo se abre en torno a lo sin límite—, mucho me temo entonces⟩ no vaya a ser que a manera de pájaros los muros en llamas del mundo se suelten de pronto y huyan a través del enorme vacío, y que las demás cosas por parecida razón se vayan detrás o que desde lo alto del cielo se derrumben las bóvedas del trueno y que la tierra de pronto se nos retire de los pies y ellos todos, entre los escombros entremezclados de los seres y el cielo, desbaratando sus cuerpos, se pierdan por las honduras del vacío, de modo que en breve instante no quede ningún resto salvo espacio despoblado e invisibles primordios.

Pues en cualquier parte que de antemano decidas que los cuerpos faltan, esa parte se volverá puerta de muerte para los seres, por allí se echará fuera el tropel todo de la materia.

Epílogo

Estas cosas las irás reconociendo si te dejas guiar por esta pequeña obrilla, pues lo uno irá aclarando lo otro sin que la noche oscura te descamine y no puedas descubrir las ultimidades de la naturaleza: así un tema irá dando luz a otros.



LIBRO II

SINOPSIS

PROEMIO (1-61).

Bondades de la filosofía y la vida sencilla (1-13); miserias de la ignorancia (14-61).

A. EL MOVIMIENTO DE LOS ÁTOMOS (62-332).

1. El movimiento atómico es continuo e invisible (62-141).
2. Veloz en el vacío puro (142-166).
3. Produce el mundo con los hombres, no para los hombres por causa divina (167-183).
4. Los átomos nunca van hacia arriba, sino que caen produciendo presión o peso (184-215).
5. Su leve desviación garantiza los choques (216-250) y la potestad de los seres vivos sobre sus movimientos, sin que haya un destino inevitable (251-293).
6. Estos movimientos producen en la totalidad los mismos seres y se dan también en las cosas quietas aunque no se vean (294-332).

B. LAS FIGURAS DE LOS ÁTOMOS (333-729).

1. Los átomos son diferentes en figura y ello explica las cualidades heterogéneas que se dan en una misma cosa (333-477).
2. Es limitado el número de las clases de átomos (478-521).

3. Los átomos de cada clase son infinitos y se distribuyen según proporción (522-580).
4. No hay cosa que no conste de varias clases de átomos, como la tierra misma adorada por los hombres como diosa (581-699).
5. Los elementos no se combinan de cualquier modo, sino que los hay que se rechazan entre sí (700-729).

C. Los átomos carecen de cualidades secundarias (730-1022).

1. Los átomos no tienen color, olor, sabor, temperatura (730-864).
2. Lo viviente sensible está hecho de átomos insensibles, pues vida y sentido dependen tan sólo de la ordenación de átomos en un conjunto (865-990).
3. Todo en suma proviene de átomos y en ellos se resuelve, siendo las cualidades de las cosas producto de las figuras, choques, uniones, intervalos y combinaciones de elementos (991-1022).

D. Infinito número de mundos, su formación y destrucción (1023-1174)

1. La novedad de las siguientes afirmaciones no debe espantar a nadie (1023-1047).
2. Ya que el espacio no tiene límites, los átomos habrán de formar en otras partes mundos y cielos como los nuestros (1048-1089).
3. Esos mundos se forman por leyes naturales sin presencia ni gobierno de dioses (1090-1104).
4. Los mundos crecen y menguan por entrada o pérdida de átomos, envejecen como ahora se ve por nuestro mundo presente si se le compara con el pasado (1105-1174).

LIBRO II

Exaltación de la ciencia

Es grato[1], al tiempo que los vientos en mar abierto[2] revuelven las aguas, contemplar desde tierra el esfuerzo de otro, no porque haya gusto y alegría en que alguien sufra[3], sino porque es grato ver de qué males uno se libra; ya formados en el llano sin tú tener parte en el lance es también grato divisar los escuadrones de la batalla; pero nada más grato que ocupar los serenos templos eminentes, bien abastecidos con la enseñanza de los sabios, desde donde puedas mirar a los otros de abajo cómo van de acá para allá buscando un camino a su vida sin rumbo, cómo compiten en talento y se enfrentan por renombre, esforzándose noche y día, entre altos favores, en llegar

[1] Se abre un proemio de fuerte tono moral. *Vid.* G. B. CONTE, «*Hypsos* e diatriba nello stile di Lucrezio», *Maia* 18 (1966), 338-368, que lo considera una invitación a la filosofía y desmenuza sus componentes.

[2] Epicuro frecuentó este símil marinero; *vid.* fr. 425 USENER, *Sent. Vat.* 17 y *Carta a Meneceo*, 128, pasaje este último donde aparece la hermosa expresión «tempestad del alma» *(psychês cheimón).*

[3] A pesar de este aviso de Lucrecio hay quien interpreta el pasaje como síntoma de frío sadismo (entre otras señales de la pretendida locura del poeta). Pone las cosas en su sitio E. B. HOLTSMARK, «On Lucretius 2.1-19», *Trans. and Proc. of the Amer. Philol. Assoc.* 98 (1967), 193-204.

a encumbrarse con las mayores riquezas y ganar el poder. ¡Ay pobres almas de los hombres, ay corazones cerrados! ¡En qué tinieblas la vida y en qué grandes peligros pasa este tiempo sea el que sea! ¡No ver que por su parte la naturaleza no ladra otra cosa sino que, así que el dolor apartado del cuerpo se aleje de la mente, aquella, libre de pena y cuidado, disfrute de una sensación de alegría! De modo que respecto a la naturaleza del cuerpo vemos que de verdad se requieren pocas cosas, cualesquiera de ellas que elimine el dolor, aunque también pueda[4] granjearse deleites abundantes con mayor gusto alguna vez que otra; tampoco la naturaleza como tal protesta, si por las estancias no hay doradas estatuas de gente joven sosteniendo lámparas flamígeras en sus diestras para servir de alumbrado en banquetes nocturnos, o si la casa no resplandece de plata y con el oro relumbra, si cítaras no hacen retumbar los ámbitos de dorados artesones, siendo así, con eso y todo, que algunos en compañía tirados sobre la blanda grama, junto a las aguas de un arroyo, bajo las ramas de un árbol crecido, sin grandes gastos dan mucho gusto a sus cuerpos, sobre todo si sonríe el buen tiempo y la estación del año salpica de flores el verde prado[5]; tampoco las fiebres ardientes salen del cuerpo con mayor presteza si te revuelcas entre telas historiadas o roja púrpura que si hay que acostarse sobre ropa vulgar. Por todo eso, ya que en nuestro cuerpo los tesoros de nada sirven, ni tampoco la nobleza ni la gloria del poder, no queda sino pensar que tam-

---

[4] Seguimos aquí el arreglo y la puntuación que para este pasaje difícil propone y justifica M. Wigodsky, «Lucretius, 2.20-23», *The American Journal of Philology* 107 (1986), 402-405.

[5] El párrafo encierra algunas dificultades textuales, de puntuación y sintaxis. Realiza un análisis que llega a una interpretación no muy diferente de la que presentamos, I. Avotins, «Lucretius 2.16-2.33», *Harvard Studies in Class. Philol.* 82 (1978), 167-173.

poco al alma le aprovechan en nada, si no es que acaso cuando ves tus legiones hervir por el Llano de Marte y mover fingida guerra, ⟨*y al pie de la flota correr y desperdigarse,*⟩ cuando con mucha tropa de refuerzos[6] las haces formar bien armadas y del mismo entusiasmo llenas, con tales cosas entonces los temores religiosos huyen de tu espíritu despavoridos, y entonces los temores ante la muerte huyen y dejan tu tiempo vacío y libre ya de cuidados. Y si vemos que esto todo es cosa de risa y pura broma, y de verdad los miedos del hombre y sus tenaces cuidados no temen ni estruendo de armas ni dardos sañudos, y con valentía se desenvuelven entre reyes y poderosos, sin asustarse ante los esplendores del oro ni ante el limpio brillo de ropa purpurada, ¿cómo vas a dudar que todo este poder sea exclusivo de la razón?, más aún cuando la vida toda entre tinieblas padece: porque es que tal como los niños en las cerradas tinieblas tiemblan y de todo tienen miedo, así a plena luz nosotros en ocasiones tememos por cosas que en modo alguno son más temibles que las que en la oscuridad los niños sienten con espanto e imaginan a punto de suceder[7]. Este terror del alma, pues, y estas tinieblas es menester que los disipen no los rayos del sol ni los dardos lucientes del día, sino una visión fundamentada de la naturaleza[8].

---

[6] Verso muy corrompido, que A. García Calvo edita incluyendo una latinización del helenismo *epíkouroi* = *auxilia* (tropas aliadas o de refuerzo). Lucrecio y sus lectores conocían muy bien estas maniobras militares ejecutadas en el Llano de Marte *(Campus Martius),* que debieron ser frecuentes en vísperas de guerra.

[7] Este símil del niño en el cuarto oscuro ha tenido un largo porvenir en la literatura moral. Séneca glosa el pasaje en *Epístolas morales a Lucilio* 110, 6-7, apostrofando al poeta: «¿Cómo? ¿No somos más tontos que cualquier niño quienes en medio de la luz tememos? Pero es falso, Lucrecio, no tememos en medio de la luz: todo lo volvemos tiniebla».

[8] «Una visión fundamentada de la naturaleza» = *naturae species ratioque.*

Programa

Y ahora, vamos, expondré con qué movimiento los cuerpos genésicos de la materia engendran seres diversos y desbaratan los engendrados, bajo qué impulso están obligados a hacerlo y qué movilidad se les ha otorgado para cruzar a través del gran vacío: procura tú entregarte a mis palabras.

Movimiento continuo e invisible de los corpúsculos

Y es que está claro que la materia en sus entresijos no se asienta compacta, pues vemos menguar cada cosa y advertimos que a lo largo del tiempo inmenso todo por así decirlo fluye y que el envejecimiento lo sustrae a nuestras miradas, a pesar de que el conjunto parece permanecer inalterado debido a que los cuerpos que se retiran de cada cosa producen mengua donde se apartan y donde acuden regalan crecimiento, hacen que unas cosas a la fuerza envejezcan mientras que otras por contra florecen, sin que en ello se detengan. Así se renueva constantemente el conjunto de los seres y viven unos tras otros por turno los mortales (crecen unos pueblos, menguan otros, y en breve espacio se suceden las generaciones de los vivientes) y como corredores se van pasando la antorcha de la vida[9].

Si crees que pueden parar los primordios de los seres y al parar producir nuevos cambios en ellos, andas muy descaminado y lejos de la fundamentación verdadera. Pues toda vez que vagan por el vacío, es necesario que todos los pri-

[9] La imagen de la carrera de antorchas *(lampadedromía)* aparece en un diálogo platónico *(Leyes* 776b) y en un pasaje del latino VARRÓN *(Agricultura* III 19, 9), según C. BAILEY *(com. ad loc.).* No sabemos si este traspaso de antorchas sucedía en una carrera (como sugieren los *cursores* del texto lucreciano) o acaso en una procesión o ceremonia, como leemos en HERÓDOTO (VIII 98).

mordios de los seres se vean arrastrados por su propia pesantez o acaso por golpe de otro. Porque ⟨*así que*⟩ una vez y otra al cruzarse chocan veloces, sucede que de pronto rebotan en direcciones opuestas. Y no es, pues, de extrañar, siendo como son muy duros gracias a sus masas compactas y no estorbándoles nada a sus espaldas. Y cuanto mejor compruebes que los cuerpos de materia todos se agitan, ten presente que en el conjunto nada es el fondo de todo y que los cuerpos primarios no tienen donde asentarse, porque hay espacio sin fin ni medida, y que la inmensidad se extiende en todas direcciones ya lo hice ver extensamente y quedó demostrado con fundamento seguro.

Puesto que ello así queda, está claro que a los cuerpos primarios no se les ha otorgado descanso ninguno a través del hondo vacío, sino que más bien, trabajados por continuo y variable movimiento, en parte rebotan dentro de amplios intervalos al chocar, y otra parte dentro de pequeños espacios sufren golpes. Y caso de que algunos en más denso agrupamiento reboten al coincidir dentro de estrechos intervalos, estorbados sin más por sus formas retorcidas, esos conforman el duro meollo de las piedras y las hechuras despiadadas del hierro y demás cosas ⟨*de*⟩ esta clase; los que siendo poquitos a través del gran vacío rebotan más que los otros y lejos muy lejos van circulando en sus grandes intervalos, esos nos suministran el aire ralo y los luminosos esplendores del sol. Y muchos además vagan a través del gran vacío por estar expulsados de los agrupamientos de los seres o también por no haber podido coordinar movimientos después de admitidos.

De esta realidad, según voy señalando, ante nuestros ojos discurre y nos asalta una imagen o semblanza. Párate a mirar, en efecto, cuando los rayos se introducen y derraman el esplendor del sol a través de la oscuridad de una casa: verás

muchos cuerpos diminutos de mil formas entremezclarse a través del vacío en la propia luz de los rayos, y como en inacabable disputa celebrar las batallas disputadas de una guerra, esforzándose en un continuo agruparse y separarse, de modo que podrías por ahí suponer cómo es que los primordios de los seres en el gran vacío sin parar se agitan, siempre que desde luego una realidad trivial pueda proporcionar un modelo de las grandes realidades y barruntos de su concepto.

También es bueno que tú, en relación a estos cuerpos que parecen alborotar en los rayos de sol, te percates de lo siguiente: que tales alborotos a su vez indican que hay por debajo movimientos ocultos e invisibles de la materia. Pues ahí verás que muchos de ellos, empujados por invisibles golpes, cambian de dirección y vuelven atrás rebotados, ahora acá y luego allá, hacia todas partes en derredor. Y es que, claro es, tal vagabundeo deriva de los principios en conjunto, ya que los elementos primarios de los seres se mueven por sí solos; por eso los cuerpos que consisten en una pequeña agrupación y por así decirlo están más cerca de las capacidades de los principios se mueven al empuje de sus golpes invisibles y a su vez ellos persisten en hostigar a los otros un poco mayores. Así, desde los principios, va subiendo el movimiento y sale poco a poco ante nuestros sentidos, de modo que se mueven desde luego aquellas migajas que alcanzamos a ver en el relumbre del sol, pero no aparece a las claras merced a qué golpes lo hacen.

Velocidad de los átomos

Ahora, Memio, cabe por ahí conocer en pocas palabras qué capacidad de movimiento se ha otorgado a los cuerpos de la materia.

En primer lugar, cuando la aurora rocía de nueva luz las tierras, y las aves variopintas, en vuelo

por los sotos apartados, llenan parajes con sus voces claras a través de la fina brisa, lo pronto que suele el sol en el preciso instante de su nacimiento derramar su luz y con ella revestir todas las cosas, eso vemos que para todos es claro y manifiesto. Ahora bien, ese vaho de la limpia luz que el sol despide no atraviesa una oquedad vacía; se ve por ello obligado a avanzar más lentamente, al tiempo que a golpes aparta las aguas, por así decirlo, del aire, sin que los corpúsculos del vaho atraviesen cada uno por su cuenta sino más bien trabados entre sí y apelmazados; por ello tiran a la vez unos de otros hacia atrás y sufren estorbo por fuera, de modo que se ven obligados a atravesar más lentamente; en cambio los primordios que son de una sencillez maciza, cuando discurren por vacía oquedad sin que ninguna cosa los frene por fuera y, al ser sin más unos en sus partes, se desplazan afanosos hacia ese solo lugar al que una vez apuntaron, deben, claro es, adelantarse gracias a su movilidad y desplazarse mucho más rápidos que los rayos del sol[10], y traspasar muchos más sitios del espacio en ese mismo tiempo en que los resplandores del sol se reparten por el cielo.
⟨*Además*[11], *¿qué más rápido que el golpe del rayo, cuando ar-* 164a

[10] Epicuro afirma que los átomos se mueven tan rápidos como el pensamiento *(Carta a Heródoto,* 61), lo que no supone una velocidad infinita sino la mayor que pueda pensarse, ya que, de no ser así, un átomo alcanzaría lugares distantes de manera simultánea, y esto es absurdo *(ibid.* 47).

[11] Después de este punto todos los editores desde Pontano (1429-1503) reconocen una laguna, que Marullus (1453-1500) estimó de un solo verso y la mayoría de muchos más. A. García Calvo ha rebajado la capacidad de la hoja del arquetipo supuesta por Lachmann, que sería de 52 versos (26 + 26), a sólo 38 (19 + 19), y los ha rehecho de acuerdo con la doctrina de Epicuro, que en este punto es bien oscura *(Carta a Heródoto,* 62). Traducimos aquí su reconstrucción. W. H. Owen, «The lacuna in Lucretius' II 164», *The American Journal of Philology* 89 (1968), 406-418, señala que los versos perdidos tratan el tema de la gravedad y caída de los cuerpos.

diente vuela de pronto desde el cielo a la tierra, podrías acaso ver que ante tus ojos sucede y se desplaza? En cuanto aquel con asombroso empuje sale disparado de la nube, ya chirrian-
164e *do traspasa la encina por medio del tronco, o deslizándose así velozmente penetra entre las paredes de las casas, de manera que vasos de oro se derriten en breve instante: hasta tal punto es rápido el paso del fuego celeste; ahora bien, no es simple como tal la sustancia del rayo sino que se enreda y queda tra-*
164k *bada en sus propios corpúsculos de llama, ni tampoco cruza el rayo por huero vacío, sino que atraviesa el aire y las nubes e incluso la tierra, de modo que vaya acaso menos acelerado y en su marcha se refrene. ¿Con cuánta mayor velocidad, pues, crees que se desplazan los primordios, que son recios y se des-*
164p *lizan con su dura simpleza y, adondequiera que corran, nada les estorba que sigan avanzando?*

Ahí tienes, pues, Memio, las que has de tomar por las verdaderas simientes de todas las cosas, que hacen que cuantos seres se nos aparezcan sean potentes en su movilidad asombrosa: porque es que ellas solas, cayendo a través del
164v *vacío arrastradas por su propio peso, empujándose entre sí con golpes a menudo, deslizándose desde tiempo infinito sin descanso más a prisa que el rayo, ocasionando cada uno de los movimientos mediante los cuales la naturaleza de mil maneras produce diversidad de cosas, al fin vinieron a dar en*
164'b *esas composiciones*⟩ de las que consta el total de las cosas que por todas partes ves; y no busco en mis versos abarcarlas todas, ni, aunque tuviera cien lenguas y cien bocas, una voz de hierro[12], ⟨*podría repasar cada una de ellas: y es que ellas*

[12] Estos tres versos impresos en letra redonda corresponden a un fragmento transmitido por SERVIO, *Com. a Virg., Geórg.*II 42 y *Com. a Virg., En.* VI 625). Su inclusión dentro de esta laguna la sugirió F. GIANCOTTI (1994). C. LACHMANN los colocaba después de VI 836 y U. BOECK antes de VI 92. F. MÜLLER los atribuye a Lucilio. La figuración del poeta que

entretejieron el éter luminoso y las constelaciones que en torno resbalan, fundándolos con lejano enlace, y asentaron los celestes fuegos que en torno vagan; de otra parte hicieron que el mar se derramara y la tierra quedara amontonada sobre sus raíces de hierro y rocas, y que de ella también nacieran hierbas y matorrales; luego dispusieron que las generaciones de animales, provistas de sangre y miembros, fueran viviendo, y a la sazón decidieron formar y distribuir acá y allá por las tierras la casta de los hombres, que son capaces de sentir y ver las cosas cada una, aunque no de conocer el invisible movimiento en que se hacen〉, ni de examinar cada primordio por separado, de manera que vean con qué fundamento ocurre cada cosa.

El mundo no está hecho por dioses ni para el hombre

Pero frente a esto algunos[13], desconocedores de la materia, dicen que sin la gracia de los dioses no se puede explicar que la naturaleza mude tan de acuerdo con los humanos intereses las estaciones del año y críe el grano, ni tampoco las otras cosas que el santo Placer, guía de la vida, por su cuenta saca e invita a los mortales a que las afronten, llevándolos a que mediante las faenas de Venus propaguen las generaciones, de modo que no perezca la raza humana. Cuando imaginan que los dioses lo formaron todo por causa de esos hombres, en todo punto parece que se han desviado muy mucho de una razón bien fundada. Y es que

---

pide bocas a ciento y voz de hierro para estar a la altura del tema la fraguó Homero.

[13] Más que de los seguidores de la religión tradicional se trata aquí de lo estoicos, para quienes el mundo es un lugar ordenado donde conviven dioses y hombres (*cf.* Cic., *Sobre los fines* III 19, 64). La vaguedad de la alusión encierra sin duda un carácter despectivo. Que el mundo no está hecho para nosotros los hombres lo mostrará el poema más adelante (V 195-234).

aunque desconociera yo cuáles son los primordios de la realidad, sería, pese a todo, capaz de demostrar a partir de las propias explicaciones del cielo, y capaz de explicar a partir de muchas otras cosas lo siguiente: que en modo alguno en beneficio nuestro el ser del mundo se ha creado por obra divina: de tan grandes flaquezas está aquejado. Más adelante[14], Memio, te iremos aclarando estas cosas; ahora trataremos de los movimientos, que es lo que luego corresponde.

Nada puede moverse de abajo arriba

Es ahora el momento, según creo, de reforzar también en este punto tu convicción de que ninguna cosa corpórea puede por sus propias fuerzas moverse hacia arriba, pasar hacia arriba, no vaya a ser que en este punto los cuerpos de las llamas te arrastren a engaño: surgen orientados hacia arriba, es verdad, y hacia arriba toman incremento, y hacia arriba crecen las mieses esplendorosas y los matorrales, en tanto que las masas, en lo que está de su parte, se mueven todas hacia abajo. Y cuando el fuego salta a los tejados de una casa y con veloz llama va recorriendo tablas y vigas, no hay que pensar que lo haga por propia cuenta y sin que ninguna fuerza desde abajo empuje. Algo parecido es cuando la sangre revienta y salta lejos al escapar de nuestro cuerpo y desparrama cuajarones. ¿No ves también con cuánta fuerza la masa del agua escupe tablas y vigas? Porque cuanto más las empujamos enfiladas apenas y más gente somos para hundirlas en lo hondo, con iguales ansias y más las vomita y lanza de vuelta hacia arriba, de modo que en más de su mitad rebrincan y se quedan asomando; y sin embargo no dudamos, creo yo, que estas cosas, en lo que está de su parte, se arrastren todas hacia abajo a tra-

[14] V 195-234.

vés de un espacio vacío. De este modo, en efecto, deben también las llamas, empujadas a través de las brisas del aire, ser capaces de pasar hacia arriba, aunque las masas, en lo que está de su parte, luchen por dirigirse hacia abajo. Y de noche las antorchas del cielo que en las alturas vuelan, ¿no ves que van dejando largo rastro de llamas en cualquier dirección que la naturaleza les abra paso? ¿No adviertes que astros y estrellas caen a tierra? Incluso el sol desde la cima ⟨*del mundo*⟩ por todas partes derrama su ardor y siembra de luz los campos: luego también el ardor del sol se dirige a tierra. Adviertes que los rayos vuelan entre las lluvias de través; ahora de acá, ahora de allá las centellas salen rompiendo nubes y entrechocan; cae a tierra la fuerza de su llama comúnmente.

La desviación de los átomos

Esto que sigue anhelamos en este punto que tú también sepas, que, cuando los cuerpos se arrastran por el vacío en derechura hacia abajo a causa de sus propios pesos, en un momento indeterminado por lo general y en un lugar indeterminado empujan un poco fuera de su sitio, lo suficiente para poder afirmar que su movimiento ha cambiado. Y es que si no tuvieran por costumbre desviarse, todas las cosas hacia abajo como gotas de lluvia irían cayendo a través del hondo vacío, y no surgirían encuentros ni se producirían golpes entre los principios: de esta manera la naturaleza no produciría nada nunca.

Porque si acaso alguien cree que los cuerpos más pesados han podido, en la medida en que se arrastran más deprisa en derechura por el vacío, tropezar desde arriba con los más ligeros y así generar golpes capaces de causar movimientos generadores, anda descaminado y se aleja de la fundamentación verdadera. Las cosas, en efecto, que caen a través de las aguas y del aire tenue, todas y cada una de ellas

es forzoso que según su peso vayan acelerando la caída, debido justamente a que por igual el cuerpo del agua y la fina sustancia del aire no son capaces de frenar ningún objeto sino que ceden bien pronto vencidos por los más pesados. Por el contrario, en ninguna parte ni tiempo puede una oquedad vacía mantenerse bajo un objeto sin ceder, como su propia naturaleza exige, continuamente; todas las cosas, por tanto, deben moverse a través del vacío en calma, a pesar de sus pesos desiguales, con igual impulso. Así pues, no podrán nunca con las más ligeras tropezar desde arriba las más pesadas ni por sí solas generar golpes que acaso modifiquen los movimientos con que a las cosas lleva naturaleza.

Por consiguiente, es necesario que los cuerpos se vayan desviando cada vez un poco más, aunque no más que lo menos posible, no vaya a ser que parezca que imaginamos movimientos sesgados y la realidad indudable tal cosa refute. Pues vemos que es claro sin más y manifiesto eso de que las masas, en lo que está de su parte, no pueden desplazarse a los lado cuando desde lo alto se desploman, que es algo que podrías tú observarlo. Pero que nada ⟨*en nada*⟩ se desvíe jamás de su trayectoria, ¿quién hay que ⟨*por*⟩ sí solo pueda observarlo?

La desviación de los átomos como fundamento de la libertad

En fin[15], si un movimiento se enlaza sin parar con otro y del antiguo surge uno nuevo en determinado orden sin que los primordios al desviarse ocasionen algún inicio de movimiento que quebrante las leyes del destino a fin de que una causa no siga a otra inde-

[15] Esta doctrina no aparece en nada de lo que nos queda de Epicuro, pero la inscripción de Enoanda la da como suya y habla de la *parenklitikḗ kínēsis:* «¿No sabes que hay un movimiento libre en los átomos que Demócrito no ha descubierto, pero que Epicuro ha sacado a la luz, la desviación inherente, tal como mostró a partir de lo aparente? Y he aquí lo más

finidamente, ¿de dónde en la tierra les viene a los vivientes esa decisión? ¿De dónde sale, insisto, esa decisión desligada del destino gracias a la cual nos dirigimos adonde a cada uno lo arrastra su gusto[16], torcemos además los movimientos, y no en tiempo determinado ni en dirección determinada sino adonde por propia cuenta nos lleva nuestra mente? Porque está fuera de toda duda que a estas acciones da inicio la decisión de cada uno en particular y que a partir de ahí el movimiento se difunde por los miembros. ¿No ves también que en el brevísimo instante en que se abren las cuadras[17] los caballos con empuje ansioso no pueden sin embargo saltar fuera tan pronto como la mente por su lado anhela? Y es que a través del cuerpo entero toda una aglomeración de materia debe impulsarse para que, una vez que reciba el impulso a través de los miembros todos, secunde con su esfuerzo el afán de la mente, de manera que puedes ver que el inicio del movimiento nace del corazón, deriva primero de una decisión del alma y luego se reparte por los miembros del cuerpo. Y ello no es igual que cuando avanzamos empujados por un golpe y del todo obligados por la fuerza grande de otro: pues entonces es claro que la materia toda de nuestro cuerpo se desplaza y sin querer nosotros se ve arrastrada hasta que a través de los miembros la decisión la refrena. ¿Ves, por tanto, ahora que, por más que una fuer-

---

importante: si se cree en el destino, toda enmienda y punición desaparece, y los malos no pueden sufrir castigo» (frag. 32, II 14-III 14 Chilton; véase É. Évrard, «Diogène d'Oenoanda et Lucrèce», en R. Poignault (ed.), *Présence...*, pág. 59).

[16] El poeta juega con las palabras 'decisión' *(uoluntas)* y 'gusto' *(uoluptas)*, presentando a la primera como causa de movimiento; véase I. Avontins, «Notes on Lucretius 2.251-293», *Harvard Studies in Class. Philol.* 84 (1980), 75-79.

[17] Se trata de los *carceres*, casetas de las que salían los caballos en las carreras de carros del hipódromo *(circus)*.

za exterior empuje a muchos y a menudo les obligue a avanzar y a lanzarse sin querer en veloz carrera, hay, pese a todo, en nuestro pecho algo que dispone el luchar en contra y estorbarlo, ante cuyo designio incluso la aglomeración de materia se ve una vez y otra forzada a doblegarse y, aunque ya lanzada, se frena y hacia atrás se asienta?

Por eso también en las semillas es necesario que admitas que, aparte del choque y el peso, hay otra causa de movimiento, de la que deriva esa facultad[18] innata en nosotros, ya que vemos que nada puede a partir de nada llegar a ser. Y es que el peso impide que todo llegue a ser mediante choque, mediante una fuerza exterior en cierto modo. No, sino que el que la mente, para hacer toda cosa, no contenga en sí una necesidad interna ni se vea por una suerte de atadura obligada a sobrellevar y padecer[19], eso lo consigue la pequeña desviación[20] de los principios en dirección indeterminada y en momento indeterminado.

---

[18] La libre decisión o albedrío.

[19] Este punto conecta la desviación física con la psicología lucreciana; *cf.* M. Bollack, «*Momen mutatum* (la déviation et le plaisir, Lucrèce II, 184-293)», en J.Bollack, A. Laks (eds.), *Études sur l'épicureisme antique,* Lille, 1976, págs. 161-201.

[20] «Pequeña desviación» = *exiguom clinamen*. Ya los antiguos señalaron que la desviación atómica se introduce para eliminar el fatalismo y afirmar el libre albedrío (así Cic., *Sobre la nat. de los dioses* I 25, 69; *Sobre el destino,* 10, 22). Pueden verse los artículos D. Fowler, «Lucretius on the *clinamen* and 'Free Will' (2, 251-93)», en *Studi sull'epicureismo greco e romano offerti a M. Gigante,* Nápoles, págs. 329-352; K. Kleve, «*Id facit exiguum clinamen*», *Symbolae Osloenses* 55 (1980), págs. 27-31; T.J. Saunders, «Free will and the atomic swerve in Lucretius», *Symbolae Osloenses* 59 (1984), 37-59.

En la totalidad los átomos producen las mismas cosas

Y la aglomeración de la materia en ninguna ocasión estuvo más apretada ni provista, por lo demás, de mayores intervalos, ya que nada allí crece ni se pierde. Por consiguiente, en el mismo movimiento que están ahora los cuerpos de los principios estuvieron en las edades pasadas y de semejante modo tras la presente habrán siempre de moverse, y aquellas cosas que solían engendrarse seguirán, con las mismas limitaciones, engendrándose y siendo y creciendo en fuerza y reciedumbre en la medida en que a cada cual se lo consienten las leyes de Naturaleza. Y no hay fuerza que pueda alterar el conjunto de los seres, pues ni hay ⟨*ya en parte alguna*⟩ nada adonde alguna clase de materia pueda escapar a partir del todo, ni en el todo hay de donde pueda nacer una nueva fuerza que invada y cambie toda la naturaleza de los seres y trastorne los movimientos.

Los átomos no paran de moverse en las cosas quietas

Y precisamente en este punto no es de extrañar por qué, si todos los primordios de los seres está en movimiento, el conjunto sin embargo parece estar en la mayor quietud, excepto cuando algo hace un movimiento a partir del propio cuerpo: y es que toda la naturaleza de los principios se halla muy por debajo de nuestros sentidos, por lo que, no pudiendo de momento distinguirlos, sus movimientos también deben escapársenos, sobre todo cuando cosas que podemos distinguir, pese a todo, nos ocultan a menudo sus movimientos por estar ellas a mucha distancia. A menudo, en efecto, las bestias lanudas al repelar frondosos pastizales en un collado se arrastran adonde a cada una las matas perladas de fresco rocío las invita y va llamando, y los corderos juguetean har-

tos y retozan tiernamente, cosas todas que de lejos se nos aparecen entremezcladas y como si en el verde collado estuviera lo blanco detenido; y otra más: cuando las inmensas legiones llenan en sus desplazamientos los espacios del llano al mover guerra fingida, al tiempo que un claror sube hasta el cielo y toda la tierra en torno reluce de bronces, y ante el empuje de los soldados por lo bajo se levanta estrépito de pisadas y los montes heridos por el griterío despiden las voces hasta las estrellas del firmamento, y revuelan los jinetes en torno y cruzan de pronto el llano por su centro batiéndolo con recia bravura: a pesar de todo esto hay un punto en lo alto de la montaña ⟨*desde donde*⟩ parecen que están quietos y que en el llano el claror se detiene.

Los átomos tienen figuras diferentes

Y ahora, vamos, en adelante date cuenta de cómo son los comienzos de todos los seres y de lo lejos que por su forma están unos de otros, de lo mucho que cambian a causa de sus múltiples configuraciones, no debido a que muchos estén dotados de formas poco parecidas, sino porque en general no todos están hechos iguales a todos. Y no es de extrañar, ya que siendo tanta su abundancia que, tal como tengo ya enseñado, no hay límite ni totalidad en ellos, no deben, claro es, todos con todos ser de la misma estofa y sin más estar configurados de forma parecida.

Y aparte, ahí tienes la raza humana, los mudos rebaños nadadores de los escamosos y las manadas lustrosas, fieras y aves variopintas que frecuentan los humedales cerca de riberas, manantiales y lagos, y que con su revoloteo pueblan bosques inaccesibles: ponte a escoger un linaje cualquiera entre todos estos y hallarás que sin embargo difieren entre sí por sus figuras. Y ninguna otra razón hay para que la prole

pueda reconocer a la madre y la madre a la prole, cosa que vemos que es así y que entre sí no menos que los hombres a las claras se distinguen. Muchas veces, en efecto, el novillo ante gallardos santuarios de dioses[21] se derrumba sacrificado junto a los altares humeantes de incienso al tiempo que de su pecho exhala cálido chorro de sangre. La madre por su lado, ya sin hijo, recorre los verdes sotos y sobre el suelo retuerce las huellas que con su pezuña hendida traza, escudriñando todos los parajes con la mirada por si acaso divisa a la cría perdida; llena con sus quejas el bosque frondoso allí deteniéndose y, traspasada por la añoranza de su ternero, una y otra vez regresa al establo; no pueden sauces tiernos, ni pastizales engrosados de rocío, ni arroyo ninguno al pasar lamiendo el borde mismo de la orilla deleitar sus entrañas y alejar las ansias repentinas, ni puede la visión de otros novillos por los prados floridos distraer su atención y aliviar las ansias: hasta tal punto anda en busca de algo propio y conocido. Y otro caso: los tiernos cabritos con su voz temblorosa reconocen a sus cornudas madres, y los corderos topadores a la manada de baladoras; así, y ello es lo que naturaleza exige, cada cual por lo común acude a las tetas de su propia leche.

Y para terminar: cualquier grano que tomes verás que de todos cada uno en su clase no será tan parecido a otro que no haya entre ellos cierta diferencia de forma sin embargo. Por pareja razón vemos que clases diversas de conchas colorean el regazo de la tierra allí donde el mar con olas suaves ceba la esponjosa arena de una curvada playa.

Así pues, y una y otra vez hay que decirlo, por semejante razón, ya que gracias a naturaleza hallan consistencia

[21] Una interpretación del pasaje en CH. SEGAL, «*Delubra decora:* Lucretius II 352-366», *Latomus* 29 (1970), págs. 104-118.

los primordios de los seres y no están hechos a mano según la forma determinada de uno solo, es necesario que revoleteen siendo en algún modo diferentes entre sí.

Muy fácil de ahí será para nosotros con un razonamiento aclarar por qué el fuego del rayo corre mucho más penetrante que el nuestro que se saca de antorchas terrestres: podrías decir, en efecto, que el fuego celeste, por sutil, está hecho de pequeñas figuras y atraviesa por ello los agujeros que no puede ese fuego nuestro nacido de la leña y formado en la tea. Y algo más: el cuerno deja pasar la luz en tanto que escupe el agua. ¿ eso por qué, sino por ser tales cuerpos de la luz más pequeños que aquellos que forman el humor vivificante de las aguas? Y si bien es verdad que de prisa vemos correr los vinos por el colador, el aceite en cambio se demora lento, y ello es así porque consta de partículas ya sea mayores o acaso entre sí mejor trabadas y enredadas, y de este modo sucede que cada uno de los primordios, al no separarse unos de otros, no puede pasar por su correspondiente orificio. A esto se añade que líquidos como la miel y la leche se paladean en la boca con una sensación gustosa de la lengua, mientras que por el contrario la siniestra esencia del ajenjo y la de la centaura silvestre[22] torturan los paladares con su asqueroso sabor, de manera que sin dificultad comprenderás que están hechas de elementos lisos y redondos las sustancias capaces de dar gusto a los sentidos, mientras que por el contrario las que en particular parecen amargas y rasposas se sujetan y traban con elementos mejor enganchados, y por ello justamente suelen rasgar los con-

[22] Todavía se llama 'centaurina' a cierta sustancia que se da en algunas «plantas amargas y que se ha extraído del cardo bendito y del cardo estrellado» *(Dicc. de la Real Acad.)*.

ductos de los sentidos y con su entrada romper nuestro cuerpo.

Todas las cosas, por último, las buenas para los sentidos y las malas de palparse oponen entre sí por estar hechas de figuras dispares, no vayas acaso a creer que el desapacible estrépito de la chirriante sierra consta de los mismos elementos lisos que las musicales melodías que, despertadas por ágiles dedos, los instrumentistas van configurando a través de las cuerdas, ni vayas a creer que atraviesan hasta las narices humanas primordios con la misma forma cuando queman horrendos cadáveres y cuando la escena está recién regada con azafrán de Cilicia[23] o un altar cercano despide perfumes de Pancaya[24], ni tampoco vayas a dar por sentado que consten de semilla parecida los vivos colores de cada cosa, los que son capaces de entretener la mirada y los que punzan los ojos, provocan lágrimas o por su feo aspecto parecen fuertes y repulsivos. Porque es que toda ⟨*cosa*⟩ que en particular halague a ⟨*tus*⟩ sentidos no se ha formado sin cierta lisura de los principios; y, a la inversa, cualquier cosa que resulte molesta y rasposa no se halla sin cierta rugosidad de su materia.

Hay también cosas que de momento ni se piensa con razón que sean lisas ni tampoco ganchudas merced a puntas dobladas sino más bien merced a unas esquinas algo salientes, ⟨*de modo que*⟩ son más capaces de hacer cosquillas a

---

[23] En los alrededores de la ciudad de Córico, dentro de la región de Asia Menor conocida como Cilicia, nacía el mejor azafrán, que, mezlado y rociado con agua, los antiguos empleaban para perfumar el ambiente, sobre todo en los espectáculos públicos.

[24] Se trata del incienso importado de Arabia, a la que poetas latinos dan el sonoro y raro nombre de *Panchaia* (así Virg., *Geórg.* II 139 y Ov., *Met.*, X 478).

los sentidos que no daño; de tal clase por cierto es el tártaro y la énola con sus sabores[25].

Y en último lugar, que la caliente llama además y la fría escarcha punzan los sentidos corporales estando dentadas de modo diferente, nos lo indica el propio tacto de una y otra. El tacto, sí, el tacto, válgame el santo poder de los dioses[26], es un sentido corporal tanto cuando un objeto externo se nos va metiendo dentro, como cuando uno que surge en el cuerpo nos hace daño, o al salir nos da gusto en las amorosas faenas[27] del engendramiento, o cuando por un golpe las semillas en el propio cuerpo se alborotan y chocando entre sí alteran la sensibilidad, como si con la mano acaso te golpeas tú mismo cualquier parte del cuerpo y lo compruebas.

Por consiguiente, es forzoso que queden muy lejos unas de otras las formas de aquellos principios capaces de producir sensaciones diferentes.

En fin, las cosas que nos parecen duras y espesas, esas es forzoso que consten más bien de elementos entre sí en-

---

[25] En el texto aparece el término *fecula* (diminutivo des *faex)* que denomina la costra cristalina depositada en el fondo y paredes de la vasija donde fermenta el mosto; se trata según el *Dicc. de la Real Acad.* de «tartrato ácido de potasio impuro», que en la antigüedad se empleaba como medicamento. A su lado se nombra a la llamada *inula,* que en castellano se corresponde con la énola campana o el helenio, que era uno de los ingredientes de la triaca, un compuesto heterogéneo empleado contra mordeduras venenosas. Ambos sabores debían pertencer a la experiencia común de los lectores romanos.

[26] Esta fórmula religiosa (que en boca del epicúreo no puede ser tomada sino como convencional o irónica) resalta la importancia del tacto, que para la psicología atomista viene a ser el sentido más fiable y el que sirve de modelo para entender el funcionamiento de los otros (como señalaron ya Aristóteles y Teofrasto, y más claramente DEMÓCRITO, fr. A119, A135, nº 55 DK).

[27] Las «amorosas faenas» son *Veneris res* ('cosas de Venus'), en el original.

ganchados y que se mantengan muy compactos gracias a elementos por así decirlo ramosos. Dentro de esta clase a primera vista se sabe que más que nada las rocas diamantinas suelen rechazar golpes e igualmente los recios pedernales, el hierro de dura robustez y los bronces que rechinan cuando resisten a los cerrojos. Evidentemente deben consistir en elementos lisos y redondos aquellas cosas que al ser líquidas poseen un cuerpo fluido; porque el tragar adormidera[28] es tan fácil como el tragar agua: no se refrenan sus granos unos a otros desde luego y su empuje igual de tornadizo ⟨*hacia*⟩ abajo resulta. Todas las cosas, en fin, que en un momento ves desaparecer, como el humo, la niebla o la llama, si no es que consisten todas ellas en elementos lisos y redondos, es forzoso que al menos no estén trabadas por elementos entrelazados, a fin de que sean capaces de punzar el cuerpo o penetrar en las rocas sin pegarse unas a otras por el contrario; lo uno y lo otro vemos que en ellas a la sensación se ofrece, de modo que puedes comprender fácilmente que no consisten en elementos entrelazados sino puntiagudos.

Pero el que uno vea que amargan cosas que a su vez son líquidas, como las salpicaduras del mar, eso tiene muy poco de extraño, ya que, por ser líquidas, consisten en elementos lisos y redondos, ⟨*pero*⟩ entre los lisos ⟨*andan*⟩ mezclados los cuerpos ⟨*rasposos*⟩ del dolor; y sin embargo no es forzoso que éstos retengan por ser ganchudos, puesto que sabemos, pese a todo, que los rugosos son esféricos, de modo que pueden a la vez avanzar girando y herir los sentidos. Y para que mejor aprecies que principios rasposos van mezclados con

---

[28] La adormidera, planta que los antiguos utilizaban como somnífero, tiene semillas muy pequeñas, lisas y redondas.

lisos —que por eso es la del mar[29] sustancia amarga— hay un modo de separarlos y verlos aparte cuando el mismo líquido dulcificado una y otra vez a través de los terrenos se filtra hasta que desagua en una poza y se remansa; pues arriba deja los primordios de su desagradable ponzoña, ya que por rasposos pueden mejor a la tierra pegarse.

El número de las clases de átomos es limitado

Una vez enseñado esto, voy a hilvanar, de modo que encaje y a partir de aquello se haga creíble, el siguiente punto: los primordios de los seres se diversifican según un conjunto limitado de formas. Y si ello no fuera así, ciertas semillas entonces deberán darse a su vez con un aumento indefinido del cuerpo. Porque dentro ya de una y la misma pequeñez de un cuerpo cualquiera las formas no pueden diversificarse mucho. Haz en tal caso que los cuerpos primarios consistan en tres partes muy pequeñas, o auméntalas en pocas más: es claro que, cuando colocando todas esas partes de un solo cuerpo arriba o abajo, y cambiando las de la derecha por las de la izquierda, de todas las maneras, hayas comprobado qué apariencia de forma ocasiona cada ordenación del cuerpo completo, en lo sucesivo, si es que quieres variar las figuras, habrá que añadir otras partes; de ahí se seguirá que por una razón semejante su ordenamiento exigirá otras, si es que tú quieres otra vez variar las figuras; luego a nuevas formas sigue un aumento del cuerpo. En consecuencia no tienes por qué creer que haya semillas diferentes de infinitas formas, no vaya a ser que estés forzando a algunas de ellas a ser de una grandeza descomunal, cosa que ya antes enseñé que no podía admitirse.

[29] El texto dice 'Neptuno' en sinécdoque trivial.

Tendrás en tal caso que las vestes exóticas y la reluciente púrpura de Melibea, empapada en tinte de tesálicas caracolas[30], la dorada cola de los pavos, salpicada de risueños destellos, quedarían postergadas ante nuevos colores, y despreciaríamos el olor de la mirra y los sabores de la miel, y por razón parecida los cantos de cisne y las ingeniosas canciones de Febo[31] con la cítara quedarían sumidos en silencio: surgiría, en efecto, una cosa mejor que la otra. Por ahí a la inversa todas las cosas podrían ir a peor tal como hemos dicho que van a mejor. Pues también a la inversa una cosa sería más desagradable que otra a las narices, oídos y a los ojos y el sabor de la boca. Dado que no hay tales cosas ⟨*sino*⟩ que el límite preciso otorgado a los seres mantiene al conjunto en un sentido y otro[32], tienes por fuerza que admitir que también la materia se diferencia gracias a unas formas limitadas.

Y por último: hay una limitación desde los calores hasta las frías escarchas de los inviernos y, de igual manera, un regreso a la inversa, pues todo calor o frío, y en medio las templanzas, quedan a uno y otro lado completando por orden un total. Luego las cosas que se producen se diferencian en razón de un límite, ya que a uno y otro lado están marcadas por doble raya, puestas entre las llamas de una parte y las escarchas de otra.

---

[30] Melibea (actual Kastri) era una pequeña ciudad costera de Tesalia, donde sin duda se extraían múrices para la elaboración de la preciada púrpura.

[31] Epíteto griego (quiere decir 'reluciente') que suplanta muy a menudo el nombre del dios Apolo.

[32] De modo que no haya ni escasez ni sobreabundancia, ni disminución ni crecimiento desmedido.

Los átomos de cada clase son infinitos

Una vez enseñado esto, voy a hilvanar, de modo que encaje y a partir de aquello se haga creíble, el siguiente punto: los primordios de los seres que están acabados, los unos y los otros, según una configuración parecida se proclaman infinitos. Y es que por ser la diferencia entre las formas limitada, es forzoso que aquellas que sean parecidas sean infinitas, o que el conjunto de la materia sea limitado, lo que ya probé que no es así cuando en mis versos mostré que los corpúsculos de materia a partir de lo infinito mantienen siempre el conjunto de las cosas con la serie inacabable de sus golpes en todas direcciones.

Porque si ves que ciertos animales son más escasos y adviertes que la naturaleza es más fecunda en otros, es posible a su vez que en otras latitudes y comarcas, en tierras apartadas, haya muchos de esa clase que completen su número, y así por ejemplo vemos que en la raza de los cuadrúpedos se hallan particularmente los elefantes de trompa serpentina[33] que a millares sin cuento protegen la India con un vallado marfileño[34] de modo que apenas se puede entrar en ella[35]: tanta es allí la abundancia de unas bestias de las que

[33] El texto dice *anguimanus*, esto es 'de mano serpentina', ya que el griego y el latín designan la trompa del elefante como mano y no como nariz, por atender dichas lenguas a su carácter de órgano prensil dotado de una suerte de dedo en su extremo.

[34] «En las lejanías de África, por donde linda con Etiopía, los elefantes suministraban jambas para las casas, y en ellas y en los establos de ganado se hacían vallas con sus colmillos en lugar de palos» (PLIN., *Hist. nat.*, VIII 31). Los antiguos acercan y confunden la India y Etiopía.

[35] A pesar del texto de Plinio, ve aquí una alusión al uso militar de elefantes como defensa del país y no a ninguna fantástica empalizada de colmillos, R. BROWN, «India's ivory palisade», *Classical Philology* 86 (1991), 318-323.

nosotros vemos pocos ejemplares. Pero a pesar de todo, puesto a conceder, concedo lo siguiente: que, como quiera que sea, haya una cosa única y sola con nacimiento corporal a la que ninguna en el mundo entero se le parezca; nada importa: si no hubiera una cantidad ilimitada de materia a partir de la cual tal cosa pudiera concebirse y generarse, no podrá producirse ni, en lo sucesivo, crecer y nutrirse; pues, de acuerdo, ⟨*deja tú que de acá para allá*⟩ en número limitado los cuerpos generadores de una cosa particular se agiten a través de todo: a partir de ahí ¿dónde, mediante qué virtud y de qué modo al agruparse coincidirán en medio de tan gran océano y extraña barahúnda de materia? En mi opinión no tienen un modo de concertarse, sino que tal como al producirse un naufragio grave y cuantioso la marejada suele destrozar bancos, cuadernas, antenas, proas, mástiles y remos que quedan flotando, y grímpolas que vagan por las orillas todas de la tierra, de modo que se dejan ver y avisan a los mortales para que procuren evitar las asechanzas, violencias y engaños del mar desleal, y nunca se confíen, ni siquiera cuando el halago engañoso del piélago sereno les sonría, así tú, si estableces por una vez alguna clase limitada de primordios, hallarás que las tempestades dislocadas de la materia deberán separarlos y dispersarlos a lo largo del tiempo todo, de manera que nunca puedan verse empujados y coincidir en agrupamiento, ni refrenarse en el agrupamiento ni aumentar y crecer. La realidad manifiesta enseña que suceden a las claras una y otra cosa, tanto que los seres pueden engendrarse como que, una vez engendrados, crecen. En consecuencia, está claro que dentro de cada clase hay infinitos primordios de seres de donde pueden suministrarse todas las cosas[36].

[36] Como señala A. Cassini (*art. cit.*, pág. 682, n. 7) el hecho de que haya infinitos átomos en el universo repartidos en un número finito de

Y los movimientos destructivos no pueden continuamente imponerse ni para la eternidad sepultar la salvación, ni a su vez los movimientos generativos y acrecentadores de los seres pueden continuamente preservar lo producido: así en lucha igual desde un tiempo ilimitado se lleva a cabo la guerra emprendida por los principios; ora aquí, ora allá se imponen los elementos vivificadores de los seres y quedan también derrotados; se mezcla con la endecha el vagido que lanzan los niños al contemplar las orillas de la luz; ninguna noche sucede al día, ninguna aurora a la noche sin que, mezclados con débiles vagidos, oigan los llantos compañeros de la muerte y del negro entierro.

Toda cosa está hecha de varias clases de átomos

Conviene en este punto haber corroborado también y con mente memoriosa mantener la propuesta siguiente: que no hay nada, entre aquellas cosas cuya esencia aparece de inmediato, que consista en una sola clase de principios, ni nada que no conste de semillas entremezcladas; y, en la medida en que cada cosa posee en sí muchas virtudes y posibilidades, muestra igualmente contener en sí muchas clases de principios y diferentes configuraciones.

Para empezar, la tierra contiene en sí los cuerpos primarios a partir de los cuales los manantiales de fríos remolinos renuevan sin parar el mar inmenso, contiene de donde nazcan fuegos (pues en muchos parajes arde con escondida llama el suelo de la tierra; de hondos fuegos proviene el

clases sólo implica que una clase al menos tenga infinitos miembros. Lucrecio apelará al principio de isonomía para afirmar que todas las clases son infinitas: en cierto modo los átomos de clases finitas se perderían dentro de la clase infinita, sin poder encontrarse y formar agregados.

arrebatado ataque del Etna[37] ciertamente), tiene además de donde alzar lucidas mieses y feraces arboledas en favor de la raza humana, y también de donde poder ofrecer a la montuna raza trashumante de las bestias arroyos, enramadas y pastos feraces, razón por lo que a ella se le ha llamado Gran Madre[38] de los dioses y madre de las bestias y engendradora única de nuestro cuerpo.

De ella cantaron sabios[39] poetas entre los antiguos griegos ⟨*que trasportada en alto tiro, al iniciar un largo viaje sobre cuatro ruedas, sentada en principesco*⟩ estrado arrea en su carro una yunta de leones, y enseñan con ello que, enorme, la tierra cuelga en el espacio del aire sin que pueda tierra asentarse sobre tierra; le juntaron las bestias porque, aunque sea raza brava, debe amansarse al ser domeñada por la leyes de los padres; ciñeron la cima de su cabeza con una corona de murallas[40] porque al resguardo de parajes elevados sustenta ciudades; provista de tal distintivo ahora se pasea espantosa por extensas regiones la imagen de la Madre divina. A ella pueblos diversos, según la vieja costumbre del

---

[37] El latín no tiene un término para designar a los volcanes. El poeta pudo designarlos con una perífrasis, pero prefiere representarlos con el caso singular del volcán siciliano, próximo al mundo latino y enaltecido por un entorno cultural griego (en su cráter había perecido Empédocles).

[38] Se trata de Cibeles o Cíbele, diosa originaria de Asia Menor, cuyos ritos, algunos de ellos de índole orgiástica, se habían introducido en Roma desde que el año 204 a. C. el senado resolvió traer de Pesinunte la piedra negra que simbolizaba a la diosa y erigirle un templo en el Palatino. Se representaba a Cibeles con una corona mural y flanqueada de leones. *Vid.* J. JOPE, «Lucretrius, Cybele, and religion», *Phoenix* 39 (1985), 250-262.

[39] Se consideraba a los poetas antiguos como depositarios de la sabiduría originaria; pero luego el epíteto *doctus* se trivializa en el sentido de que todo poeta es hombre instruido.

[40] Nos han llegado muchas representaciones de diosas coronadas de muros torreados (a menudo asimiladas a la Fortuna protectora de la ciudad).

rito, la vienen llamando 'Madre del Ida' y le proporcionan comitivas de Frigia[41], porque desde aquellos confines por vez primera cuentan que arrancó la producción de mieses a través de las regiones de la tierra; le asignan eunucos[42] porque intentan señalar que aquellos que violen el poder divino de la madre y se muestren desagradecidos con sus padres no deben considerarse merecedores de traer prole de vivos a las orillas de la luz: resuenan tirantes panderos a las palmadas y rotundos platillos en derredor, amenaza el corno con su ronca melodía y la hueca flauta excita los ánimos con sus compases frigios, blanden como insignias de su violento arrebato armas capaces acaso de aterrorizar a las almas desconsideradas y a los corazones irreligiosos con el miedo ante el poder sagrado de la diosa. Por eso en cuanto peregrina viajera por ciudades poderosas y en su mudez ella bendice a los mortales con callado saludo[43], la enriquecen alfombrando el recorrido todo de las calles con el bronce y la plata de generosa moneda, y hacen nevar pétalos de rosa por dar sombra a la Madre y a la comitiva de sus feligreses. Si acaso aquí las huestes armadas que los griegos mencionan con el nom-

[41] El culto de Cibeles provenía de Frigia en Asia Menor, donde se hallaba el monte Ida.

[42] Los sacerdotes castrados que celebraban las procesiones y ceremonias de la diosa recibían el nombre de 'galos'. Su mutilación seguía el ejemplo de Atis, el amado de Cibeles, que en un momento de furor extático cercenó sus propios genitales *(cf.* Catulo, LXIII).

[43] La diosa callada en medio de su ruidosa comitiva es el equivalente mítico de la naturaleza muda, del universo de átomos insensibles, según D. J. Steward, «The silence of Magna Mater», *Harvard Studies in Class. Philol.* 74 (1970), pág. 78. Este artículo encuadra la divagación teológica (II 600-645) en el contexto y señala sus resonancias (la Gran Madre silenciosa contrasta con la Venus activa y vibrante del I 1-43).

bre de 'Curetes[44]' retozan entre los feligreses de Frigia y a compás cabriolean entre sangre y llanto[45] al tiempo que con meneos de cabeza sacuden sus espantosos penachos, están representando a los Curetes del Dicte[46] que dicen que antaño en Creta encubrieron el consabido lloro de Júpiter, cuando en torno al niño los mozos[47], con danza vivaracha y escudo en mano, a compás iban dando bronce con bronce, no fuera a ser que Saturno diera con él y entre sus quijadas lo mascara, asestando a la madre en lo hondo del pecho eterna herida; por eso escudo en mano siguen esos a la Gran Madre, o acaso por mostrar que la diosa proclama que hay que defender la tierra patria con armas y coraje, y estar dispuestos a prestar amparo y honra a los padres.

Estas cosas, aunque se venga diciendo que están bien y excelentemente ordenadas, quedan sin embargo muy lejos de una fundamentación real. Y es que es forzoso que por sí solo el ser de los dioses, en la mayor paz, disfrute de una existencia sin muerte, alejado de nuestras cosas y separado lejos; porque libre de todo dolor, libre de pruebas, capaz por sí solo gracias a sus recursos, en nada necesitado de nosotros, ni se deja ganar por meritorios favores ni afectar por enfados. La tierra desde luego carece de un real entendimiento en todo instante, y, puesto que posee los primordios de muchos seres, saca a la luz del sol muchas cosas de muchos modos. Si uno aquí decide llamar al mar 'Neptuno' y

[44] Muchachos que protegieron al recién nacido Júpiter de las malas intenciones de su padre Saturno, que quería matarlo.

[45] Probable proyección hacia al pasado de las procesiones sangrientas de Belona, que se hicieron por vez primera en Roma durante la vida de Lucrecio, según F. Bellandi, «*Sanguine laeti*: ipotesi sulla danza 'curetica' di Lucrezio, II 629 ss.», *Athenaeum* 53 (1975), 18-32.

[46] Monte y cueva de las serranías cretenses, escondrijo de Júpiter.

[47] Lucrecio juega con la etimología griega de Curetes (*koûroi* = 'mozos').

655 al grano 'Ceres', y prefiere usar sin tino el nombre de Baco
antes que expresar la denominación correspondiente del vi-
no, admitamos que ese ande diciendo que el globo de la tie-
659 rra es la Madre de los dioses, con tal de que de verdad evite
680 que la religión repulsiva contagie su alma.

A menudo, pues, los rebaños lanudos y la belicosa prole
660 de los caballos y las manadas bovinas, aunque rasuren la
grama en un sola campiña y bajo la misma cubierta del cielo
aplaquen su sed en una sola corriente de agua, viven con di-
verso aspecto y conservan la naturaleza de sus padres y cada
665 cual reproduce las costumbres de su especie: tan gran pro-
porción de materia diferenciada hay en cualquier clase de
hierba, tan grande igualmente en las aguas.

De ahí, pues, a cualquier viviente, único entre todos, lo
forman huesos, sangre, venas, calor, líquido, entrañas, ten-
670 dones, cosas que son muy diferentes unas de otras al estar
hechas por la dispar configuración de los principios. Y así
además cualquier objeto que con el fuego se inflame y con-
suma, si no otra cosa, al menos lleva en su cuerpo algo de
donde pueda despedir llamas y dar luz, echar chispas y re-
675 partir cenizas por doquier.

Si con parecida inteligencia y método vas pasando revista al resto, hallarás sin duda que los cuerpos esconden semillas de muchos seres y encierran configuraciones diversas.

En fin, ves muchas cosas a las que se les ha provisto de
679 color y sabor, a la vez que de olor; lo ves más que nada en
681 la mayoría de las frutas: deben ellas por tanto estar hechas
de configuraciones diversas; porque el perfume se adentra
en nuestros cuerpos por donde no llega la tintura; por un la-
do asimismo se mete en los sentidos la tintura, ⟨*por otro*⟩ el
sabor, de modo que puedes darte cuenta de que se diferen-
685 cian gracias a sus configuraciones primarias. Así pues, for-

mas diversas se reúnen en una única aglomeración y los seres están hechos de semillas entremezcladas.

Y digo más: acá y allá en nuestros propios versos ves muchas letras comunes a muchas palabras, a pesar de que te ves forzado a reconocer que versos y palabras están formados cada cual por sus letras, no en cuanto que muchas letras poco compartidas se sucedan o no haya dos palabras con las mismas letras, sino porque generalmente no todas las parecidas están formadas por las mismas plenamente[48]. Así también en las otras cosas, aunque haya muchos primordios de seres compartidos por muchas cosas, pueden sin embargo estribar cada cual en un conjunto diverso, de modo que con razón se diga que la raza humana, el grano y los árboles lozanos están hechos de primordios diferentes.

Las combinaciones de átomos no son de cualquier modo

Y sin embargo no hay que pensar que todos puedan enlazarse de todas las maneras. Porque por todos lados verías que se producían monstruos, que surgían hombres de aspecto casi bestial, y que alguna que otra vez brotaban altas ramas de un cuerpo animado y se enlazaban muchos miembros terrestres con los marinos, que en tal caso la naturaleza a través de las tierras paridoras de todo criaba Quimeras[49] que despiden llamas por su espantosa boca; está claro que nada de esto ocurre, puesto que vemos que todas las cosas, producidas a partir de determinadas semillas, a partir de determinada en-

[48] El símil de las letras del alfabeto apareció ya en I 197 y regresará en II 1013 (véase en ambos pasajes la nota correspondiente).

[49] En V 905-906 Lucrecio, traduciendo unos versos de Homero *(Ilíada* VI 181-182), describirá a la Quimera como «una sola y con tres cuerpos, por delante león, por detrás serpiente y en medio ella misma» (esto es, 'cabra', que es lo que quiere decir el término griego *chimaira).*

gendradora, son capaces de mantener su raza a medida que crecen. Evidentemente ello es forzoso que suceda según determinada fundamentación: porque es que a partir de todos los alimentos cada uno de los cuerpos se va retirando por dentro hasta su miembro correspondiente y al trabarse producen los movimientos adecuados. Y, a la inversa, vemos que su ser desecha al suelo los corpúsculos extraños y muchos corpúsculos entonces escapan del cuerpo impulsados por golpes invisibles, pues no pudieron enlazarse con ninguno ni en la cosa acordar e imitar los movimientos de la vida.

Pero no vayas a considerar acaso que sólo los animales están sujetos a estas leyes: la misma fundamentación pone límites a todos los seres. Y es que tal como en su entera esencia son diferentes todos y cada uno de los seres generados, así es forzoso que cada uno esté hecho por una configuración diferente de principios, no debido a que muchos estén dotados de formas poco parecidas, sino porque en general no todos están hechos iguales a todos. Puesto que las semillas además se diferencian, es forzoso que se distancien los intervalos, recorridos, enlaces, pesos, golpes, encuentros, movimientos: sucesos que no sólo separan los cuerpos animados, sino que rompen las tierras y el mar entero y mantienen el cielo todo apartado de la tierra.

Los átomos no tienen color ni otras cualidades sensibles

Y ahora, vamos, entiende bien lo que digo y con grato esfuerzo he indagado: no vayas a pensar que acaso los objetos blancos que ves resplandecer ante tus ojos estén hechos de principios blancos o que los que negrean provengan de negra simiente, ni creas que los objetos que están impregnados de cualquier otro color lo muestran precisamente porque los

cuerpos de materia están teñidos de un color parecido al suyo. Pues ningún color en absoluto hay en los cuerpos de materia, ni semejante al del objeto ni tampoco desemejante. Y si acaso te parece que sobre tales cuerpos no se puede llevar a cabo ningún avance de la inteligencia[50], andas muy descarriado. Porque es que si los nacidos ciegos, que nunca contemplaron la luz del sol, reconocen, pese a ello, los cuerpos por el tacto, sin que desde los primeros años de su vida estos estén asociados a ningún color, se supone que también a nuestra mente pueden resultarle reconocibles los cuerpos sin que engañosos afeites los recubran; nosotros mismos, en fin, cuando acaso en la oscuridad cerrada palpamos alguna cosa, la percibimos sin que la tiña ningún color.

Una vez que tengo demostrado que tal sucede, mostraré ahora ⟨*que los cuerpos primarios como tales están por entero despojados de color*⟩. Todo color, pues, se muda en todo y en todos, cosa que de ningún modo deben hacer los primordios. Porque es forzoso que algo inmutable exceda, para que de raíz no se reduzcan a nada todas las cosas. Y es que cualquier cosa que cambia y sale de sus propios límites, ella sin más es la propia muerte de la otra que fue antes. Por tanto procura no atribuir color a las semillas de las cosas, no vayas a encontrarte con que todas las cosas de raíz vienen a parar en nada.

---

[50] «Avance de la inteligencia» = *animi iniectus* = *epibolḗ tês dianoías*. La expresión de los epicúreos indicaba «un acto de intuición inmediata o de contemplación intelectual» (E. Valentí, *not. ad loc.)*. Una discusión interesante en P. H. Schrijvers *Horror...*, pág. 91. Sobre el uso de la expresión por Epicuro, véanse los textos aducidos por A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.*

Si de otra parte[51] ninguna sustancia de color se ha asignado a los principios y están dotados de formas diversas a partir de las cuales engendran y modifican colores de toda clase (pasaré por alto que importa mucho con cuáles y en qué posición las semillas cada una se suceden, y qué movimientos entre sí producen y reciben), muy fácilmente al punto podrías explicar por qué aquellos objetos que poco antes eran de color negro pueden de pronto adquirir marmórea blancura; tal es el caso del mar: cuando fuertes vientos remueven su superficie se trasforma en canosas olas de claridad marmórea; y es que podrías decir que lo que continuamente vemos negro, en cuanto se entremezcla su materia y el orden de sus principios cambia y se le añaden o quitan algunos, al punto sucede que se ve resplandeciente y blanco. Y si la superficie del mar estuviera hecha de semillas azulencas, de ningún modo podrían blanquear, pues por más que a capricho revuelvas lo que azulenco es, nunca puede derivar en un color de mármol. Pero si están teñidas unas de un color y otras de otro las semillas que producen el color uniforme y puro del mar, tal como a menudo de otras formas y de diversas figuras se produce algo cuadrado y una única figura, convenía que, tal como en el cuadrado distinguimos que hay formas desiguales, así distinguiéramos en la superficie del mar o en cualquier otro colorido uniforme y puro formas muy diferentes entre sí y colores diversos; na-

---

[51] «La idea de que los átomos poseen únicamente cualidades primarias representa una elección consciente de los antiguos atomistas que se funda en el hecho de que tales cualidades tienen mayor poder explicativo para dar cuenta de los cambios que se observan en los cuerpos» (A. Cassini, *art. cit.* pág. 676). Este principio abstracto y fecundo lo ve con naturalidad rutinaria la química elemental moderna cuando muestra que en un compuesto (agua) emergen cualidades que de ninguna manera estaban en sus componentes elementales (hidrógenos y oxígeno).

da, tampoco, entorpecen e impiden las figuras desiguales que el todo por fuera sea cuadrado, mientras que los diversos colores de las cosas estorban y vetan que una cosa entera sea de un solo tinte.

En tal caso, además, la razón que nos lleva e inclina a atribuir en ocasiones colores a los principios de las cosas, se pierde, ya que no se produce de lo blanco lo blanco, ni de lo negro lo que negro aparece, sino de diversos colores; como que mucho más cómodamente desde luego saldrá lo blanco de algo sin color que de algo negro o de cualquier otro color opuesto o contrario.

Además, ya que sin luz no puede haber colores y los primordios de las cosas no se dan en la luz, cabe suponer que no están recubiertos de ningún color en absoluto. Porque ¿qué clase de color podría haber en la oscuridad cerrada? Más todavía, el propio color cambia con la iluminación según refleje la luz si en derechura o al sesgo justamente le pega; tal como al sol se deja ver el plumaje de la paloma que puesto en torno a la cabeza y cuello forma corona: unas veces sucede, en efecto, que es rojo como el luciente rubí, a ratos por sensación peculiar sucede que parece mezclar entre lo azul verdes esmeraldas; y la cola del pavo real, cuando la luz le da de lleno por la espalda cambia al girar de igual manera sus colores; y puesto que ellos se producen por un golpe digamos de luz, cabe suponer que hay que pensar que sin ella no pueden darse.

Y dado que la pupila encaja dentro de sí cierta clase de choque cuando decimos que siente el color blanco, y otro diferente cuando siente el negro y los demás, y que al tocar algo no importa de qué color está dotado sino más bien qué clase de figura lo conforma, cabe suponer que los principios no necesitan en modo alguno el color, mientras que con sus diversas configuraciones producen sensaciones de tacto diversificadas.

Y de otra parte, ya que la naturaleza del color no está determinada por determinadas figuras y cualquier conformación de los principios puede darse en cualquier tinte, ¿por qué en toda clase aquellas cosas que están hechas de ellos no aparecen teñidas por igual de colores de toda clase? Sería natural entonces que también los cuervos voladores a menudo dejaran ver el blanco color de plumas blancas y que de negra simiente nacieran cisnes negros o de cualquier otro color uniforme o variado.

Más todavía, cuanto más menudas sean las partes en que cada cosa se rompe, mayores posibilidades hay de ver que el color poco a poco se desvanece y apaga, como ocurre cuando se trocea en tiras muy menudas tela de púrpura y el color bermellón muy reluciente, sin más se retira hilo a hilo, entero se pierde, de manera que por ahí cabe que tú comprendas que ya las partecillas disipan todo su color antes de quedar reducidas a las simientes.

Y en último lugar, puesto que admites que no todos los cuerpos producen sonido u olor y por eso ocurre que no a todos atribuyas sonidos u olores, así, ya que tampoco podemos con nuestros ojos verlos a todos, cabe suponer que algunos se constituyen tan faltos de color como alejados quedan otros de todo olor o sonido, y que una inteligencia sagaz puede conocerlos a ellos no menos que a los que de otras cosas y señales se muestran privados.

Pero no vayas acaso a pensar que solamente los cuerpos primeros están despojados de color: también están por completo exentos de tibieza, de frío y vaho candente, y se desplazan limpios de sonido y ayunos de jugo[52], sin que de su cuerpo despidan ningún olor peculiar. Tal como cuando de-

[52] Sabor.

cides elaborar suave bálsamo de mejorana y estacte[53], o la esencia del nardo que como néctar perfuma las narices, ante todo es natural que busques un aceite de naturaleza tan inodora como se te consienta y puedas hallar, que no meta en las narices ninguna emanación, a fin de que lo menos posible pueda estropear con sus miasmas los aromas que en su masa se mezclan y cuecen, por eso mismo los primordios, al producir los seres, no tienen que proporcionarles un olor suyo propio ni un sonido, ya que nada pueden despedir de sí mismos, ni pueden por semejante razón proporcionarles, en fin, ningún sabor, ni tampoco frío ni vaho candente o templado; y las otras cosas así, puesto que se dan de modo que, siendo mortales, están hechas las flexibles de un cuerpo blando, las quebradizas de uno deleznable, las huecas de uno esponjoso, es forzoso que todas ellas estén separadas de los principios, si es que queremos echar bajo los seres cimientos de inmortalidad donde se apoye lo esencial de su persistencia, no sea que te encuentres con que de raíz todos los seres vuelvan a la nada.

Los seres sensibles están hechos de principios insensibles

Ahora, cualquier cosa que vemos que siente, te es forzoso admitir que a pesar de todo están hechas de principios insensibles. Y lo que aparece y de inmediato se deja conocer ni refuta ni desmiente tal cosa, sino que más bien nos lleva de la mano y nos obliga a pensar que, como digo, de lo insensible se engendran los animales. Y es que es posible ver salir gusanos vivos del estiércol asqueroso cuando la tierra humede-

[53] El término lucreciano pervive en el castellano culto y se define como «aceite esencial oloroso, sacado de la mirra fresca, molida y bañada en agua» *(Dicc. de la Real Acad.)*.

cida a destiempo por la lluvia empieza por sí sola a pudrirse, y ver además que todas las cosas igualmente se trasforman: se trasforman los ríos en herbazales y los pastos lozanos en reses, las reses trasforman su sustancia en cuerpos nuestros, y de nuestro cuerpo a menudo sacan fuerzas crecidas las fieras y corpulencia los alipotentes. Conque la naturaleza trasforma todos los alimentos en cuerpos vivos y de ahí engendra los sentidos todos de los animales, no muy de otro modo a como la leña reseca se abre en llamas y toda ella ⟨*en*⟩ fuego se resuelve. ¿Ves ya por tanto lo mucho que importa en qué orden cada primordio de los seres está dispuesto y con cuáles se entremezcla con otros al dar y recibir movimiento?

Ahora bien, ¿qué es lo que golpea tu propia alma, la altera y fuerza a exponer pareceres cambiantes de modo que no creas que de lo insensible se produce lo sensible? Está claro que es eso de que piedras, madera y tierra mezcladas a la vez no puedan sin embargo producir vida sensible. Convendrá, pues, que en este tema precisamente tengas en cuenta que no de todas las cosas en absoluto que producen seres sensibles digo yo que al punto se produzca sensibilidad, sino que importa mucho primeramente el tamañito que alcanzan esas cosas productoras de lo sensible, y de qué configuración están dotadas, cómo están ellas en fin por movimiento, orden y posición. Nada de tales detalles vemos en leños y terrones, y sin embargo, cuando por así decirlo entre la lluvia se descomponen, paren ellos gusanillos, debido a que los cuerpos de materia, desplazados ya de su antigua ordenación por nueva causa, se agrupan de la manera que el engendramiento de seres animados requiere.

Y quienes después establecen que lo sensible se puede engendrar de lo sensible, convencidos a su vez de que ello siente a partir de los otros, ⟨*a la postre establecen que las semillas de los seres son mortales*⟩ al considerarlas blandas:

y es que toda sensibilidad anda unida a vísceras, nervios, venas, cosas que en cada uno vemos que al resultar blandas están formadas de cuerpo mortal. A pesar de todo, admitamos de momento que tales órganos puedan perdurar eternamente: es de suponer sin embargo que deberían tener o bien la sensibilidad de una parte o considerar que son iguales al animal entero; ahora bien, es necesario que las partes por sí solas no puedan sentir, ya que todo el sentir de los miembros mira al alma, sin que una mano separada de nosotros o cualquier otra parte del cuerpo pueda en absoluto retener ella sola la sensibilidad; no queda sino que se igualen con el ser animado completo. Para que puedan sentir por todos lados a la vez que la viva sensibilidad. ¿Cómo podrán, pues, llamarse primordios de los seres y evitar resultados de muerte si ⟨*son*⟩ animados y 'animado' es uno y lo mismo que 'mortal'? Aunque tal cosa pudieran, no provocarían con su unión y agrupamiento sin embargo otra cosa que una masa y un tropel de seres animados, tal como, evidentemente, hombres, ganados y fieras no pueden producir ningún ser juntándose todos, así ellos es forzoso que sientan del mismo modo que nosotros sentimos; y si acaso eliminan de su cuerpo la sensibilidad y toman otra, ¿qué necesidad hubo de otorgarles lo que se les quita? En tal caso además, y ello por delante lo establecemos, tal como vemos que los huevos de los alados se convierten en crías de un ser animado y la tierra bulle de gusanos cuando por lluvias fuera de tiempo entra en descomposición, cabe suponer que de la no sensibilidad puede engendrarse sensibilidad.

Y si acaso alguien dice que al menos puede engendrarse sensibilidad de la no sensibilidad mediante mudanza[54], o

[54] «Mudanza» = *mutabilitas*.

mediante algo que como por un parto sale fuera revelándose, ese tal tendrá bastante con que se le demuestre y ponga en claro que no se llega a un parto si antes no hay agrupación y que nada se modifica en ausencia de agrupamiento.

Para empezar, no puede darse sensibilidad en ningún cuerpo antes de que la propia naturaleza del ser animado se engendre, y ello es así porque la materia se mantiene desbaratada en aire, líquidos, tierra y productos terrestres[55], sin que al reunirse adquiera ya los movimientos vitales entre sí conjuntados, mediante los cuales los sentidos omnividentes se enardecen y protegen a cada ser animado.

Luego está que a cualquier ser animado lo hiere de repente un golpe mayor que el que su naturaleza soporta, y durante un tiempo trastorna todos los sentidos de su cuerpo y ánimo: y es que se desbarata la colocación de los principios y quedan trabados los movimientos vitales enteramente, al tiempo que la materia, agitada a lo largo de los miembros todos, desata del cuerpo los nudos vitales del alma, dispersándola y echándola fuera a través de todas las rejillas[56]; pues ¿qué otra cosa pensaríamos que puede hacer el golpe asestado si no es machacar y desbaratar la cosa en cuestión? Sucede también que al asestarse un golpe con menor ímpetu los restantes movimientos vitales suelen en general vencer su violencia muchas veces y sosegar los descomunales alborotos del choque, llevar de nuevo cada elemento a su propio lugar de paso[57], eliminar el movimiento de muerte adueñado ya o poco menos del cuerpo y reavivar los sentidos cuando están a punto de apagarse; en efecto, ¿por qué ya a las propias puertas de la muerte no podían regresar a la vida

---

[55] «Productos terrestres» = *terrā creatā.*

[56] «Rejillas» = *caulae*. Suele traducirse por 'poros'. El hablante latino se figuraba algo así como 'los agujeros de una malla'.

[57] «Lugar de paso» = *meatus*. Es conducto o pasaje.

de común acuerdo antes que ir y partir desde allí adonde casi se ha llegado?

Y de otra parte, puesto que el dolor se da donde los cuerpos de materia, soliviantados por una suerte de fuerza a través de vísceras y miembros, vibran dentro de sus propios asientos, y cuando regresan a su sitio, se produce el suave deleite, cabe suponer que los primordios no pueden verse afectados por ningún dolor ni tampoco por sí solos sacar ningún placer, comoquiera que no se dan a partir de cuerpos de principios con cuyos movimientos novedosos sufran u obtengan algún disfrute de nutricia dulzura. No deben estar dotados, por tanto, de ninguna sensibilidad.

En fin, si para que cada animal pueda sentir hay que atribuir sensibilidad ya a sus principios, ¿qué ocurre con aquellos que en particular engrosan el humano linaje? ¡Seguramente lanzan carcajadas entre convulsos ataques de risa, rocían sus ojos y mejillas de lágrimas copiosas, hablan mucho y con sapiencia sobre la mezcolanza de los seres y se preguntarán encima qué son los primordios! Comoquiera que al igualarlos del todo con los hombres mortales tienen ellos en tal caso que estar hechos de otros elementos y esos otros a su vez de otros sin que seas capaz de pararte en ningún punto: y hasta insistiré contigo para que cualquier cosa que digas que habla, ríe y entiende tenga que estar hecha de otras que hacen lo mismo. Y si advertimos que tales extremos son desvaríos y locura, y puede alguien reír tras hacerse grande a partir de lo que no ríe, y entender y dar explicaciones con palabras sabias a partir de semillas que ni son inteligentes ni capaces de hablar bien, ¿por qué aquellos seres que vemos que sienten no podrían ser una mezcla de simientes carentes por completo de sensibilidad?

Todo se hace con átomos y en ellos se deshace

Y por último: todos hemos nacido de semilla celestial, todos tenemos el mismo Padre, aquel del que la Tierra[58], madre nutricia, una vez que ha recibido gotas de humor chorreantes, preñada pare las mieses espléndidas, las arboledas lozanas y la estirpe de los hombres, pare las razas todas de las fieras al tiempo que les suministra el alimento con el que todas ceban sus cuerpos, llevan una vida agradable y reparten su descendencia: justamente por eso se ha ganado el nombre de 'madre'. Desanda el camino a su vez lo que de tierra fue antes, para dar en lo terreno, y lo que salió de las regiones del éter, de nuevo los ámbitos del cielo lo acogen a su regreso; y la muerte no extermina las cosas de manera que destruya los cuerpos de materia sino que desbarata su agrupamiento; luego traba con otros cada uno y logra que todas las cosas alteren sus formas y muden sus colores, adquieran sensibilidad y en un instante regresen, de modo que comprendas que de tales primordios lo que importa es con cuáles y en qué posición se enlazan, y qué movimientos entre sí producen y reciben, y no creas que en los eternos cuerpos primarios puede asentarse lo que vemos fluctuar en la superficie de las cosas, que de vez en vez nacen y de repente perecen. Es más, incluso en nuestros propios versos importa con cuáles y en qué orden esté cada cosa colocada: unos mismos signos, en efecto, designan cielo, mar, tierras, ríos, sol, los mismos designan mieses, arboledas, animales; si no todos, al menos la mayor parte de ellos es parecida; gracias a su posición, sin embargo, discrepan sus sentidos[59]. Así también en las propias cosas, cuando

---

[58] Las nupcias de Cielo y Tierra aparecieron ya en I 250 (véase allí la nota correspondiente).

[59] Véase I 197 (con nuestra nota), 824, 912 y II 688. La comparación entre átomos y letras encaja aquí en un llamativo bucle autoalusivo, del

los intervalos, recorridos, enlaces, pesos, choques, encuentros, movimientos, orden, posición y figuras de la materia se trastruecan, debe trocarse igualmente la cosa.

Anuncio de nuevas revelaciones

Ahora préstanos atención en la teoría certera, porque es que un tema novedoso con muchas ganas se dispone a llegar a tus oídos y una idea novedosa de la realidad a mostrársete. Pero ninguna cosa hay tan sencilla que al principio no sea más bien difícil de creer, ni tampoco hay nada tan grande o asombroso que poco a poco ante ello no vayan todos rebajando su asombro: para empezar, el color claro y puro del cielo y cada uno de los astros errantes que dentro de sí contiene, la luna y el brillo del sol en sus claros esplendores, todo ello, si ahora por vez primera, sin esperarlo, si tal como son se les presentara a los mortales, ¿qué podría considerarse más digno de asombro que tales cosas o qué de antemano la gente osaría menos imaginar que ahí estuviera? Nada, en mi opinión: tanto asombro les habría causado una visión que ahora fíjate que no hay quien no esté harto y cansado de verla y se digne alzar sus ojos hacia esos ámbitos lucientes del cielo. Así pues, asustado por la novedad en sí, no vayas a rechazar de tu ánimo la explicación, sino más bien con

---

que arranca el intersante trabajo de E. M. Thury, «Lucretius' poem as a *simulacrum* of the *rerum natura*», *The American Journal of Philology* 108 (1987), pág. 279. El símil tendrá un largo porvenir y una adopción cristiana que va de San Agustín en el *De musica* (almas humanas y ángeles son las letras y elementos de Dios; *vid.* M. von Albrecht, *art.cit.*, pág. 353) hasta San Buenaventura, para quien «el mundo como creación es una suerte de libro donde se deja leer la Trinidad fabricadora» *(creatura mundi est quasi quidam liber in quo legitur Trinitas fabricatrix; vid.* É. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1965, pág. 413).

juicio penetrante sopésala, y si te parece verdad, ríndete, o si falso, ármate contra ella.

Porque busca el ánimo una explicación, dado que la suma de espacio es ilimitada fuera y más allá de los muros del mundo, de cómo hay allí además adonde pretenda la mente seguir mirando y adonde por su cuenta vuele libre el alcance del ánimo.

Pluralidad de los mundos

Para empezar: tenemos que ⟨*sí*⟩ hacia todas partes en derredor, de ambos lados, arriba y ⟨*abajo*⟩ no hay por ningún sitio límite, tal como enseñé[60] y la propia realidad proclama a voces, y la naturaleza de tal hondura resalta, de ninguna manera ahora hay que considerar verosímil que, ya que por doquier el espacio ilimitado se muestra vacío y las semillas en número incontable y su reunión en la hondura de mil maneras revolotean impulsadas por movimiento eterno, esta única rueda de tierras y este cielo se haya creado, que nada hacen allá fuera tantos cuerpos de materia, sobre todo cuando este esté hecho según naturaleza y entrechocando por propia cuenta las semillas de las cosas justamente, agrupadas de mil modos sin tino, al azar y en vano vinieron a cuajar aquellas que al juntarse de repente llegaron a ser muchas veces el comienzo de seres grandes, de la tierra, el mar y el cielo, de la raza de los vivientes. Por ello, una y otra vez, es preciso que admitas que en esos lugares se producen otras agrupaciones de materia como esta que el éter sujeta en ansioso abrazo.

De otra parte, puesto que hay mucha materia dispuesta, puesto que el espacio está ahí al alcance sin que ninguna

[60] En I 958-1020.

causa ocasione demora, es evidente que deben hacerse y formarse seres; pero si ahora hay semillas en tal abundancia que no acertaría a contarlas la duración entera de los vivientes, y en ellas se mantiene esa misma naturaleza que podría juntar las semillas de los seres en tales lugares de la misma manera que ellas aquí se han juntado, es necesario admitir que hay otros orbes terrestres en otras partes y diversos pueblos de hombres y razas de fieras.

A esto se añade que en el conjunto no hay cosa que sea singular, que como única se engendre y como única y sola crezca sin que pertenezca a linaje ninguno y haya muchas de su misma clase. Para empezar, fíjate en los animales: hallarás que así son las especies de fieras montaraces, así la prole duplicada[61] de los hombres, así en fin los rebaños mudos de los escamosos y los cuerpos todos de los volátiles. En consecuencia hay que admitir por una razón semejante que el cielo, la tierra y el sol, la luna, el mar y los demás seres que hay no son únicos, sino más bien en número incontable, toda vez que tanto tienen ellos un límite bien asentado y tanto están hechos de cuerpo nacido como la clase toda que mediante generación va rebosando de tales seres.

El funcionamiento del mundo excluye a los dioses

Si de ahí lo que bien aprendas en ti guardas, la naturaleza aparece libre al punto, desembarazada de señores orgullosos, haciéndolo todo ella sola por su cuenta sin participación de dioses. Pues ¡válganme con su tranquila paz los corazones sagrados de los dioses[62] que llevan una existencia apacible y

[61] En los dos sexos.

[62] La fórmula popular de imprecación está aquí rehecha a la manera epicúrea (*cf.* II 434 y nuestra nota allí). Sobre el sentido de estas jaculatorias véase P. Friedlaender, «The epicurean theology in Lucretius' first

una vida sosegada!: ¿quién puede gobernar el conjunto de lo inmenso, quién para refrenarlo tomar en la mano sus fuertes riendas, quién igualmente voltear los cielos todos y caldear con los fuegos del éter las tierras todas fecundas, o estar disponible en todos sitios a un tiempo, de modo que con nubes haga oscuridad y con estruendo despache las claridades del cielo, entonces lance rayos y a menudo derruya sus propias mansiones o se retire al descampado para practicar con dardos que más de una vez pasan de largo ante los culpables y dejan sin vida al justo e inocente?

Cada mundo es como un ser que nace, crece y decae

Y muchos cuerpos, después de surgir el tiempo genital del mundo y el día primigenio del mar, la tierra y el sol, se fueron añadiendo desde fuera, se fueron añadiendo muchas semillas en torno, que el gran todo aportó disparando para que de ellas mares y tierras pudieran agrandarse y de ellas la casa del cielo ganara espacio, levantara lejos del suelo sus altas techumbres y el aire se alzara; porque con los golpes todos los cuerpos desde todos sitios se distribuyen, cada cual con el suyo, y se retiran junto a su progenie: ⟨*va*⟩ el líquido a lo líquido, de cuerpos térreos crece la tierra y los fuegos forjan fuegos y éter ⟨*el éter*⟩, hasta que la naturaleza productora, en su hacer, lleva todas las cosas hasta el límite último de crecimiento, como sucede cuando ya lo que hay dentro de las venas vivificantes no es más abundoso que lo que de ellas se escurre y retira. Aquí debe pararse la edad de todas las cosas, aquí la naturaleza con sus propios recursos refrena el crecimiento. Pues todas y cada una de las cosas que ves de-

---

prooemium (I, 44-49)», *Transactions and Proceedings of the Amer. Philol. Assoc.*, 70 (1939), pág. 379.

sarrollarse con próspero crecimiento y poco a poco subir los peldaños de la edad madura, van tomando en sí más cuerpos que los que de sí despiden, al tiempo que sin dificultad todo alimento se adentra en sus venas y al tiempo que no están tan abiertamente distendidas que dejen escapar muchos cuerpos y que el gasto que de ellos hagan sea mayor que el alimento que su edad toma. Que, por tanto, a las cosas se les escurren y retiran muchos cuerpos, hay que reconocerlo, pero más cuerpos deben arrimárseles hasta que alcanzan la cúspide y remate de su maduración; luego, a trozos, las fuerzas y el vigor maduro va rompiendo la edad y en su parte peor se deshace. Y es que, en efecto, cuanto más ancha es una cosa, si se le quita el crecer, y cuanto más espaciosa es, más cuerpos al punto esparce y de sí despide hacia todas partes en derredor, sin que el alimento se le meta fácilmente por todas las venas ni haya bastante, en relación a los muchos vapores que exhala, para poder suministrar y proporcionar otro tanto. Con razón, pues, perecen todas las cosas cuando con el flujo se vuelven esponjosas y cuando caen bajo los golpes exteriores, toda vez que a la edad avanzada acaba por faltarle el alimento y los cuerpos desde fuera no cesan de estropear ninguna cosa, machacándola, ni de domeñarla con golpes hostiles.

Y así, por tanto, incluso las murallas del mundo inmenso, asaltadas en torno, vendrán a parar en derrumbes y desbaratados escombros. Porque el alimento debe rehacer todas las cosas al renovarlas, debe ⟨*el alimento*⟩ sostenerlas ⟨*sin parar*⟩, debe el alimento sustentarlas; en vano, ya que ni las venas aguantan lo bastante ni la naturaleza proporciona lo necesario.

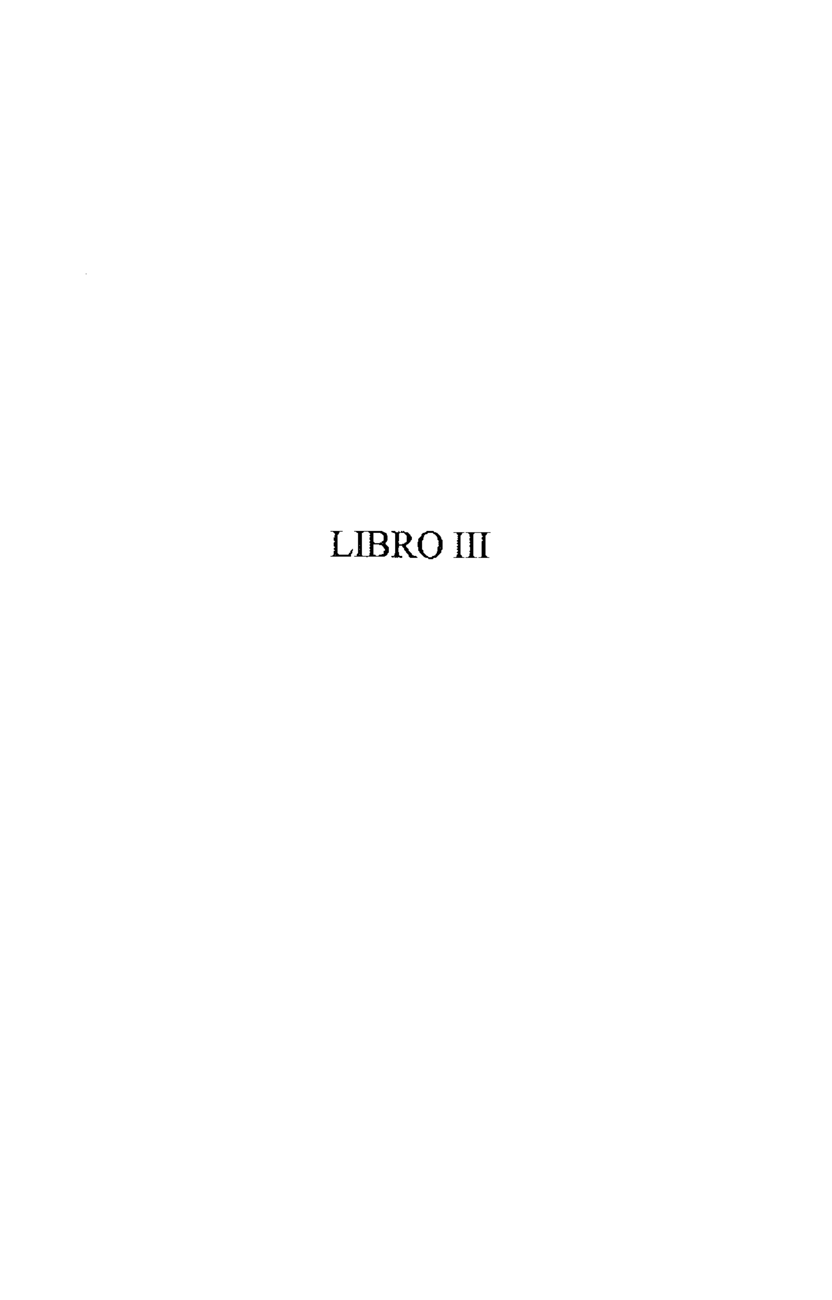
Tan quebrantada se halla esta edad de ahora y la tierra, esquilmada, apenas produce animales pequeños, ella que produjo la totalidad de las especies y en partos sacó los

cuerpos descomunales de las fieras. Porque, en mi opinión, las especies mortales no las hizo bajar desde arriba en el cielo hasta los campos una cuerda dorada[63], ni las crearon el mar y las olas entrechocando piedras, sino que las engendró esa misma tierra que ahora de sí las alimenta. Además, ella sola por su cuenta formó primero las mieses brillantes y los viñedos lustrosos en bien de los mortales, ella sola produjo los frutos dulces y los pastos lozanos que ahora apenas con nuestro esfuerzo crecen y maduran y en los que gastamos bueyes y el vigor de los gañanes, estropeamos herramientas mientras los campos apenas nos compensan: hasta tal punto regatean sus frutos e incrementan nuestro esfuerzo. Y ya el gañán viejo suspira meneando la cabeza porque una y otra vez sus fatigas quedan en nada y menos, y cuando compara los tiempos presentes con los pasados a menudo alaba la suerte de su padre; así también, amargado, el plantador de una viña ajada y ⟨*quebradiza*⟩ culpa a la marcha de los tiempos, carga contra su época y protesta de que las generaciones antiguas, llenas de bonhomía, con tanto desahogo soportaran la vida en predios angostos, cuando el lote de tierra por cabeza era mucho más pequeño; y no capta que todas las cosas poco a poco se descomponen y vienen a parar en barreduras[64] al agotarse en la vieja pista del tiempo.

---

[63] La figuración de una cuerda de oro *(seirên chryseíēn)* que unía el cielo a la tierra proviene de HOMERO *(Ilíada* VIII, 19). A ella como símbolo se habrían de acoger los estoicos, cuando hablan de «la cadena de causas» o «la cadena de arriba» *(Stoicorum Vet. Frag.* II, 917 y 946) identificada con la fatalidad *(heimarménē)*.

[64] A. GARCÍA CALVO edita aquí un *scobulum* o *scobilum* (diminutivo de *scobis* = 'polvo', 'basura'). Los códices dan respectivamente *scopulum* (O) y *copulum (Q, capulum* Itali). En el primer caso la expresión *ire ad scopulum* vendría a ser algo así como 'estrellarse'; en el segundo 'ir al ataúd' / 'ir al extremo'. Detallada discusión en M. POSSANZA, «The text of Lucretius 2.1174», *The Classical Quarterly* 40 (1990), págs. 459-464.



LIBRO III

SINOPSIS

PROEMIO (1-93).

1. Invocación y alabanza de Epicuro (1-30).
2. Programa: exponer la verdadera naturaleza del alma *(anima)* y la mente *(animus)* para eliminar el miedo a la muerte que enturbia a los hombres toda alegría (31-40) y es la raíz de todos los desórdenes morales (41-93).

A. NATURALEZA DEL ALMA (O VIDA) Y DE LA MENTE (O ÁNIMO) (94-417).

1. Alma y mente son partes del hombre y no una mera armonía o ajuste entre partes (94-135).
2. El ánimo y el alma están unidos, pero el ánimo, situado por el pecho, domina, mientras que el alma, repartida por los miembros, puede percibir los gozos y dolores muy fuertes del ánimo (136-160).
3. Mente y alma son materiales, pues mueven el cuerpo y perciben sus golpes y heridas (161-176).
4. Están hechos de átomos pequeños, lisos y redondeados como los de un líquido (177-230).
5. Los átomos de alma y mente son de cuatro clases: un vapor caliente, un soplo frío, un aire templado y un cuarto elemento sutil e innominado; su predominancia da lugar a los caracteres fieros, cobardes o tranquilos de las especies ani-

males y los hombres, sin que estos pierdan por ello su libertad para razonar y ser dichosos (231-322).

6. Refutación de la teoría de Demócrito que afirma que los átomos del alma se emparejan uno a uno con los del cuerpo (323-395).
7. El ánimo predomina y, aunque se cercenen partes vivas del cuerpo, mientras el ánimo esté entero, el hombre se mantiene vivo (396-417)

B. Mortalidad del alma (418-829).

1. Milita contra la separación de alma y cuerpo su composición atómica, su mutua dependencia en el nacimiento y desarrollo, a la hora de sentir placer y el dolor, o embriagarse, sufrir epilepsia, sanar de enfermedades mentales y perder la vida miembro a miembro los moribundos (418-547).
2. Otros argumentos se sacan de la conexión de alma y cuerpo, pues la mente es parte del cuerpo y fuera de él no puede estar, ni siquiera en los desvanecimientos (y se explica cómo se separan los dos en su sede que es el pecho), de los cinco sentidos que necesitan el cuerpo y de la divisibilidad del alma (548-669).
3. Pruebas contra una existencia del alma anterior al nacimiento: no parece infundida en el cuerpo, ni fabricarse cuerpos de gusanos y penetrar en ellos durante la pudrición del cadáver, ni heredar cualidades de los padres, lo que prueba que es absurda la creencia en la transmigración (670-805).
4. El alma tiene su asiento particular en el cuerpo y no es ni puede ser indestructible (806-829).

C. El miedo a la muerte (830-1094).

1. En la muerte no hay dolor porque con ella acaba toda sensación (830-869).
2. Prejuicios imaginarios sobre los dolores del cadáver, sobre su soledad de familia e hijos, la ausencia de placeres; pero todo es como estar dormidos (870-930).

3. La Naturaleza a voces nos invita a ceder el puesto en el banquete de la vida a otros comensales (931-977).
4. Los mitos referentes a castigos tras la muerte son dañinos y falsos, salvo en que representan los desgarros íntimos del malvado en esta vida (978-1023).
5. Compartimos la mortalidad con los mejores (1024-1052).
6. Salir del error que causa miedo nos dispone para la felicidad (1053-1075).
7. No hay razones para aferrarse a la vida o temer la muerte (1076-1094).

LIBRO III

Alabanza de Epicuro

¡Oh tú[1] que entre tinieblas tan grandes fuiste capaz el primero de alzar lumbre tan clara e iluminar las ventajas del vivir, detrás de ti voy, oh gala de la raza griega, y sobre tus trazas planto y hundo ahora la huella de mis pies, no es tanto por afán de rivalidad como por cariño que ansíe imitarte. ¿En qué, pues, iba la golondrina a competir con el cisne, o qué al correr podrían hacer igual el cabritillo de patas temblorosas y la reciedumbre del caballo impetuoso? Tú, padre, eres el descubridor de la realidad, tú nos suministras paternales mandatos y en tus papeles, insigne, tal como las abejas en sotos floridos sorben de todo, de todos tus dichos espléndidos igualmente nosotros nos vamos sustentando, pues mucho merecen ellos vivir sin duda eternemamte. Y es que en

[1] De todos los elogios de Epicuro contenidos en la obra (I 2-79; V 1-54 y VI 1-42), este toma forma y color de himno mediante el uso emocional de la segunda persona. *Vid.* C. Craca, «L'incipit dell'elogio di Epicuro nel III libro di Lucrezio», *Corolla Londinensis* 2 (1982), 41-46; G. Grieco, «Épicure. *Via, veritas et vita* ou le caractère particulier et complémentaire des trois éloges lucrétiens d'Épicure», en J. Caron, *et al.*, eds., *Mélanges d'études offerts à M. Lebel*, Québec, 1980, págs. 321-338.

cuanto tu explicación, surgida de una mente divina[2], empezó a proclamar la naturaleza de los seres, huyen los terrores del alma, se abren las murallas del mundo, veo a través del vacío todo hacerse las cosas; se dejan ver la fuerza divina y sus tranquilas mansiones[3], que ni el viento azota ni el temporal rocía de nubarrones ni la nieve cuajada en helor penetrante cayendo blanquecina las ultraja, que un cielo siempre despejado las cubre y en luz anchamente derramada sonríe: todo además lo suministra la naturaleza y no hay cosa que en la ocasión menoscabe la paz del alma, sino que, al contrario, por ningún sitio aparecen los ámbitos del Aqueronte[4] ni la tierra impide que se divise a los pies todo lo que debajo en el vacío se hace; allí entre estas cosas de mí se apoderó una suerte de divino deleite y estremecimiento, al ver que así con tu empuje tan clara y manifiestamente queda la naturaleza por todos lados destapada.

Antipación del tema: espíritu y alma

Y, puesto que ya he mostrado los exordios[5] de todos los seres cómo son y separados en qué diversas formas revolotean por sí mismos empujados en movimiento alterno, y de qué modo podrían los seres cada uno a partir de ellos producirse, después de estas cuestiones parece que tengo en mis versos que aclarar la naturaleza del espíritu y la del alma, y echar fuera de cabeza al consabido miedo del Aqueronte que de

---

[2] Indaga en la expresión J. Duban, «*Ratio divina mente coorta* and the mythological undercurrent in the deification of Epicurus», *Prudentia* 11 (1979), 47-54.

[3] En lo que sigue Lucrecio imita la descripción del Olimpo de Homero (*Odisea* IV 42-46).

[4] El territorio de los muertos designado con el nombre de este río que lo cruzaba (*cf.* I 120).

[5] Átomos.

raíz altera la vida humana manchándolo todo desde su asiento con el negror de la muerte, sin dejar que haya ningún gozo limpio y puro.

El miedo a la muerte

Pues el que los hombres a menudo anden diciendo que hay que temer a las enfermedades y a una vida de infamia más que al Tártaro[6] tras la muerte, y que ellos saben que la sustancia del espíritu está hecha de sangre e incluso viento, si acaso así se quiere, y que en nada les hace falta nuestra explicación, en ello has de ver que todo esto se lanza más bien por presunción que no porque se esté de acuerdo en el fondo: los mismos, expulsados de la patria y desterrados lejos de la vista de la gente, deshonrados por vergonzosa acusación, mortificados con penalidades de toda clase en fin, siguen viviendo y, adondequiera que sin embargo llegan, invocan en su desgracia a las ánimas, sacrifican negras[7] reses y las mandan abajo a los manes santos y, en las circunstancias amargas, con mayor empeño vuelven los ojos a la religión. Por eso más bien en las pruebas difíciles[8] hay que observar al individuo y en la contrariedad conocer quién es,

[6] En los poemas homéricos el Tártaro es la región más profunda de la tierra, algo así como el infierno de los infiernos. Las leyendas contaban que los dioses sepultaron allí a sus contrincantes y enemigos. Poco a poco, el Tártaro se fue convirtiendo en el lugar donde reciben castigo las sombras de los malos y en la contrafigura de los Campos Elíseos.

[7] El color negro era preceptivo en los animales sacrificados a los muertos.

[8] En la formulación de este lugar común Lucrecio sigue de cerca a Eurípides: «Las dificultades hacen la fama» (fr. 237 Nauck); otras versiones latinas en E.J. Kenney, *Lucretius. De rerum natura Book III*, Cambridge, Univ. Press, 1971, *com. ad loc.*

pues entonces por fin de lo hondo de su pecho se sonsaca la voz de la verdad ⟨y⟩ allí se arranca la máscara de su rostro[9].

A la postre la avaricia y las ansias ocultas de dignidades que obligan a los desventurados hombres a sobrepasar los límites de la ley y en la ocasión como cómplices y servidores del crimen empeñarse día y noche, entre altos favores, en llegar a encumbrarse con las mayores riquezas, estas llagas del vivir se alimentan en no pequeña parte del miedo a la muerte. Porque en general la fea miseria y la dura pobreza parecen reñidas con una vida grata y estable, como estar parados ante las puertas de la muerte, y por eso los hombres, al tiempo que empujados por un falso terror pretenden escapar y apartarse lo más lejos, acumulan riqueza derramando sangre de conciudadanos[10], redoblan codiciosos sus riquezas amontonando matanza sobre matanza, con crueldad disfrutan en el triste entierro del hermano, aborrecen y temen la mesa de los parientes[11].

Por parecida razón a resultas de un temor muchas veces semejante los destroza la envidia: se quejan de que el otro ante su vista se muestre poderoso, que el otro se deje ver caminando entre altos honores mientras ellos se revuelcan en la sombra y el barro; hay quien se pierde por culpa de estatuas y renombre. Y hasta tal punto con frecuencia, por miedo a la muerte, sienten los humanos aversión a vivir y ver la luz[12], que en la aflicción de su pecho se buscan la

---

[9] Recordemos que 'máscara' se dice en latín *persona*; véase B. Farrington, «The meaning of *persona* in *De rerum natura* III 58», *Hermathena* 85 (1955), 3-12.

[10] Está presente aquí la memoria de los enfrentamientos civiles, las muertes y proscripciones que enriquecían a los vencedores.

[11] Por miedo al veneno.

[12] La paradoja la formuló Demócrito: «Los hombres que huyen de la muerte la persiguen» (68 B 203 DK). Séneca la recoge como epicúrea: «¿Qué hay tan ridículo como buscar la muerte porque uno con el miedo a la

muerte a sí mismos olvidando que la fuente de sus angustias es ese temor, que es él el que atropella el honor, él el que rompe los lazos de la amistad y, en resumen, arranca de cuajo el respeto. Porque a menudo los hombres han llegado a traicionar a la patria y a los padres queridos por pretender eludir los parajes del Aqueronte.

Pues, tal como los niños en la oscuridad cerrada tiemblan y de todo tienen miedo, así a plena luz nosotros en ocasiones tememos por cosas que en modo alguno son más temibles que las que en la oscuridad los niños sienten con espanto e imaginan a punto de suceder. Porque ese miedo y esas tinieblas del espíritu es menester que los despejen no los rayos del sol ni los dardos luminosos del día sino las figuraciones de la naturaleza y su fundamentación[13].

La mente es una parte del cuerpo, no una estructura o armonía

Primeramente afirmo que el espíritu[14], al que a menudo llamamos 'mente', en donde reside la guía y el gobierno del vivir, es una parte del hombre en no menor grado que manos y pies y ojos están ahí como partes del ser vivo completo. ⟨*Hay en esta cuestión sin embargo quienes pretenden al contrario*

---

muerte se ha hecho la vida angustiosa?» (*Epístolas morales a Lucilio* XXIV 23).

[13] III 87-93 = II 55-61 = VI 35-41; III 91-93 = I 146-148.

[14] Todo el razonamiento lucreciano se basa en los términos, muy claramente diferenciados en la lengua latina, *animus* y *anima,* que asumen la misión imposible de traducir los términos epicúreos *noûs* y *psyché* (que al propio Epicuro no gustaban, prefiriendo establecer dentro de la *psyché* una parte irracional, *tò álogon méros,* y otra racional, *tò logikòn méros).* Para Lucrecio, *animus* es agente de intelección (mente), deliberación y decisión (voluntad); *anima* es algo así como el aliento vital común a los seres vivos. De todos modos hay una tendencia a confundirlos, de la que el propio poeta es consciente: «Haz tú que los dos nombres en uno solo se junten y que, cuando por ejemplo

convencernos de[15]⟩ que la sensibilidad del espíritu no reside en ningún lugar determinado sino que es una suerte de disposición vital del cuerpo —'armonía' la llaman los griegos— que haría que vivamos con sensibilidad, en tanto que la mente no está en ninguna parte[16]; tal como cuando a la buena salud a veces se la llama 'del cuerpo' aunque ella no sea parte alguna del hombre sano, así la sensibilidad del espíritu no la colocan en ningún lugar determinado, y en ello a mí me parece que en gran manera se extravían y desbarran. A menudo, en efecto, disponemos de un cuerpo que como enfermo se nos aparece, mientras que en la otra parte oculta[17] estamos alegres; y lo contrario pasa cuando del otro lado es a veces al revés, si el entristecido por la parte del alma se alegra con el cuerpo todo, no de otra manera que cuando a un enfermo acaso le duele el pie y su cabeza no sufre ningún dolor entretanto. Y además, cuando entregamos los miembros al sueño blando y el pesado cuerpo queda tendido sin sensibilidad, hay algo sin embargo en nosotros que en esos momentos de muchos modos se agita y en sí recibe las emociones de alegría y las angustias vanas del corazón.

---

digo 'alma' para mostrar que es mortal, entiendas que también digo 'espíritu', en cuanto que una sola cosa y bien trabada son los dos» (III 421-423). *Vid.* A. M. Lathière, «Lucrèce traducteur d'Epicure. *Animus, anima* dans les livres 3 et 4 du *De rerum natura*», *Phoenix* 26 (1972), 213-133.

[15] Se recoge en las traducción el verso con el que A. García Calvo suple una laguna ya señalada por los primeros editores.

[16] La doctrina del alma como armonía la expone por vez primera Simmias de Tebas, un seguidor de Pitágoras, en un pasaje del *Fedón* (85e-86d) platónico. Sin embargo Lucrecio parece apuntar más bien a concepciones parecidas de Dicearco y Aristóxeno, filósofos que de un pitagorismo juvenil pasaron a la escuela de Aristóteles (según se ve en Sexto Empírico, *Contra los profesores* VII 349, y Cic., *Tusc.*, I 10, 19). Véase A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.*

[17] El espíritu.

Ahora, para que puedas reconocer que también el alma está en los miembros y que no mantiene amarrado al cuerpo mediante la armonía, ocurre de entrada que, si se arranca una parte grande del cuerpo, la vida sin embargo perdura en nuestros miembros, y ella también al revés, si unos pocos cuerpos de calor escapan y se ha emitido fuera por la boca el aire, deja al punto las venas y abandona los huesos; de modo que por ahí puedes comprender que no todos los cuerpos desempeñan igual función ni por igual sustentan nuestra integridad, sino que más bien son las semillas de viento y caliente vapor las que se ocupan de que la vida perdure en los miembros. Hay por tanto un vapor y un viento vital en el propio cuerpo que abandonan nuestros miembros al morir.

En consecuencia, toda vez que hallamos que la naturaleza del espíritu y del alma es por así decirlo una parte del individuo, el nombre de armonía, traído a los músicos desde el soto, devuélveselo al Helicón[18] o a cualquier otro sitio de donde ellos lo trajeran para aplicárselo a esa cosa que por entonces necesitaba un nombre apropiado; comoquiera que ello sea, que se lo queden: tú entérate de lo que me queda por decir.

Unión de espíritu y alma

Afirmo ahora que espíritu y alma se mantienen trabados uno y otra, y entre los dos hacen una sola naturaleza, pero que es como lo principal y señorea sobre el cuerpo entero esa guía que llamamos 'espíritu' y 'mente'; ella además está puesta y enclavada en mi-

[18] El monte de las Musas (véase I 118).

tad del pecho[19]; pues ahí brincan el terror y el miedo, cerca de ese lugar nos halagan los gozos: ahí por tanto la mente y el espíritu se hallan. La otra parte del alma, repartida por el cuerpo entero, obedece y se mueve a una seña o ademán de la mente. Ella sola por su cuenta sabe, ella por su cuenta goza, aun cuando ninguna cosa impresione ni al alma ni al cuerpo. Y así como, cuando la cabeza o el ojo entre ataques de dolor tenemos dañados, no sufrimos en todo el cuerpo, igualmente el espíritu a veces sufre daño en sí mismo o se llena de alegría, aun cuando la otra parte del alma a través de miembros y carnes no se ve alterada por ninguna conmoción. Pero cuando la mente sufre la impresión de un miedo muy fuerte, vemos que el alma entera siente a través de los miembros, que sudores entonces ⟨*y*⟩ palidez se producen en todo el cuerpo, que la lengua se traba y la voz se pierde, los ojos se nublan, retumban los oídos, se desploman los miembros[20], que vemos en fin muchas veces desmayarse los hombres por terrores del espíritu, de manera que cualquiera de ahí sin dificultad podría comprender que el alma está trabada con el espíritu, pues cuando la golpea ⟨*la violencia*⟩ del espíritu, al punto atropella y hiere al cuerpo.

---

[19] La idea de que la inteligencia se aloja en el pecho más bien que en la cabeza es usual en Homero y sus sucesores, porque, generalmente, entre los antiguos «el corazón tiene más defensores que el cerebro» (H. A. J. Munro, cit. por E. J. Kenney, *Lucretius..., com. ad loc.).*

[20] La fraseología recuerda aquí muy de cerca a Catulo (LI) y su modelo Safo (fr. 31); Annette L. Giesecke *(Atoms, Ataraxy, and Allusion: Cross-generic Imitation of the De Rerum Natura in early Augustan Poetry,* Hildesheim, Olms, 2000, pág. 30) está convencida de que ambos poetas se conocieron en el círculo de Memio.

Su naturaleza corporal

Esta misma explicación muestra que la naturaleza del espíritu y el alma es corporal. Pues cuando los vemos empujar los miembros, arrancar del sueño el cuerpo, alterar el rostro, gobernar y manejar al individuo entero, nada de lo cual sabemos que podría hacerse sin tocarlo, y que no hay tocar sin cuerpo, ¿no hay que admitir que espíritu y alma están hechos de naturaleza corporal? De otra parte, adviertes que en nosotros el espíritu se desenvuelve a la par que el cuerpo y junto con él siente: si no choca con la vida la erizada fuerza del dardo, metiéndose dentro entre huesos y tendones desgarrados, se sigue con todo una languidez y un dulce caer a tierra y en tierra un ardor que al desmayado[21] le nace y a ratos algo así como un deseo indeciso de levantarse. Luego la naturaleza del espíritu es forzoso que sea corporal, ya que padece con dardos y heridas corporales.

Sutileza de sus átomos

A ti de cómo es la masa de ese espíritu y de dónde se forma voy a seguir dándote razón con mis palabras.

Para empezar, digo que es bien tenue y que está hecho y formado de cuerpos más que menudos. Basta que luego prestes atención para que puedas muy bien comprender que ello es así. Nada parece producirse de una manera tan rápida como lo que la mente por su cuenta decide e inicia; luego el espíritu se agita mucho más rápidamente que cualquiera de las otras cosas que ante nuestros ojos y alcance presenta su ser; ahora

[21] Sigo la conjetura de A. García Calvo *(amentei)* frente a lo transmitido por los manuscritos *(mentes)* y la enmienda más aceptada de los editores *(mentis)*.

bien, lo que es móvil en grado tan superlativo debe estar hecho de semillas más que redondeadas y más que menudas, para que al recibir un pequeño impulso puedan moverse. Se mueve, en efecto, el agua y con un impulso pequeño corre porque, claro es, está compuesta de formas rodantes y ligeras; en cambio la naturaleza de la miel es más consistente y su líquido más perezoso y más lento su manejo (pues entre sí se traba más todo el conjunto de su materia), debido sin duda a que no consta de cuerpos ni tan lisos ni tan tenues y redondos; tienes, en efecto, que una brisa somera y leve puede forzar que entero se desparrame un buen montón de adormidera[22]; en cambio el cierzo sopla contra una pila de piedras y en ella nada puede. Y es que los cuerpos cuanto más pequeños y lisos son, de mayor movilidad disfrutan; y, al contrario cualesquiera que resulten ser de mucho mayor peso y más rugosos, son por ahí ellos más estables.

Ahora, pues, ya que hemos hallado que la naturaleza del espíritu es extremadamente móvil, es forzoso que esté formada de cuerpos sin duda pequeños, lisos y redondos. El conocimiento de tal cosa, buen amigo, te resultará provechoso en muchos puntos y se mostrará oportuno.

Otra cosa también llega a explicar la naturaleza del espíritu, de qué trama tan fina está hecho y en qué sitio tan pequeño se encierra si acaso se apelotona, y es que en cuanto se apodera del hombre el sueño tranquilo de la muerte y se retira la sustancia del espíritu y el alma, nada allí puedes descubrir que ni en la apariencia ni en la masa del entero cuerpo haya sufrido menoscabo: la muerte preserva todo salvo la sensibilidad de la vida y el vaho caliente. Luego es

---

[22] Son los granos negros y menudos de esta planta que se empleaba para provocar sueño. Las simientes de amapola representaron a los átomos escurridizos en II 453.

forzoso que el alma entera conste de semillas bien pequeñas en su trabazón a través de venas, entrañas, tendones, en la medida en que, cuando toda se retira ya del cuerpo entero, el contorno exterior de los miembros no obstante se preserva intacto sin que falte ni pizca de peso; algo así sucede cuando se disipa la esencia de un vino o cuando el olor de dulce perfume escapa al aire o cuando se pierde el sabor de un cuerpo cualquiera; en nada sin embargo aparece a los ojos achicada la cosa como tal por ello ni nada de su masa se ha apartado, debido sin duda a que semillas numerosas y menudas producen los sabores y el olor en el cuerpo entero de las cosas.

Conque, digo y repito, la naturaleza del espíritu y el alma hay que comprender que está formada de semillas más que menudas, ya que al retirarse no se lleva nada del peso.

Las cuatro clases de sus átomos

Y pese a todo no debemos pensar que tal naturaleza sea simple[23], pues de los moribundos escapa una suerte de brisa fina mezclada con vapor, y el vapor desde luego arrastra aire consigo, ni hay tampoco calor que no lleve mezclado también aire: como su naturaleza es rala a buen seguro, es menester que muchos primordios de aire se muevan allí dentro. Resulta así que la naturaleza del espíritu es ahora triple, sin que todas ellas juntas se basten para producir sensibilidad, toda vez que no encaja en cabeza humana que ninguna de ellas pueda producirle mociones sensitivas a uno ⟨*o*⟩ esas cosas a las que en la mente damos vueltas. Una cuarta naturaleza[24]

[23] Como no lo es ninguna, según se estableció en II 581-699.

[24] La doctrina de los cuatro elementos anímicos está recogida en EPICURO, *Carta a Heródoto* 63.

además es menester que de algún modo a éstas se añada (carece ella de todo nombre), más movediza y tenue que la cual no se da ninguna otra, ni que esté hecha de elementos más pequeños y lisos, ella que es la primera en repartir las mociones sensitivas a través de los miembros; porque ella, hecha de formas pequeñas, se agita la primera; a partir de ahí el calor y la oculta fuerza del viento, a partir de ahí el aire recibe movimiento; a partir de ahí todo se remueve: la sangre sufre sacudidas, las entrañas entonces se sensibilizan todas, por último a los huesos y tuétanos se les va metiendo bien sea el placer o el arrebato contrario.

Y no puede por las buenas hasta ahí penetrar el dolor ni filtrarse el fuerte daño sin que todo se altere hasta tal punto ⟨*que*⟩ a la vida le falte sitio y las partes del alma escapen por las rejillas[25] todas del cuerpo. Pero la mayoría de las veces sucede el final del movimiento en la superficie más o menos del cuerpo: gracias a ello somos capaces de tener encerrada la vida.

Cuando ahora ansío dar razón de cómo esas partes entre sí se mezclan y en qué modo al ordenarse toman fuerza, me desanima a pesar mío la pobreza de la lengua materna; no obstante, según mis posibilidades de tocar la cuestión por encima, la tocaré.

Los primordios de los principios, en efecto, se entrecruzan en sus movimientos de modo que no se puede separar ninguno, ni mediante espacio hacer división de su poder, sino que se dan ellos como la capacidad multiplicada de un único cuerpo; tal como en cualquier carne de animal hay por lo general olor y una suerte de calor y sabor, y sin embargo de todo ello resulta para el cuerpo un único volumen acabado, así el calor y el aire y la escondida fuerza del viento al

[25] Véase nota a II 951.

mezclarse producen una única naturaleza, y otro tanto hace la consabida capacidad moviente que entre aquellos de sí distribuye inicio de movimiento, de donde por vez primera surge el movimiento sensitivo.

Y es que esta naturaleza está del todo en lo hondo encubierta y agazapada, y más abajo de ella nada hay en nuestro cuerpo, y además es ella justamente el alma del alma entera: tal como en nuestros miembros y cuerpo entero se mezcla encubiertamente la capacidad del espíritu y el poder del alma gracias a que está hecha de cuerpos pequeños y escasos, así tienes tú que esta capacidad desprovista de nombre, al estar formada por cuerpos menudos, queda encubierta y es ella algo así como el alma del alma entera además y ejerce dominio sobre el cuerpo entero.

Por una razón semejante es forzoso que el viento y el aire y el calor al mezclarse entre sí adquieran vigor a través de los miembros, y que uno a otro se someta o sobre él destaque, de manera que de todos parezca hacerse algo único, mientras el calor y el viento por un lado y por otro el poder del aire no destruyan la sensibilidad y al separarse la deshagan.

Está también en el espíritu ese calor que le entra cuando de enojo se recuece y en la mirada brilla un fuego más intenso; está también el frío soplo, tantas veces compañero del miedo, que produce espeluzno si al cuerpo le remueve las carnes; está también con ellos ese estado del aire tranquilo que se produce con el pecho aquietado y el rostro sereno. Pero tienen más calor aquellos seres cuyos corazones fieros y carácter irascible con facilidad hierven de cólera, y de esa clase es ante todo el agresivo empuje de los leones, que entre gemidos muchas veces rugen haciendo estallar sus pulmones y no pueden guardar en el tórax la oleada de sus enfados; en cambio el carácter frío de los ciervos es más ventoso y por las entrañas empuja con mayor rapidez géli-

das brisas que hacen que en sus miembros aparezca un movimiento de temblor; por su parte la naturaleza de los bueyes vive de aire sereno sin que nunca de más la tea humeante de la cólera se le arrime e incite ni encima derrame la sombra de oscura ceguera, pero tampoco se embota cuando la traspasan las gélidas flechas del espanto: en el medio se sitúa, entre los ciervos y los feroces leones.

Así es la raza de los hombres: aunque la enseñanza haga refinados por igual a unos pocos, ella sin embargo mantiene en cada espíritu las huellas primeras de su naturaleza; y no hay que pensar que la maldad pueda arrancarse de raíz sin que el uno se sienta más inclinado a entregarse a cóleras feroces, el otro pronto se deje tentar un poco por el miedo, y en cambio un tercero admita ciertas cosas con mayor benevolencia de la debida. Y en muchas otras cosas es forzoso que se diferencien los diversos temperamentos de los hombres y sus consiguientes caracteres, cuyas causas ocultas ahora no puedo exponer ni puedo hallar tantos nombres para tantas configuraciones como presentan los principios, de las que nace tal variedad de realidades.

Lo que veo que en estas cuestiones puedo afirmar es que de tales temperamentos quedan en nosotros tan poquitos rastros que no los pueda eliminar la doctrina, que nada nos impide llevar una vida propia de dioses.

Unión inseparable de los principios alma y cuerpo

Esta sustancia[26], en efecto, está sostenida por el cuerpo todo, y ella es justamente la protectora del cuerpo y causa de su integridad; pues están bien sujetos la una y el otro por raíces comunes y no parece que sin su destrucción puedan desgajarse:

[26] Mente y alma.

tal como no es fácil arrancar el olor de los granos de incienso sin que se destruya también su sustancia, tampoco es fácil sacar del cuerpo entero la sustancia de espíritu y alma sin que todo se deshaga; gracias así a la trabazón de los principios entre sí, desde su origen primero, llegan a estar dotados de una vida en comandita[27], y no parece que la capacidad del cuerpo o la del espíritu, cada una por su cuenta, pueda sin el concurso del otro sentir por separado, sino que de un lado y otro en movimientos comunes se van fraguando de consuno las sensaciones que prenden en nuestras entrañas.

Además, el cuerpo por sí solo ni se engendra ni crece ni tras la muerte parece durar; porque no es como el caldo del agua que se desprende a veces del calor que se le ha prestado y no por ello se despedaza sino que sigue intacto, no, así no pueden, te digo, los miembros aislados sufrir la separación del alma, sino que perecen descompuestos por completo y a la vez se pudren. Al comenzar la existencia, los contactos mutuos de cuerpo y alma, escondidos dentro de los miembros y vientre maternos, de tal manera aprenden los movimientos vitales, ⟨*que*⟩ no puede hacerse tal separación sin desastre y daño: para que veas que si la causa de su integridad es común, común se constituye también la naturaleza de ambos.

Y lo que ahora viene: si alguien da en rechazar que el cuerpo siente, y cree que el alma mezclada con el cuerpo entero recibe ese movimiento que venimos llamando 'sensibilidad', está refutando cosas bien claras y reales. Pues qué sea eso de que el cuerpo sienta ¿quién sino aquello que la propia realidad presenta a la luz y nos enseña lo explicaría? «Pero cuando el alma sale el cuerpo se queda sin sensibili-

[27] «Vida en comandita» = *consorti vita*. La terminología es de carácter comercial y jurídico.

dad por todos lados». Sí, porque pierde lo que no era suyo propio para la eternidad y muchas más cosas pierde cuando del tiempo se le expulsa.

Decir encima que los ojos no pueden ver ninguna cosa sino que a través de ellos mira el espíritu como al abrirse unas puertas[28] es dificultoso, ya que la sensibilidad en ellos lleva a lo contrario: su sensibilidad, en efecto, arrastra y empuja hacia la propia mirada, sobre todo siendo así que muchas veces no podemos distinguir resplandores porque la vista en la visión se nos enreda; y ello no ocurre con las puertas, pues las entradas por donde nosotros precisamente miramos no sufren fatiga de estar abiertas; y, además, si nuestros ojos son a manera de puertas, caso de arrancar sus globos, parecería entonces que el espíritu debiera ver mejor las cosas una vez que se le han quitado de delante hasta los quicios.

Contra Demócrito y sus átomos de cuerpo y alma emparejados

De ninguna manera en este punto puedes aceptar acaso aquello que establece la venerable opinión del gran Demócrito[29]: que cada uno de los primordios de cuerpo y espíritu, separados de uno en uno, se diversifican y en alternancia van tra-

[28] El pasaje apunta, aunque no únicamente, a los estoicos, que hacían al alma sujeto exclusivo de la sensanción y consideraban a los sentidos como meras ventanas por las que se asomaba al exterior. Participaron de la teoría Heráclito (según Cic., *Tusc.* I 46) y algunos seguidores de Aristóteles (según Sexto Empírico. *Contra los profesores* VII 129 y 350).

[29] Sólo indirectamente conocemos este punto de su doctrina, que Alejandro de Afrodisias (s. III d.C.), comentarista de Aristóteles, reseña así: «Demócrito, por su parte, viene a creer que la llamada 'mezcla' *(krâsin)* se producía por un adosamiento *(paráthesin)* de corpúsculos *(sōmátōn)*, estando separados los elementos mixtos en partículas pequeñas y produciendo la mezcla mediante la colocación de unos junto a otros...» *(Sobre la mezcla* 2 = 68 A 64 DK). Cit. por A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.*

bando los miembros; y es que, como los elementos del alma son mucho menores que aquellos que forman nuestros cuerpos y entrañas, resulta que también son menos en número y están esparcidos a distancia por los miembros de manera que tan sólo puedas asegurarte a ti mismo lo siguiente: tal como sean de grandes los cuerpos primeros que al arrimarse provocan en nuestro cuerpo movimientos sensitivos, así serán las distancias que entre sí guarden los exordios primeros del alma. En efecto, ni sentimos en la ocasión asentarse el polvo que a nuestra piel se pega ni la greda que en la cara nos aplicamos, ni niebla en la noche ni los finos hilos de la araña los sentimos cruzados cuando al pasar con ellos nos enredamos, ni que sobre nuestra cabeza ha caído su trabada tela o plumas de ave o vilanos volanderos, pues por su demasiada ligereza siempre caen trabajosamente, ni sentimos la marcha de cada animal reptante ni cada uno de los pasos por separado que sobre nuestros cuerpos dan los mosquitos y demás: hasta tal punto en nosotros hay que remover mucho antes de que los primordios empiecen a sentir la agitación de las semillas del alma mezcladas con nuestros cuerpos a través de los miembros, y antes de que puedan, al golpear en esos intervalos, entrechocar, unirse y rebotar a su vez.

Predominio del espíritu sobre el alma

Y el espíritu estrecha más los cerrojos de la vida y domina en la vida más que la fuerza del alma. Y es que sin mente y espíritu no puede asentarse a lo largo de los miembros ni una pequeña parte del tiempo ninguna parte del alma sino que como su acompañante les sigue fácilmente y se retira a los aires y abandona los miembros helados en el frío de la muerte; en cambio se mantiene en la vida aquel a quien

mente y espíritu se le retienen, aunque quede mutilado y todos los miembros en torno le corten: el tronco, sin el alma que en torno le quitaron y separado de sus miembros, vive y toma los celestes aires vivificadores; si no por completo, privado al menos de gran parte del alma, se entretiene, sin embargo, y afianza en la vida, tal como cuando se desgarran los contornos del ojo, si la pupila queda sin daño, se mantiene viva la capacidad de ver, siempre que uno no estropee el globo entero del ojo, corte alrededor y deje a salvo la mirada; y esto no ocurrirá tampoco sin la destrucción de ambos[30]; en cambio, si se elimina la parte central del ojo tan chiquita, la luz al punto llega a su ocaso y se suceden las tinieblas aunque por lo demás el globo luciente quede sin daño. Por tal alianza alma y espíritu están siempre amarrados.

Espíritu y alma son nacederos y mortales

Ea pues[31], para que puedas conocer que espíritus y almas livianas en los animales son nacederos y mortales, seguiré componiendo versos, largo tiempo meditados y urdidos con grato esfuerzo, que sean dignos de tu persona. Haz tú que los dos nombres en uno solo se junten y que, cuando por ejemplo digo 'alma' para mostrar que es mortal, entiendas que también digo 'espíritu', en cuanto que una sola cosa y bien trabada son los dos.

---

[30] Ojo y pupila.

[31] Un análisis del pasaje que sigue, en D. A. West, «Lucretius' methods of argument (3. 417-614)», *Classical Quarterly* 25 (1975), 94-116.

Pruebas de la mortalidad del alma

Para empezar[32]: puesto que he mostrado que ella en su levedad está formada de cuerpos menudos y hecha de principios mucho menores que el agua clara o la niebla o el humo (pues en movilidad mucho les gana, y se mueve si una causa más ligera la golpea, porque es que imágenes de humo y niebla nos mueven, tal como cuando dormimos vemos en sueños despedir gruesos vapores los altares y dar humo; porque sin duda alguna tales simulacros vienen hasta nosotros[33]), ahora, en efecto, puesto que ves que, al romperse en torno el recipiente, se derrama el líquido y el agua escapa, y puesto que la niebla y el humo hacia el aire escapan, convéncete de que también el alma se desparrama y mucho más rápida y velozmente perece y se descompone ⟨*en*⟩ cuerpos primeros en cuanto se arranca y aparta de los miembros del hombre; porque es que el cuerpo, que viene a ser como su recipiente, cuando no puede retenerla al quebrarse por alguna causa y esponjarse una vez que de las venas se retira la sangre, ¿cómo pensarías que la puede retener un aire que, siendo más ralo que nuestro cuerpo, apenas a sí mismo se retiene?

Y hay más[34]: nos damos cuenta de que la mente se engendra a la par que el cuerpo y junto con él va creciendo y a la par envejece. Porque así como los niños van de acá para allá con su cuerpo débil y flaco, igualmente tenue va detrás

[32] P. M. Brown (*Lucretius De rerum natura III,* Warminster, 1997, págs. 145-187) cataloga veinticuatro pruebas de la mortalidad del alma. Las iremos reseñando como guía del lector en cada inicio. Prueba 1 (425-444): el alma líquida y volátil no puede subsitir sin su recipiente, que es el cuerpo.

[33] Desde fuera. La teoría general de las representaciones *(simulacra)* se expondrá en IV 26-229; una atención especial se dedica a ensueños y apariciones en IV 722-822.

[34] Prueba 2 (445-458): el crecimiento y desarrollo paralelos de alma y cuerpo demuestran que han de morir juntos.

el sentir de su espíritu; luego, cuando la edad cuaja en robustez y fuerzas, es mayor también el juicio y más crecido el vigor del espíritu; después, cuando ya el cuerpo con el tiempo sufre quebranto en sus fuerzas poderosas y al embotarse las fuerzas decaen los miembros, trastabilla el ingenio, se descarría la lengua, ⟨*se deshace*⟩ la mente, todo falla y a un mismo tiempo se ausenta; por consiguiente, estamos de acuerdo en que también toda la sustancia del alma como humo se disipa en las hondas brisas del aire: puesto que vemos que se engendran a la par y a la par crecen y, ⟨*como*⟩ he mostrado, se cansan con el tiempo a la vez y se debilitan.

A esto se añade[35] el que veamos que tal como el propio cuerpo padece graves enfermedades y fiero dolor, así el espíritu padece duras penas, aflicción y miedo: debe por tanto tomar parte en la muerte. Más todavía, en las enfermedades del cuerpo a menudo el espíritu yerra descaminado, enloquece y dice disparates y hay veces que de grave letargo viene a dar en adormecimiento hondo y duradero, al tiempo que deja caer los párpados y la cabeza, y luego ya ni oye las voces ni es capaz de reconocer las caras de quienes, puestos a su alrededor, lo llaman de nuevo a la vida y riegan sus rostros y mejillas de lágrimas; por tanto, te ves forzado a admitir que también el espíritu se deshace, puesto que en él se adentra la contaminación de la enfermedad. Porque dolor y enfermedad son hacedores de muerte por un lado y otro[36], cosa que de antemano con la destrucción de muchos se nos enseña, así como que el cuerpo, si la mente se enajena, en su mal se consume.

---

[35] Pruebas 3 y 4 (459-473): a) el alma padece sus propios desarreglos en forma de emociones dolorosas y b) padece los desarreglos del cuerpo que la pueden llevar a delirio y desfallecimiento.

[36] Por el lado del alma y del cuerpo.

Y, en fin[37], ¿por qué cuando la incisiva fuerza del vino penetra en el hombre y por las venas se reparte un ardor prestado sobreviene pesadez en los miembros, se le traban las piernas al que se tambalea, se frena la lengua, se encharca la mente, vacila la mirada, estallan gritos, sollozos, insultos, y todo lo demás de esta manera siempre se sigue?, ¿por qué resulta así si no es porque la violencia del vino suele alterar el alma dentro del propio cuerpo? Ahora bien, cualquier cosa que pueda verse alterada o estorbada ofrece indicios de que si se le arrima un agente un poco más enérgico ocurrirá que quedará privado de vida en adelante y perecerá.

Más todavía[38], a menudo alguien, dominado por el ataque repentino de su enfermedad ante nuestros ojos, como a golpe de rayo, se derrumba y echa espumas, gime y remece sus miembros, desvaría, estira los tendones, sufre, resuella sin tino y entre sacudidas fatiga su cuerpo; evidentemente es que la acción de la enfermedad, repartida por los miembros, altera el alma, haciendo espumas ⟨*como*⟩ en la mar salada bullen las aguas con el recio empuje de los vientos; de otra parte, se produce el gemido porque los miembros padecen dolor y porque sin más se arrojan semillas de voz que en la boca se agolpan y van hacia fuera por donde en cierto modo suelen y hay camino pavimentado; el desvarío se produce porque la capacidad de espíritu y alma se altera y, como he mostrado, partida en dos, se deshace desbaratada por ese mismo veneno; luego, cuando ya tuerce atrás la causa de la enfermedad y regresa a sus escondrijos el áspero humor del cuerpo descompuesto, entonces empieza a levantarse como

[37] Prueba 5 (476-486): el alma se ve afectada por la intoxicación del vino.

[38] Prueba 6 (487-509): la epilepsia. *Vid.* CH. SEGAL, «Lucretius, epilepsy, and the Hippocratic *On Breath*», *CP* 65 (1970), págs. 180-182.

vacilando y poco a poco regresa a la plena conciencia y va recobrando la vida.

Así pues, si estas realidades[39] dentro del propio cuerpo se ven zarandeadas por tan considerables dolencias y al desgarrarse sufren de modo lamentable, ¿por qué crees que esas mismas sin cuerpo, al aire libre, contra vientos poderosos podrían seguir viviendo? Y puesto que comprobamos[40] que la mente, tal como un cuerpo enfermo, se cura, y vemos que puede con un medicamento modificarse, también eso barrunta que como mortal vive la mente; pues es natural que añada partes o las cambie de orden, o que del total al menos separe alguna migaja quienquiera que se ponga e intente alterar el espíritu, o busque modificar cualquier otra sustancia; ahora bien, no admite que se le truequen o añadan partes lo que es inmortal, ni que ninguna migaja se le escape; y es que cualquier cosa que cambia y sale de sus propios límites, ella sin más es la muerte de la otra que fue antes[41]; de manera que el espíritu, sea que enferme o que resulte modificado por un medicamento, da señales de ser mortal, según he mostrado: hasta tal punto la realidad verdadera parece enfrentarse a la explicación falsa, cortarle la retirada si escapa y demostrar su falsedad con refutación de doble filo.

Y por último[42]: muchas veces vemos a un hombre irse poco a poco y perder la sensibilidad vital miembro a miembro, amoratarse primero los dedos de los pies y las uñas, luego morir las piernas y los muslos, después avanzar despacio desde ahí por los otros miembros las trazas de la muerte helada; en todo caso, como a ese se le rompe la sus-

---

[39] Alma y espíritu.

[40] Prueba 7 (510-525): la mente puede curarse con medicinas.

[41] III 519-520 = I 670-671 y 792-793 = II 753-754.

[42] Prueba 8 (526-547): la parálisis parcial o progresiva de los miembros demuestra que el alma tiene partes y es así mortal.

tancia del alma y no hay un solo momento en que quede incorrupta, habrá que considerarla mortal. Y si acaso piensas que ella sola puede tirar de sí misma a través de los miembros hacia dentro y reducir a unidad sus partes, y que así retira la sensibilidad de los miembros todos, en tal caso, pese a todo, el lugar donde se junta tanta abundancia de alma tendría que aparecer con una sensibilidad mayor; como ese no se aparece por ningún sitio, está claro, como antes dijimos[43], que ⟨*ella*⟩ queda destrozada y se disgrega fuera: perece por tanto.

Más todavía, si nos avenimos a considerar que ello es falso y admitir que pueda el alma aglomerarse dentro del cuerpo de aquellos que al morir van de uno en uno abandonando la luz, es forzoso, sin embargo, que admitas que el alma es mortal, sin que importe si perece al dispersarse por los aires o se embota al contraerse en sus partes, ya que al hombre entero cada vez más sensibilidad por todos lados le va faltando y cada vez menos vida por todos lados le queda.

Muere el alma como parte del cuerpo que es

Y puesto que[44] la mente es una sola parte del hombre y permanece fija en un lugar determinado, tal como son los oídos y los ojos y cada uno de los otros sentidos que gobiernan la vida, y tal como manos y ojos o narices no pueden, cortados aparte de nosotros, ni sentir ni ser, sino que desempeñan un tiempo tal servidumbre[45], así el espíritu no puede por sí solo

[43] III 531-532.

[44] Prueba 9 (548-557): el alma, tal como los órganos de los sentidos, no puede darse aislada del cuerpo.

[45] En los mejores códices este verso trae la sentencia casi absurda: *sed tamen in paruo linguntur tempore tali*. Los más de los editores lo arreglan para que digan una obviedad impertinente: *sed tamen in paruo liquuntur*

darse sin el cuerpo y el propio hombre, pues este parece ser una suerte de recipiente de aquel o alguna otra cosa que tú quieras imaginar más unida a él, toda vez que el cuerpo en una trabazón se le junta.

Y lo último[46]: la capacidad vital del cuerpo y la del espíritu, por estar entre sí unidas, pujan y disfrutan de vida: sin el cuerpo, ya se sabe, no puede ella sola por su cuenta la sustancia del espíritu producir los movimientos vitales, ni de otra parte el cuerpo, despojado del alma, perdurar y valerse de los sentidos. Mira, es que al igual que el ojo, si se lo arranca de sus raíces, no puede ver cosa alguna puesto aparte del cuerpo entero, así alma y espíritu por sí solos nada pueden al parecer, sin duda porque, en tanto que ⟨*junto a*⟩ venas y entrañas, a través de nervios y huesos, el cuerpo entero los resguarda sin que los primordios puedan saltar aparte libres en grandes intervalos, por ello justamente en su encierro provocan los movimientos sensitivos que, cuando están arrojados fuera del cuerpo a las brisas del aire tras la muerte, no pueden provocar, precisamente porque no quedan a resguardo de la misma manera. Y es que el aire sería cuerpo y viviente si el alma pudiera recogerse y encerrar en él los movimientos que antes en los tendones y el propio cuerpo producía.

Por tanto, digo y repito, una vez que se desarma toda la cubierta del cuerpo y se expulsan las brisas de la vida, tienes por fuerza que reconocer que se deshacen los sentidos del

---

tempore tabe («sino que al poco tiempo más bien se deshacen de podredumbre»). La forma que le da A. García Calvo: *sed tamen imperio funguntur tempore tali,* se atiene en cambio a la doctrina expuesta en I 441-443 y parece encajar mejor en el contexto.

[46] Prueba 10 (558-579): la unión e interdependencia de alma y cuerpo indica que no pueden sobrevivir separados.

espíritu junto con el alma, ya que una causa compartida tienen los dos.

Por último[47]: si el cuerpo no puede resistir su separación del alma sin pudrirse en medio de un olor desagradable, ¿cómo es que pones en duda que la fuerza del alma, surgida de lo más bajo y hondo, aflore y como humo se disipe, y que por ello el cuerpo, vuelto deleznable, sucumba en un derrumbamiento tan grande, porque al alma cuando al exterior aflora se le han cambiado de sitio en lo hondo los cimientos, y ella se marcha a través de los miembros y de todos los recovecos de los caminos que hay en el cuerpo, y a través de sus agujeros? De muchas maneras podrías por tanto comprender que la sustancia del alma ha salido partida ya a través de los miembros y ella sola se ha destrozado dentro del propio cuerpo antes de escurrirse fuera y flotar en las brisas del aire.

Más aún[48], cuando todavía se mueve dentro de los límites de la vida, muchas veces el alma por el contrario parece ir debilitándose y ⟨*empezar*⟩ a desatarse del cuerpo entero y palidecer el rostro como en los últimos momentos y, sin sangre ya la ⟨*vida*⟩ derrumbarse lacios todos los miembros. Esto es lo mismo que cuando se dice que se pierde el sentido o que el alma se nos escapa, cuando uno ya se asusta y ansiamos todos asirnos a las últimas amarras de la vida. Porque se quebranta entonces la mente y toda capacidad del alma, que junto también con el cuerpo se derrumban, de tal modo que una causa un poco más decisiva podría desunirlos.

---

[47] Prueba 11 (580-591): la podredumbre del cuerpo proviene del escape del alma a través de los poros.

[48] Prueba 12 (592-606): el desmayo del cuerpo agónico.

¿Cómo es que a la postre dudas de que, sacada fuera del cuerpo, debilitada en el exterior, a la intemperie, despojada de su cubierta, no sólo no podría durar a lo largo del tiempo todo, sino que ni siquiera sería capaz de mantenerse el instante más breve? Pues[49] nadie al morir cree sentir que el alma salga fuera intacta desde el cuerpo entero ni que antes se acerque a la garganta y a la boca por arriba, sino que, localizada en una región precisa, le va faltando, tal como sabe que los otros sentidos van desapareciendo cada uno en su sitio; pero si nuestra mente fuera inmortal, no tanto lamentaría en la muerte el deshacerse, sino tan sólo el irse fuera y abandonar, como la serpiente, su camisa.

Por último[50]: ¿por qué nunca los pensamientos y proyectos del espíritu se producen en la cabeza o en pies y manos sino que se aferran a unos asentamientos únicos y a zonas todas determinadas, si no se le han dado a cada uno unos lugares determinados para nacer, y donde cualquiera de ellos pueda perdurar una vez surgido y tal capacidad de muchos modos emparejarse con tantos órganos, de manera que nunca el orden de esos miembros resulte trastornado? Hasta tal punto cada cosa sigue a otra sin que en chorros de agua suela levantarse llama ni en fuego producirse frío.

Además[51], si la sustancia del alma es inmortal y, puesta aparte de nuestro cuerpo, puede sentir, habrá que considerarla, en mi opinión, provista de sus cinco sentidos. No podemos imaginar que las almas allá abajo en el Aqueronte vayan de acá para allá de otro modo. Los pintores por eso y

[49] Prueba 13 (607-614): el moribundo no siente que el alma sale entera sino que se va acabando despacio y en un lugar preciso del cuerpo.

[50] Prueba 14 (615-623): el alma tiene su sitio en el cuerpo y no puede hallarse en otro lado.

[51] Prueba 15 (625-633): un alma que sobreviviera al cuerpo necesitaría órganos de los sentidos para conocer.

la generaciones antiguas de escritores[52] sacaron a escena las almas así, provistas de sentidos. Pero por separado ni ojos ni narices ni propiamente manos puede haber ya entonces, ni lengua por separado ni orejas sin el vivo pueden por sí solas sentir o ser algo.

Y puesto que[53] sentimos que en el cuerpo entero reside la sensibilidad vital y vemos que todo entero es animado, si de pronto alguna fuerza con rápido golpe lo cortara por la mitad de manera que separara las dos partes por completo, también sin duda la fuerza del alma, desunida y rajada a la vez que el cuerpo se partirá; ahora bien, lo que se rompe y separa en partes, muchas o pocas, es evidente que niega que sea eterna su sustancia.

Cuentan que carros armados con hoces[54] siegan a veces miembros tan de repente, en la confusión y el calor de la matanza, que se ve temblar en el suelo lo que de un miembro cayó cortado, en tanto que la mente y fuerzas del individuo sin embargo con la rapidez del daño no alcanza a sentir

---

[52] El *descensus ad inferos* (que los griegos llaman *nékuia)* es tema literario desde el libro XI de la *Odisea,* donde los muertos salen al encuentro de Ulises, beben la sangre de su sacrificio y conversan con él (cuando escribe Lucrecio, Eneas todavía no ha bajado a los infiernos en los versos del canto VI de la *Eneida).* Esta y otras escenas de ultratumba figuraron en la cerámica y la pintura mural antiguas. El célebre Polignoto (s. v a. C.) pintó en el santuario de Delfos la escena homérica de Ulises conversando con el fantasma de Tiresias.

[53] Prueba 16 (634-669): la mutilación de miembros humanos y la vivisección de serpientes demuestran la divisibilidad del alma.

[54] Este carro se llamaba en griego *drepanēphóros* (que el latín traduce *falcifer)* y nunca lo usaron ni helenos ni romanos (de ahí el 'cuentan' del texto). En efecto, dan noticias de estas máquinas, usadas en Oriente, los relatos de JENOFONTE *(Anábasis* I 7, 10) y QUINTO CURCIO (IV 9, 4). TITO LIVIO (XXXVII 41) describe con detalle su utilización por parte de Antíoco III en la batalla de Magnesia (189 a. C.), narrada también por Ennio en sus *Anales* (poema que con seguridad leyó Lucrecio).

dolor; y asimismo, al estar la mente puesta en el afán de la batalla, marcha a la pelea y la matanza con el resto del cuerpo sin percatarse muchas veces de que la rueda y sus hoces cortantes han segado su izquierda, perdida junto con el escudo entre los caballos, ni otro se percata de que cayó su diestra al tiempo que escala y acosa; otro también, con la pierna arrancada, intenta alzarse mientras a su lado el pie moribundo sacude en tierra los dedos; incluso la cabeza cortada del tronco caliente y vivo mantiene en tierra la cara de estar viva y los ojos abiertos, hasta que ha entregado todos los restos de alma.

Más todavía si tienes a bien de una serpiente de lengua inquieta, cola amenazadora, cuerpo largo, cortar a cuchillo en muchas trozos sus dos partes, verás entonces todas las porciones con la herida fresca retorcerse por separado y rociar el suelo con su veneno, y la parte delantera tirarse bocados hacia atrás ella misma para con ardiente mordisco sujetar en la llaga los embates de dolor. ¿En todas esas partecillas diremos por tanto que hay almas enteras? Pero según ese razonamiento se seguirá que una sola alma tenía en ese cuerpo muchas almas. Luego queda dividida junto con el cuerpo la que fue una sola; y así, hay que considerar mortales a los dos, justamente porque se separan por igual en muchas partes.

El alma nace con el cuerpo

Además[55], si resulta inmortal la sustancia del alma y penetra en el cuerpo de los que van naciendo, ¿por qué no podemos recordar esa vida pasada anterior ni guardamos traza ninguna de los sucesos antiguos? Así pues, la que hubo antes es forzoso admi-

[55] Prueba 17 (670-678): el alma no recuerda su anterior existencia.

tas que pereció y que ha nacido ahora la que ahora está 677
ahí. Y es que si la capacidad del espíritu se ha modificado tan 678
radicalmente que se pierde toda retentiva de sucesos pretéritos,
ello no anda lejos entonces, según creo, de ser muerte. 675

Y de otro lado[56], si cuando ya el cuerpo está completo
se nos suele infundir la capacidad vivificante del espíritu,
justamente cuando nos engendran y cruzamos el umbral de 680
la vida, no cuadraba que ello fuera de modo que, con el cuer-
po y a la vez que los miembros, pareciera ir creciendo en la
propia sangre, sino que cuadra que como en su madriguera
viviera ella aislada y por su cuenta de modo que inunde el
cuerpo todo de sensibilidad sin embargo. Por tanto, digo y 685
repito, hay que pensar que las almas ni están desprovistas de
nacimiento ni excusadas de la obligación de morir. Y es que
ni cabe pensar que hubiesen podido trabarse tan fuertemente
con nuestros cuerpos introduciéndose desde fuera (que su-
cede todo al contrario la realidad manifiesta nos lo enseña,
ya que está ligada a través de venas, entrañas, tendones y 690
huesos de tal manera que incluso los dientes participan de
sensibilidad según revelan las caries y la dentera del agua
helada y la piedra que mordemos si, dura, da con ellos entre
las legumbres), ni, al estar tan entretejidas, parece que pue- 695
dan salir intactas y desatarse enteras de todos los tendones,
huesos y coyunturas.

Y si acaso piensas que el alma por habérsenos metido desde
fuera se escurre habitualmente a través de los miembros, razón
de más para que a cada cual por estar en el cuerpo embebida se
le destruya: lo que se escurre, pues, se disgrega, muere por tan- 700
to. Porque, repartida por todas las rejillas del cuerpo, tal como
la comida cuando llega a los miembros y órganos todos se

[56] Prueba 18 (679-712): el alma no se encarna completa y perfecta, ni acaba entera cuando el cuerpo muere.

deshace y a partir de sí misma da lugar a otra sustancia, así alma y espíritu, aunque ellos por sí solos se metan enteros en el cuerpo nuevo, sin embargo, al ir escurriéndose, se disgregan, al tiempo que como por rejillas van llegando a todos los órganos las partecillas de las que se produce la sustancia esta del espíritu que ahora en nuestro cuerpo domina, nacida de aquella que entonces pereció repartida entre los órganos. En consecuencia, la sustancia del alma no parece que esté desprovista de natalicio ni que esté libre de funeral.

Y de otra parte[57], ¿quedan o no semillas de alma en el cuerpo exánime? Porque si quedan y están allí, no será que con razón se la pueda tener por inmortal, toda vez que al haber perdido partes se marchó ya menguada. Pero si con sus miembros enteros huye arrancada, de tal manera que de sí no deje parte ninguna en el cuerpo, ¿de dónde los cadáveres cuando ya sus entrañas se enrancian, rezuman gusanos y de dónde tanta masa de animales deshuesada y exangüe rebulle por los miembros hinchados? Y si acaso crees que las almas se introducen desde fuera a los gusanos y que una a una pueden llegarse a sus cuerpos, sin pararte a pensar por qué tantos miles de almas acuden allí de donde una sola se ha retirado, esto supone al parecer que sin embargo haya que preguntarse y poner en tela de juicio si a la postre las almas cada una dan caza a sus semillas de gusanos y ellas solas se fabrican dónde estar, o si por decirlo así se introducen en los cuerpos ya acabados; ahora bien, no cabe decir ni por qué ellas sin más lo hacen ni por qué padecen (y no es tampoco que estando como están sin cuerpo echen a volar acuciadas por enfermedades, hambre o frío: porque más bien es que el cuerpo por proximidad padece tales daños y el espíritu sufre muchos males en

[57] Prueba 19 (713-740): los gusanos del cadáver se animan con simientes del alma humana, no con almas de gusanos preexistentes.

contacto con él; pero supón que para ellas sea de lo más provechoso hacerse un cuerpo al que arrimarse; no se ve sin embargo ninguna vía por donde puedan tal cosa: no se hacen las almas, pues, cuerpos y órganos para ellas), ni tampoco hay modo de que se introduzcan en cuerpos acabados, ya que ni podrán estar finamente entrelazadas con ellos ni en sensación común habrá contactos.

En fin[58], ¿por qué una agresividad impetuosa corresponde a la raza arisca de los leones, el engaño a los zorros, y el huir a los ciervos les viene de los padres y recelo heredado estremece sus miembros, y por qué todas las cosas de esa clase se generan en sus miembros y en su talante en el comienzo mismo de sus vidas, si no es porque la fuerza del espíritu, localizada en su propia semilla y sementera, le va creciendo a la par que el cuerpo a cada uno[59]? Pues si fuera inmortal y tuviera por costumbre cambiar de cuerpo, se confundirían los caracteres de los animales, el perro de raza hircana[60] evitaría más de una vez el embate del ciervo cornudo, y huiría entre las brisas del aire el gavilán despavorido ante la llegada de la paloma, serían estúpidos los hombres, inteligentes las generaciones de fieras bravías. Porque se aduce con falsa razón aquello que dicen de que el alma, siendo inmortal, se modifica cambiando de cuerpo; es así que lo que cambia se deshace: luego muere. Y es que las partes se trastruecan y salen de su orden: en consecuencia deben poder asimismo deshacerse a través de los órganos, de manera que al final mueran todas ellas junto con el cuerpo. Pero si dijeran que las almas de los hombres se meten

---

58 Prueba 20 (741-775): dificultades insalvables de la transmigración de las almas.

59 De esos espíritus.

60 Hircania, a orillas del mar Caspio, era ante todo tierra de tigres. Se pensaba que los perros de allí estaban cruzados con tales fieras.

760 siempre en cuerpos humanos, no me quedaría yo sin pre-
guntarles por qué de un sabio se pueden derivar seres estú-
762 pidos, por qué no hay niño juicioso, ni está tan bien amaes-
trado el potro de la yegua como el caballo recio y valeroso.
763 Como último recurso, claro es, dirán que la mente en un
765 cuerpo joven se hace joven; pero, si ello es así, te ves obli-
gado a admitir que el alma es mortal, debido a que, al modi-
ficarse en los órganos de modo tan considerable, pierde la
vida y la sensibilidad anterior. ¿Y de qué manera podrá la
capacidad del espíritu, madurando en cada uno a la par que
770 el cuerpo, alcanzar la ansiada flor de la edad, si con él no
estuviera asociada desde su origen primero? ¿Y qué supone
por su parte ese salir fuera de los miembros envejecidos? ¿O
es que teme seguir encerrada en un cuerpo maltrecho y que
una casa rota de vetustez al paso de los muchos años la
775 aplaste? Ahora bien, siendo ella inmortal, no corre ya ries-
gos.

En fin[61], que parece ridículo que las almas estén listas a
la hora de las amorosas coyundas y partos de las bestias,
que siendo inmortales anden acechando miembros mortales
en número incontable y se atropellen y riñan unas con otras
780 a ver quién es la primera y preferente para meterse dentro; si
no es que acaso las almas tienen entre ellas un acuerdo fir-
me, de modo que la primera que volando llegue se meta la
primera sin que para nada unas con otras se pongan a reñir
según sus fuerzas.

En fin[62], en el éter no cabe que haya un árbol o entre las
785 sales del mar una nube, ni que en los campos vivan peces, ni
que en la madera se albergue sangre o en las piedras zumo;

[61] Prueba 21 (776-783): la idea de almas haciendo cola y empujándose para entrar en cuerpos es ridícula.

[62] Prueba 22 (784-799): el alma y sus partes no pueden existir más que en sus lugares correspondientes del cuerpo con el que nacen y mueren.

está claro y decidido dónde cada cosa crecerá y se asentará: la sustancia del espíritu, de este modo, no puede nacer ella sola sin un cuerpo ni estarse lejos de nervios y sangre; porque si eso pudiera, mucho antes la propia fuerza del espíritu podría estar en la cabeza o los hombros, o abajo en los talones, y sería corriente que naciera en cualquier parte, con tal de mantenerse, eso sí, dentro del mismo hombre y el mismo recipiente; puesto que tal cosa se sabe que es clara en nuestro cuerpo igualmente, y parece decidido dónde puede estar y crecer por separado el alma y el espíritu, con tanta mayor razón hay que negar que pueda durar o engendrarse fuera por completo del cuerpo; en consecuencia, cuando el cuerpo muere, tienes por fuerza que admitir que el alma perece desgarrada en el cuerpo entero.

El alma no es eterna

Pues está[63] claro que unir lo mortal con lo eterno y pensar que puedan tener a la par sensación e intercambiar tareas es desvariar: pues ¿qué debemos pensar que sea más disparatado o que más entre sí se desajuste y contradiga que lo que es mortal arrostre fieras tormentas unido en agrupación con lo inmortal y perenne?

Y además[64], todas y cada una de las cosas que duran como eternas es forzoso que o bien rechacen, por ser ellas de cuerpo macizo, los golpes y no permitan que se les meta nada que pueda disociar por dentro sus partes ensambladas, tal como corresponde a los cuerpos de materia cuya naturaleza an-

[63] Prueba 23 (800-805): incompatibilidad de un alma inmortal y un cuerpo mortal.

[64] Prueba 24 (806-829): el alma no cumple ninguna de las condiciones para ser inmortal.

tes mostramos[65], o que puedan durar a lo largo de todo el tiempo justamente porque están libres de choques, como sucede con el vacío[66] que permanece intacto y no se ve afectado lo más mínimo por golpe alguno, o incluso porque no hay cantidad alguna de espacio en derredor suyo a donde las cosas por así decirlo puedan retirarse y deshacerse, como sucede con la totalidad de las totalidades[67] que es eterna y fuera de ella no hay lugar a donde escapar ni cuerpos que puedan caerle encima y con recio choque deshacerla[68].

Y si acaso es preferible considerarla inmortal justamente porque está sujeta y protegida de lo viviente, o porque no sobrevienen cosas del todo hostiles a su integridad, o porque las que sobrevienen, por alguna razón, se ven rechazadas y se alejan antes de que podamos sentir el daño que han hecho, ⟨*procede que pierda tal esperanza al ser rechazada por sus propios choques*[69]⟩: y es que, aparte de lo que de malo con las dolencias del cuerpo le llega, se añade el que con los sucesos venideros a menudo se desgarra, entre los temores lo pasa mal y por las preocupaciones se agota, o la reconcomen pasadas culpas y pecados; añade la demencia, exclusiva del espíritu, y el olvido de conocimientos, añade que se hunde en las negras aguas del letargo.

---

[65] En I 503-550.

[66] Precisamente EPICURO señalaba que «no se puede concebir nada incorpóreo salvo el vacío [...]; por tanto los que dicen que el alma es incorpórea no saben lo que dicen, pues ella así no podría ni hacer ni padecer» (*Carta a Heródoto* 67).

[67] Si no se quiere ver en la expresión un trivial genitivo superlativo, la «totalidad de las totalidades» (*summa summarum*) representa el universo de los agregados atómicos (según II 294-306).

[68] *Cf.* V 351-363.

[69] Aquí los editores reconocen una laguna señalada primero por Lambinus (1563). Traduzco la reconstrucción de A. GARCÍA CALVO: *pulsa suis plagis hac de spe cedat oportet.*

La muerte no nos afecta

Así pues[70] la muerte no es nada ni nada tiene que ver con nosotros[71], una vez que se considera mortal la sustancia del espíritu, y lo mismo que en el tiempo pasado ninguna pena sentimos al llegar de todas partes cartagineses en pie de guerra, cuando todo bajo las altas brisas del éter se estremecía en el pavoroso desorden de la guerra y temblaba de espanto, y dudoso estuvo bajo cuál de los dos imperios por tierras y mares habría de caer la humanidad entera[72], igualmente cuando no estemos, una vez que ocurra la separación del alma y el cuerpo que en unidad nos constituyen, es bien claro que a nosotros, que no estaremos entonces, nada en absoluto podrá ocurrirnos o impresionar nuestra sensibilidad, aunque la tierra se revuelva con el mar y el mar con el cielo.

Y si es que siente después de que la sustancia del espíritu y la potestad del alma están arrancadas de nuestro cuerpo, nada nos importa a nosotros que gracias a la armonía y unión de cuerpo y alma estamos hechos y constituidos en unidad.

---

[70] Sobre el entramado argumental de lo que sigue, véase C. Rambaux, «La logique de l'argumentation dans le *De rerum natura* (III 830-1094)», *Revue des Études Latines* 58 (1980), págs. 201-219.

[71] Lucrecio traduce al pie de la letra una sentencia de Epicuro *(Opiniones principales* 2 = 71 Usener). Para todo este final tranquilizador o consolatorio puede leerse A. Galloway, «Lucretius' materialistic poetics: Epicurus and the 'flawed' *consolatio* of book 3», *Ramus* 15 (1986), págs. 52-73; Ch. Segal, *Lucretius on Death and Anxiety,* Princeton, 1990; B. P. Wallach, *Lucretius and the Diatribe against the Fear of Death (Lucretius 3, 830-1094), Mnemosyne.*, suppl. 40, Leiden, 1976. El tema general se estudia en T. Stork, *Nil igitur mors est ad nos,* Bonn, R. Habelt, 1970.

[72] La referencia es a la llamada Segunda Guerra Púnica (218-201), que, con la continuada presencia de Aníbal en Italia y las sucesivas derrotas romanas, se vivió, incluso en el recuerdo, como trance angustioso y decisivo.

Ni tampoco[73] si el tiempo tras la muerte recogiera nues-
tra materia y de nuevo la dispusiera tal como ahora está, y
por segunda vez se nos otorgara la luz de la vida, nada sin
850 embargo tendría que ver con nosotros este suceso, una vez
que ha quedado roto el recuerdo de nosotros mismos; ade-
más, ahora nada nos importan aquellos nosotros que antes
fuimos, ⟨*nada*⟩ ya nos acongojan aquellos.

Porque, si reparas atrás[74] en todo el espacio pasado del
855 tiempo inmenso y en lo variados además que son los movi-
mientos de la materia, podrías sin dificultad creer que estas
mismas semillas de las que estamos hechos estuvieron antes
857 muchas veces colocadas en el mismo orden que están ahora;
865 y sin embargo no podemos recobrar tal cosa con pensa-
858 miento y memoria: pues hay en medio una suspensión de la
vida y todos los movimientos acá y allá se alejaron sin rum-
860 bo de los sentidos.

Porque, si acaso nos esperan desdichas y dolores, debe
también en ese tiempo de entonces estar aquel al que le po-
dría ocurrir algo malo; puesto que la muerte evita tal cosa e
impide que esté aquel al que podrían juntársele tales incon-
864 venientes, podemos dar por sentado que nada hay que temer

---

[73] Lucrecio no quiere pasar sin abordar y discutir el tema del eterno retorno, a pesar de que está del todo reñido con la concepción lineal del tiempo sostenida por los epicúreos; *vid.* A. Schiesaro, «La 'palingenesi' nel *De rerum natura* (III 847-869)», en G. Giannantoni, M. Gigante, *Epicureismo...*, vol. II, págs. 795-804 (esp. pág. 798).

[74] «Si Lucrecio tiene a la vista una doctrina del eterno retorno, probablemente se enfrenta, no a la vieja doctrina órfica o pitagórica [...] retomada quizá por Heráclito [...] sino más bien a la restaruración de esta doctrina en la escuela estoica: con Zenón, Crisipo admitía que, después de períodos determinados de tiempo, cada individuo podía, una vez muerto, ser devuelto a su forma exterior actual» (traducido de A. Ernout, L. Robin, *com. ad loc.).* Para los estoicos la *palingenesia* es fatal y necesaria; para los epicúreos contingente e inútil.

en la muerte, que no puede llegar a ser desgraciado quien no está ya, y que ello ya no se diferencia de no haber nacido en ningún momento, una vez que la muerte inmortal suprime la vida mortal[75].

Son imaginarios los miedos de los mortales

Y por eso cuando veas a un individuo protestar por tener después de la muerte o bien que pudrirse cuando lo entierren o bien que desaparecer entre llamas o quijadas de fieras, cabe suponer que no es sincero su acento y una cierta espina invisible sigue por dentro en su pecho, por más que diga creer que en la muerte no seguirá teniendo sensibilidad alguna; y es que, en mi opinión, no aclara lo que aduce ni por qué, no se quita ni echa de la vida por completo sino que sin darse cuenta hace que quede algo de sí mismo después. Porque cuando alguien en vida se figura que con la muerte van a desgarrar su cuerpo pajarracos y alimañas, se está compadeciendo de sí mismo; y desde luego ni se separa de allí ni se aleja lo bastante de su cadáver abandonado, se imagina ser el otro y puesto a su lado le contagia su sentir. De ahí que proteste por haber nacido mortal, y no ve que en la realidad de su muerte no habrá ningún otro que sea él y pueda, estando vivo, hacer duelo por su propio fallecimiento o, de pie, lamentarse de que ⟨*por allí*⟩ postrado lo estén desgarrando o quemando. Porque si en la muerte es malo verse zarandeado por quijadas y mordeduras de alimañas, no hallo por qué no habría de ser amargo que a uno lo coloquen sobre fuego y se vaya asando al calor de las llamas o que se

---

[75] El lector tiene que oír este verso memorable en latín: *mortalem vitam mors quom immortalis ademit.* La paradoja se remonta al autor teatral del s. IV a. C. Anfis: *ho thánatos d'athánatós estin,* «la muerte es inmortal» (ATENEO, VIII 336c).

atosigue enterrado en miel o se quede tieso de frío si yace sobre un suelo de piedra helada, o que sienta el agobio de la tierra que encima lo machaca[76].

«Nunca más te acogerá el hogar feliz ni tu buena esposa, tus hijos queridos no saldrán a tu encuentro para disputarse tus besos y llenarte el corazón de íntima alegría; no podrás servir de apoyo ni a la buena marcha de tus asuntos ni a tu gente; en tu desgracia, y qué desgracia, un solo día aciago te ha quitado juntas tantas satisfacciones de la vida», vienen a decir. Pero sobre eso mismo no añaden: «Tampoco te acompañará entonces la añoranza de esas cosas», porque si esto lo tuvieran bien presente y a tales palabras se atuvieran, los espíritus se librarían de grandes angustias y miedos. «Tú desde luego, tal como estás dormido en la muerte, así estarás todo el tiempo que queda, libre de penosos dolores: en cambio nosotros al lado de la pira espantosa te lloraremos sin consuelo ya vuelto cenizas, y ningún día nos arrancará del corazón nuestra pena inacabable». A este tenemos que preguntarle qué resulta, si todo desemboca en sueño y descanso, tan exageradamente amargo para que alguien tenga por eso que consumirse en duelo inacabable.

También eso hacen muchas veces los hombres, cuando se ponen a la mesa y sujetan las copas y cubren sus frentes de guirnaldas, que dicen muy de corazón: «Corto disfrute es este de los pobres hombres; así que pase, ya nunca más será posible reanudarlo», como si en la muerte el peor de los

---

[76] Junto al destino de los muertos abandonados sin más, Lucrecio enumera cuatro protocolos funerarios civilizados: la quema del cadáver en la pira *(torrescere)*, el embalsamamiento por inmersión en miel *(in melle situm)*, el depósito dentro de un sarcófago de piedra *(cubat aequore saxi)* y, por último, el enterramiento en hoyo *(pondere terrae)*. Recordemos que en las lápidas romanas se le deseaba ritualmente al muerto que la tierra no le pesara *(sit tibi terra leuis)*.

males fuera eso de que la seca sed los abrase y tueste a los desgraciados, o les vaya a entrar deseo de alguna otra cosa.

Y es que nadie va a echar de menos su propia vida o su persona en ese tiempo en que a la vez descansan dormidos mente y cuerpo. Pues, si es por nosotros, de acuerdo, que sea inacabable ese sueño, no nos va a entrar ninguna añoranza de nosotros mismos; y eso que en nuestros órganos los primordios correspondientes[77] en modo alguno se extravían lejos de los movimientos sensitivos, ya que cuando el hombre se despabila del sueño él solo se recobra; mucho menos, por tanto, hay que pensar que tenga que ver la muerte con nosotros, si es que puede ser menos lo que vemos que es nada; pues se sigue mayor destrozo de la masa de materia, y no hay nadie que del lecho despierte y se levante una vez que le ha llegado la fría detención de la vida.

La voz de la Naturaleza

En fin, si Naturaleza de pronto echara a hablar[78] y se pusiera a reñirnos a alguno de nosotros de esta manera: «¿Qué accidente tan grave te ocurre, mortal, para dejarte llevar tan desconsideradamente por penoso duelo? ¿Cómo es que lloras y te lamentas de la muerte? Porque tal como gratis se te dio la vida anterior ya pasada, y no es que todos sus bienes, como puestos en cántaro cascado, se te hayan escurrido o sin com-

[77] «Correspondientes» = *illa*. Se refiere a los del alma.

[78] Prosopopeya que ha merecido múltiples comentarios; véase el análisis detallado de T. Reinhardt, «The speech of Nature in Lucretius' *De rerum natura* 3.931-71», *Classical Quarterly* 52 (2002), págs. 291-304; H. P. Syndicus, «Die Rede der Natur. Popularphilosophisches in den Schlußpartien des 3. Buches des Lukrez», *AU* 26, 3 (1983), págs. 19-35; C. M. Nussbaum, «Mortal immortals: Lucretius on death and the voice of Nature», *Philosophy and Phenomenological Research* 50 (1989), págs. 303-351.

pensarte se perdieran, ¿por qué tú, como comensal de la vida satisfecho, no te retiras y con serenidad vas entrando, necio, en ese sueño tranquilo? Si por el contrario todas y cada una de las cosas de las que has disfrutado se te derramaron y perdieron, y la vida ya te cansa, ¿por qué ibas a querer añadir algo más, que otra vez acabaría de mal modo y resultaría todo sin compensación para ti, ⟨y⟩ no más bien pones fin a tu vida y tus fatigas? Pues el que yo en tu caso urdiera o encontrara otra cosa más que te gustara, nada importa: todo es siempre lo mismo; si tu cuerpo no está ya marchito por los años y tus miembros gastados no desfallecen, todo sin embargo te aguarda siendo lo mismo, aunque siguieras vivo para sobrepasar a toda criatura, y aún más, aunque nunca te fueras a morir», ¿qué vamos a responder sino que Naturaleza plantea justa querella y con sus palabras expresa la verdad de su causa?

Pero si ahora uno más viejo y talludo se queja y por su muerte llora el pobre más de lo debido, ¿no le gritará más bien con razón y en tono áspero le reñirá: «¡Vete por ahí con esas lágrimas, pozo sin fondo[79], y reprime tus quejas: después de haber tenido todas las compensaciones de la vida te marchitas; pero como siempre ansías lo que falta y desprecias lo que hay, la vida se te ha escurrido sin logro ni gusto, y sin darte cuenta la muerte está a tu cabecera[80] antes de que puedas marcharte harto y lleno de bienes; pero abandona ahora todas esas cosas impropias de tu edad y con serenidad, venga ya, cede ante los años; no hay remedio»?

---

[79] «Pozo sin fondo» = *barathre*. Este término que aparece en los manuscritos (quizá relacionado con el griego *bárathron* = abismo) se ha querido explicar y enmendar de diverso modo. Bailey sugiere *baratro*, de significado no muy diferente. Las enmiendas de Hensius, *balatro* («bufón»), y Merrill, *blatero* («charlatán»), encajan peor en el contexto.

[80] Los antiguos comían recostados.

Justificada estaría, creo yo, su acusación, justificadas sus reprimendas y denuncias.

Porque lo antiguo se aparta desalojado siempre por nuevas realidades y es necesario reponer unas cosas con otras; nadie cae en los abismos del Tártaro negro: hace falta materia para que crezcan las generaciones venideras, todas las cuales sin duda te seguirán en el disfrute de la vida; y no menos por tanto que tú fueron ellas antes cayendo y habrán de caer. Nunca así dejará de surgir una cosa de otra; a nadie se le otorga la vida en posesión, a todos en usufructo.

Mira igualmente lo poco que nos importa la antigüedad pretérita del tiempo eterno, antes de nacer nosotros; la naturaleza así nos pone delante una imagen de ese tiempo que tras la muerte nuestra al cabo llegará: ¿acaso algo espantoso en él se revela?, ¿acaso parece siniestro en algún modo?, ¿no se presenta como más tranquilizador que ningún sueño?

No hay más infierno que nuestras ansias

Y por supuesto[81], cada una de las cosas que proclaman que hay en el Aqueronte insondable, las tenemos todas en la vida: el pobre Tántalo[82] colgado no teme la roca enorme en los aires, según el cuento, embotado de absurdos terrores, sino que más bien en esta vida el vano temor a los dioses agobia a los mortales que recelan de los percances que a cada cual

[81] Para el pasaje que sigue, véase H. D. Jocelyn, «Lucretius, his copyists and the horrors of the underworld. *De rerum natura* 3.978-1023», *L'Antiquité Classique* 29 (1986), 43-56.

[82] Tántalo robó el néctar y la ambrosía de los dioses, que lo condenaron a vivir bajo una enorme piedra suspendida sobre su cabeza. La amenaza le quitaba todo gusto por la comida y la bebida. Lucrecio sigue aquí esta versión de la historia, que aparece, por ejemplo, en Píndaro *(Olímpicas* I 55-64). Más conocida es la otra imagen de Tántalo entre aguas y frutos fugitivos, que deriva de Homero *(Odisea* XI 582-592).

le pueda traer su suerte; tampoco a Ticio[83] tumbado se le arriman pájaros en el Aqueronte ni, busquen lo que busquen hurgando en su pecho inmenso, no hay cosa que hallarse pueda durante tiempo inacabable por cierto; aunque esté ahí en el suelo con su cuerpo descomunal y ocupen sus miembros explayados no ya nueve yugadas[84] sino la bola de la tierra entera, no podrá sin embargo sufrir dolor eterno ni del propio cuerpo suministrar por siempre alimento: un Ticio es para nosotros más bien ese al que en la postración de sus amores desgarran pajarracos[85], lo recome el temor ansioso o lo quebrantan los afanes de cualquier otra pasión. Un Sísifo[86] viviente y puesto también ante nuestros ojos es aquel que se empeña en solicitar de los lictores haces y hachas crueles[87], y una y otra vez se retira fracasado y deprimido: y es que solicitar un mando que es inútil y nunca se otorga, y por ello una vez y otra soportar duras fatigas, es lo mismo que con gran esfuerzo empujar monte arriba la peña que ya arriba en la cumbre sin embargo mira cómo de nuevo se derrumba y precipita hacia las llanuras de la campiña[88]. De

[83] Ticio fue un gigante hijo de la Tierra que sufrió castigo por haber intentado forzar a Leto (o Latona), hermana de Apolo.

[84] El *iugerum* es una medida de superficie equivalente a un rectángulo de 240 por 120 pies (1 pie = 0,29 metros).

[85] El lector moderno tiene que tener muy presente la figuración antigua de Amor como dios alado.

[86] Las fuentes no aclaran la culpa de Sísifo que dio lugar a su bien conocido castigo.

[87] Los lictores que escoltaban a cónsules y pretores portaban el haz de varas para azotar y el hacha de las decapitaciones; Lucrecio tiene a la vista el simbolismo siniestro de estos instrumentos de castigo.

[88] Hay aquí un juego de palabras que sólo entiende bien el romano de su tiempo. En los trámites electorales el candidato tenía que bajar al Campo de Marte donde se celebraban los comicios; según C. West, *The imagery and poetry of Lucretius*, Edimburgo, 1969, pág. 102, que recuer-

otra parte, alentar continuamente en nuestro corazón un carácter descontento y no llenarse de cosas buenas ni hartarse jamás de lo que nos ofrecen las estaciones del año cuando en su rueda vuelven y traen sus cosechas y variados deleites, sin que a pesar de todo nos llenemos nunca de los frutos de la vida, esto en mi opinión es lo mismo que lo que cuentan de las muchachas[89] que en la flor de la edad acarrean agua en cántaro cascado que no hay manera de llenar aunque se quiera. Cérbero[90] y las Furias[91] y la privación de luz, el Tártaro que por sus gargantas vomita calores espantosos, no, ni están en parte alguna ni pueden estar, es muy seguro; más bien es que en esta vida el miedo al castigo por las maldades claras es claro, y también la expiación del crimen: la cárcel y el espantoso despeñamiento de los condenados[92], azotes, verdugos, el potro, la pez, la plancha, teas[93]; y aunque falte todo eso, la propia conciencia, atemorizada por sus acciones, se arrima clavos y se escuece con latigazos, sin ver entretanto qué término puede haber de sus males ni cuál sea el final definitivo de su castigo, y esas mismas cosas más todavía teme que en la

---

da lo de Horacio *(Odas* III 1, 11): *descendat in Campum petitor* («que baje al Campo el aspirante»).

[89] Se trata de las Danaides, cincuenta hermanas, hijas de Dánao, que, instigadas por el padre, degollaron a sus maridos en la noche de bodas. En el país de los muertos fue su castigo la inacabable tarea de ir por agua a la fuente con cántaro cascado.

[90] Perro de tres cabezas que guardaba las puertas del infierno.

[91] Divinidades del remordimiento. Virgilio las habrá de presentar también como habitantes y ejecutoras de castigos en el Tártaro, dándoles el nombre griego de 'Euménides'. Manejan el látigo y los terrores del fuego y las serpientes.

[92] Lucrecio piensa en la llamada Roca Tarpeya, en pleno corazón de Roma, desde la que se arrojaba a criminales y traidores.

[93] Los tres últimos tormentos tienen que ver con el fuego. La plancha metálica *(lammina)* se aplicaba caliente al cuerpo.

muerte se le agraven; por donde el vivir de los necios viene a ser a la postre su Aqueronte[94].

Compartimos la mortalidad con los hombres mejores

Esto también[95] podrías para tus adentros de vez en cuando decirte: «Perdió la luz de sus ojos incluso el buen Anco[96], que fue mejor que tú, malvado, en tantas cosas; desde entonces cayeron muchos reyes y gobernantes que imperaron sobre grandes naciones; también aquel famoso[97] que en tiempos pavimentó por el ancho mar un camino y permitió a las legiones cruzar el piélago y enseñó a caminar a pie sobre la charca salada y con las cabriolas de sus caballos despreció los rugidos del ponto, se quedó sin la luz y el alma en su agonía se le escapó del cuerpo; el Escipíada[98], aquel rayo de

---

[94] Todo este pasaje, más allá de la polémica con otras escuelas, define los presupuestos de lo que sería la interpretación epicúrea de los mitos; según A. Gigandet, «L'interpretation des mythes comme lieu et enjeu de la polémique philosophique dans le 'De rerum natura' de Lucrèce», en K. Algra, M. H. Koenen, P. H. Schrijvers (eds.), *Lucretius...*, págs. 209-213.

[95] El motivo consolatorio de la muerte compartida por todos es frecuente en los epitafios; *vid.* R. Lattimore, *Themes in Greek and Latin Epitaphs*, Ilinois, 1942, págs. 247-256. Un comentario al pasje, en G. B. Conte, «Il 'Trionfo della Morte' e la galleria dei grande trapassati in Lucrezio 3,1024-1053», *Studi ital. di filol. class.* 37 (1965), 114-132.

[96] Este verso es una cita procedente de los *Anales* de Ennio (fr. 149 Vahlen) y que probablemente estaba en la memoria del lector culto de la época. Anco Marcio es un rey de bondad proverbial en la tradición romana, muy adversa por lo demás a la monarquía.

[97] Jerjes, rey de los persas, que tendió un puente de barcos sobre el Helesponto para hacer pasar sus ejércitos de Asia a Europa durante su expedición de castigo contra los griegos (en torno al 480 a. C.).

[98] Con este solemne gentilicio helenizante designa Lucrecio a Publio Cornelio Escipión el Africano (236-184 a. C.), héroe de la Segunda Gerra Púnica y vencedor de Aníbal en Zama.

la guerra, espanto de Cartago, puso sus huesos en tierra como si fuese el más ruin de los criados. Agrega aquí los descubridores de ciencias[99] y elegancias[100], agrega los cofrades del Helicón[101], entre los que Homero tras hacerse con el cetro se quedó descansando en el mismo sueño que los otros. Demócrito, en fin, una vez que una vejez bien cuajada le fue dando señas de que decaían los impulsos memoriosos de su mente[102], por propia cuenta salió al paso de la muerte y le ofreció su persona[103]; el propio Epicuro[104], tras apagarse la carrera de su vida, feneció, él, que sobrepasó a la humanidad entera con su talento y apagó las estrellas todas levantándose como un sol en las alturas. ¿Y titubearás y protestarás de morir, tú, que, aunque vivo y con los ojos abiertos, dispones de una vida que es ya casi muerte, que derrochas la mayor parte de tu existencia en dormir y, cuando estás despierto, roncas y sigues viendo ensueños y sufres un estado de ánimo angustiado entre vanos temores, que tantas veces no puedes hallar qué mal tienes delante cuando borracho te sientes abrumado, pobre mío, por preocupaciones de toda clase y con el alma sin tino, zarandeado, vas de acá para allá en tu extravío?»

---

[99] Filósofos.

[100] Oradores. Otros (E. J. Kenney, *Lucretius..., com. ad loc.)* creen que se alude a los poetas (con una repetición algo desabrida).

[101] Poetas que forman la comitiva de las Musas, pobladoras del monte Helicón.

[102] La decadencia de Demócrito, padre del atomismo, se explica según la propia doctrina del filósofo.

[103] Se dejó morir renunciando a comer (según Ateneo, II 46e).

[104] Es ahora la única vez que el poeta llama por su nombre propio al filósofo, sin valerse de circunloquios enalteccedores como en I 66 *(Graius homo)*, III 3 *(Graiae gentis decus)*, V 8 *(deus ille)* y VI 5 *(virum tali cum corde)*.

Inquietud de los mortales

Si pudieran los hombres, lo mismo que parecen sentir que tienen asentado en el alma un peso que con su carga les cansa, conocer también por qué causas ello sucede y de dónde en su pecho se forma esa suerte de enorme bloque dañoso, no llevarían una vida tal como ahora las más de las veces vemos que no sabe cada cual qué hacer consigo mismo y anda buscando cambiar constantemente de sitio a ver si puede echar a tierra su carga. Sale una y otra vez de sus ricas estancias a la calle aquel que ya está harto de estar en casa: ⟨*al punto se presenta*⟩ y entra, pues, claro, siente que en la calle no le va mejor; arreando a sus potros hacia la cortijada se lanza a la carrera, como si se apresurara para prestar ayuda en el incendio del caserío: bosteza acto seguido, en cuanto cruza el umbral del cortijo, o se retira a dormir desfallecido y busca aturdimiento, o incluso a toda prisa se encamina y regresa a la ciudad. De esta manera cada cual huye de sí mismo y, de quien por lo visto, como sucede, es imposible escapar, no se despega y lo aborrece a su pesar, porque es que, estando enfermo, no comprende la causa de su dolencia; si la viera bien, entonces cada cual dejaría lo demás y se afanaría antes que nada en conocer la naturaleza de las cosas[105], ya que está en discusión, para la eternidad, no para una hora tan sólo, el estado en que los mortales dispondrían de todo ese tiempo que tras la muerte les queda al perdurar[106].

---

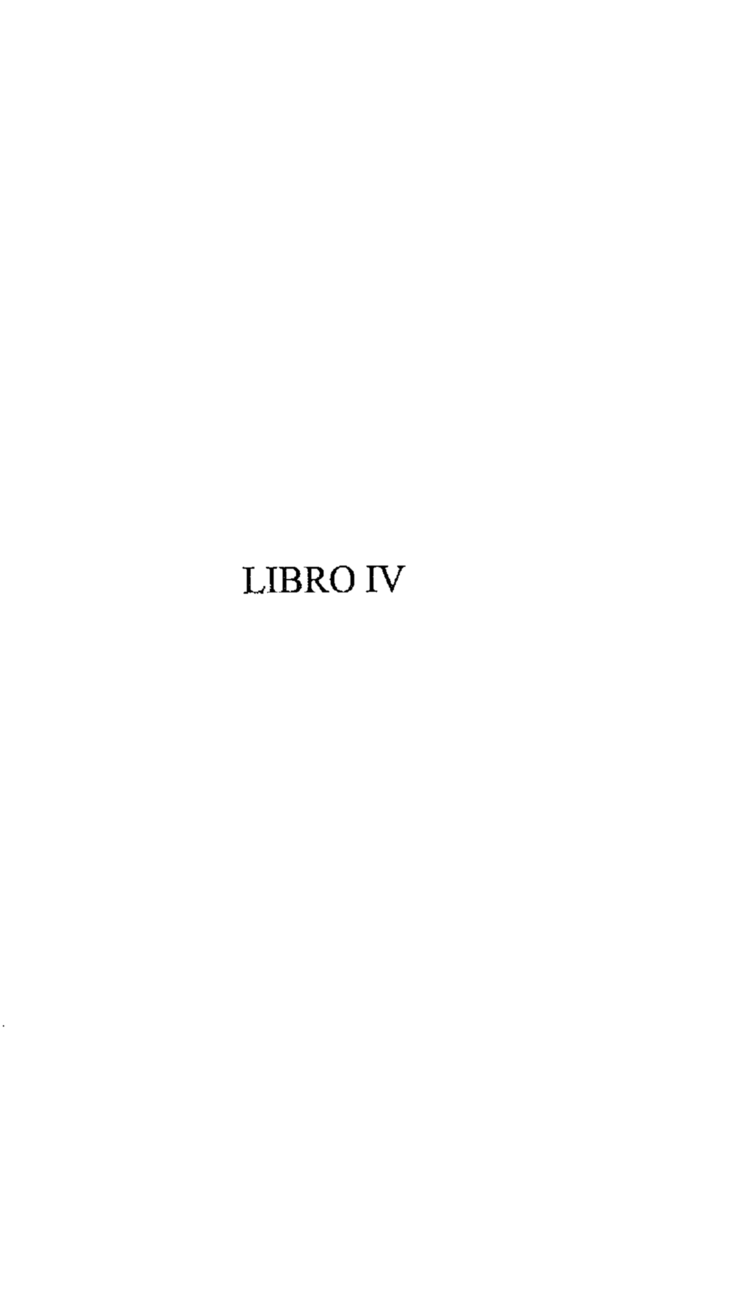
[105] Recordando este pasaje, Virgilio acuñó una sentencia que junta alegría y conocimiento: *felix qui potuit rerum cognoscere causas* (*Geórg.* II 490)

[106] Los manuscritos transmiten aquí *manendo.* La corrección de Lambinus *(manenda)* daría lugar a un final de frase como sigue: «el estado en que los mortales dispondrían de todo ese tiempo que tras su muerte les queda perdurable».

Y en último término, ¿qué malas ansias tan grandes de vivir nos obliga a temblar desaforadamente en las pruebas difíciles? Con un límite fijo cuentan los mortales sin duda para sus vidas sin que nos sea posible evitar la muerte y que no fenezcamos. Además, nos movemos siempre y andamos en el mismo sitio sin que por vivir se nos fragüe ningún deleite nuevo; pero cuando falta lo que echamos en falta, eso parece sobrepasar a lo demás, luego, cuando aquello llega, echamos en falta otra cosa y siempre domina inalterable la sed de ansiosa vida. En la incertidumbre queda la suerte que nos depararán los años sucesivos, qué nos traerá el acaso o qué final se nos vendrá encima. Y alargando nuestras vidas no arrancamos ni somos capaces de pellizcar una migaja al tiempo de la muerte, de modo que acaso tanto rato no vayamos a estar por suerte destruidos. Cabe por tanto alcanzar estando vivo todos los siglos[107] que se quiera, no menos por ello la muerte seguirá siendo eterna, ni aquel que en el día de hoy llegó al final de su vida estará sin ser menos rato que el otro que falleció muchos meses y años antes.

---

[107] «Alcanzar ... siglos» = *condere ... saecla;* la frase es de doble sentido y se puede traducir también por: «sepultar... generaciones».



LIBRO IV

SINOPSIS

PROEMIO (1-53).

1. Exaltación de la empresa poética del autor (1-25).
2. Asunto del libro: los simulacros o imágenes sensoriales que nos llegan durante la vigilia y el sueño (26-53).

A. EXISTENCIA Y NATURALEZA DE LOS SIMULACROS (54-229).

1. Ejemplos para entender la naturaleza de los simulacros que se desprenden de las cosas o se forman solos en el aire (54-142).
2. Los simulacros atraviesan, se estropean o rebotan enteros al dar con un obstáculo, y ello a una velocidad insuperable y desde todas partes, dando lugar a visiones, olores y sonidos (143-229).

B. SENSACIÓN Y PENSAMIENTO (230-822).

1. Cómo la vista percibe las cosas y a la vez la distancia a las que se hallan; comparación de los simulacros con el viento y el frío, invisibles pero perceptibles (230-268).
2. Se aclara por qué las imágenes de los espejos guardan una aparente distancia en el interior de los mismos, por qué invierten derecha e izquierda salvo en los espejos doblados en ángulo, por qué se multiplican instantáneamente en muchos espejos (269-323).

3. Explicación de varios fenómenos e ilusiones de la visión que parecen contrarrestar nuestra confianza en ella (324-468).
4. Los sentidos son el fundamento de toda verdad y el recurso último para escapar del escepticismo (469-521).
5. Modo de percepción del oído, no por ondas del aire, sino por viaje de la voz; explicación del eco; el sonido atraviesa cuerpos que no atraviesa la imagen visible porque aquel se expande hacia todas partes pudiendo penetrar por conductos torcidos y esta sólo viaja en línea recta (522-614).
6. Los efectos del gusto vienen provocados por los átomos de diversa textura al penetrar por los poros del paladar (615-672).
7. El olor no alcanza tanto como la visión o el oído porque los átomos que forman su simulacro son más gruesos y proceden del interior del cuerpo oloroso (673-705).
8. La sensibilidad dolorida de algunos animales respecto a la visión de otros (706-721).
9. Las visiones imaginarias están formadas por simulacros que vagan por el aire y se mezclan; las visiones de los ensueños están dotadas de movimientos acompasados gracias a una sucesión rapidísima de partículas que se relevan; se explica cómo la voluntad o una palabra evocan una imagen en un instante aparente (722-822).

C. Algunas funciones del cuerpo en términos anímicos (823-1057).

1. Los objetos artificiales están hechos con un fin, no así los seres naturales ni sus partes y miembros que surgen antes de promover su utilidad (823-857).
2. Hambre y sed como movimientos compensatorios de la pérdida de átomos (858-876).
3. Cómo los animales, inducidos primero y movidos luego por simulacros, echan a andar cada vez que lo hacen (877-906).

4. El sueño se produce por escapatoria de partes del alma (907-961).
5. Los ensueños afectan a hombres y animales, y les provocan reacciones de movimiento (962-1029).
6. El adolescente ve en sueños cuerpos bellos y derrama sobre el lecho la semilla (1030-1057).

D. Diatriba contra la pasión amorosa (1058-1287).

1. Qué cosa sea amor y conveniencia de echar la simiente en cualquiera sin dedicarle una pasión exclusiva (1058-1076).
2. Desventajas del amor correspondido, así en el momento mismo del gozo (1077-1120) como en sus circunstancias (1121-1140).
3. Los inconvenientes del amor imposible no hace falta nombrarlos (1141-1145).
4. Reglas para no enamorarse y olvidar, consistentes en ver los defectos de la amada y, si no los tiene, en pensar que hay otras donde desahogar la pasión (1146-1191).
5. Que es real el placer de la hembra; cómo heredan los hijos rasgos de los progenitores, y remedios de la esterilidad femenina (1192-1277).
6. Que el sabio puede condescender a casarse (1278-1287).

LIBRO IV

Exaltación de la empresa poética

Recorro los despoblados de las Piérides[1], nunca antes pisados por la planta de otro. Da gusto acercarse y beber en manantiales que nadie tocó y da gusto cortar flores frescas y hacerle una llamativa corona a mi cabeza con aquellas que las Musas nunca antes tomaron para cubrir las sienes de nadie; en primer lugar porque mis enseñanzas tratan de cuestiones graves y se encaminan a desatarle al espíritu los estrechos nudos de la religión; luego, porque en tema tan opaco entono versos luminosos y los voy empapando todos ellos de gracia poética. Y esto además no parece que sin razón se haga, ya que tal como los médicos, cuando intentan suministrarle repulsivo ajenjo a un niño, untan la redonda boca de un vaso con dulce y rubio licor de miel a fin de que el niño con la poca malicia de sus años quede burlado sólo en los labios, y de paso vaya sorbiendo la amarga leche del ajenjo y aunque caiga en la trampa no caiga enfermo sino que con tal operación más bien se restablezca y sane, así yo ahora, puesto que con mucha frecuencia esta doctrina parece repugnarles

[1] Véase la nota a I 926.

un tanto a quienes no tienen trato con ella, y ante ella se echa atrás espantada la gente, decidí exponerte nuestra doctrina en dulcísono verso de Pieria[2] y untarla por así decirlo con la grata miel de las Musas, a ver si acaso de ese modo alcanzaba a mantenerte atento a nuestros versos en tanto que examinas la naturaleza toda de los seres y presientes su provecho[3].

Anticipación del tema: los simulacros

Y una vez que ya he mostrado[4] cuál es la naturaleza del espíritu y por qué medios se arregla con el cuerpo y toma fuerza, o de qué modo se desbarata y convierte otra vez en primordios, voy ahora a empezar contándote algo que tiene muchísimo que ver con estos temas, que están ahí esos que llamamos 'representaciones[5] de seres', que como pellejos desprendidos de la superficie corpórea de los seres revolotean acá y allá entre las brisas, y lo mismo espantan nuestros ánimos saliéndonos al paso en vela como en sueños, cuando tantas veces contemplamos figuras extrañas y espectros de los sin luz y finados que a menudo entre espeluznos nos despabilan de la modorra de unas fiebres, no vaya a ser que pensemos que las ánimas han escapado del Aqueronte[6] o que sus sombras andan revoloteando entre los vivos, ni que algo de nosotros pueda quedar tras la muerte, cuando el

[2] Véase la nota a I 926.

[3] IV 1-25 = I 926-950 con leves retoques.

[4] A lo largo del libro III.

[5] «Representaciones» = *simulacra*. La doctrina de los *idola* la trata extensamente Epicuro en *Carta a Heródoto* 38-48. El intento último es reducir todas las sensaciones a la más firme y segura de ellas: el tacto. *Vid.* A. Dalzell, «Lucretius' exposition of the doctrine of images», *Hermathena* 118 (1974), 22-32.

[6] Véase la nota a I 120.

cuerpo a la vez que la sustancia destruida del espíritu a cada cual otorga descomponerse en sus primordios.

Pero, una vez que he mostrado[7] cómo son los exordios de todas los seres y en qué diversas formas separados revuelan por cuenta propia al impulso de alterno movimiento, y de qué modo puede a partir de ellos producirse cada cosa, voy ahora a empezar contándote algo que tiene muchísimo que ver con estos temas, que están ahí esas que llamamos 'representaciones de seres', a las que habría que darle el nombre de 'pellejos' o 'corteza' porque esa imagen trasporta parecida apariencia y forma de aquello desde cuyo cuerpo, sea el que sea, se dice que se desparrama y divaga.

Realidad y naturaleza de los simulacros

Afirmo por tanto que efigies de los seres y livianas figuras se desprenden de los seres, de su corteza más externa. Esto puede comprenderlo la mente más cerrada a partir de lo siguiente: en primer lugar, porque muchas cosas, entre las que a la vista están, desprenden cuerpos, en parte esparciéndolos sueltos, como la leña desprende humo o el fuego calor, y en parte trabados y espesos, tal como las cigarras en verano abandonan sus caparazones torneados y los terneros al nacer desprenden del exterior de sus cuerpos pellejos, y también cuando la serpiente resbalosa entre espinos se despoja de su camisa (que a menudo vemos que los zarzales se realzan con sus volanderos despojos), y puesto que esto es así, también una delgada imagen debe desprenderse de las cosas, de lo más exterior de sus cuerpos; pues, de por qué ellas caerían y escaparían mejor de las cosas que las que son delgadas, no cabe decir palabra, sobre todo siendo así que en el

[7] A lo largo del libro II.

exterior de las cosas hay muchos cuerpos menudos que pueden arrojarse en igual orden en que están y mantenerle a la forma su figura, y con mucha mayor presteza cuanto menos acaso sea su embarazo, siendo como son pequeños y estando colocados en primera línea.

Pues sin duda vemos que muchas cosas arrojan y sueltan, no sólo de lo hondo y de dentro, como antes dijimos, sino también desde fuera el propio color a menudo; y en general hacen eso los toldos amarillos o rosados y los bermejos cuando, estirados en los teatros mayores, repartidos por postes y vigas, ondulan temblorosos: y es que allí ponen debajo color a la concurrencia del graderío y a toda la figuración de padres y madres divinos[8] sobre la escena y hacen que ondulen con sus colores, y cuanto más cerrados en torno están los muros del teatro, tanto más todas estas cosas bañadas por dentro con esas galas sonríen bajo la luz que al día le arrebatan. Por tanto, si desde el exterior de sus cuerpos las telas desprenden tinte, también cada cosa debe desprender delgadas imágenes, ya que una cosa y la otra desde el exterior se dispara. Hay por tanto unas huellas definidas de las formas que, dotadas de tan fina urdimbre, acá y allá van volando sin que puestas aparte una a una se puedan ver.

Además, todo olor, humo, vapor y otras cosas parecidas se les desparraman a los seres y rebosan justamente porque, al tiempo que, naciendo de lo hondo vienen hacia fuera, se rasgan a lo largo de su tortuosa trayectoria, sin que haya salida derecha de sus caminos por donde al nacer intenten

---

[8] Texto de los manuscritos *(patrum matrumque deorum)* sobre el que los editores han ejercido sus sospechas y enmiendas. La última, y muy apartada del original, es la K. Müller (1975) que lee *personarumque decorem* («la magnificencia de las máscaras»). Véase un resumen de propuestas en J. Godwin, *Lucretius. De rerum natura IV*, Warminster, 1986, *com. ad loc.*

aflorar. Por el contrario, el delgado pellejo del color de encima, cuando se dispara, nada hay que pueda desgarrarlo, ya que está a la mano situado en primera línea.

Y en último término, cada una de las representaciones que se nos aparecen en los espejos, sobre agua o superficie brillante, es forzoso que, dado que están dotadas de la misma apariencia que las cosas, se basen en las imágenes de ellas desprendidas: pues, de por qué ellas caerían y escaparían mejor de las cosas que las que son delgadas, no cabe decir palabra. Porque hay delgadas formas de los seres e imágenes semejantes a ellos que, aunque nadie pueda distinguirlas por separado, sin embargo, repelidas en saltos repetidos y continuos, nos devuelven su apariencia desde lo liso de los espejos. Y no parece que por otra razón puedan perdurar de manera que resulten figuras tan cabalmente semejantes a cada ser.

Y ahora, venga, entérate de qué sustancia tan fina está hecha la imagen. Y ante todo, puesto que los primordios quedan sin más por debajo de nuestros sentidos y son tanto menores que aquellas cosas que los ojos empiezan ya a no poder ver, ahora pese a todo, para corroborar esto mismo, entérate en pocas palabras de lo sutiles que son los exordios de todas las cosas. En primer lugar, hay animales por partes tan chiquitos, que un tercio de su cuerpo no habría manera de alcanzar a verlo: cualquiera de sus entrañas, ¿cómo habrá que pensar que es?, ¿qué la bola de su corazón o sus ojos?, ¿qué sus órganos?, ¿qué sus extremidades?, ¿de qué tamañito? Y dime además: los primordios de donde a cada uno es necesario que se le forme la vida y la sustancia del ánimo, ¿no ves qué sutiles son y qué menudos, ⟨*tanto*[9] *que no*

---

[9] A. García Calvo desplaza los vv. 123-126 a continuación del v. 697 y reconstruye la laguna ocasionada basándose en las fuentes griegas

122a *pueden dar noticia ninguna de sí a los sentidos, a pesar de que se proclama que esas entrañas y vidas cada una son iguales que las de los animales de mayor tamaño, y en consecuencia tienes a la postre que admitir que resultan ser*
122d *partes de cosas que percibes,*⟩ y hasta tendrías que reconocer que representaciones de las cosas van de acá para allá en gran número de muchos modos, sin fuerza e incapaces de hacerse sentir?

Pero no vayas acaso a pensar que sólo van de acá para allá las representaciones de las cosas que de las cosas salen: las hay también que por propia cuenta se producen y solas se asientan en este cielo que llamamos 'aire', como esas nubes que sin dificultad vemos condensarse en las alturas y enturbiar la vista despejada del firmamento, que toman formas de mil modos en su viaje por las alturas, acariciando el aire al moverse; pues caras de Gigantes[10] a menudo parecen volar y arrastrar larga sombra, a veces montes enormes y peñas arrancadas de los montes se adelantan y rebasan al sol de cerca, luego otros nubarrones arrastran y traen fieras, sin que al deshacerse paren de alterar su aspecto y trocarlo de tal modo en los contornos de unas formas[11].

Ahora, de qué manera tan sencilla y rápida se mueven, fluyen sin parar y escurriéndose de las cosas se desprenden, ⟨*es muy fácil comprenderlo, siendo así que de la parte ex-*
144a *terna del cuerpo se desprenden:*⟩ y es que en cualquier parte

---

y en la sugerencia de una nota marginal presente en los más antiguos manuscritos (ESSE ITEM MAIORA); véanse otras justificaciones en el aparato de su edición (pág. 299).

[10] No simplemente hombres grandes sino los antiguos hijos de la Tierra (Gea), nacidos de la sangre que manaba de la herida de su esposo el Cielo (Urano), mutilado por el hijo Crono.

[11] La formación de imágenes representativas de seres fantásticos se explicará más extensamente en IV 732-744.

externa de una cosa hay de sobra algo que disparar, y esto, cuando llega a otras cosas, pasa de largo, como ante todo ocurre con las gasas[12]; pero cuando llega hasta piedra rugosa o tronco de leño, allí entonces se rasga, de manera que no puede devolver ninguna representación; en cambio, cuando lo que se le opone es por constitución brillante y macizo, como más que nada es un espejo, no ocurre nada de eso, ya que ni puede pasar a través como de una gasa ni tampoco rasgarse, pues lo liso procura permitirle seguir entero; sucede por ello que de ahí nos rebotan representaciones, y, aunque de pronto en un momento cualquiera pongas tal cosa frente al espejo, aparece su imagen, para que entiendas que sin parar desde la superficie del cuerpo discurren delgadas telas y delgadas figuras de cosas. Luego es que en breve espacio se producen muchas representaciones, de modo que con razón se dirá que es rápido su nacimiento; y, tal como en breve espacio el sol debe proporcionar muchos rayos, de manera que siempre de ellos todo esté lleno, así también a partir de las cosas por razón semejante es forzoso que en un pequeño instante salgan representaciones de las cosas, muchas, de muchos modos, hacia todas partes en torno, comoquiera que, hacia cualquier parte y dirección que volvamos el espejo, las cosas allí se repiten con igual forma y color. Además, cuando poco antes el cielo se mostraba muy despejado y con buen tiempo, de pronto se enturbia y afea, que creerías que acá y allá sus tinieblas todas abandonaron el Aqueronte y vienen a llenar las inmensas cavernas del cielo: hasta tal punto, tras alzarse una noche siniestra de nubarro-

---

[12] A. García Calvo edita aquí *vescam* (= *telam vescam*). Este desusado vocablo, apenas entendido por los eruditos antiguos (Aul. Gel., XVI 5, 6-7), encaja mejor que el sospechoso *vestem* de los manuscritos (no toda ropa es trasparente) o la enmienda *vitrum* aceptada por muchos editores (que es demasiado obvia).

nes, el rostro del negro Espanto[13] se cierne en las alturas; cuánto más ligera sea que todas estas cosas una imagen, no hay nadie que pueda decirlo ni de ello dar cuenta ni explicaciones.

Y ahora, venga, con qué raudo movimiento las representaciones se desplazan y qué movilidad para cruzar los aires se les ha otorgado, de manera que para un largo trecho se gaste un breve instante, sin importar a qué lugar cada cosa con diversa inclinación se dirija, lo voy a explicar con versos más bien deleitosos que prolijos, tal como es mejor breve canto de cisne que griterío de grullas desparramado entre las altas nubes que el Austro trae.

Para empezar, muy a menudo las cosas livianas y hechas de cuerpos menudos se nos permite ver que son veloces; dentro de esta clase se halla la luz del sol y su calor porque están hechos justamente de principios menudos que están por así decirlo fraguándose y a través de los entresijos del aire pasan sin dilaciones empujados por sucesivos golpes: como que al punto la luz con luz se releva y casi punta con punta el rayo al rayo aguija. En consecuencia, las representaciones[14], por igual razón, es forzoso que puedan correr a través del espacio indecible en breve instante; en primer lugar, porque pequeñita es la causa que lejos a sus espaldas acaso las echaría adelante y empujaría por demás cuando con tan voladora ligereza se desplazan; después, porque las mandan armadas de una urdimbre tan suelta, que sin dificultad pueden traspasar cualquier cosa y como filtrarse por los entresijos del aire.

---

[13] Esta personificación del miedo *(formido)*, introducida probablemente por Lucrecio, reaparece en VI 254. La habría de tomar prestada VIRGILIO (*Eneida*, XII 335).

[14] El tema de la velocidad de las representaciones aparece en EPICURO, *Carta a Heródoto* 46-47.

De otra parte, si, a esos cuerpecillos que de dentro en lo hondo se mandan fuera, tal como la luz y el calor del sol, los vemos en un instante del día deslizarse y repartirse por todo el ámbito del cielo, cruzar volando el mar y bañar tierras y cielo, ¿qué pasará entonces con los que están dispuestos en primera fila, cuando los disparan y al lanzamiento ninguna cosa estorba? ¿No ves que deben ir tanto más rápido y lejos y recorrer un espacio muchas veces más largo durante ese mismo rato en que los rayos de sol pueblan el cielo?

Aquí parece también haber un ejemplo, verdadero más que ninguno, de lo rápido que es el movimiento que desplaza a las representaciones, y es que en cuanto se pone a la intemperie el lustre del agua, al punto, si el cielo está estrellado, los claros astros del cielo se repiten con sus destellos en el agua: ¿ves aquí por tanto en qué breve instante su imagen desde las regiones del cielo cae hasta las regiones de la tierra? Por tanto, digo y repito, es forzoso que admitas que con extraordinaria ⟨*movilidad salen de cada cosa recios*⟩ cuerpos que golpean los ojos y activan la vista; y sin parar dimanan de ciertas cosas sus olores, como de los ríos frialdad, del sol calor, de las olas del mar ese vaho que cerca de las playas roe paredes; y no cesan de revolotear palabras diversas por los aires; hasta la boca, en fin, a veces nos llega un sabor de agua salada si junto al mar paseamos, o si vemos disolver y mezclar ajenjo ante nosotros, su amargor nos llega: hasta tal punto desde toda cosa cada cosa en corriente se desprende y mueve hacia todas partes en torno, sin que en su discurrir tercie freno ni descanso, pues sin parar sentimos y siempre podemos ver, oler todas las cosas y oír que suenan.

De otra parte, puesto que, si en la oscuridad palpamos con las manos una forma cualquiera, se reconoce como idéntica a la que se percibe a la luz clara del día, es forzoso que

vista y tacto se vean afectados por una causa similar; tenemos entonces que si en la oscuridad tocamos algo cuadrado y esa impresión de él nos deja, en la claridad ¿que cosa podrá presentársenos a la vista como cuadrada, si así no lo hace su imagen? Parece por tanto que está en las imágenes la causa del ver y que sin ellas no hay cosa que pueda verse.

La vista

Así pues, las que llamo representaciones de las cosas se desplazan en torno y se lanzan rendidas hacia todas partes; pero, como nosotros sólo podemos ver con los ojos, sucede por ello que, adonde dirigimos la mirada, por allí todas las cosas de frente la golpean con su forma y color.

Y la imagen hace que veamos lo lejos que de nosotros está cada cosa, y procura que reconozcamos la distancia. Y es que cuando ella sale echada, al punto empuja y mueve el aire que entre sí y el ojo esté situado, y así todo ese aire se desliza por el filo de nuestra mirada y restriega por así decirlo las pupilas al tiempo que cruza; sucede por ello que vemos lo lejos que está cada cosa; y cuanto más aire delante se remueve y más larga brisa restriega nuestros ojos, tanto más lejos parece estar en la distancia cada cosa. Claro es que estas acciones se producen a la mayor velocidad que cabe, de manera que a la vez vemos cómo es y lo lejos que está.

En este punto hay algo que no debemos considerar con extrañeza: por qué, a pesar de que como tales las representaciones que hieren nuestros ojos no se dejan ver, percibimos en cambio las cosas. Te digo: también el viento cuando pega despacio o cuando corre un frío cortante, no solemos sentir cada partecilla suelta del viento o del frío aquel, sino más bien todo junto, y vemos que en nuestros cuerpos

vienen a caer entonces unos golpes que parece como si alguna cosa los azotara y por fuera produjera la sensación propia del cuerpo suyo. Y también: cuando propiamente pegamos en un canto con el dedo, tocamos la coloración de su cara más externa y no la sentimos al tacto, sino que más bien en lo alto sentimos la dureza interior de la piedra.

Las imágenes de los espejos

Y ahora, vamos, entiende por qué la imagen se ve al otro lado del espejo, pues desde luego se ve hundida en la distancia[15]. De ese estilo es lo que de fuera se deja ver a través cuando una puerta ofrece por ella paso a la vista y hace que desde la casa se vean muchas cosas de fuera: también esta visión se produce gracias a una partición y doblez del aire; pues un primer aire se divisa entonces del lado de acá de las jambas, luego vienen las valvas propiamente a derecha e izquierda, y después restriega los ojos la luz exterior y un segundo aire y eso que de verdad desde fuera se deja ver a través: así, en cuanto la imagen del espejo se lanza adelante, mientras llega hasta nuestra mirada, empuja y mueve el aire que entre sí y el ojo esté situado y hace que podamos percibir todo ese aire antes que el espejo; pero, cuando ya percibimos el espejo, inmediatamente la imagen que desde nosotros en él se desplaza viene a llegar y de rechazo regresa a nuestros ojos y otro aire voltea empujándolo ante sí, y hace que tal aire veamos antes que a él, y por eso parece distar y apartarse tanto del espejo. Por tanto, digo y repito, es lógico no extrañarse en absoluto de que ⟨*aquellas cosas que de fuera adentro por cierto se ven a través no parezcan distar de nosotros ni más ni menos*⟩ que

[15] Los atomistas Leucipo y Demócrito, y el mismo Epicuro, se habían ocupado de estas cuestiones relacionadas con la óptica y los espejos (Aecio, IV 14, 2).

290 desde el plano de los espejos producen una visión, ya que uno
y otro evento sucede a partir de dos aires.

Y te digo: la parte de nuestro cuerpo que cae a la derecha ocurre que en los espejos se ve a la izquierda porque, cuando la imagen choca al llegar contra la superficie del espejo, no da la vuelta intacta sino que se aplasta hacia atrás en derechura, tal como, si alguien, antes de que se seque, aplasta una careta de yeso contra pilar o poste, y si ella des-
298 pués mantiene en orden su figura frontal y la reproduce
323 idéntica hacia atrás al aplastarse, ocurrirá que el ojo que
antes era el derecho, ese mismo será ahora el izquierdo y en
325 el izquierdo, a la inversa, tendremos el derecho.

Ocurre también que una imagen pasa de espejo a espejo, de modo que resultan cinco y hasta seis representaciones a veces; y es que cualquier cosa que esté encerrada dentro de habitación trasera, desde allí sin embargo, por más alejada que en recodo u hondura esté, será en todo caso posible,
330 mediante trayectorias quebradas, sacarla fuera y que gracias
a los varios espejos parezca estar en la sala: hasta tal punto de espejo en espejo la imagen pasa y se muestra. Y, cuando se orienta a la izquierda, ocurre que otra vez se vuelve hacia la derecha, y da luego la vuelta a su vez y retoma su orientación primera; más todavía, siempre que damos con espeji-
335 llos en costado, puestos en esquina a semejanza de nuestros
dos lados, nos devuelven así la derecha representada como derecha, ya sea porque la imagen se traspasa de espejo a espejo y tras chocar dos veces vuela desde ellos hasta nosotros, ya sea porque en su marcha incluso la imagen se mue-
340 ve dando la vuelta, debido a que la configuración en esquina
de tal espejo le enseña a girar en dirección a nosotros[16].

[16] Los traductores y comentaristas de este pasaje vienen a significar que Lucrecio se refiere aquí a espejos semicilíndricos o poliédricos (así

La visión del movimiento y otras actuaciones de la vista

Uno pensaría que las representaciones caminan a la par y con nosotros dan sus pasos, y que nos imitan los ademanes, debido a que, sea cual sea la parte del espejo de donde uno se aparta, al punto desde ella no puede venir de vuelta ninguna representación, comoquiera que la naturaleza obliga a 345
que todo venga atrás y rebote a partir de las cosas, devuelto en un ángulo parejo. 347

De otra parte los ojos rehúyen lo brillante y evitan mirarlo; incluso el sol ciega si a él persistes en enfrentarte, 299
por aquello de que su sola fuerza es grande y de lo alto a 300
través del aire limpio las representaciones caen pesadamente y golpean los ojos alterando sus estructuras; además cualquier cosa que tenga un brillo vivo suele abrasar los ojos, precisamente porque posee muchas semillas de fuego que al 305
ir entrando producen dolor en los ojos. Se vuelve también amarillo todo lo que miran los ictéricos, porque desde sus cuerpos fluyen semillas de amarillez que por delante van al encuentro de las representaciones de las cosas, y hay al fin

---

E. Valentí, A. Ernout-L. Robin y C. Bailey, *com. ad loc.*, con dibujo incluido). Pero de ese tipo de espejos tan raros no hay ni restos ni noticias, y el poeta parece describir una experiencia, si no cotidiana, al menos asequible. En apoyo de nuestra versión A. de Ridder (en Daremberg-Saglio, *s. v.* 'speculum', IV 2, pp. 1422-1430) describe algunos ejemplares de espejos encerrados en estuche cuyas dos tapas unidas con bisagra son a la vez reflectantes. Algunos de estos objetos han aparecido en tierras de Etruria. Bastaría poner uno de tales espejos abierto y formando ángulo recto cóncavo frente a nuestro rostro para que no se produzca la consabida inversión de la lateralidad. Un intento de abordar el problema (que de paso ilumina toda el pasaje lucreciano sobre los espejos) hay en M. Koenen, «Latusculana disputatio. Lucretius, *De rerum natura* IV 311-317 in its philosophical context, especially its relation to Plato, *Timaeus* 46 B 6-C 2», en G. Giannantoni, M. Gigante, *Epicureismo...*, vol. II, págs. 823-840.

en sus ojos muchas mezcladas que a su contacto tiñen todo de palidez.

Desde la tiniebla en cambio miramos lo que está a la luz, por aquello de que, cuando en su cercanía el negro aire de oscuridad se adentra primero en los ojos y se apodera de ellos estando abiertos, viene detrás al punto el blanco aire luciente, que por así decirlo los purga y despeja en ellos las negras sombras del otro aire: y es que en muchos aspectos es éste más movedizo y en muchos bastante menudo y más fuerte; en cuanto éste llena de luz los conductos de los ojos y abre los que antes ocupaba negro aire, al punto le siguen las representaciones de las cosas que están situadas en la luz, y provocan que veamos; hacer lo contrario, desde la luz a la tiniebla, no podemos, por aquello de que el aire más denso de oscuridad sigue detrás y llena todos los orificios y cierra los conductos de los ojos, de manera que no puedan las representaciones de ninguna cosa moverse conjuntadas.

Ilusiones ópticas

Cuando vemos de lejos las torres cuadradas de una ciudad, ocurre que muchas veces parecen redondas, precisamente porque todo ángulo desde lejos se ve romo, o más bien no llega a verse y se pierde su corte sin que su cuño se deslice hasta nuestras miradas, porque, al tiempo que las representaciones se trasladan a lo largo de mucho aire, el aire con choques continuos lo obliga a embotarse; así, una vez que todo ángulo escapa a los sentidos, sucede que las construcciones de piedra se ven como torneadas, no pese a todo como las que de cerca y en verdad son redondas, sino que, como entre sombras, aparecen algo falseadas.

La sombra nos parece asimismo moverse al sol, seguir nuestros pasos e imitar los ademanes, si crees que un aire

desprovisto de luz puede avanzar siguiendo los movimientos de un hombre y sus ademanes (porque no puede ser otra cosa más que aire vacío de luz aquello que solemos denominar 'sombra'), porque, claro es, el suelo en lugares fijos y en sucesión se ve privado de la luz del sol, por donde quiera que al pasar la estorbamos, y de nuevo se llena la parte de él que vamos abandonando; por ello sucede que parece que la que fue sombra del cuerpo, esa misma, frente por frente[17] sin parar nos sigue, ya que siempre nuevos rayos de sol se derraman y desaparecen los anteriores, como si pasamos tela de lana sobre fuego: por eso sin dificultad el suelo se despoja de luz y de nuevo se colma de ella, lavando sus manchas de negra sombra.

Y sin embargo no admitimos aquí que los ojos se engañen en nada, toda vez que, en cualquier sitio donde quepa contemplar luz o sombra, a ellos corresponde; ahora bien, si los rayos son los mismos o no, si la sombra que estuvo acá, siendo la misma, ahora pasa allá, o más bien ocurra lo que poco antes dijimos, esto lo debe discernir la mente con sus cálculos, sin que los ojos puedan advertir la naturaleza de los seres. No vayas por tanto a atribuirles a los ojos este fallo de la mente.

El barco donde viajamos se traslada, aunque parezca que está quieto; el que aguarda en el puerto, ese pensamos que nos pasa al lado; también parecen escapar hacia popa los cerros y llanos junto a los que empujamos la nave o a vela volamos.

Los astros todos parecen estar detenidos y fijos en la oquedad del éter, pero todos están en continuo movimiento, puesto que nacen y regresan a sus lejanos ocasos una vez

[17] La expresión *e regione* pinta al caminante con el sol a sus espaldas y la sombra siempre en el suelo ante los ojos.

que con sus cuerpos luminosos recorrieron el cielo; de la misma manera el sol y la luna parecen aguardar en su puesto, mientras que la realidad misma revela que se desplazan.

Y las montañas que se alzan a lo lejos en medio del mar, entre las que una flota entera halla paso franco y espacioso, se juntan y de ellas resulta a la vista una sola isla sin embargo.

Que el vestíbulo gira y en torno corren las columnas, hasta tal punto es así que lo creen los niños, cuando paran de dar vueltas, que a duras penas alcanzan a creer entonces que el edificio entero no amenaza con echárseles encima.

Y ya cuando al rojo nimbo de luz temblorosa empieza a elevarlo en las alturas Naturaleza y a levantarlo sobre las montañas, montañas sobre las que entonces te parece que el sol está cerca tocándolas ardiente con su fuego (apenas distan de nosotros dos mil tiros de flecha, apenas quinientos recorridos de jabalina si acaso), entre ellas y el sol se extiende la superficie inmensa de un mar cubriendo las regiones enormes del éter, y en medio hay acá y allá muchos miles de tierras que encierran pueblos diversos y razas de bestias.

Ahora bien, un charco de agua que, con un dedo de hondo apenas, se estanca entre losas por los empedrados de la calle, ofrece una visión bajo tierra que abarca tanto cuanto desde tierra se abre la honda grieta del cielo, de manera que te parece contemplar allá abajo nubes y ver cuerpos de aves que, cosa extraña, bajo tierra se van perdiendo en su cielo.

En fin, cuando en medio de la corriente se nos para un fogoso caballo y miramos abajo a las aguas veloces del río, el cuerpo del caballo parado parece que lo arrastra al través la fuerza y que con furia lo empuja contra la corriente y, adondequiera que volvemos los ojos, todo nos parece del mismo modo trasladarse y correr.

Y una galería, aunque a la postre sea de trazado parejo y derecha se apoye sin interrupción sobre columnas iguales, no obstante, cuando se la ve entera en su largura desde un extremo, poco a poco va formando la cúspide de estrecho cono, juntando techo con suelo y la parte derecha toda con la izquierda hasta venir a parar en confuso vértice de cono.

En el mar a los marineros el sol sucede que les parece salir de las aguas y en las aguas morir y esconder su luz, pues, claro es, no ven más que agua y cielo, no creas alegremente que en toda ocasión fallan los sentidos.

Ahora bien, a los desconocedores del mar los navíos en puerto les parece que por popa descansan cojos sobre la partición de las aguas, ya que cada parte de los remos que sobresale por encima del salado rocío está derecha y derecho por arriba el gobernalle, mientras que todo lo que se adentra hundido en el liquido parece torcerse roto y doblarse vuelto hacia arriba, y casi flotar en la superficie del agua al arquearse.

Y cuando por el cielo los vientos acarrean nubes dispersas en horas de la noche, parece entonces que los astros esplendorosos se van deslizando en contra de los nubarrones y que marchan por encima hacia una parte muy diferente que adonde de verdad se desplazan.

En cambio, si acaso a uno de los ojos se le arrima una mano y por lo bajo le aprieta, ocurre por cierta percepción que todo lo que miramos parece volverse doble al mirarlo, doble la llama viva del candil encendido, doble y pareado el ajuar por las estancias todas, repetidos los rostros de la gente y dobles sus cuerpos.

En fin, cuando el sueño sujeta las carnes en dulce desmayo y el cuerpo yace en honda calma, nos parece entonces estar pese a todo despiertos y mover nuestros miembros, y en la oscuridad cerrada de la noche creemos ver el sol y la luz del día, y, estando en lugar cerrado, nos parece pasar del cielo al

mar, del río a la montaña y cruzar a pie las llanuras, y oír sonidos, en tanto que acá y allá por todas las alcobas reina estricto silencio, y mantener conversación estando mudos.

Vemos con asombro muchas otras cosas de esta clase, todas las cuales de algún modo persiguen quebrantar la confianza en los sentidos; en vano, ya que la mayor parte de ellas lleva a engaño por culpa de creencias del espíritu[18] que por nuestra cuenta agregamos, de manera que lo que no se vio con los sentidos pase por que se ha visto; y es que no hay nada más difícil que separar las cosas evidentes de las dudosas que la mente sin más desde sí misma agrega[19].

Refutación del escepticismo

En fin, si uno piensa que nada se sabe[20], tampoco sabe si es que eso puede saberse, pues admite que nada sabe: así que contra ese tal ¿por dónde tiraré a la hora de emprender la discusión, si con toda su persona insiste en que no sabe que él está ahí? Y sin embar-

---

[18] «Creencias del espíritu» = *opinatus animi*. Para P. H. Schrijvers, *Horror...*, págs. 192-193) la expresión equivale a la griega de Epicuro *tò prosdoxazómenon tês dianoías* (esto es, la apariencia añadida por la razón que lleva a engaño en las ilusiones ópticas; *cf.* IV 816-817); C. Bailey (*com. ad loc.*) y E.M. Thury, «Lucretius' poem as a *simulacrum* of the *rerum natura*», *American Journal of Philology* 108 (1997), págs. 282-283, identifican los *opinatus animi* con la *epibolḕ tês dianoías*, que es el mecanismo de aprehensión mental de lo evidente.

[19] Para ejemplificar el fondo de este pasaje (que desconfía de la mente y afirma la fiabilidad de los sentidos) A. Ernout-L. Robin *(com. ad loc.)* aducen un texto de Tertuliano *(De anima* XVII): «que el sentido no miente, sino la opinión, pues el sentido es pasivo, no opina, mientras que el espíritu *(animus)* opina».

[20] Parece que la refutación del escepticismo que sigue (luego repetida y modificada hasta llegar a la escapatoria del moderno Descartes) tiene presente la figura de Metrodoro de Quíos (s. iv a. C.), admirador de Demócrito, cuyo sensualismo queda aminorado por cierta actividad del

go, aunque también admita yo que sabe eso, pese a todo habré de preguntarle, puesto que antes no ha visto él verdad ninguna en las cosas, eso mismo: a partir de dónde sabe qué es saber y qué a su vez no saber, qué cosa le proporciona noción de verdad y falsía, y qué cosa le muestra que lo dudoso se diferencia de lo cierto. Hallarás que la noción de verdad se engendra a partir primero de los sentidos y que no hay modo de refutar la sensación; y es que se debe encontrar algo con mayor credibilidad que por sí solo pueda con la verdad derrotar a lo falso; ¿y qué debe considerarse de mayor credibilidad que los sentidos? ¿O acaso una razón nacida de una sensación engañosa será capaz de contradecirlos, siendo así que toda ella nació de los sentidos? Y si ellos no son veraces, también toda razón se vuelve falaz. ¿O es que podrán los oídos rebatir a los ojos, o el tacto a los oídos? ¿O al tacto lo refutará a su vez el sabor de la boca, o lo desmentirán las narices o lo rectificarán los ojos? No es así, según creo, ya que entre cada uno de ellos por separado se han repartido sus competencias, cada cual tiene su propia capacidad y, por tanto, es forzoso que por separado sientan lo que es blando y por veces lo que es frío o caliente y los diferentes colores de las cosas y cuanto es forzoso vaya unido a los colores; por separado también el sabor de la boca tiene su capacidad, por separado nacen los olores, por separado el sonido; y, por tanto, es forzoso que unos sentidos no puedan rectificar a otros; ni tampoco podrá cada uno rebatirse a sí mismo, ya que siempre se les habrá de otorgar una

---

aire, donde se mueven los simulcros, y del sujeto. De este Metrodoro dice Cicerón (*Acad.*, II 23, 73) que al comienzo de una obra que compuso titulada *Sobre la naturaleza* viene a sentenciar: «Niego que sepamos nosotros si sabemos algo o no sabemos nada, que ni siquiera ese propio saber o no saber lo sepamos, ni en absoluto si hay algo o no hay nada».

credibilidad pareja. En consecuencia, lo que a ellos en cada momento se lo parezca, es verdadero.

Y si el entendimiento no pudiera desarrollar una explicación de por qué cosas que de cerca son cuadradas de lejos parecen redondas, aún así, más le vale a cualquiera necesitado de una razón dar una explicación engañosa de esa doble figura que dejar escapar de sus manos lo que es claro, quebrantar las bases de la credibilidad y arrancar los cimientos enteros en que se apoyan salud y vida[21]. Y no es ya que se derrumbe toda razón: también la misma vida caería al punto si no eres capaz de creer en los sentidos, rehuir precipicios y otras cosas de ese género que hay que evitar, y seguir las que son sus contrarias.

Así pues, por lo que a ti hace, en vano se dispone toda esa hueste de palabras que contra los sentidos forma filas. En fin, tal como en obra de albañilería, si la regla principal está torcida y la escuadra allí se desvía engañosa de la perpendicular y si el nivel cojea un pelo por esta o la otra parte, es forzoso que todo se haga con error y desviado, que el edificio quede en mal asiento, se achante y se yerga sin concierto, de modo que parezca que algunas de sus partes amenazan caer y hasta caen, y todo padece la traición de los primeros cálculos, igualmente, en efecto, tienes tú que por fuerza es torcida y engañosa cualquier explicación de la realidad que arranque de sentidos engañosos.

---

[21] Contra el escepticismo desesperado Lucrecio propugna aquí la actitud de acogerse a una pluralidad de hipótesis explicativas, expediente defendido por Epicuro y más claramente formulado en VI 703-711 (véase allí nuestra nota).

Los otros sentidos: el oído

Ahora, de los otros sentidos, de qué manera cada uno siente su objeto propio, nos queda dar una explicación que no será dificultosa.

Para empezar, se deja oír el sonido y toda voz cuando se introduce en las orejas y con su cuerpo propio empuja al sentido; porque es que hay que admitir que la voz se constituye como cuerpo y también el sonido, ya que pueden empujar a los sentidos. Además la voz a veces raspa la garganta y el grito al ir hacia fuera pone muy rasposos los conductos, en particular cuando a través de lo estrecho, arrancando en tropel bien numeroso, dan en ir hacia fuera los primordios de las voces: y ya se sabe, una vez pronunciadas, también raspan las puertas de la boca. Queda, por tanto, fuera de duda que voces y palabras están hechas de unos principios corporales, para que puedan hacer daño; y tampoco se te escapa qué de cuerpo se lleva y qué porción le toma a uno de tendones y fuerzas una charla continuada que hasta la sombra de la negra noche se alarga desde el brillo naciente de la aurora, sobre todo si en alta voz se declama; luego es forzoso que la voz se constituya como cuerpo, ya que quien habla mucho pierde una parte de su cuerpo.

Y no con figura igual se adentran en los oídos los primordios cuando la trompa muge pesadamente con arrastrado murmullo o el cuerno extranjero retumba ronco con siniestro zumbido, que cuando ⟨*ya*⟩ las nacidas en Dáulide[22]

[22] Es en Dáulide donde tiene lugar el desenlace de la triste aventura de Progne y Filomela, las desgraciadas hermanas que, perseguidas por Tereo (violador de la una y adúltero para la otra), fueron transformadas en el ruiseñor y la golondrina. El comienzo de este verso presenta palabras sin sentido en los mejores manuscritos. Entre todas los arreglos que han propuesto los editores adoptamos el de J. Martin (1965).

desde los vergeles del Helicón[23] entonan con voz doliente su claro lamento.

Y es que cuando en lo hondo de nuestro cuerpo sacamos tales voces y las echamos fuera derecho por la boca, la ágil lengua artesana de las palabras las ensambla y por su parte el molde de los labios les da forma; la aspereza de la voz por otro lado se produce de la aspereza de los principios, e igualmente la lisura nace de la lisura. Y así, cuando no hay un largo trecho para que de allí a destino llegue en su marcha la voz, es asimismo forzoso que cada palabra como tal se oiga del todo y en su ensamblaje se reconozca, pues conserva su molde y conserva su figura; ahora bien, si se interpone un trecho más largo de la cuenta, a través del mucho aire es forzoso que las palabras se mezclen y la voz se oscurezca mientras cruza en su vuelo las brisas; ocurre así que puedes percibir el sonido pero no distinguir cuál es el sentido de las palabras: hasta tal punto mezclada nos llega la voz y trabada.

Además, a veces taladrará nuestros oídos una sola palabra lanzada para todo el público por boca de pregonero; pues una sola voz de pronto en muchas voces se desparrama cuando ya en cada oído particular se distribuye dando a las palabras su sello y clara sonoridad; ahora bien, la parte de esas voces que no viene a dar en los oídos propiamente, pasa de largo y se pierde derramada por las brisas; otra parte, tras chocar en sitios duros, rebota y repite los sones, y hay veces que con el eco[24] nos estafa.

---

[23] Véase nota a I 118.

[24] «Con el eco» = *imagine verbi*. Esta es la forma castiza de llamar en latín al eco (término griego que acaba popularizándose a través de la historia de la ninfa Eco). Le sirve al poeta, de paso, para resaltar la idea epicúrea de la audición.

Una vez que veas bien esto, podrías dar razón, ante ti mismo y ante otros, de cómo en parajes solitarios las peñas repiten unas tras otras las formas mismas de las palabras, cuando entre montes cerrados buscamos a nuestros acompañantes y en alta voz acá y allá los llamamos; he visto lugares que repetían seis o siete voces[25], cuando alguien una y no más tan sólo daba: por su cuenta los cerros al hacer así rebotar en los cerros las frases, sin parar de nuevo las decían. Estos parajes imagina el vecindario que los pueblan sátiros pedicabrunos y ninfas, y dicen que hay faunos[26], cuyo nocturno alboroto y alegres retozos cuenta la gente que rompen el callado silencio, que se producen tañidos de cuerdas y dulces baladas que derrama una flauta pellizcada por dedos de músico, y que la casta de los campesinos por doquier presiente cuándo Pan, sacudiendo sobre la animalesca cerviz diadema de pino, muchas veces con labios entornados repasa huecas cañas, de modo que la flauta sin parar derrama campestres melodías. Hablan de otras maravillas y prodigios de este estilo, para que no se piense acaso que habitan parajes solitarios y despoblados asimismo de dioses; por eso dan en pregonar milagros, o bien por alguna otra razón se dejan llevar, pues toda la raza humana quiere darle gusto a sus orejas demasiado.

Y tenemos ahora: no es de extrañar de qué manera, a través de sitios por donde los ojos no pueden ver objetos descubiertos, a través de esos sitios llegan las voces y hieren

---

[25] Noticias de estos ecos séptuples aparecen en PLINIO, *Hist. nat.* XXVI 23, 99: «Junto a la puerta llamada 'Tracia' [en Cícico], hay siete revueltas que repiten tantas veces las voces que se le mandan; en Olimpia hay un eco artificial y maravilloso en un pórtico que llaman 'Heptáfono' porque repite siete veces el sonido».

[26] Genios selváticos y pastoriles del folclore latino, identificados con los sátiros griegos.

los oídos, de modo que a veces hasta nos ponemos a charlar a través de las puertas cerradas: ello se debe, claro es, a que la voz a través de los orificios tortuosos de los objetos puede pasar sin daño, mientras que las representaciones se niegan, ya que se rasgan si no atraviesan por orificios rectos, como son los del vidrio, por donde toda visión traspasa. Además, la voz se reparte en todas direcciones, pues unas voces se engendran a partir de otras, cuando una sola nace y a la vez estalla en muchas, tal como una chispa de fuego suele a veces desparramarse en sus propios fuegos; se llenan, por tanto, de voces los sitios, todos los que haya en torno y hacia atrás, y se remueven con el ruido; en cambio las representaciones tiran todas por caminos derechos, una vez que se lanzan; por eso nadie puede ver por encima tal como puede oír desde fuera. Y sin embargo también la propia voz, al tiempo que cruza los recovecos ⟨*de una casa*⟩ se mella y entra en los oídos borrosa, que más nos parece estar oyendo ruido que palabras.

El gusto

A esto de cómo percibimos los jugos con lengua y paladar, pues por sí requiere algo más de razonamiento, mayor atención habrás de ponerle. De entrada, percibimos los jugos en la boca, cuando al masticar estrujamos la comida, como si alguien acaso estrujara una esponja llena de agua, dejándola a la fuerza seca; lo que de ahí hemos estrujado se reparte todo por los enrejados del paladar y por los retorcidos poros de la mullida lengua; y así, cuando son lisos los cuerpos de los jugos irrigadores, rozan con suavidad y con suavidad palpan todas las cavidades que en torno a la lengua resudan humedecidas; y por el contrario punzan el sentido y al asalto lo lastiman cuanto más retorcido en su aspereza es cada uno.

Tenemos luego que llega el deleite desde el jugo hasta el propio paladar; pero cuando ya se lanza garganta abajo, no hay deleite ninguno, al tiempo que se reparte entre los órganos; y nada importa con qué comida se alimente al cuerpo, con tal de que lo que tomes, una vez digerido, puedas repartirlo entre los órganos y mantener uniforme la marcha del vientre[27].

Ahora explicaré cómo para unos un alimento es bueno y otro para otros, o por qué lo que para uno es agrio y desabrido, eso mismo puede a otro parecerle muy dulce sin embargo; y en esto hay tanta disparidad y desacuerdo que lo que para uno es alimento para otro es recio veneno; ello es también como esa serpiente que cuando le cae saliva de hombre perece y mordiéndose ella sola se destroza[28]; de otra parte, para nosotros el baladre[29] es recio veneno, en tanto que a cabras y codornices las ceba y engorda. Para que puedas conocer por qué cosas eso ocurre, conviene de antemano recordar lo que antes dijimos: que en las cosas se encierran simientes entremezcladas de muchos modos; todos y cada uno de los animales, además, que toman comida, tal como son desiguales y la factura externa de sus miembros los delimita según razas, también por ello están hechos de simientes y se muestran diversos en su configuración; pues si además las simientes son distintas, es forzoso que difieran los entresijos y canales, que denominamos poros, en todos los miembros y también en la

[27] Leemos *usque unum* donde los manuscritos traen un *umidulum* para el que se han propuesto diversas enmiendas *(nudum* García Calvo; *tumidum* Martin). Nuestra propuesta se basa en el pasaje similar de V 509 *(unum labendi conservans usque tenorem)*.

[28] La misma falsa creencia en Plinio *(Hist. nat.* VII 2, 15), que añade a la saliva el agua hirviente.

[29] «Baladre» = *veratrum*. Se trata de la adelfa de los ríos, planta que todos reconocen como venenosa. C. Bailey, basándose en Plinio, *Hist. nat.* XXV 2, la identifica con el heléboro.

boca y el paladar propiamente; y es que algunos[30] tendrá que haber más chicos o más grandes, los habrá triangulares por fuerza para unas cosas, cuadrados para otras, muchos redondeados, algunos muy desiguales y angulosos; pues, según lo exigen la razón de las configuraciones y sus movimientos, tendrán asimismo que diferenciarse las configuraciones de los poros y diversificarse los canales, tal como también su trabazón obliga. Y así, cuando lo que para uno es dulce se vuelve amargo para otro, para aquel que siente lo dulce cuerpos muy lisos deben atravesar acariciadoramente las rejillas de su paladar; y, al contrario, quienes encuentran esa misma cosa amarga, es claro que cuerpos rugosos y ganchudos se adentran por sus gargantas. A partir de estos supuestos es ahora fácil entender los pormenores, y así, por ejemplo, cuando alguien por un rebose de hiel tiene un arranque de fiebres o por otra razón sufre el ataque de alguna enfermedad, como ya el cuerpo entero anda alterado y se mudan todas las posiciones de los principios, sucede que los cuerpos que antes le venían bien al sentido ahora no le vienen acaso, y que otros son más adecuados, los cuales al adentrarse pueden producir sensación amarga (pues unos y otros en el sabor de la miel andan mezclados), algo que ya antes más arriba te hemos señalado muchas veces.

El olfato

Y ahora, pues, trataré de cómo el alcance de un olor afecta a la nariz. En primer lugar, es forzoso que haya muchas cosas desde donde discurra y vuele un variado chorro de olores; y hay que creer que discurre y se arroja y por todas partes se difunde; ahora bien, unos son más apropiados para unos vivientes y

[30] Poros.

otros para otros según sus desiguales formas; y así, a través de las brisas las abejas, aunque estén lejos, se dejan llevar por el olor de la miel, y los buitres por el de los cadáveres; también, a dondequiera que eche sus pasos la hendida pezuña del venado, apunta y lleva la astucia de los canes, y de lejos presiente olor de hombres el blanco ganso que salvó la ciudadela de los Romúlidas[31]. Así el aroma que a cada cual corresponde dirige a unos u otros hasta sus propios alimentos y los fuerza a echarse atrás ante el repelente veneno; y de esa manera se mantienen a salvo las razas de bestias.

Y, en efecto, el olor como tal, cualquiera que active la nariz, se da de modo que uno pueda lanzarse y llegar más lejos que otro; pero, pese a todo, ninguno de ellos viaja tan lejos como el sonido, como la voz, o, ni que decirse tiene, como las cosas que hieren la mirada de los ojos y activan la vista: y es que en su vagar llega tarde y poco a poco se pierde antes deshecho sin dificultad entre las brisas del aire; primero porque con dificultad escapa desde lo hondo de la cosa (pues de que de lo hondo discurren y de las cosas salen los olores es señal el que las cosas todas al romperse se vea que despiden más olor, lo mismo al machacarlas, lo mismo al ablandarlas al fuego, y además, cualquier cosa que de su
cuerpo exhala un olor fuerte, panaceas, ajenjos repelentes, 123
abrótanos espesos y amargas centaureas, uno solo de los
cuales, si das en ⟨*frotarlo*⟩ entre dos ⟨*dedos, al punto su olor* 126
se derrama e inunda las brisas, y sigue hasta asaltar las na- 126a
rices⟩); en segundo lugar, es posible ver que se produce a
partir de principios mayores que no la voz, ya que no se aden- 698

[31] Según una venerable tradición, unos gansos del templo de Juno alertaron a los romanos (presentados aquí como descendientes de Rómulo) cuando de noche los galos intentaban asaltar el Capitolio. El lance lo cuenta el historiador Tito Livio (V 47) y lo adorna, parafraseando a Lucrecio, el poeta Virgilio (*Eneida* VIII 655-658).

tra a través de muros de cantería, por donde en general pasan la voz y el sonido; por eso también lo que huele verás que no es tan fácil averiguar en qué dirección está situado: es que el golpe se enfría entreteniéndose por los aires y los mensajes de las cosas no llegan calientes hasta el sentido; muchas veces, por eso, los perros van de acá para allá y buscan el rastro.

Diversas sensibilidades

Pero esto no se da sólo en los olores y en la casta de los sabores, sino que igualmente el aspecto y los colores de las cosas no todos se adaptan a los sentidos de todos sin que no haya ciertas cosas que para unos sean más desagradables de ver que para otros; más todavía, al gallo, que por costumbre tiene que despachar la noche sacudiendo sus alas y llamar con recia voz a la aurora, no hay león que sea capaz de ponérsele enfrente y mirarlo[32]: tan pronto atiende a la huida; está claro que es porque en el cuerpo del gallo hay ciertas simientes que, cuando se meten en los ojos de los leones, perforan acá y allá sus pupilas, y les causan tan fuerte dolor que no pueden aguantar de cara, fieros como son, mientras que por el contrario ellas en nada pueden dañar nuestras miradas, sea debido a que no penetran, sea que al penetrar se les ofrece salida franca de los ojos, de modo que no puedan al quedarse dañar la vista en parte alguna.

Las imágenes fantásticas y los sueños

Y ahora, pues, entérate de qué cosas mueven el espíritu, y en pocas palabras advierte de dónde viene lo que a la mente viene. Para empezar te digo lo siguiente: que muchas representaciones de las cosas

[32] La misma conseja en PLINIO, *Hist. nat.*, VIII 19, 52 y X 21, 47.

andan errantes hacia todas partes en torno y de muchas maneras, delgadas, que se juntan sin dificultad unas con otras en las brisas cuando se tropiezan, como tela de araña o pan de oro; y es que por supuesto son ellas de una textura mucho más delgada que las que toman los ojos y activan la vista, ya que penetran ellas por lo mullido del cuerpo, excitan dentro la delgada sustancia del espíritu y activan la sensación. Vemos por eso cuerpos de Centauros y Escilas, caras de perros Cérberos[33] y representaciones de aquellos cuyos huesos tras el lance de la muerte abraza la tierra, puesto que acá y allá se desplazan representaciones de toda clase: de una parte las que se producen por sí solas en el propio aire y de otra las que salen una a una de las diferentes cosas y las que con las figuras de éstas se hacen y conforman. Porque lo que es de lo viviente no sale la imagen de un Centauro, ya que no hubo jamás un ser animado de tal clase; ahora bien, cuando por casualidad coincide la imagen de un caballo con la de un hombre, sin dificultad se queda pegada a ella de inmediato, a causa, ya antes lo dijimos, de su naturaleza sutil y su delgada textura; y las demás cosas de esta clase se producen de la misma manera. Como ellas se desplazan en movimiento con la mayor ligereza, según mostré ya antes, sin más con un único golpe una sola imagen sutil cualquiera nos remueve el espíritu, pues es la mente delgada y asombrosamente movediza por sí sola.

Que esto es como lo cuento, lo podrás saber sin más por lo que sigue: en la medida en que una cosa es semejante a otra, lo que vemos con la mente y lo que vemos con los ojos es forzoso que de manera semejante se produzca; ahora, pues, ya que he mostrado que a la sazón yo distingo también a través de sus representaciones aquellas cosas, sean las que

[33] Véae la nota a III 1011.

sean, que activan los ojos, cabe saber que la mente se deja impresionar de la misma suerte a través de las representaciones, tanto de aquellas como de otras que ve igualmente, y no menos que los ojos, salvo que percibe otras más delgadas. Y no por otra razón, cuando el sueño desparrama los miembros, la mente en el alma sigue despierta, si no es porque activan nuestras almas las mismas representaciones que cuando estamos despiertos, hasta tal punto que nos parece sin duda estar viendo a uno a quien se le devuelve la vida, que ya muerte y tierra poseen. La naturaleza obliga a que tal suceda justamente porque todos los sentidos se aturden adormilados en todos los miembros del cuerpo sin que puedan contrastar eso falso con la realidad de las cosas; de otra parte, el recordar anda decaído y flojo por culpa del sueño sin que desmienta que hace tiempo está en poder de la muerte y acabado aquel que la mente cree estar viendo vivo. Y por último, no es de extrañar que las representaciones se muevan y regularmente agiten brazos y otras extremidades (pues ocurre que en sueños las imágenes parecen hacer tales cosas), comoquiera que, cuando la primera acaba y luego en otra posición nace otra, la primera entonces parece cambiar de ademán[34]; es claro que hay que considerar que ello ocurre de manera rápida: tan grande es la movilidad y tan grande el acopio de seres, y tan gran acopio de partecillas se da en un solo instante cualquiera perceptible de modo que de ellas se pueda hacer provisión[35].

[34] Lucrecio, poeta o profeta, enuncia el fundamento sensitivo y óptico del cinematógrafo.

[35] Véase sobre este punto E. Asmis, «Lucretius' explanation of moving dream figures at 4.768-776», *American Journal of Philology* 102 (1981), págs. 138-145.

Muchas son en estos temas las indagaciones y muchas nuestras aclaraciones, si es que ansiamos explicarlos. Se indaga en primer lugar por qué lo que a cada uno le viene en gana, eso mismo lo piensa al punto su mente: ¿es que las representaciones están atentas a nuestro deseo y en cuanto queremos nos sale al paso la imagen del mar, la tierra o, si es nuestra intención, acaso el cielo?, ¿o es que reuniones de gente, desfiles, banquetes, batallas, todo a una orden lo produce y dispone naturaleza?, y más siendo así que a otros esas mismas cosas en situación y lugares muy diferentes el ánimo se las piensa todas. ¿Y qué pasa cuando vemos en sueños representaciones que a compás caminan y mueven con blandura las extremidades[36], pues con blandura echan uno y otro brazo al moverse y el ademán reiteran con el pie que al brazo corresponde? ¡Vamos, que esas representaciones se han empapado de arte y van de acá para allá bien enseñadas, para a la noche en su momento ser capaces de montar el espectáculo! ¿O será más verdad esto que sigue?: puesto que en un único momento, cuando sentimos, esto es, cuando se pronuncia una sola palabra, se encierran muchos momentos que la razón descubre que ahí están, sucede por ello que en cualquier momento está a punto cualquier representación y dispuesta en cada sitio: tan grande es la movilidad y tan grande el acopio de seres; por eso, cuando la primera acaba y luego en otra posición nace otra, la primera entonces parece cambiar de ademán.

Y, de tan delgadas que son, si no es a las que atiende con agudeza, no es capaz el ánimo de verlas; por eso todas las que hay de más perecen salvo las que él por su cuenta para sí dispone. Él además se dispone a sí propio y espera ver lo que en lo sucesivo sigue a cada cosa: ocurre así por tanto. ¿No ves

[36] La referencia es a mujer o eunuco bailarín.

que los ojos también, cuando se ponen a mirar cosas que son delgadas, se esfuerzan y atienden, y que sin ello no puede ser que veamos, con agudeza? De manera que, aun en las cosas claras podrías comprender que, si en ello no pones tu atención, es igual que si en todo tiempo ello estuviera separado y muy lejos. ¿Por qué, pues, resulta extraño si el ánimo pierde las demás cosas salvo aquellas a las que por su cuenta se entrega? Después está que nos trazamos opiniones muy generales a partir de pequeños indicios, y nosotros solos nos metemos en las trampas de nuestras equivocaciones.

Ocurre también que a veces no se suministra imagen de la misma clase sino que la que antes fue hembra parece que entre los brazos se nos queda convertida en varón, o que de tener una cara o edad pasa a otra: que de eso no nos extrañemos lo procuran el sueño y la desmemoria.

Ni los seres naturales ni sus partes tienen una finalidad

En este punto[37] se hallará que sobreviene el siguiente fallo, un error que de antemano procuraré evitar meticulosamente, que es que no debes considerar que los ojos de claro mirar estén hechos para que podamos ver, o que, para dar largos pasos al caminar, para eso puedan las coyunturas de muslo y pierna doblarse apoyadas sobre los pies, o que también en tal caso los brazos estén armados de recios músculos y a uno y otro extremo queden provistos de sus criadas las manos para poder llevar a cabo aquellos menesteres que para nuestra subsistencia resultan provechosos.

[37] Según A. Ernout-L. Robin *(com. ad loc.)* el antifinalismo epicúreo, que tan cerca está de la moderna biología darwiniana, se remonta a determinados asertos de Empédocles, el cual enseñaba que la lluvia no cae para hacer crecer el trigo sino que hace crecer necesariamente el trigo cuando cae (Aristóteles, *Física* II 8, 198b).

Las demás cosas de esta clase que en particular así se interpretan, todas quedan trastornadas según un razonamiento torcido, ya que nada surge en el cuerpo justamente para que podamos hacer uso de ello, sino que lo que surge, ello es lo que produce sus usos; no se dio el ver antes de que surgiera el ojo con su mirar, ni el decir palabras antes de que se hiciera la lengua, sino que más bien el nacimiento de la lengua precedió en mucho a la palabra, y las orejas se hicieron mucho antes de que se oyera un sonido, y todos los órganos en fin estuvieron ahí, creo yo, antes que el uso de ellos llegara; así que no han podido desarrollarse en razón del uso que tengan. Antes al contrario, el luchar a brazo partido en combate y desgarrar las carnes y ensuciar la piel de sangre se dio mucho antes de que volaran dardos refulgentes, y la naturaleza obligó a esquivar los golpes antes de que la zurda ante ellos cruzara el broquel con maña; y por supuesto el entregar el cuerpo fatigado al descanso es mucho más antiguo que las camas de blando colchón, y el calmar la sed surgió antes que los vasos; así pues, podemos considerar que a partir de su empleo tenemos noción de esas cosas que se inventaron con miras al uso y la subsistencia: desde luego quedan aparte todas aquellas otras que, habiendo surgido antes, aportaron luego una noción de su propia utilidad; de esta clase en primer lugar vemos que son los sentidos y los órganos; por tanto, digo y repito, lejos de ti pensar acaso que pudieron hacerse para cumplir una tarea provechosa.

Hambre y sed: la explicación atomista

No es de extrañar eso otro, que por su cuenta el ser del cuerpo busque el alimento de cada viviente; porque es que ya mostré que muchos cuerpos de mil modos se escurren y apartan de las cosas, pero muchos más por fuerza de los vivientes: a ellos, puesto que el

movimiento los trabaja y muchos cuerpos les salen fuera de lo hondo exprimidos con el sudor y muchos los soplan por la boca cuando jadean cansados, el cuerpo, por tanto, se les ahueca de tales elementos y todo su ser se va deshaciendo, situación a la que sigue dolor; por eso se toma comida, para que apuntale los miembros y, metida por medio, restaure las fuerzas y tapone el deseo de comer que por carnes y venas se abre. El líquido asimismo se distribuye por todos los sitios que en particular están pidiendo líquido, y muchos cuerpos de calor que, apelotonados, ponen a nuestro vientre en llamas, los desbarata al llegarse a ellos el agua y, como al fuego, los apaga, de modo que el calor no pueda ya quemar en seco los miembros. Así es que se lava, tenlo por sabido, de nuestro cuerpo la sed boqueante, así en ayunas se colma el deseo.

El movimiento intencionado de los animales

Ahora, cómo puede ser que demos pasos cuando queramos y en distintas direcciones se nos permita mover las extremidades, y qué cosa suele empujar ese peso tan grande de nuestro cuerpo, lo voy a decir: tú entérate de lo que dicho quede.

Y digo que primero a nuestro ánimo se llegan representaciones del caminar y al ánimo mismo impulsan, como antes dijimos; a partir de ahí viene la decisión; nadie, en efecto, se pone a hacer ninguna cosa antes de que la mente vea primero lo que quiere: de lo que ve de antemano, de tal cosa hay una imagen; por ello el ánimo, cuando se remueve de manera que quiera andar y avanzar, al punto hiere a la fuerza del alma que acá y allá en todo el cuerpo está sembrada por miembros y órganos (y ello es fácil de hacer, ya que a él se mantiene sujeta); a partir de ahí ella hiere de seguida al cuerpo, y así poco a poco su masa entera recibe empuje y se

mueve. Además, entonces el cuerpo también se ahueca, y el aire, que siempre, como por supuesto tiene que ser, resulta movedizo, acude por lo abierto y se mete abundante dentro de los agujeros, y se dispersa así hasta cada una de las partes más menudas del cuerpo: de ahí, pues, sucede que de una y otra parte estas dos cosas, tal como a la nave los remos y la vela, llevan al cuerpo. Ni en estos casos pese a todo merece extrañeza el que cuerpecillos tan chiquitos puedan hacer girar cuerpo tan grande y voltear todo nuestro peso: porque es claro que el fino viento de tenue masa empuja y arrastra a la enorme nave de enorme masa, y una sola mano la dirige en su marcha por más impulso que lleve, y un solo timón la hace virar adonde quiera, y muchas cosas de enorme peso, mediante garruchas y poleas, las remueve y levanta un aparejo con poco esfuerzo.

El sueño

Ahora, de qué manera el sueño derrama sosiego por los miembros y arranca del pecho las penas del alma, lo voy a explicar con versos más bien deleitosos que prolijos, tal como es mejor breve canto de cisne que griterío de grullas desparramado entre las altas nubes que el Austro trae[38]: tú préstame finos oídos y atención sagaz, no vayas a ir diciendo que lo que voy a decir no es posible que así sea, y te eches atrás porque tu corazón desdeñe palabras de verdad, siendo así que es ello responsabilidad tuya y no puedes darte cuenta[39].

Para empezar: el sueño viene cuando la fuerza del alma está desparramada por los miembros, en parte, echada fuera,

[38] IV 909-911 = IV 180-182.

[39] Sobre sueños y ensueños en Lucrecio, véase P.H. SCHRIJVERS. «Die Traumtheorie des Lukrez», *Mnemosyne* 33 (1980), 128-151.

se retira y, en parte, empujada, se mete más bien en lo hondo; pues los miembros entonces al fin se desatan y escurren[40]. Porque no es dudoso que por obra del alma se dé tal sensibilidad en nosotros; y cuando el adormecimiento estorba que ella se dé, entonces tenemos que pensar que el alma se ha alterado y está arrojada fuera; no toda: en tal caso el cuerpo caería en tierra bañado en el frío perdurable de la muerte; evidentemente, si ninguna parte escondida del alma quedara en los miembros, tal como el fuego se esconde enterrado en copiosa ceniza, ¿de dónde podría de pronto la sensibilidad en los miembros de nuevo encenderse, levantarse como llama de oculto fuego?

Pero por qué causas se produce tal renovación y de dónde acaso proviene que el alma se altere o el cuerpo languidezca, lo voy a explicar: procura tú que las mías no sean palabras al viento. Para empezar, de la parte de fuera es forzoso que el cuerpo, ya que en su vecindad lo tocan las brisas del aire, encaje sus repetidos empellones y golpes; por eso casi todos los seres están cubiertos de pellejo o, si no, de concha o callosidades; también la parte de dentro ese mismo aire, durante la respiración, la azota, toda vez que se la aspira y resopla; en consecuencia, como de uno y otro lado separadamente el cuerpo encaja golpes y como los azotes nos llegan a través de pequeños agujeros hasta las partes primordiales y los elementos primarios del cuerpo, se nos produce una suerte de lento derrumbe a lo largo de los miembros (pues se ven alte-

[40] Un escolio al cap. 66 de la *Carta a Heródoto* de Epicuro concluye: «El sueño se produce cuando las partes del alma que están repartidas por todo el cuerpo se confunden en desorden, o bien ellas pierden su cohesión, y al punto caen». *Vid.* P. H. Schrijvers, «La pensée d'Epicure et de Lucrèce sur le sommeil *(Drn* IV 907-961) et scholie *ad* Epicure, *Ep. ad Her.* 66). Un chapitre des *Parva Naturalia* épicuriens», en J. Bollack, A. Laks (eds.), *Études...*, págs. 229-259.

radas las posiciones de los principios en el cuerpo), y, puesto que viene a ser luego que parte del alma se ve extraída, parte se retira y esconde en los adentros, y parte incluso, repartida por los órganos, no puede seguir unida consigo misma ni hacer en correspondencia movimiento (pues la naturaleza pone vallas en los recorridos de su agrupamiento), hay por tanto con ese cambio de los movimientos una pérdida profunda de la sensibilidad; y, puesto que no hay nada que, por así decirlo, apuntale las articulaciones, el cuerpo se pone flojo y los miembros todos languidecen, brazos y párpados caen y a menudo, sin importar que uno esté acostado, trastrabillan las corvas y se quedan sin fuerza.

Luego está que tras la comida viene el sueño, porque, lo que hace el aire, eso mismo lo consigue la comida cuando se va metiendo en todas las venas; y mucho más pesada resulta la somnolencia que te entra cuando estás harto o cansado, porque muchos cuerpos entonces se alteran machacados con gran fatiga; se hace por igual razón el agrupamiento del alma esparcida más hondo y su expulsión hacia fuera más copiosa, y el golpe más repartido y separado de sí propio.

Los ensueños

Y casi siempre los afanes a los que cada cual se apega y aficiona, o aquellos menesteres donde antes gastamos mucho tiempo y esos pensamientos que más nuestra atención retienen, esos precisamente creemos durante el sueño que nos salen al paso: tramitan pleitos los picapleitos y cotejan leyes, combaten los generales y afrontan la batalla, los marineros dirimen la guerra que con los vientos sostienen, yo hago esto mismo que siempre hago, investigo la naturaleza de los seres y una vez descubierta la declaro en papel romano; así los demás afanes y oficios muchísimas veces durante el sueño parece

que engañosamente ocupan la atención de los hombres; y
cualesquiera que durante muchas jornadas seguidas parti-
ciparon sin parar en obras teatrales, muchísimas veces
vemos que, cuando ya han dejado de percibir tales cosas
975 con sus sentidos, quedan sin embargo en la mente caminos
abiertos por donde pueden llegar las propias imágenes de
tales eventos; esas cosas, en efecto, pasan ante sus ojos
durante muchas jornadas, de modo que hasta despiertos les
parece que contemplan a bailarines trazando suaves gestos
980 con sus cuerpos y que les llega a sus orejas la clara melo-
día de la cítara y el recitado de sus cuerdas, que contem-
plan incluso al público en sus asientos y que, mientras,
relumbra el mudable atavío de la escena: hasta tal punto
importa mucho el interés y la querencia y en qué meneste-
985 res estuvieron habitualmente trabajando, no sólo los hom-
bres sino también los animales todos; observarás en efecto
que los caballos briosos, cuando recuestan el cuerpo, aun
dormidos sudan y sin parar resuellan, echan todas sus
fuerzas como si estuvieran compitiendo por el trofeo, y
⟨*les retiemblan los brazos*⟩ como en la salida al abrirse las
990 cuadras; y los perros de caza muchas veces, aun sumidos
999 en blando sueño, sacuden las patas de pronto, de repente
991 dan ladridos y recobran el dar y tomar aliento con sus ho-
cicos, como si no perdieran el rastro que hallaron de una
fiera, y al despertar a menudo persiguen imágenes hueras
de ciervos como si las estuvieran viendo empleadas en es-
995 capar, hasta que dan de lado a su extravío y vuelven en sí;
aun la tierna progenie de los cachorros, familiar en las ca-
998 sas, se pone a sacudir y estirar el cuerpo desde el suelo, tal
1004 como si estuviera viendo figuras o caras desconocidas; y
1005 cuanto más arisca es su raza, tanto más es forzoso que
también en sueños ella se enfurezca; de su parte las vario-
pintas aves se espantan y con sus alas de pronto alborotan

en horas de la noche los bosques santos, si gavilanes en manso sueño a ellas les parece que están abriendo batalla entre acosos y revoloteos. Y en el caso de los hombres, aquellos que entre los cambios de su mente sacan grandes cosas, en sueños igualmente a menudo realizan y cumplen gran empresa: combaten contra enemigo, caen prisioneros, traban batalla, dan alaridos como si allí mismo los estuvieran degollando; muchos combaten a muerte y lanzan gemidos de dolor y, como si los estuvieran mascando entre los dientes de pantera o fiero león, lo llenan todo de grandes alaridos; muchos hablan durante el sueño de temas graves y más de una vez ellos solos se delataron; muchos afrontan la muerte; muchos, desde elevadas montañas, como si a lo hondo se despeñaran con su cuerpo y todo, se desparraman, y de su sueño como enloquecidos a duras penas vuelven en sí, que el cuerpo de emoción les bulle; otro se arrima sediento cerca de un arroyo o manantial florido, y al gaznate por poco se echa la corriente toda; a menudo los zagalillos[41], si sujetos al sueño creen estar levantándose la camisa junto a retrete o escupidera, a cántaros derraman el líquido de todo el cuerpo y al tiempo las lujosas y espléndidas telas de Oriente[42] se van empapando; también a aquellos que se engolfan en las primeras marejadas de la vida, cuando sin más el tiempo de sazón en sus carnes les cría la simiente, de fuera les vienen a cada uno representaciones de un cuerpo, mensajeras de un rostro lozano o una tez hermosa, que removerá enardeciendo los sitios henchidos de copiosa simiente, de modo que, tal como si más de una vez todo se hi-

[41] El trance de las poluciones nocturnas de los adolescentes, primera experiencia amorosa común, le sirve al poeta para pasar del tema de las imágenes oníricas al del amor. Para todo este final, véase A. Betensky, «Lucretius and Love», *Classical World* 73 (1980), págs. 291-299, y sobre todo R. D. Brown, *Lucretius on Love and Sex. A Commentary on De rerum Natura IV 1030-1287*, Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1987.

[42] *Babylonica* ('de Babilonia') en el texto.

1035 ciera, derrama un chorro enorme de líquido y ensucia las ro-
1036 pas. Porque es que unas cosas impresionan y activan a unas y
otras a otras: de un hombre removerá la humana simiente úni-
1040 camente la fuerza de otro hombre.

1037 Se alborota en nosotros esa simiente que antes dijimos,
cuando la maduración de la edad empieza a robustecer los
miembros; aquella, en cuanto sale arrojada de sus asientos,
1041 por carnes y miembros se retira en todo el cuerpo, agrupándo-
se en determinados sitios de los nervios, y al punto remueve
las partes de cuerpo propiamente generadoras; los sitios, enar-
1045 decidos, se inflaman con la simiente y viene la decisión de
arrojarla adonde se lanzan las terribles ansias, raudas y enar-
deciendo los sitios henchidos de copiosa simiente, y busca ese
cuerpo que de amor dejó a la mente maltrecha; porque es que
todos las más de las veces caen sobre la herida y la sangre
1050 borbotea hacia aquella parte de donde el golpe nos viene, y, si
trabado de manos con nosotros está el enemigo, el rojo licor
le alcanza. Que quien recibe en efecto los golpes y tiros de
Venus, bien sea que un niño hembruno de cuerpo al tal le dis-
pare, o sea una mujer que de su cuerpo entero dispara deseo,
1055 de donde recibe la herida, allá apunta e intenta juntarse y
arrojar en un cuerpo el líquido que de su cuerpo saca; pues sin
palabras el deseo barrunta deleite.

La pasión amorosa y su mejor manejo

Nuestra Venus[43] es ésa, de ahí nues-
tro Amor toma nombre; gota de amor
y dulzura de ahí en el pecho comienza
1060 a derramarse, viniendo tras ella fría
tristeza; y es que si ausente está lo que amas, imágenes hay

[43] Comienza un célebre pasaje que constituye una entre las muchas manifestaciones de miedo y recelo ante la pasión amorosa. Un repertorio de ellas recogí y comenté en F. Socas, «*Venus Volgiuaga* o El amor tornadizo

prontas y al oído su nombre dulce resuena. Mas conviene espantar tal imagen, desviar de uno mismo ese alimento de amores, volver a otra parte la mente y en un cuerpo cualquiera arrojar el humor agrupado, no retenerlo, con miras a un solo y único amante, y procurarse así inevitable dolor y tristeza; pues la llaga se aviva y perdura con darle alimento, día a día la rabia se hincha y se agrava la pena, si es que no borras la herida primera con golpes recientes y no la curas aún fresca, tú errante entre amores errantes[44], o si no puedes desviar a otra parte el empuje del alma.

Y no se priva del goce de Venus quien no se enamora, sino que gana ventajas que libres están de castigo; pues el deleite que sigue es sin duda más puro en el cuerdo que en el desesperado: en el mismo momento del logro, en inseguros rodeos fluctúa el ardor de los que se aman, y no se sabe de qué disfrutar con ojos y manos primero (lo que buscaron aprietan estrecho y dolor se causan en sus cuerpos; clavan a veces los dientes en los labiecillos y entrechocan besos), por no ser puro su goce y porque quedan debajo aguijones que a herir les empujan aquello de donde sea que semillas de furia les broten; un poquitín, sin embargo, suspende el castigo Venus en medio de los amores, y lo suave del goce que mezcla refrena los muerdos; porque allí, donde está el origen del fuego, se espera que uno pueda apagar también en tal cuerpo la llama (mas la verdad de las cosas nos dice que

y plebeyo», *Er, Revista de Filosofía* 2 (1985), 6-20. La actitud de Epicuro ante el placer sexual es ambigua, una vez dice que «la cópula nunca ha hecho bien a un hombre» (Diógenes Laercio, X 118), otra asegura que el placer venéreo se halla entre las cosas buenas de la vida (*ibd.* X 6).

[44] Nuestra versión recubre la expresión *uolgiuaga Venus*. El epíteto, exclusivo del poema lucreciano, se repite en V 932. Es muy probable que sea una adaptación del griego *pándēmos*. La promiscuidad como medicina contra el mal de amores aparece en Ovidio (*Remedios de amor* 440-449).

ocurre al contrario, y éste es el único caso en que cuanto más poseemos, más todavía se inflama de agria pasión nuestro pecho: y es que comida y bebida se absorben dentro en las carnes, y como pueden allí colocarse en lugares ciertos, tan fácilmente se sacia el deseo de pan y de agua; mas de la tez colorada y hermosa de una persona nada penetra en el cuerpo que pueda gozarse, tan sólo hueras semblanzas), pobre ilusión que el viento sin más se la lleva; como el sediento que en sueños ansía beber y no encuentra agua que pueda apagar ese ardor que se asienta en sus miembros, sino que va tras fantasmas de fuentes y en vano se afana, y aunque beba en el medio de un río caudal, no se harta: tal en amor engaña Venus con imágenes a los amantes; no consiguen saciarse con ver en presencia sus cuerpos, ni con las manos nada consiguen raspar de sus miembros delicados, errando perdidos por todas sus carnes; y finalmente al gozar de la flor de la edad con los miembros bien acoplados, así que sus cuerpos presagian el gozo, y ya Venus se aplica a eso de sembrarle a la hembra su campo, con avidez encastran sus cuerpos y mezclan las salivas de sus bocas y apretando dientes contra bocas se echan el aliento: todo es en vano, y nada puede rasparse de aquello, ni penetrar ni perderse con todo el cuerpo en el cuerpo: y es que tal cosa parece que quieren y que esa es su lucha; con tantas ansias quedan sujetos en esas trampas de Venus, hasta que, lacios por culpa del goce, se les ablandan los miembros. Cuando por fin revienta el deseo agolpado en los nervios, por poco tiempo se logra una pausa del fuego violento; vuelve luego la misma locura y aquel arrebato primero, mientras que ya se preguntan ellos en qué acaba su deseo, y no consiguen hallar artilugio que venza sus males: hasta tal punto ignorantes se pudren con llaga secreta.

Inconvenientes del amor correspondido

Añade el perder ellos sus fuerzas y morir de fatiga; añade el pasar la vida a las órdenes de otro; andan achacosas las obligaciones y el buen nombre enferma que se muere; se escurre 1124
entretanto la hacienda y aparecen lujos orientales[45] y en los 1123
pies sonríen bonitas sandalias de Sición[46], ya se sabe, y gruesas esmeraldas de verdes destellos se engastan en oro y sin parar la ropa azulmarino se soba y queda gastada y embebida de amorosos sudores; y la hacienda bien ganada de los padres viene a parar en diademas, sombreros, o a veces se convierte en noble túnica, orlas o tules[47]; se disponen convites por sus viandas y etiqueta señalados, festejos, copas incontables, perfumes, coronas, guirnaldas; en vano, porque del propio manantial de tales diversiones brota un algo amargo[48] que entre flores incluso ahoga, ya sea que ella sola el alma culpable se reconcome[49] de pasar la vida en aban-

---

[45] *Babylonia* ('babilonios') en el texto.

[46] Ciudad del Peloponeso, productora de un tipo de calzado lujoso, propio de los elegantes *(cf.* Cic., *De orat.* I 54).

[47] Verso de texto inseguro, aunque la referencia, mediante nombres propios exóticos, a vestimentas lujosas es clara. Los viejos manuscritos hablan de tejidos de Alinda, ciudad de Caria, y Quíos, la isla del Egeo. Se han propuesto diversos arreglos, todos alusivos a topónimos griegos.

[48] «Un algo amargo» = *amari aliquid.* Acuñación lucreciana bastante citada. Hay en ella un juego de palabras que San Agustín haría explícito en la frase: *flevit amare qui noverat amare* («lloró amargamente quien de amar ya sabía»); cit. por M. von Albrecht, *art. cit.,* pág. 346.

[49] M. von Albrecht *(art. cit.* pág. 346) señala que se ha visto en este término *(remordet)* el antepasado de la mala conciencia cristiana: «...ahí está presente una sensibilidad particular para los remordimientos de conciencia —también la palabra *remordimiento* se deriva del pasaje citado».

dono y perderla en malandanzas[50], ya sea que la amiga dejó caer una frase de doble sentido que clavada en el corazón como fuego se reaviva, sea que piensa que su mirada es más inquieta de la cuenta y mira a otro o que ve en su rostro las trazas de una sonrisa.

Males del amor imposible y remedios de amor

Incluso en un amor correspondido y extremadamente favorable hallamos estos males, mientras que en uno contrario y desesperado, los que podrías descubrir con los ojos cerrados, son incontables, de modo que es mejor andar antes despierto, según tengo enseñado, y procurar que no te enreden[51]; porque evitar dejarse caer en las mallas de amor no es tan difícil como salir de las propias redes una vez atrapado y romper los recios nudos de Venus. Y sin embargo incluso liado y preso podrías escapar de tu adversario, siempre que contigo tú sin más no te cruces y estorbes haciendo como que no ves todos los defectos de carácter, ni tampoco los de cuerpo, de aquella que persigues y quieres; y es que eso hacen los hombres muchas veces en la ceguera del deseo y a ellas les atribuyen ventajas que de verdad no tienen. De mil maneras vemos, pues, que contrahechas y feas se convierten en favoritas y gozan del poder más alto; y hay un cruce de chanzas y quien al otro invita a implorar misericordia a Venus por

---

[50] El sentido de la palabra *lustrum* es 'lugar fangoso', 'revolcadero', 'zahúrda'; también podría encajar aquí aquel otro de 'burdel', que tiene en Plauto, *Bacch.*, 734, Cicerón, *Phil.* XIII 24 o Tito Livio, XXVI 2, 15); según R. Brown, *Lucretius on Love and Sex*, pág. 267.

[51] Sobre estos remedios de amor, véase W. Fitzgerald, «Lucretius cure for love in the *De rerum natura*», *The Classical World* 78 (1984), págs. 73-86; M.C. Nussbaum, «Beyond obsession and disgust: Lucretius on the therapy of love», *Apeiron* 22 (1989), págs. 1-59.

estar padeciendo amores tan feos; y no repara el pobre aquel muchas veces en su propia enorme desgracia: su negra es 'trigueña', su hedionda y sucia 'descuidada', la ojizarca 'una pequeña Palas', la nervuda y leñosa 'una cervatilla', la enana y chiquita 'una de las Gracias' y 'pura sal toda ella', la grande y descomunal 'un monumento' y 'llena de empaque'; ¿que no puede hablar de tartajosa?: es que 'trina'; la muda es 'recatada', mientras que la fastidiosa parlanchina se vuelve 'lamparilla chispeante'; 'gatita amorosa' será si parece mentira que viva de puro flaca; es a su vez 'delicada' la que de tísica ya muere; por su lado la tetuda es ahora 'Ceres amamantando a Baco'; la chata es 'silena' o 'satiresa', la de labios gordos es 'puro beso'; y lo demás de esta clase largo sería si me pusiera a contarlo[52]. Pero concedamos que de cara destaque por hermosa cuanto quiera y de sus miembros todos brote fuerza de amor: es evidente que también hay otras; evidente que sin ella estuvimos antes viviendo; evidente que hace y sabemos que hace todo lo mismo que la fea, que la pobre se sahúma ella sola de asquerosos hedores mientras sus criadas se alejan y a escondidas se ríen; por su parte, entre lágrimas, el amante desdeñado más de una vez cubre el umbral de flores y guirnaldas y unta las jambas esquivas con esencias de mejorana y en las valvas el pobre planta besos; y si a la sazón sin ser llamado a éste le llegara aunque sea una sola vaharada, buscaría un motivo plausible para volverse y olvidaría la queja largo tiempo ensayada, salida del corazón, allí se tacharía de necio al ver que le ha

---

[52] Este pasaje de los eufemismos del enamorado lo imitó del derecho y del revés OVIDIO *(Arte de amar* II 657-662, y *Remedios,* 327-330); *vid.* G. SOMMARIVA, «La parodia di Lucrezio nell'*Ars* e nei *Remedia* ovidiani», *Atene e Roma* 25 (1980), 123-148. También MOLIÈRE en *Le Misanthrope* (act. II, esc. 5, vv. 711-730); *vid.* M. VON ALBRECHT, *art. cit.*, págs. 341-344.

asignado a ella más de lo que a un mortal corresponde. Ni ello se les escapa a nuestras hermosas[53]: por ello ante todo
1185 mantienen con gran cuidado lejos de la tramoya de sus vidas a aquellos que quieren guardar y mantener atados en su amor; en vano, ya que tú podrías sin embargo sacar todas esas cosas a la luz y desentrañar todas esas risas, y si es que
1190 tiene buen ánimo y no es fastidiosa, pasar por alto a su vez que ella sucumbe a las humanas necesidades.

El placer de la hembra es real y verdadero

Y no siempre la mujer suspira de amor fingido cuando abraza el cuerpo del varón y con su cuerpo lo junta y sujeta, mojando besos con chupar de labios; porque de corazón lo hace mu-
1195 chas veces y, buscando compartir el gozo, acucia para recorrer la amorosa pista. Y no de otro modo pájaros, vacas y bestias, ovejas y yeguas se pondrían debajo del macho, si no es porque, así que entran en celo, se enardecen sus partes rebosantes, y a los amorosos respingos gozosas responden.
1200 ¿No ves también esos perros a los que a menudo el gusto que entre sí se dan mantiene atados, cómo en el cepo que comparten se atormentan, cuando por las esquinas tantas
1203 veces, anhelando separarse, tiran ansiosos y con todas sus
1210 fuerzas para un lado cada uno, en tanto que en las recias
1204 trampas de Venus siguen inmovilizados? Y eso nunca lo harían si no supiesen el gusto que se dan, capaz de meterlos en el lazo y allí dejarlos atados. Por tanto, digo y repito como hasta ahora, compartido es el placer.

---

[53] «Hermosas» = *Veneres*. Venus simboliza la pasión amorosa, la belleza y la gracia; sólo por modo exaltado o irónico vale por la concubina o amante hermosa (así en VIRGILIO, *Bucólicas* III 9, u HORACIO, *Odas* I 27, 14).

Los rasgos heredados de madre o padre

Y, cuando al mezclar las simientes
la hembra acaso supera la fuerza del
varón y con repentino empuje la arre-
bata, nacen entonces de la simiente ma- 1209
terna quienes a la madre se parecen,
tal como de la paterna quienes al padre; en cambio los que ves 1211
que tienen rasgos de uno y otro, que a la par funden en sí las
caras de los progenitores, se forman a partir del cuerpo pater-
no y del cuerpo materno, cuando las semillas, espoleadas por
los aguijones de Venus a través de los miembros, al paso las
hace chocar el compartido ardor que a la par resuella, y las del 1215
uno a las del otro no sobrepasan, ni de las otras se dejan so-
brepasar. Ocurre además que en ocasiones salen quienes a sus
abuelos se parecen acaso y recuerdan a veces los rasgos de bi-
sabuelos, precisamente porque con frecuencia los progenito-
res guardan en sus cuerpos muchos primordios entremezcla- 1220
dos de muchos modos, que, arrancando desde la cepa, los
padres van traspasando a otros padres: de ahí Venus va sa-
cando figuras en diversa suerte, reproduce caras de antepasa-
dos, sus voces y cabelleras, toda vez que estas últimas cosas
nacen de una determinada simiente ni más ni menos que 1225
nuestro rostro, talle o extremidades. También el linaje mujeril
nace de la simiente paterna, y hay machos que resultan según
el cuerpo materno, pues siempre lo parido está hecho de la
doble simiente, y al que más de los dos, a quienquiera que le
nazca, aquello se parece, de ese tiene más de una mitad; y ello 1230
te cabe comprobarlo tanto si es estirpe de varones como si
desciende de mujer.

La esterilidad

Y a nadie apartan de la siembra
engendradora fuerzas divinas, de ma-
nera que jamás a uno los dulces hijos
lo llamen padre y que pase su vida entre estériles amores;

así lo creen los más y en sus agobios rocían de mucha sangre y generosamente inciensan la piedra de los altares, a ver si dejan preñadas a sus mujeres con simiente abundosa; en vano fatigan a los poderes divinos y sus oráculos; y es que los estériles lo son en parte por la excesiva densidad de la simiente o, al revés, por ser ésta clara y suelta más de la cuenta, ya que no es capaz de quedarse pegada en su sitio, se disuelve al momento, da marcha atrás y allí se aparta sin natalicio; la más espesa además, en tal caso, como se la echa más apelmazada de lo debido, o no corre adelante con chorro tan largo o no puede adentrarse en los sitios debidamente, o una vez dentro, a duras penas se mezcla con la simiente mujeril. Porque las armonías amorosas[54] son al parecer muy dispares, y unos llenan mejor a otras y otras toman mejor la carga de otros y se quedan preñadas; y muchas resultan primero estériles en numerosos matrimonios, y sin embargo luego contraen uno donde pueden tener hijos y enriquecerse con las dulzuras de un parto; y están aquellos, cuyas esposas fecundas antes ninguna vez parían, y encuentran también una naturaleza arreglada a la suya, de modo que alcanzan a dar a su vejez el resguardo de unos hijos: hasta tal punto importa por demás que pueda entremezclarse simiente con simiente y se adapten para la procreación, que la espesa se junte con la clara y la clara con la espesa. Y tiene que ver con ello el régimen de comidas que se lleve; y es que con unas la simiente se apelmaza en los órganos y con otras al revés se suelta y deshace. Y hasta en qué postura nos venga el gusto deleitoso, también eso importa mucho; porque, según el uso de las fieras y a la manera de los cuadrúpedos, se piensa en general que conciben mejor las esposas, porque los sitios pueden absorber la simiente así, asentando el pe-

[54] «Armonías amorosas» = *harmoniae Veneris*.

cho y levantando las ancas; y de meneos suaves ninguna necesidad tienen tampoco las esposas, pues la mujer impide y rechaza el concebir, si ella sin más con sus nalgas remeda contenta el amoroso oficio del hombre y en olas se mueve con todo el cuerpo desmadejado: porque pone el surco fuera del trayecto y la buena dirección de la reja, y de sus sitios desvía el tiro de la simiente. Y así por su interés suelen las putas menearse, por ver de no quedar una y otra vez embarazadas y con la preñez postradas, y para que al mismo tiempo la coyunda a sus galanes les resulte mejor dispuesta; nuestras esposas de tal cosa no tienen al parecer necesidad ninguna.

Hasta la costumbre puede más en amor que los dioses

Y no ocurre por obra de dioses ni flechas de Venus que mujeruca de mala catadura alguna vez despierte amores; porque es que la hembra ella sola con sus acciones y discretos modales a veces, y con la pulcritud de su atuendo, consigue que el varón no tenga dificultad en acostumbrarse a vivir con ella. Y queda un punto: la costumbre compone buenos amores; porque, lo que recibe golpes repetidos aunque ligeros, cede al cabo de mucho tiempo y se desploma sin embargo: ¿no ves la gota de agua que, al ir sobre la piedra cayendo, al cabo de mucho tiempo machaca a través la piedra?



LIBRO V

SINOPSIS

PROEMIO (1-90).

1. Se compara a Epicuro con los dioses Ceres y Baco que enseñaron la agricultura a los hombres y con el héroe Hércules matador de monstruos (1-54).
2. Programa: aclarar la mortalidad del mundo y el origen de los cuerpos celestes y la tierra, para que el hombre pueda mirarlos tranquilo sin recaer en los miedos religiosos (55-90).

A. EL MUNDO REAL (91-508).

1. El mundo es mortal, cielo y tierra no son dioses ni tienen cuerpo vivo capaz de albergar un alma (91-145).
2. Los dioses no han fabricado este mundo, ni lo han hecho imperecedero, ni para uso y bien de los hombres (146-234).
3. Las partes del mundo se hacen y deshacen sin parar, y lo que es mortal en sus partes lo es en el todo (235-323).
4. Si el mundo fuera eterno, habría memoria de civilizaciones incontables, y aún si la hubiera, al haber perecido como perecerá la nuestra, probarían que el mundo no ha estado siempre (324-350).
5. Para ser inmortal hay que tener solidez absoluta, estar exento de roces, no tener espacio fuera para recibir golpes o dispersarse: tales condiciones le faltan a este mundo que no habría podido resistir un tienpo infinito (351-379).

6. El conflicto de las partes del mundo y el predominio inestable del fuego y el agua presagian su fin (380-415).
7. Formación del mundo no por acuerdo previo de los primordios sino por conglomerados azarosos de ellos mismos y los elementos, que por peso se ordenan en tierra, mar, aire y éter (416-508).

B. Los cuerpos celestes y la astronomía (509-770).

1. Causas múltiples del movimiento de los astros (509-533).
2. Otros fenómenos celestes: la sustentación de la tierra (534-563).
3. Tamaño del sol y la luna (564-591).
4. La luz y el calor del sol (592-613).
5. Las órbitas de los astros (614-649).
6. El día y la noche (650-704).
7. La luna y sus fases (705-750).
8. Los eclipses (751-770).

C. La tierra y su historia (771-1457).

1. Vuelta a la tierra y sus criaturas (771-782).
2. Las plantas (783-836).
3. Animales y monstruos (837-924).
4. La raza humana (925-1010).
5. Las primeras comunidades de hombres (1011-1027).
6. Origen del lenguaje (1028-1090).
7. Fuego y civilización (1091-1160).
8. Origen de la religión (1161-1240).
9. Metalurgia y guerra (1241-1349).
10. El vestido, la agricultura, la música y el canto (135-1411).
11. Felicidad primitiva y culminación del progreso (1412-1457).

LIBRO V

Exaltación de Epicuro

¿Quién es capaz de componer con recio aliento un poema conforme a la grandeza de estas materias, o quién, una vez dilucidadas, puede tanto con la palabra que alcance a trazar el elogio que piden los merecimientos de quien nos dejó tales recompensas formadas y buscadas en su pecho? Ninguno habrá, según creo, si de carne mortal está hecho. Y es que, si hay que hablar como exige la consabida grandeza del tema, un dios[1], un dios fue aquel[2], ilustre Memio[3], que por vez primera halló ese fundamento del vivir que ahora llamamos

[1] Este pasaje y el proemio han merecido la antención de J. Pigeaud, «Quel dieu est Épicure? Quelques remarques sur Lucrèce V 1 à 54», *Revue des Études Latines* 50 (1972), 139-162; A. Perutelli, «Scipione ed Epicuro. Sul proemio al V di Lucrezio», *Atene e Roma* 25 (1980), 23-28.

[2] Epicuro. Cicerón *(Tusc.* I 21, 48) y Séneca *(Cartas a Lucilio* XXXIII 4) critican la devoción excesiva de los epicúreos hacia el maestro. De otro lado, la emulación de la vida divina era una meta del filósofo. «Vivirás como un dios entre hombres» aseguraba el propio Epicuro *(Carta a Meneceo* 135). Y más allá fue Empédocles: «Entre vosotros me muevo como un dios inmortal, no como hombre» (fr. B 112, 4-5 *DK).*

[3] Reaparece el destinatario del poema, interlocutor nunca nombrado desde II 182.

‘filosofía’, y que con artificio hizo venir la vida desde tan grandes tempestades, desde tan grandes tinieblas, hasta una calma tan grande, hasta una luz tan clara. Compara, pues, los antiguos grandes hallazgos de otros: así cuentan que en favor de los mortales Ceres inauguró los sembradíos y Líber[4] los chorros y mostos de la viña, cuando pese a todo la vida podría seguir sin estos bienes, como hay noticia de que así todavía hoy algunos pueblos viven; pero no se podría vivir dichosamente sin un alma limpia. Con tanto mayor merecimiento el tal nos parece ser un dios, puesto que hoy todavía los dulces consuelos del vivir repartidos entre pueblos populosos alivian los corazones. Si das en pensar acaso que las hazañas de Hércules[5] le van por delante, muy lejos de una verdad razonada vendrás a parar, pues ¿qué nos molestarían ahora el descomunal bostezo de aquel león de Nemea[6] o el peludo jabalí de Arcadia[7]? ¿En qué a la postre el toro de Creta[8] o la Hidra que a Lerna[9] con su cerco de ve-

---

[4] Baco.

[5] La secta rival de los estoicos consieraba a Hércules como la encarnación simbólica del filósofo que lucha por hacerse a sí mismo en la dificultad. De ahí el desdén con que el epicúreo Lucrecio presenta una lista parcial de ocho trabajos, infantiles y de poco provecho comparados con los esfuerzos del sabio verdadero.

[6] Hércules mata de un abrazo a este monstruo que asolaba los alrededores de Nemea. Luego se reviste con su piel y se cubre con su cabeza a modo de casco.

[7] Se trata del jabalí del Erimanto, al que el héroe dio caza haciendo que corriera por montes nevados hasta que lo rindió por cansancio. Se echó después el animal al hombro y se presentó en Micenas ante el rey Euristeo, que es el que le había impuesto la penitencia de los doce trabajos. El tirano, asustado, se escondió en una tinaja.

[8] Un toro bravísimo que el héroe tuvo que domar y llevar (acaso cabalgando sobre él) desde la Creta de Minos hasta Grecia.

[9] Se representaba como una especie de serpiente, cuyas varias cabezas renacientes (desde cinco o seis hasta un ciento, según las versiones) fue cortando Hércules hasta acabar con todas y el monstruo juntamente.

nenosas bichas infestaba, o en qué el recio torso triple del triplicado Geríones[10] o las jacas de Diomedes[11] resoplando llamas por los ollares podrían hacernos tanto daño, y habitando no más acá de Estinfalo[12], cerca de las regiones bistonias[13] y el Ísmaro[14] tracio?[15]. Y el rabioso dragón deagria mirada, que con su cuerpo inmenso guarda las relucientes manzanas doradas de las Hespérides[16] enroscándose en troncos de árbol, ¿qué a la postre nos perjudicaría junto a la atlántica ribera y las inclemencias de un océano donde ninguno de los nuestros se adentra ni el extranjero se atreve? Los demás monstruos que hay de esta clase, si no hubieran perecido todos, ¿qué daño, en fin, harían estando vivos? Ninguno, así lo creo: hasta tal punto hoy todavía por demás rebosa

[10] Geríones (también llamado Gerion) poseía inmensas manadas de bueyes en la isla Eritia, situada en el Occidente más extremo. Allí fue Hércules, en una nave con forma de copa que le prestó el Sol, y robó los rebaños, que luego llevó hasta Grecia.

[11] Este rey de Tracia tenía cuatro yeguas (Podargo, Lampón, Janto y Deino eran sus nombres) a las que alimentaba con carne humana. Hércules apresó a Diomedes, lo hizo devorar por sus bestias y ellas, saciadas con el cuerpo del amo, se dejaron llevar sin resistencia.

[12] Se alude aquí a la matanza de aves que Hércules llevó a cabo en un bosque cercano a este lago, situado en la región de Arcadia.

[13] Los bístones eran un pueblo que habitaban al sur del monte Ródope, en Tracia.

[14] Montaña en la costa sur de Tracia, región que cruza Hércules con los bueyes de Geríones y las yeguas de Diomedes.

[15] Se ha discutido mucho sobre el texto y la ordenación de los versos 29-31, a los que algunos editores (Munro, Bailey) añaden una laguna. Un resumen de las propuestas en C. D. N. Costa, *Lucretius. De Rerum Natura V*, Oxford, 1984, *com. ad loc.*

[16] Ninfas del atardecer que, asistidas por un dragón de cien cabezas, guardaban en las riberas occidentales del Océano un árbol que daba manzanas de oro. Hércules tuvo que sostener el cielo para que Atlas, liberado de su carga, le cosechara quellas manzanas intocables.

la tierra de fieras y se llena de tembloroso terror por breñas y altas sierras y honduras de bosque, parajes que las más de las veces de nosotros depende no cruzarlos. En cambio, si del corazón no hacemos limpieza, en qué batallas y peligros andamos, no compensa ponerse a bosquejarlo: ¡qué amargas cuitas de deseo dividen al hombre angustiado y qué grandes temores luego! ¿O qué decir de la soberbia, la bajeza y altanería?: ¡cuántos desastres provocan! ¿Qué decir del derroche y la molicie? Así pues, quien sojuzgue todos estos males y los eche fuera del corazón con palabras, no con armas, ¿no convendrá que ese hombre entre por merecimientos en el grupo de los dioses?, sobre todo si tuvo por costumbre trasmitir a los propios mortales muchas palabras concertadas y divinas[17], y con tales palabras desvelar la naturaleza toda de la realidad.

Programa

Y yo siguiéndole los pasos, al tiempo que sigo sus explicaciones y con mis palabras enseño según qué acuerdo cada cosa se ha formado, lo forzoso que es que en él se mantenga sin que alcance a quebrantar las poderosas leyes del tiempo, de esa manera ante todo se ha hallado que la naturaleza del alma se forma y está hecha al principio de cuerpo capaz de nacer, y no es posible que perdure sin daño a lo largo del tiempo inmenso, sino que las representaciones suelen en los sueños engañar a la mente cuando nos parece ver a uno del que se apartó la vida; lo que ahora viene acá nos lo trae el orden de la explicación, de modo que tengo que explicar

[17] Se ha visto aquí una alusión a un tratado perdido de Epicuro sobre los dioses (CICERÓN, *Sobre la nat. de los dioses* I 16, 43).

que el mundo está hecho de cuerpo mortal y es capaz a la vez de nacimiento, y de qué modos la agrupación aquella de materia cimentó tierra, cielo, mar, estrellas, sol y bola de la luna, qué animales ahora surgieron en la tierra y cuáles en ningún momento tuvieron nacimiento, o cómo la raza humana al modificarse el habla empezó a vivir y relacionarse mediante nombres de cosas y de qué manera se fue metiendo en los corazones aquel miedo a los dioses que en las tierras del orbe por santos respeta templos, lagos, bosques, altares e imágenes de dioses; además voy a explicar los recorridos del sol y rutas de la luna, con qué fuerza los va torciendo naturaleza al pilotar, no vaya a ser que pensemos que ellos entre cielo y tierra, sueltos, van siguiendo a su capricho rumbos constantes y tienen a bien hacer crecer sembrados y vivientes, o creamos que dan sus vueltas según alguna razón divina. Pues quienes tienen bien aprendido que los dioses llevan una vida despreocupada, si pese a ello entretanto se extrañan de cómo puede ser que cada cosa se haga, sobre todo ante aquellas que sobre nuestras cabezas en las regiones del éter se divisan, se vuelven otra vez a las antiguas religiones y se asignan unos duros amos que creen los pobres que lo pueden todo, por desconocer ellos qué es lo que puede darse y lo que no, según qué fundamento, en fin, cada ser tiene una capacidad restringida y unas lindes bien asentadas.

El mundo es mortal

Y ahora seguimos, por no entretenerte con premisas más de la cuenta, fíjate para empezar en mares, tierras y cielo: esa triple naturaleza, esas tres materias, Memio, esas tres apariencias tan diferentes, esas tres cosas así armadas, una sola jornada las llevará a su destrucción, y la mole que durante tantos

años se sostuvo, la máquina del mundo, caerá. Y no se me escapa lo nuevo y extraño que resulta para la inteligencia esa destrucción venidera de cielo y tierra, y lo difícil que es para mí convencerte de ello mediante palabras, como ocurre cuando llevas a los oídos algún suceso desacostumbrado sin que a su vez puedas ponerlo a la vista ante los ojos ni echarle encima las manos, que es el camino más corto y firme de credibilidad que lleva hasta el corazón del hombre y los santuarios de la mente; pero voy a hablar pese a todo: mis palabras con la propia realidad acaso se confirmen y, así que violentos temblores de tierra se desaten, verás que todo en poco tiempo se destroza. Ojalá desvíe tal suceso lejos de nosotros la Fortuna al pilotar[18], y mejor la razón que los hechos sin más nos convenza de que todo puede ceder y derrumbarse con horrendo estrépito.

Antes de ponerme a revelar el destino de tales realidades, con mayor escrúpulo y mucho más seguro fundamento que la Pitonisa[19] que desde el trípode y laurel de Febo[20] profetiza, te voy a exponer muchos consuelos en palabras sabias, para que refrenado por la religión no vayas acaso a pensar que tierras y sol y cielo, mar, estrellas y luna deben con cuerpo divino cruzar eternamente, ni creas por eso que

---

[18] La expresión *Fortuna gubernans* entra dentro de la personificación del azar como diosa (llamada 'Tique' por los griegos), uno de cuyos atributos es el timón de barco; Lucrecio habla aquí como el vulgo (*cf.* II 434 y 1093), pero el pasaje ha dado lugar a amplias discusiones que recoge E. Otón Sobrino, «Del azar y de la necesidad en Lucrecio», *Cuadernos de Filol. Italiana,* n.º extr., 45-50 (2000), 46. El mejor trabajo sobre el concepto antiguo de Tique-Fortuna sigue siendo la obra de F. Allègre, *Étude sur la déesse grecque Tyché,* Fac. de Lettres de Lyon, XIV, 1889 (con el caso particular de los epicúreos en págs. 111-122).

[19] *Cf.* I 739.

[20] Apolo.

es justo que a la manera de los Gigantes[21] paguen castigo por un crimen descomunal todos aquellos que con su propia razón alteran los muros del mundo y pretenden apagarle al cielo el sol luciente, desacreditando con palabra de mortal lo inmortal; pero tan lejos están tales cosas de lo que es poder divino y tan indignas parecen de entrar en el grupo de los dioses que más bien se piensa acaso de ellas que dan una muestra de qué es lo ajeno al movimiento y sensibilidad de lo vivo. Porque es claro que no es con un cuerpo cualquiera que se piense que puede darse la substancia del alma o la inteligencia: tal como en el éter no cabe que haya un árbol o entre las sales del mar una nube, ni que en los campos vivan peces, ni que en la madera se albergue sangre o en las piedras zumo (definido y ordenado está dónde cada cosa ha de crecer y albergarse), así la naturaleza del espíritu no puede nacer sin un cuerpo ella sola ni estarse lejos de nervios y sangre; porque, si eso pudiera, mucho antes la propia fuerza del espíritu podría estar en la cabeza o los hombros, o abajo en los talones, y sería corriente que naciera en cualquier parte, con tal de mantenerse, eso sí, dentro del mismo hombre y el mismo recipiente; puesto que tal cosa se sabe que es clara en nuestro cuerpo igualmente, y parece decidido dónde puede estar y crecer por separado el alma y el espíritu, con tanta mayor razón hay que negar que pueda perdurar fuera por completo del cuerpo y de una forma viva, en terrones polvorientos o en el fuego del sol o en el agua o en las altas regiones del éter. Así pues no hay constancia de que tales cosas estén dotadas de una sensibilidad divina, toda vez que no pueden a la manera de lo vivo tener alma.

[21] *Cf.* IV 136.

Los dioses no disponen el mundo para los hombres

No debes creer asimismo eso de que los dioses tengan su santa casa en alguna parte del mundo; porque la naturaleza de los dioses, sutil y muy alejada de nuestros sentidos, a duras penas con la inteligencia del alma se advierte; como ella escapa a toques y palpamientos de manos, nada realmente palpable debe ser que nos toque, pues no puede tocar lo que a su vez no puede tocarse; también por tanto las moradas de ellos deben ser diferentes de las nuestras y de materia sutil; estas cosas más adelante te las demostraré hablando por extenso[22].

Decir además que por causa de los hombres los dioses decidieron disponer la naturaleza preclara del mundo y que por eso conviene alabar su obra como merece, pensar que será eterna e inmortal, y que no es lícito que aquello que según una antigua razón divina a los pueblos de hombres se les ha cimentado en tiempo eterno se lo intente con algún ataque remover de sus asientos o de palabra se ofenda y el conjunto desde su base lo echemos abajo, y otras doctrinas por el estilo que se imaginen y aquí se añadan, Memio, es un disparate: pues ¿qué recompensa puede nuestro agrade-

---

[22] Lucrecio no hablará de los dioses y sus cosas extensamente como aquí promete *(largo sermone)*. De ello pueden aducirse varias explicaciones a) el poema, como algunos pretenden, está inacabado; b) el autor mientras componía su obra tuvo una imagen del resultado pretendido diversa de la que logró en la ejecución; c) en realidad toda la fundamentación racional del mundo (lib. V) y de los fenémenos celestes (lib. VI) es una suerte de molde negativo que plasma en la mente del lector lo que no son los dioses. U. PIZZANI, *Il problema del testo e della compsosizione del* De rerum natura *di Lucrezio*, Roma, 1959, págs. 174-180, sostiene, conforme al supuesto 'c)', que el poeta promete tratar de las recién mencionadas sedes de los dioses (el cielo) y no de su naturaleza. Véase *supra*, Introducción, cap. 7.

cimiento ofrecerle a los inmortales y felices para que por causa nuestra se pongan a hacer alguna cosa? O ¿qué novedad pudo seducir a quienes antes estaban tranquilos hasta el punto que luego quisieran cambiar su precedente conducta? Pues parece que debe alegrarse con una situación nueva aquel a quien la antigua molesta; pero a quien nada incómodo le pasa en un tiempo anterior en que llevaba una vida estupenda, ¿qué podría despertar en él tal deseo de novedad? ¿Y qué hubiera de malo en que no nos creasen? ¿O es que, digo yo, la vida estaba postrada entre tinieblas y penas hasta que lanzó su brillo el engendramiento inicial de las cosas? Porque quienquiera que ya nació debe intentar permanecer en la vida, mientras en ella lo retenga placer lisonjero; pero quien nunca saboreó el deseo de vivir ni estuvo en el lote, a ése ¿qué daño le hace que no lo crearan?

Además un ejemplo de producción de seres y la propia noción de hombre ¿de dónde a los dioses se les metió primero, de manera que supieran y en sus adentros vieran qué pretendían hacer?, o ¿cómo se conoció alguna vez el poder de los principios y de qué eran capaces al cambiar unos con otros el orden, si la naturaleza por su cuenta no suministró un modelo de creación? Porque es que muchos primordios de seres, de tantos modos empujados ya desde tiempo infinito por golpes y arrastrados por sus propias masas, constantemente se movían, se juntaban de muchos modos y así ensayaban todo aquello, fuera lo que fuera, que al agruparse entre sí pudieran crear, que no es de extrañar que incluso desembocaran en tales posiciones y llegaran a tales trayectorias como las que ahora manejan el conjunto este de los seres, renovándolos.

Supongamos que desconociera yo cuáles son los primordios de la realidad: pese a ello, me atrevería a confirmar, a partir de las propias explicaciones sobre cielo, y a mani-

festar, a partir de otras muchas cosas, que en modo alguno obra de dioses dispuso en favor de nosotros la naturaleza de las cosas: de tan grandes fallos es ella responsable. Para empezar, de cuantas tierras cubre el empuje enorme del cielo, al menos la parte que dominan montañas y bosques de alimañas, que ocupan pedregales e inmensos pantanos y el mar que mantiene alejadas regiones costeras, casi dos terceras partes de ahí además el calor ardiente o la continua caída de nieve se las roban a los mortales; lo que de campo queda la propia naturaleza con su vigor lo cubre de abrojos si el esfuerzo humano no lo impide, acostumbrado, en busca del sustento, a resollar con el azadón en la mano y romper el suelo con la presión del arado: ⟨*después, en efecto, los muchos primordios de seres que dentro se esconden,*⟩ si, volteando con la reja terronales fecundos y montando el suelo de la tierra, no los empujamos a nacer, no podrían por propia iniciativa salir a los aires claros; y a veces pese a ello los cultivos logrados con gran esfuerzo, cuando ya verdean por los sembradíos y todos florecen, o los agosta con sus excesivos calores el sol desde la altura, o los arrasan lluvias repentinas y frías heladas, y rachas de viento en recio torbellino los maltratan. Además, ¿por qué la naturaleza cría y acrecienta la raza espantosa de las fieras? ¿Por qué las estaciones del año traen sus epidemias? ¿Por qué acá y allá suceden muertes prematuras? Y también aquí, el niño, como marinero echado a tierra por olas implacables, se queda tirado en el suelo, desnudo y sin habla, necesitado de toda ayuda para vivir, en cuanto en las orillas de la luz a empellones la naturaleza lo descarga del vientre materno, y llena la estancia de tristes lamentos, lo propio de uno al que en la vida le queda por recorrer un trecho tan largo de males. Crecen de otra parte piaras y manadas y fieras variopintas y no tienen necesidad de sonajas ni a ninguna hay que sumi-

nistrarle las frasecillas mimosas y entrecortadas de un ama de cría, y tampoco exigen cambiarse de ropa según la estación del año; no tienen, en fin, necesidad de armas ni de altos muros que protejan lo suyo, pues la tierra sola y la naturaleza fabricadora de seres todo para todos en abundancia producen.

El mundo nace y muere como sus partes

Para empezar, puesto que el cuerpo de la tierra y la humedad y los soplos ligeros de las brisas y los calientes hervores, de que parece estar hecho el conjunto de los seres[23], todos vienen a ser de cuerpo sometido a nacimiento y muerte, debe considerarse igual la naturaleza toda del mundo: evidentemente, pues, aquellas cosas cuyas partes y miembros vemos que siendo de masa que nace son a la vez de figuras mortales, esas mismas en general advertimos que son mortales y a la vez sometidas a nacimiento; en consecuencia, como veo que los miembros y partes mayores del mundo después de gastarse se reproducen, cabe suponer que tanto cielo como tierra tuvieron igualmente un tiempo de inicio y tendrán su derrumbe.

En este punto no vayas a pensar que obré por mi cuenta y riesgo cuando he admitido que tierra y fuego son mortales, no he puesto en duda que agua y aires perecen, y he dicho a su vez que esas mismas cosas se engendran y crecen: para empezar, no falta parte de la tierra que, requemada por soles incesantes, pisoteada por un montón de pies, levante nublados y nubes errantes de polvo, que por el aire entero disper-

[23] Aunque Lucrecio rechaza la teoría tan difundida de los cuatro elementos, la tiene en cuenta, probablemente atendiendo al prestigio que le confirió el poema de Empédocles. Los elementos serían una apariencia más que sólo los átomos explican por entero.

san recios vientos; parte de los terrones, asimismo, con las lluvias se reduce a barro, y sus orillas los ríos raspan y roen; además, cuanto de su parte pone en alimentar y hacer crecer, a ella se le devuelve, ya que sin duda alguna la universal paridora de los seres se ve que es también su común sepultura. Ahí tienes por tanto que la tierra mengua y, al crecer, se recupera.

Y, siguiendo adelante, que con nuevas aguas el mar, los ríos y manantiales siempre rebosan y hacen manar corrientes inagotables, no hace falta decirlo: lo proclama en todas partes el correr de tantas aguas; pero cuanto de agua primero se quita, en el conjunto sucede que jamás sobra líquido, en parte porque fuertes vientos, barriéndolos con violencia, y el alto sol, repasándolos con sus rayos, achican los mares, y en parte porque se mete bajo los suelos todos: se va colando, pues, el salitre y atrás rebrota la materia líquida, y toda junta acude a la cabecera de los ríos, desde la que en dulce desfile corre sobre las tierras por donde el camino que por una vez abrió conduce el claro paso de las aguas.

Y ahora, pues, hablaré del aire, que en todo su cuerpo cada hora de incontables modos va cambiando: y es que siempre cuanto va fluyendo de las cosas, todo pasa al vasto mar del aire; que si a su vez no les devolviera cuerpos a las cosas ni las rehiciera al desleírse, todas ya se habrían disipado y convertido en aire. No para, por tanto, de sacar de las cosas engendramiento y sobre las cosas ir a la vez recayendo, ya que es claro que todas las cosas sin parar van fluyendo.

Fuente generosa también de lumbre clara, el alto sol riega sin parar el cielo de renovados esplendores y al punto luz con nueva luz suministra; cada primer destello se le pierde, vaya a caer donde caiga. Y de esto puedes sobre todo darte cuenta porque, en cuanto las nubes empiezan a tapar el sol y

como a quebrar los rayos de su luz, estos al punto por su parte baja se pierden todos y la tierra se ensombrece por donde quiera que las nubes se desplazan, por lo que puedes comprender que las cosas requieren la renovación del brillo y que cada primer disparo de esplendor se pierde, y que no por otra razón las cosas al sol no podrían verse, si el propio manantial no fuera suministrando luz sin descanso. Más todavía: ahí tienes que las lumbres que de noche en tierra se usan, lámparas colgantes y antorchas claras de restallantes fulgores y cargadas de espesa resina, se apresuran de semejante modo a suministrar con la asistencia del fuego nueva luz que empuja a temblar en llamas a otra que a su vez empuja, y la luz, como entrecortada, va abandonando sus asientos: con tantas prisas todos los fuegos le aceleran su destrucción con el nacimiento acelerado de otra llama. Así por tanto hay que pensar que sol, luna y estrellas despiden luz tras un brote y otro luego, y que pierden siempre cada porción primera de llama, no vayas a creer acaso que libres de ultraje prosperan.

En fin, ¿no ves que también las piedras quedan por el tiempo derrotadas, que las altas torres se derrumban y se desmoronan los sillares, que santuarios y estatuas de dioses se cuartean fatigados y que ni la santa voluntad divina puede agrandar las lindes del destino ni hacer fuerza contra las leyes de la naturaleza? ¿No vemos, en fin, que sepulturas de personajes preguntan despedazadas hasta cuándo crees que ellas allí seguirán en adelante envejeciendo? ¿No vemos que se derrumban los peñascos arrancados de las altas montañas sin que sean capaces de aguantar y sufrir los embates de un periodo limitado? Porque no caerían arrancados de repente de ser unos que desde un tiempo ilimitado hubieran resistido todos los castigos de la edad sin quebranto.

En fin, mira ahora todo esto que en torno y por arriba encierra en su abrazo a la tierra[24]: si produce de sí mismo todas las cosas, como refieren algunos, y las recoge cuando mueren, es claro que ello está enteramente sometido a nacimiento siendo de cuerpo mortal; y es que lo que desde sí alimenta y hace crecer a otros seres debe menguar, y rehacerse cuando en sí los recibe.

No hay memoria de civilizaciones anteriores

Además, si ningún comienzo por generación tuvieron tierras y cielos y, como seres eternos, siempre estuvieron ahí, ¿por qué de antes de la guerra tebana[25] y los funerales de Troya[26] otros poetas no cantaron también otros sucesos? ¿Adónde tantas hazañas de guerreros vinieron a parar tantas veces sin que en ningún sitio estén sembrados en la memoria imperecedera de la fama ni florezcan? Pero, según es mi opinión, el conjunto viene a ser nuevo y la naturaleza del mundo es reciente sin que lejos se remonte su inicio; por eso, también, ciertas técnicas ahora se refinan, progresan ahora: hoy a las embarcaciones se les ha puesto muchos aditamentos, hace poco los instrumentistas han sacado melodiosos tonos, la naturaleza de las cosas, en fin, y esta teoría nuestra se descubrió en tiempos recientes, y yo he resultado ser precisamente el primero entre los primeros que acaso pueda traducirla a la lengua de mi nación[27]. Pues si acaso crees que

---

[24] Cf. II 901-998.

[25] Se alude a la campaña llamada de los Siete contra Tebas, que, aunque no tanto como la guerra troyana, ocupó mucho espacio en la leyenda griega.

[26] Aquí los entierros de tantos caudillos y sobre todo los de Patroclo y Héctor representan la vieja Guerra de Troya.

[27] Parece que otros antes que Lucrecio habían vulgarizado en latín escritos de Epicuro. Amafinio, Rubirio y Catio aparecen nombrados en los

antes de ahora hubo estas mismas cosas, pero que[28] perecieron generaciones de hombres por el calor ardiente o se derrumbaron sus ciudades en el desastre inmenso del mundo o con las lluvias continuas los ríos torrenciales se salieron por las tierras y anegaron las aldeas, forzoso es más todavía que te des por vencido y admitas que también llegará la destrucción de tierras y cielo; porque, cuando las cosas experimentaron tan grandes dolencias y tan grandes dificultades, si entonces les hubiera sobrevenido una causa más nociva, habrían sufrido gran desastre y general derrumbe; y no por otra razón parecemos ser mortales sino porque unos y otros enfermamos de las mismas dolencias que aquellos que naturaleza puso fuera de la vida.

Al mundo le faltan las condiciones para ser inmortal

Además, cuantas cosas como eternas perduran es forzoso o que, por ser de cuerpo macizo, rechacen los golpes y no permitan que les penetre nada que pueda por dentro desbaratar la trabazón de sus partes (tal es el caso de los cuerpos de materia, cuya naturaleza mostramos antes), o que puedan durar a través del tiempo todo justamente porque están libres de golpes (como pasa con el vacío, que permanece intocable ni de golpear sabe nada), o también porque ninguna cantidad de espacio las rodea adonde las cosas puedan de alguna manera retirarse y deshacerse (de este modo el conjunto de los

escritos de CICERÓN como introductores del epicureísmo en Roma (*Tusc.*, IV 3, 6; *Acad.*, I 2, 5 y *Cartas a los fam.* XV 16, 1 y 19, 1). Sin embargo, hay que señalar que el presentarse un autor como pionero en cuestión de forma o contenido poéticos es una convención literaria desde los alejandrinos. El lector romano la recibía, por tanto, como mera propaganda editorial.

[28] En este escueto «pero que» hay que entender «pero que se han olvidado porque».

conjuntos resulta eterno, sin que fuera de él haya ningún espacio adonde salten ni haya ningún cuerpo que pueda caerle encima y deshacerlas con recio golpe). Ahora bien, según he enseñado, ni la naturaleza del mundo viene a ser de cuerpo macizo, ya que hay mezclado en las cosas vacío, ni es sin embargo como el vacío, ni de otra parte faltan cuerpos que, surgiendo del infinito, tal vez puedan derribar en violento torbellino el conjunto de las cosas o acarrear cualquier otro crítico desastre, ni tampoco faltan las condiciones y el espacio de lugares profundos donde puedan estallar las murallas del mundo o puedan, empujadas por cualquier otra fuerza, destruirse. Así pues, no está cerrada la puerta de la muerte para el cielo, ni para el sol y la tierra, ni para las hondas aguas del mar, sino que está abierta y aguardando con descomunal e inabarcable bostezo. Por tanto, repito, por fuerza tendrás que admitir que también estas cosas dependen de un nacimiento; y es que, siendo como son de cuerpo mortal, no hubiesen podido desde un tiempo infinito hasta ahora desafiar los recios embates de un tiempo sin medida.

El conflicto entre las partes del mundo presagia su fin

En fin, puesto que los miembros mayores del mundo con tanto empeño luchan entre sí, lanzados a una guerra nada piadosa, ¿no ves que se les podrá conceder algún final en su larga batalla, digamos cuando el sol con todos sus ardores se beba todas las aguas y acabe triunfando? Eso es lo que pretenden hacer sin que todavía hayan logrado sus intentos: tan grande es el suministro de los ríos, y más allá desde el hondo abismo amenazan con inundarlo todo los mares; en vano, porque los vientos, barriéndolos con violencia, y el alto sol, repasándolos con sus rayos, achican los mares y confían en

poder secarlo todo antes de que el agua pueda alcanzar el final de su empresa. Alentando en igualada batalla guerra tan grande, luchan ⟨*con recio empuje*⟩ para dirimir graves asuntos, en tanto que una vez habrá quedado el fuego por encima y otra vez, según se cuenta, el agua habrá puesto su trono en los sembrados; pues el fuego quedó por encima a su vez y abrasó al rodear muchas partes alejadas de su senda, cuando el empuje raudo de los caballos del Sol arrastró a Faetonte en pleno cielo y por las tierras todas; pero, una vez que el padre todopoderoso, presa de amargo enfado, con el golpe repentino de su rayo echó al valeroso Faetonte de su carro al suelo y el Sol, saliendo al paso del caído, recogió la lámpara eterna del mundo, juntó y volvió a uncir los caballos que andaban acá y allá espantados, luego, manejando ya por su camino, rehizo todas las cosas, tal como, y bien se sabe, cantaron en Grecia los viejos poetas; eso queda muy lejos de una fundamentación real, pues el fuego puede vencer cuando del infinito se alzan muchos cuerpos de materia; después decaen sus fuerzas vencidas otra vez por alguna causa, o perecen las cosas requemadas por hálitos abrasadores. Asimismo el líquido en cierto momento empezó a alzarse e imponerse, según se cuenta, cuando anegó en las aguas a la humanidad viviente; luego que ya por alguna razón dio la vuelta y echó atrás todo aquel impulso brotado del infinito, cesaron las lluvias y menguó la fuerza del rayo.

Formación del mundo por agregados azarosos

Pero, por cuáles procedimientos aquel montón de materia llegó a cimentar cielo y tierra y las honduras del mar, los caminos del sol y la luna, punto por punto voy a exponerlo.

Porque, con certeza, ni a propósito los primordios de los seres se colocaron cada uno en su sitio previsoramente, ni

sin duda pactaron los movimientos que cada cual provoca; pero, puesto que muchos primordios de seres, de tantos modos empujados ya desde tiempo infinito por golpes y arrastrados por sus propias masas, constantemente se movían, se juntaban de muchos modos y así ensayaban todo aquello, fuera lo que fuera, que al agruparse entre sí pudieran crear, ocurre por eso que, repartidos a lo largo de un tiempo enorme, probando encuentros y movimientos de toda clase, al fin se reúnen aquellos que, juntados de repente, llegaron a ser muchas veces el comienzo de seres grandes, de la tierra, el mar y el cielo, de la raza de los vivientes.

Entonces no se podía divisar la rueda del sol con su luz generosa volando en las alturas, ni las estrellas del firmamento inmenso, ni mar, ni cielo, ni tierra, en fin, o aire, ni se dejaba ver ninguna cosa parecida a nuestras cosas, sino una suerte de tempestad en sus inicios y una masa que surge. Enseguida las partes empezaron a escapar, a juntarse las cosas iguales con las iguales y a repartir el mundo, a separar sus miembros y a ordenar sus partes mayores a partir de principios de toda clase (cuya disparidad se enredaba en guerras y alteraba los intervalos, trayectorias, enlaces, masas, golpes, encuentros, movimientos, en razón de sus formas desiguales y sus configuraciones variables, porque no todas las cosas podían así permanecer juntas, ni unas a otras imprimirse los movimientos adecuados), esto es, a separar del suelo el alto cielo y el mar de otro lado, para que se abriese con sus aguas lejos, y más allá también los fuegos del éter limpio y lejano.

Como que al principio los cuerpos de tierra cada uno, puesto que eran pesados y enredosos, marchaban juntos al centro e iban ocupando los asentamientos más bajos; aquellos, cuanto más enredosos en su marcha común resultaban, tanto más iban fraguando los que darían lugar al mar, las

estrellas, el sol, la luna y las murallas del mundo inmenso; pues todas estas cosas son más bien de simientes lisas y redondas y de elementos mucho más pequeños que la tierra. Y así, reventando por los dispersos agujeros en partes de tierra, primero se alzó el éter ignífero, y consigo se llevó en su ligereza muchos fuegos; no por razón muy distinta que como tantas veces lo vemos, cuando los dorados rayos mañaneros del sol radiante empiezan a enrojecer sobre las hierbas perladas de rocío, y lagos y ríos caudales despiden una neblina, y hasta la propia tierra en ocasiones parece humear, todo lo cual, cuando se reúne en la altura, espesando su masa, le teje nubes al cielo debajo; igualmente, pues, el liviano y expansivo éter entonces, espesando su masa, se echó en torno por doquier y levantó un cerco, y derramándose ampliamente en todas direcciones tomó así en un abrazo ansioso todas las otras cosas. Tras él vinieron los comienzos del sol y la luna, cuyos globos en el medio giran ambos por los aires, sin que la tierra se los asigne ni tampoco el éter con ser el más grande, porque ni eran tan pesados como para asentarse abajo, ni ligeros como para resbalar por las regiones más altas; y sin embargo en el medio están ambos de modo que como cuerpos vivientes se desenvuelva y que vengan a ser partes del mundo entero, a la manera que en nosotros es posible que ciertos miembros se queden quietos en sus puestos aunque ahí estén otros que se mueven. Así pues, una vez que estas cosas se recogieron en su sitio, de repente la tierra, por donde ahora se extiende la azul región del mar que es la mayor, se rehúnde, y en el salado abismo quedó sumida y anegada; al paso de los días, cuanto más el calor del éter en torno y los rayos del sol apretaban por doquier la tierra, que ante tan repetidos ataques acordó ella un último recurso, de modo que, empujada hacia su propio centro y espesada, allí se juntara, tanto más la salada exudación salida de su cuerpo acrecentaba con su manar

los mares y llanos inundados, y tanto más, deslizándose hacia fuera, volaban muchos cuerpos de vapor y aire, y adensaban lejos del suelo las relucientes bóvedas del alto cielo; se asentaban los llanos, crecían las cuestas de las altas sierras; y es que no podían por igual afirmarse las rocas ni todas las partes en igual proporción depositarse.

De esta manera, pues, el cuerpo de la tierra, espesando su masa, se detuvo y algo así como el fango todo del mundo fue decantándose por propio peso hacia lo más bajo, y se asentó en el fondo como la hez; por eso el mar, por eso el aire, por eso el éter ignífero también, con cuerpos traslúcidos, quedaron todos limpios y ligeros más unos que otros; y el éter, el más traslúcido y ligero, se derrama sobre las alturas del aire sin mezclar su cuerpo traslúcido con brisas de aire alborotadoras; deja que todas estas cosas rueden en violentos torbellinos, deja que alboroten con sus tempestades impredecibles; él en cambio arrastra sus luminarias deslizándose con predecible impulso; pues que a compás y con un solo intento puede correr el éter lo deja ver que al Mar Negro las aguas le corren según mareas previsibles, manteniendo ellas una pauta constante en sus deslizamientos.

El movimiento de los astros

Cantemos ahora cuál es la causa de moverse los astros[29]. Para empezar, si gira la gran rueda del cielo, tenemos que decir que por una y otra parte de los polos lo aprieta aire y desde fuera entre ambos lo sujeta y cierra, que de allí uno corre por encima y se diri-

[29] Las cuestiones de astronomía las trata EPICURO sobre todo en la *Carta a Pitocles* 88-98. Su actitud ante el tema es palmaria en *Opiniones principales* 11: «Si no estuviéramos atormentados por el terror que nos inspiran los fenómenos celestes [...], no tendríamos necesidad de estudiar la naturaleza».

ge adonde ves rielar las estrellas de este firmamento giratorio, y otro por debajo para poder acarrear la rueda al revés, tal como vemos que los ríos hacen girar ruedas y cangilones. Es posible también que el cielo se quede todo en su sitio, a pesar de que, mientras, las constelaciones se estén desplazando, ya porque estén allí encerradas llamas de raudo éter y buscando su camino van dando vueltas y acá y allá por las nocturnales regiones del cielo hacen girar los fuegos, ya sea que el aire, corriendo de algún otro sitio desde fuera, arrastra y hace dar vueltas a los fuegos, ya sea que ellos por su cuenta son capaces de deslizarse adonde su cebo convoca e invita a cada uno cuando paciendo cuerpos de llama acá y allá por el cielo se desplaza.

En efecto, es difícil establecer con seguridad qué es lo que ocurre con ellos en este mundo; pero lo que puede ocurrir y ocurre a través del todo en los diversos mundos formados de diverso modo, eso aquí lo muestro y sigo adelante estableciendo muchas explicaciones[30] que a través del todo puede haber para los movimientos de los astros; una de ellas, sin embargo, es forzoso que sea también la causa destacada para que este movimiento domine; pero determinar cuál de ellas es no corresponde a quien avanza paso a paso.

Otros fenómenos celestes: la sustentación de la tierra

Y para que la tierra descanse en la región central del mundo, conviene que poco a poco disminuya y desaparezca su peso, y que tenga debajo otra naturaleza asociada desde el comienzo del tiempo y unitariamente pegada a las partes aéreas del mundo en las que vive metida: por eso no es ella una carga ni aplasta los aires, tal como a un hombre nada le pesan sus propios

[30] Principio metodológico de las explicaciones múltiples (más claramente formulado en VI 703-711; véase allí nuestra nota).

miembros, que la cabeza no es una carga para el cuello, ni tan siquiera sentimos que la masa toda del cuerpo descargue sobre nuestros pies; en cambio cualquier peso que nos llega de fuera y nos lo echan encima, nos lastima, por más pequeño que muchas veces sea: hasta tal punto importa qué es lo que cada cosa afronta; de este modo, por tanto, la tierra no ha llegado como ajena de repente ni desde otro sitio ha quedado puesta ante las brisas como ajenas a ella, sino que se nos aparece concebida desde el primer instante del mundo y, siendo una parte determinada de él, algo así como para nosotros uno de nuestros miembros.

Además, sacudida por gran trueno de repente, la tierra sacude en un vaivén cuantas cosas sobre ella hay; eso no podría hacerlo de ninguna manera si no estuviera bien amarrada a las partes del mundo aéreo y al cielo, pues entre sí se sujetan con raíces compartidas, desde el comienzo del tiempo andan juntas y en unión han crecido.

¿No ves también con qué peso tan grande a nuestro cuerpo lo sostiene la fuerza sutilísima del alma, justamente porque con él está tan junta y en unión ensamblada? Y en definitiva, el alzar el cuerpo en ágil salto ¿quién puede hacerlo si no es la fuerza del alma que pilota el cuerpo? ¿Ves ahora cuánto puede alcanzar una naturaleza sutil cuando se junta con un cuerpo pesado, tal como el aire se junta con la tierra y en nosotros la fuerza de la mente?

Tamaño del sol y la luna

Y la rueda del sol no puede ser ni mucho mayor ni más pequeña de lo que a nuestros sentidos se lo parece[31];

[31] Doctrina derivada de EPICURO, *Carta a Pitocles* 91. Antes Heráclito, no sabemos si de veras, sostuvo que el sol medía un pie de ancho (B3 DK). Epicuro extremó aquí su sensualismo (hasta caer en error notorio) quizá

porque, desde cualquier distancia que los fuegos[32] puedan 565
añadir lumbre y sobre nuestras carnes soplar caliente vaho,
la fuerza de la distancia no los va despojando de sus llamas,
en nada el fuego aparece a la vista achicado, según nos llega
hasta los sentidos y nuestro entorno resplandece; por eso, ya 570
que el calor del sol y su luz derramada llegan hasta nuestros 573
sentidos y acarician nuestras carnes, desde aquí deben tam-
bién dejarse ver la forma del sol y su textura, de tal manera 571
que no podrías añadirles más o menos, realmente. Y la luna,
sea que se desplace iluminando nuestro entorno con luz bas-
tarda, sea que de su propio cuerpo arroje luz peculiar, sea 575
como sea, en modo alguno se desplaza siendo de figura ma-
yor que la a nuestros ojos le parece que es con la que la ve-
mos. Porque todas las cosas que vemos muy alejadas a tra-
vés de mucho aire aparecen borrosas a la vista antes que 580
achicadas por el borde; por tanto la luna, toda vez que ofre-
ce una visión clara y una figura definida, es forzoso que tal
como queda marcada en sus bordes todos, sea ella lo grande
que sea, desde aquí se vea en las alturas. Por último, cada
uno de los fuegos del éter que desde aquí ves, puesto que 585
cada uno de los fuegos que en el suelo contemplamos, mien-
tras su temblor y llama se ven claros, muy poco si acaso a
veces parecen mudar hacia una u otra parte su borde según
estén más lejos, cabe suponer lo poco menores que son aque- 589
llos otros o en qué porción tan pequeña y escasa resultan

---

para empequeñecer a los astros y quitar razones a sus adoradores. Según E. Valentí la desconcertante afirmación se debe a que «en una cosmología que admitía la pluralidad de los mundos, cada uno de éstos había de ser de dimensiones relativamente reducidas» *(not. ad. loc.)*.

[32] Lucrecio se aprovecha de que *ignes* es nombre que cuadra tanto a los fuegos como a los astros. E. Valentí interpreta el vocablo como «foco».

595 mayores, y que todo lo grande que son, así poco más o me-
nos desde aquí se ven[33].

La luz y el calor del sol

No hay que extrañarse tampoco de
590 cómo ese sol tan chiquito es capaz de
despedir una luz tan inmensa que al
desparramarse llena mares y tierras to-
das y cielo, y todo lo inunda de ca-
593 liente vaho; porque es posible que esa única fuente abierta
597 del mundo entero rebose en generoso chorro y que la luz
brote de ella, a la que de tal manera desde todas las partes
del mundo le llegan elementos de calor y de tal manera con-
600 fluye el encuentro de ellos que desde allí de un solo mana-
dero el calor surte adelante: ¿no ves también qué prados tan
extensos riega un pequeño manantial de agua que hacia los
campos a veces se derrama? Es posible además que a partir
de un fuego no grande del sol el calor prenda con sus ar-
dientes fervores en el aire, si a la sazón el aire está hasta tal
605 punto abierto y bien dispuesto que sea posible que con pe-
queños calores se inflame, tal como vemos a veces que de
una sola chispa acá les sobrevienen incendios a sembrados
enteros y rastrojo. Quizá también el sol, alumbrando en las
alturas con su lámpara rosada, encierre alrededor mucho
610 fuego en ocultas hogueras sin que lo deje ver por resplandor

[33] Glosamos así este pasaje algo confuso: «Los astros visibles se nos aparecen poco más o menos como son, ya que los fuegos que vemos abajo en la tierra, mientras conservan su fuerza y están vivos, ofrecen un perfil o silueta uniforme sin que los bordes se achiquen o agranden al alejarse o acercarse el observador». El razonamiento lucreciano, oscuro por culpa de ciertos estragos en la transmisión textual, sólo resulta aceptable si la fuente de luz es muy potente y el alejamiento del observador es moderado.

ninguno, de modo que no haga más que incrementar el calorífico impulso de los rayos.

Las órbitas de los astros

Y ni es sencillo ni sin retorcimiento se nos ofrece explicar sobre el sol de qué manera desde las regiones veraniegas de Capricornio va doblando su rumbo de invierno y, regresando de ahí, cómo da la vuelta hacia las metas solsticiales de Cáncer, mientras la luna parece recorrer en meses un espacio para el que el sol en su carrera gasta de tiempo un año. No fue sencillo, repito, dar la razón de estas cosas; y es que antes que nada parece que acaso sucede aquello que establece la opinión venerable del gran Demócrito[34]: que cuanto más cerca de la tierra esté cada astro, tanto menos el remolino del cielo sería capaz de arrastrarlo; que es que hacia abajo sus raudos y violentos impulsos menguan y desaparecen, y que por tanto el sol se va quedando poco a poco entonces atrasado frente a las constelaciones más ligeras (porque está mucho más abajo que esas constelaciones ardientes), y más la luna que aquel, que cuanto más su recorrido se achanta y aparta lejos del cielo, y al suelo se acerca, tanto menos es capaz de proseguir su camino al mismo paso que las constelaciones. Cuanto más flojo que el sol es aquí también el remolino que arrastra a la de más abajo, con tanta mayor presteza las constelaciones todas la alcanzan y más allá que ella en torno se desplazan; por eso justamente ocurre que la luna parece regresar más rápido a cada constelación, porque las constelaciones de nuevo la alcanzan. Ocurre también que

[34] Lucrecio ya nombró con reverencia a Demócrito en III 371, 1039. El poema latino documenta por única vez esta idea del filósofo griego (68 A88 DK).

desde los costados del mundo el aire puede correr en una u otra dirección según épocas determinadas, hay uno que es capaz de echar el sol a empujones de las constelaciones veraniegas a los tumbos del invierno con sus fríos y rigores, y otro que lo expulsa de las heladas sombras del invierno hacia sitios caloríficos y constelaciones de verano; y de igual manera hay que pensar que la luna y las estrellas, que con sus grandes vueltas van trazando los grandes años[35], pueden marchar de un lado o de otro por mor de los aires: ¿no ves también que por mor de vientos encontrados las nubes marchan con rumbos encontrados, las de arriba al revés que las de abajo? ¿Por qué no iban a poder los astros, a través de las grandes ruedas del éter, dejarse llevar por marejadas opuestas unas a las otras?

El día y la noche

De otra parte la noche cubre de inmensa tiniebla las tierras, sea cuando tras su largo recorrido el sol empuja los cabos del cielo y, mortecino, termina de exhalar sus fuegos gastados del camino y debilitados por el mucho aire, sea porque lo obliga a seguir bajo tierra su camino de vuelta la misma fuerza que por encima de las tierras va arrastrando al orbe.

---

[35] Estos «grandes años» pueden aplicarse tanto al tiempo que tardan los planetas en regresar bajo los mismos signos zodiacales (Saturno y Júpiter lo hacen en decenas o cientos de años terrestres) como al tiempo general que emplean todos los planetas, con el sol y la luna incluídos, en regresar a la misma posición que en un momento dado tenían en el cielo (PLATÓN, *Timeo* 39d). Sin embargo, como advierte C. D. N. COSTA *(Lucretius..., com. ad loc.)*, este segundo concepto, por sus implicaciones astrológicas y místicas, parece ajeno a la mentalidad epicúrea.

A una hora asimismo establecida reparte Matuta[36] el alba rosada por las riberas del éter y abre luces, sea porque aquel mismo sol al regresar de bajo tierra alcance ya el cielo y con sus rayos intente inflamarlo, sea porque se reúnan fuegos y por costumbre confluyan a hora establecida muchas simientes de calor, que hacen que las candelas del sol renazcan siempre nuevas: tal como cuentan que desde las altas sierras del Ida se ven al despuntar el alba unas luces dispersas, que luego se juntan como en bola y forman una esfera[37].

Y sin embargo en este punto no debe causar extrañeza el que las simientes de fuego puedan confluir a horas tan fijas y rehacer el brillo del sol; muchas cosas vemos, pues, que suceden a hora fija en todas partes: florecen en determinada estación las plantas y en determinada estación pierden la flor, y a edad no menos fija manda el tiempo que los dientes caigan o que el raso pubis se vista de suave vello y a la vez de las mejillas caiga barba suave; los rayos, en fin, la nieve, las lluvias, los nublados, los vientos se presentan en partes del año que poco tienen de inciertas; porque es que, cuando así fueron los inicios primeros de las causas y así vinieron a ser las cosas del mundo desde su origen primero, también las consecuencias de las cosas marchan según un orden establecido.

---

[36] Antigua diosa itálica del amanecer, identificada a menudo con la griega Ino o Leucótea *(cf.* Ovidio, *Fastos* VI 479-545).

[37] La historia de estos espectaculares amaneceres vistos en el monte Ida de Frigia deriva tal vez de viajeros muy antiguos que pensaban que allá estaba el borde oriental de la tierra. Hay relatos parecidos en Diodoro Sículo (XVII 7, 5-7), Pomponio Mela *(De situ orbis* I 18, 94-5). Eurípides *(Troyanas* 1066-70) hace referencia al mismo fenómeno. (Según A. Ernout-L. Robin y C. D. N. Costa, *com. ad loc.).*

Es posible asimismo que vayan creciendo los días y encogiendo las noches, o que disminuya la claridad al tiempo que la oscuridad gana incremento, sea porque el sol, discurriendo en desiguales vaivenes lo mismo bajo el suelo que arriba, cruza las riberas del éter y divide el orbe en partes no iguales, y lo que a una y otra parte ha quitado, tanto y más repone en su parte contraria al volver, hasta que llega a esa constelación celeste donde la coyuntura del año[38] iguala las noches oscuras con los días (pues en la mitad de su recorrido el soplo del aquilón y del austro, igualando diferencias, detiene el cielo junto a los mojones que habrán de detener el firmamento entero de las estrellas, donde el sol fragua al deslizarse las estaciones del año, repasando con su luz sesgada tierra y cielo, según afirma la explicación de quienes dejaron marcados todos los sitios del cielo con el orden de las constelaciones[39]), sea porque es más espeso en ciertas partes el aire (junto al suelo por eso vacila temblorosa la corona del astro, que no puede sin dificultad hundirse o en su amanecer salir a flote; por eso en época de invierno las noches se alargan como detenidas hasta que llega la enseña radiante del día), sea también que, ya que así en las alternativas del año tienen por costumbre confluir más lentos o más rápidos los fuegos que hacen que el sol se levante desde una determinada parte; por ello justamente sucede que al parecer dicen verdad ⟨*quienes afirman que la luz del sol renace siempre nueva*⟩.

[38] Técnicamente esta coyuntura del año *(anni nodus)* se define como la intersección de la eclíptica con el ecuador celeste en los equinoccios.

[39] Catálogos de constelaciones o estrellas se publicaron en Grecia desde el s. V a. C. Vitrubio *(Arquitectura* IX 5, 4) atribuye uno a Demócrito, aunque el primer intento serio (con indicación de las distancias de las estrellas a los polos) sería el del astrónomo Hiparco (s. II a. C.).

La luna y sus fases

La luna puede brillar azotada por los rayos del sol e ir volviendo cada día más lo iluminado hacia nuestra vista, tanto como del globo solar se aleja, hasta que frente a él resplandece plenamente iluminada y al salir ve el ocaso de aquel alzada en las alturas, desde donde poco a poco debe guardar atrás su luz igualmente cuanto más cerca ya del fuego solar se deslice desde la otra parte de las constelaciones a través del orbe, como establecen quienes imaginan que la luna es semejante a una pelota y que sigue en su marcha un camino por debajo del sol. Hay también razón[40] para que ella pueda rodar con luz propia y presentar sus cambiantes figuras luminosas: es en efecto posible que haya otro cuerpo que se traslada y a la vez se desliza estorbándola y oscureciéndola de todas las maneras, sin que se deje ver, porque se desplaza desprovisto de luz. Y puede girar acaso como la esfera de una pelota teñida en su mitad de clara luz y al girar la esfera producir las cambiantes figuras, hasta que voltea esa parte cualquiera que la luz engrandece hacia nuestra vista y atentas miradas, y después de ello poco a poco tuerce hacia atrás y esconde la parte luminosa de la bola o pelota, tal como las enseñanzas de babilonios y caldeos[41] pretenden refutar la ciencia de los astrónomos y rectificarla en sentido contrario, por eso de

---

[40] El principio metodológico de la pluralidad de explicaciones *(vid.* IV 500-506; V 526-533; VI 703-711) se aplica aquí para extraviarse en una hipótesis falsa.

[41] C. Bailey *(com. ad loc.)* refiere estas palabras al astrónomo Beroso *(fl. ca.* 290 a. C.), sacerdote de Baal y autor de una historia de Babilonia *(Babyloniaca)* donde se trasmite a Grecia parte del saber astronómico de la antigua Mesopotamia. Su particular opinión sobre la luna la recoge Vitrubio: «Beroso, que siendo ciudadano u oriundo de Caldea, pasó al Asia y reveló la ciencia caldaica, defendió que la ⟨luna⟩ era una bola brillante en su mitad y de color oscuro en el resto» *(Arquitectura* IX 2, 1).

que en cierto modo no pueda suceder lo uno y lo otro si entre sí se oponen, o valga menos esto que lo otro para que por uno al fin te decidas. En fin, por qué no podría formarse una luna constantemente renovada según un orden determinado de formas y según determinadas configuraciones y cada día se aborte cada una que se crió y otra se reponga en la posición y espacio de aquella, es difícil mostrarlo razonadamente y decirlo con palabras convincentes, siendo así que yo defiendo que tantas cosas se producen según un orden determinado: llega la primavera y Venus, y el alado heraldo de Venus marcha en cabeza tras los pasos de Céfiro[42], para quienes la madre Flora siembra delante el camino y lo llena todo de exquisitos colores y perfumes; sigue detrás el reseco calor y con él la polvorienta Ceres[43] y las rachas abrasadoras[44] de los Aquilones[45]; luego se presenta el otoño, marcha a su lado Baco con su 'evohé'[46]; luego siguen otras tempestades y vientos, el resonante Volturno[47] y el Austro[48] de rayos abastecido; al final los fríos traen nieves y el invierno barre el hielo entumecedor; sigue el Cierzo[49] castañeteando los dientes de frío; tanto menos es de extrañar si la luna a

[42] Suave y fresco viento de poniente.

[43] Aquí como diosa del grano.

[44] «Rachas» = *etesia*. Lucrecio emplea el término en sentido genérico, aunque propiamente los etesios (cuyo nombre griego quiere decir 'anuales') son vientos del norte dominantes en el Mediterráneo en pleno verano.

[45] Vientos del norte.

[46] Grito ritual que se daba en las fiestas y ceremonias dedicadas al dios del vino.

[47] Cálido viento del sudeste, como nuestro solano o levante.

[48] Viento del sur.

[49] Una conjetura de A. García Calvo pone aquí el viento Trascias (en su forma similar latina *Thrax*), que soplaba del noroeste y era propio del invierno.

tiempo fijo se regenera y a tiempo fijo a su vez se destruye, siendo así que tantas cosas pueden hacerse a tiempo fijo.

Los eclipses

Asimismo los eclipses de sol también y las ocultaciones de la luna debes creer que pueden suceder por muchas causas; pues ¿por qué la luna podría tener a la tierra apartada sin luz tras de sí y taparle a ella el manantial que sobre el suelo se eleva, echando su oscura rueda por delante de los ardientes rayos, y al mismo tiempo no se piensa que otro cuerpo pueda hacerlo, porque se desliza siempre desprovisto de luz? ¿Y por qué además el sol mortecino no puede en determinado momento despedir su fuego y reponer su luz, cuando cruza por los aires parajes hostiles a sus llamas, que hacen que a trechos se apaguen y mueran sus fuegos? ¿Y por qué la tierra podría a su vez despojar de luz a la luna y sin más tenerle tapado el sol allá arriba, mientras cada mes ella pasa rozando las rectas sombras del cono, y al mismo tiempo no va a poder discurrir bajo la luna o deslizarse sobre la rueda del sol otro cuerpo que corte sus rayos y el chorro de luz? Y, sin embargo, si la luna ella sola reluce con brillo propio, ¿por qué no podría debilitarse en determinada parte del firmamento, mientras cruza por parajes hostiles a su propia luz, mientras cada mes ella pasa rozando las rectas sombras del cono?

Vuelta a la tierra y sus criaturas

Y ahora tenemos que, una vez que he desvelado la razón por la que acaso a través del azul inmenso del cielo sucede cada cosa, de modo que podamos conocer qué fuerza y causa empujan la carrera mudable del sol y los pasos de la luna o

cómo al enturbiarse su luz hacen amagos de morir y cubrir de tinieblas las tierras sorprendidas, cuando por así decirlo parpadean pero al punto abren los ojos y contemplan todos los lugares iluminados de brillo esplendoroso, vuelvo ahora al nacimiento del mundo y qué creo que primero los campos tiernos de la tierra levantan como fruto inicial a las orillas de la luz y lo entregan a los vientos inseguros.

Las plantas

En el principio la tierra produjo la raza de las plantas y su verde esplendor sobre los cerros, y a través de los llanos todos brillaron los prados floridos con su tinte de verdura, y luego se les encomendó a los árboles variopintos la gran carrera de crecer a rienda suelta por los aires: tal como al principio plumas y pelos y cerdas se formaron en las carnes de los cuadrúpedos y en el cuerpo de los alados, así entonces la tierra primitiva empezó por levantar hierbas y matorrales; inmediatamente formó las generaciones mortales surgidas muchas de muchas maneras con cambiante fundamento; porque ni pueden los animales haber caído del cielo ni viviendo en tierra haber salido de las charcas salobres. Resulta que con razón la tierra se ha ganado el nombre de madre, ya que de la tierra todo se ha criado; muchos animales todavía ahora salen de las tierras fraguados por las lluvias y el vaho caliente del sol; menos extraño resulta si entonces nacieron más y mayores siendo nueva la tierra y ya madura de cielo.

En el principio la raza de los alados y las variopintas aves dejaban huevos que la estación primaveral abría, tal como ahora las cigarras en verano dejan a voluntad las torneadas camisas en busca de su vivir y su sustento.

Tienes que entonces la tierra produjo por vez primera generaciones mortales; y es que sobraba mucho calor y humedad en los sembrados: en eso, cuando un territorio particular se mostraba propicio, crecían matrices sujetas a tierra por unas raíces, y cuando en el momento de la maduración el acaloramiento de las criaturas las abría para escapar de la humedad y buscar el aire, arreglaba para ello la naturaleza allí los boquetes de la tierra y hacía que destilaran por sus venas abiertas un jugo semejante a leche, como en el caso ahora de la mujer que, cuando ha parido, se llena de sabrosa leche, porque todo ese impulso alimenticio se le vuelve a las ubres.

La tierra proporcionaba alimento a los pequeños, el calor vestido, la hierba, con su mucha y tierna hojarasca, cama. De otra parte los comienzos del mundo no provocaban fríos rigurosos ni calores excesivos ni vientos de fuerza demasiada: todas las cosas, en efecto, mesuradamente crecen y se van robusteciendo.

Por ello, otra vez lo digo, la tierra con razón sigue teniendo el nombre de madre que se ganó, porque ella sola crió la raza humana y alumbró casi a tiempo justo la de los animales, que acá y allá corre y salta toda ella por las altas sierras, y las aves del aire a la vez con sus variopintas figuras.

Pero, como en el parir debe haber un final, cesó como mujer cansada por el largo recorrido de sus años. Porque el tiempo cambia la naturaleza del mundo entero y un estado a partir de otro debe acoger a las cosas todas, sin que ninguna siga siendo semejante a sí misma: todas se van, todas las intercambia naturaleza y las fuerza a mudar; porque es que una se pudre y desfallece debilitada por el tiempo, y otra más allá crece al instante y de los desperdicios se levanta. De esta manera, pues, el tiempo cambia la naturaleza del mundo entero y a partir de un estado otro acoge a la tierra,

de modo que no sea capaz ya de lo que pudo y pueda lo que antes no aguantaba.

Animales y monstruos

Muchos portentos también, nacidos con caras y cuerpos espantosos, probó entonces a formar la tierra: marimachos que lo uno y lo otro eran y no eran, grupos carentes de pies, otros desprovistos de manos, incluso mudos y sin bocas se hallaron, ciegos y sin caras, inmóviles y con los miembros todos pegados al cuerpo de un modo que no podían emprender nada ni caminar a ningún sitio, ni evitar el daño ni alcanzar lo que su provecho pedía, y de esta clase otros monstruos y portentos formaba; en vano, porque la naturaleza cortó espantada su desarrollo sin que pudieran alcanzar el ansiado florecer de sus vidas ni hallar alimento ni juntarse para engendrar[50]. Muchas cosas vemos, en efecto, que deben reunirse para que se puedan multiplicar y prolongar las generaciones: que haya primeramente alimento; que haya luego por donde las simientes engendradoras en el cuerpo puedan manar de miembros relajados; que, a fin de que la hembra pueda ayuntarse con el macho, tengan uno y otro con qué granjearse deleites compartidos[51].

[50] La teoría que aquí expone Lucrecio es una suerte de evolucionismo fijista y negativo, esto es, afirma que en cierto momento hay un repertorio cerrado de formas posibles y se van perdiendo poco a poco las inútiles (para los darwinistas, en cambio, el azar construye los seres vivos seleccionando y elimiando a los que presentan pequeñas desviaciones provechosas o nocivas). *Vid.* P. H. Schrijvers «La pensée de Lucrèce sur l'origine de la vie *(De rerum natura* 5, 780-820)», *Mnemosyne* 27 (1974), 245-261; J. H, Waszink, «La création des animaux dans Lucrèce», *Revue Belge de Philol. et d'Hist.* 42 (1964), 48-56.

[51] Según la explicación de Lucrecio, el andrógino es un ser deficiente, en tanto que el Aristófanes del *Banquete* platónico lo tiene por perfec-

Muchas generaciones de animales entonces tuvieron por fuerza que perecer sin que pudieran multiplicar ni prolongar su descendencia; porque, de todos y cada uno de los que ves tomar soplos de vida, o la astucia o el arrojo o la agilidad, en fin, desde sus días primeros cuidó y puso a resguardo su linaje, y muchos hay que, porque nos dan provecho, los seguimos aceptando y manteniendo bajo nuestra protección; en un principio a la arisca raza de los leones y sus fieras camadas las protegió su valentía, a las zorras su astucia y a los ciervos sus escapadas; en cambio los perros de entrañas insomnes y corazón leal, y la raza toda que nació de simiente de acémilas y también los rebaños lanudos y manadas vacunas, todos quedaron puestos al cuidado del hombre, Memio; porque con muchas ganas huyeron de las fieras y buscaron la paz y generosos pastos logrados sin su esfuerzo, que por el provecho que nos granjean les damos como premio. En cambio aquellos a los que la naturaleza no les dio nada de esto ni para que pudieran vivir por cuenta propia o proporcionarnos algún provecho para que admitiéramos que su raza se alimente con muestra ayuda y esté segura, es claro que éstos quedaban abandonados como presa y ganancia de otros, todos trabados en los lazos de su propio destino, hasta que la naturaleza completó la extinción de tal raza.

Pero ni hubo centauros[52] ni en ningún tiempo los puede haber, una posibilidad acá y allá armada con miembros extraños, de naturaleza doble y cuerpo en dos partido, que no cabe

---

to. Compara todo este pasaje con las teorías sobre monstruos de otros escritores antiguos P. H. Schrijvers, «Un chapitre de l'histoire de l'humanité», en G. Giannantoni, M. Gigante, *Epicureismo...*, vol. II, págs. 841-850.

[52] *Cf.* IV 732-744. Empédocles (B 61 DK) puso a engendros de buey con cara de hombres *(bougenê andróprōira)* entre los primeros seres de la tierra. Cit. por C. D. N. Costa, *com. ad loc.*

que lo igual a lo igual le baste[53]; esto puede comprenderlo la mente más cerrada a partir de lo siguiente: en principio, el brioso caballo madura una vez pasados alrededor de tres años; no así el niño, pues todavía entonces buscará entre sueños los pezones de la teta gustosos; luego, cuando en edad de vejez las fuerzas poderosas le fallan al caballo y a sus miembros ya flojos en el final de su vida, entonces, al alcanzar por fin el niño la flor de la edad, la juventud le mancha y viste de suave vello las mejillas, no vayas a creer que de un hombre y de la simiente acemilar de los caballos pueden sacarse ni haber centauros, o que hay Escilas ceñidas de perros voraces, con medio cuerpo de pescado, y otros monstruos parecidos, cuyos miembros vemos que entre sí discrepan, pues a la par no florecen ellos ni las fuerzas a sus cuerpos les llegan, o les escapan en tiempos de la vejez, no se enardecen lo mismo para procrear ni en unos mismos usos se juntan ni para sus cuerpos les agradan las mismas cosas: es posible observar, ya se sabe, que el chivo barbado a menudo engorda con la cicuta, que para el hombre es un fuerte veneno; desde luego si el fuego, en fin, suele tostar y quemar así las carnes rubias del león como las de cualquier especie que con vísceras y carne sobre el suelo se alce, ¿cómo pudo ser que la Quimera[54], siendo una sola y con tres cuerpos, por delante león, por detrás serpiente y en medio ella misma[55], soplase a boca llena una llama procedente de su cuerpo?

[53] Este pasaje del v. 881 es ininteligible tal como lo transmiten los manuscritos: *paruis ut non sat pars* (Q), *paruis ut non sit pars* (O). Los editores lo han arreglado de diverso modo (*partis ut sat par*, J. Martin). A. García Calvo lo edita con dos leves modificaciones: *paris ut non sat par*. La puntuación peculiar suya puede el lector deducirla de nuestra versión.

[54] Esta fiera heterogénea ya salió en II 705 (véase allí la nota correspondiente).

[55] Esto es, 'cabra', que es lo que quiere decir el término (véase la nota a II 705). Lucrecio, como se ve, supone que su lector está puesto en la lengua griega.

Por eso también, en la tierra originaria y el cielo primitivo, quien, apoyándose tan sólo en ese título vacío de 'los comienzos', imagina que tales animales se pudieron engendrar, tiene licencia para ir soltando por su boca mil cosas de modo semejante: que diga que entonces ríos de oro corrían acá y allá por los campos, y las plantas por flores solían echar joyas, o que el hombre tenía de nacimiento tanta agilidad en sus miembros que podía a impulso de sus pies saltar hondos mares y con sus brazos voltear en torno a sí el cielo entero; porque el hecho de que hubiera en los suelos muchas simientes de seres al tiempo que la tierra empezaba a desparramar seres vivos, no es indicio sin más de que pudieran formarse bestias con mezcla de dos y ensamblando miembros de animales (además, cualquier género de hierbas salidas de la tierra que todavía ahora se dé en abundancia, y trigos y frutales lozanos, no pueden pese a todo criarse cruzándose unos con otros), sino que cada cual sigue su propia norma y todos, en alianza firme con la naturaleza, mantienen sus diferencias.

La raza humana

Y aquel linaje de hombres[56] fue sobre los campos muy duro, como correspondía si la dura tierra lo había formado, armado por dentro con huesos mayores y más sólidos, trabado en las entrañas con recios tendones, que no se dejaba afectar sin más por el calor o el frío, ni tampoco por la novedad de los alimentos ni por achaque del cuerpo ninguno. Durante

[56] Reseñamos aquí dos trabajos sobre este punto tan crucial del origen y evolución de la cultura: D. J. FURLEY, «Lucretius the Epicurean. On the History of Man», en O. GIGON (ed.), *Lucrèce,* Ginebra, 1978, págs. 1-27; B. MANUWALD, *Der Aufbau der lukrezischen Kulturentstehungslehre (De rerum natura 5,925-1457),* Mainz-Wiesbaden, 1980.

muchos lustros marcados por las tornas del sol llevaban sus vidas en el estilo errabundo de las bestias; ni el robusto gañán manejaba el corvo arado ni nadie sabía ablandar los campos con el hierro ni enterrar retoños nuevos en el suelo ni en árbol recrecido desbastar viejas ramas con la azuela: lo que el sol y las lluvias producían, lo que la tierra por propia cuenta criaba, tales regalos apaciguaban sus corazones; entre encinas belloteras se ocupaban del sustento casi siempre, y esos arbustos[57] que ahora en tiempo de invierno ves que maduran con el color de la granada, la tierra los criaba entonces más e incluso mayores; muchos otros duros alimentos produjo de sobra entonces la floración primera del mundo para los pobres mortales. De otra parte, ríos y fuentes invitaban a calmar la sed, como ahora de las serranías inmensas la bajada de las aguas convoca a escondidas y de lejos a razas de fieras sedientas; por último, en su vagabundeo conocían y frecuentaban en los bosques santuarios de ninfas, de donde sabían que al correr del agua la resbalosa cueva en generoso chorro lavaba sus ondas sobre rocas humedecidas rezumantes de verde musgo, y que otras[58] rompían y brotaban en campo llano. Y no sabían de momento manejar el fuego para ninguna cosa ni valerse de pieles y revestir sus cuerpos con despojos de fieras, sino que vivían en el matorral y en hoyos de montes y bosques, y entre pencas escondían sus cuerpos maltrechos cuando tenían que librarse de las lluvias y el azote de los vientos. No eran capaces tampoco de atender al bien común ni de acordar entre ellos usos y leyes: la presa que el azar a cada uno le ofrecía, cada uno la tomaba, sabiendo bien valerse y vivir por cuenta propia. Y el amor en los bosques ayuntaba los cuerpos de

[57] El madroño.

[58] Ninfas o fuentes.

los enamorados; pues los arreglaba sea el deseo por uno y
otro compartido, sea la fuerza bruta del varón y su pasión
desenfrenada, sea el pago de unas bellotas y madroños o de
unas peras escogidas. Y, confiados en la rara fuerza de sus 965
pies y manos, perseguían ralea de fieras por los bosques con 967
piedras arrojadizas y trancas de mucho peso; a muchas fie- 975
ras les ganaban, de unas pocas se resguardaban en sus es-
condrijos. Igual que los jabalíes cerdosos echaban al suelo 968
en el bosque sus cuerpos desnudos, cuando la noche les sor-
prendía, arrebujándose entre frondas y matas; y, asustados, 970
no se ponían a buscar con fuertes alaridos la luz y el sol por
los campos[59], vagando en las tinieblas de la noche, sino que
aguardaban silenciosos y sepultados en el sueño hasta que el 974
sol con su antorcha rosada hiciera luz en el cielo; y es que 976
como habían estado viendo siempre desde chicos eso de
que luz y oscuridad llegan una tras otra en su momento, no
cabía que acaso se espantaran jamás de que así fuera, ni que
recelaran de que una noche inacabable se hubiera adueñado
de sus territorios, llevándose para siempre la luz del sol, no, 980
sino que mayor preocupación les causaba eso de que a los
pobres las fieras y su ralea les volvieran ingrato el descanso
muchas veces, eso de que, expulsados ellos de casa, escapa-
ran de sus rocosas viviendas a la llegada de espumajoso ja-
balí o potente león, y a altas horas de la noche cedieran ate- 985
rrorizados sus camas cubiertas de fronda a sus desapacibles
huéspedes.

---

[59] El hombre primitivo y salvaje, presentado como necio y asustadizo, es una imagen corriente dentro de lo que se podría llamar la etnografía vulgar. Acaso en la antigüedad, como ahora, esta figuración no la expuso ningún autor de prestigio, ya que sólo poetas posteriores a Lucrecio mencionan el pasmo de las gentes ante el sol que se marcha y reaparece (MANILIO, I 69-70, y ESTACIO, *Tebaida*, IV 282-284; cit. por C. D. N. COSTA, *com. ad loc.)*.

Ni mucho más que ahora entonces los mortales y su estirpe abandonaban entre lamentos la grata luz de la vida; pues más bien entonces cada uno de ellos servía de alimento vivo a dientes de fieras que lo cogían y tragaban, y llenaba con sus gemidos el matorral, las sierras o los bosques al ver enterrar entrañas vivas en vivo sepulcro; y aquellos que con el cuerpo medio devorado se salvaban huyendo, alzaban después sus manos temblorosas sobre las llagas repelentes y llamaban con voces aterradoras a Orco[60], hasta que aquellos crueles resquemores los dejaban sin vida, estando como estaban sin recursos, desconociendo lo que suponían las llagas. En cambio no entregaba una sola jornada a la muerte muchos miles de mozos llevados bajo las banderas, ni las olas del mar bravío tiraban a marineros y barcos al azar contra las rocas; y no sin razón: muchas veces el mar, para nada, en vano, se levantaba y enfurecía, o a capricho dejaba sus inútiles amenazas sin que a nadie las traicioneras lisonjas de sus aguas mansas pudieran atraerlo a la trampa de sus olas sonrientes, pues la ciencia maldita de la navegación andaba oculta y descuidada; entonces, además, la escasez de alimentos entregaba cuerpos extenuados a la muerte: ahora por contra la abundancia trae naufragios; ellos sin saberlo muchas veces llevaban venenos a sus bocas: ahora con más astucia los preparan ellos[61].

[60] El dios infernal de los muertos (*cf.* I 115 y nota).

[61] Lucrecio concluye su cuadro desmitificador de la vida primitiva con una última sustitución peyorativa: el envenenamiento deliberado sucede al involuntario; *vid.* la discusión del pasaje en E. Asmis, «Lucretius on the growth of ideas», en G. Giannantoni, M. Gigante, *Epicureismo...*, vol. II, pág. 769, con la bien fundada propuesta de restitución textual del v. 1010: *vergebant nu⟨nc componu⟩nt sollertius ipsi.*

Las primeras comunidades de hombres

Luego, una vez que dispusieron de cabañas, pieles y fuego, y la mujer unida a varón se limitó a uno solo que bien la frecuentaba, y vieron que su prole de ellos nacía, entonces el género humano vino por vez primera a ablandarse; y es que el fuego procuró que en sus apuros los cuerpos ya no pudieran así a cielo raso soportar el frío; también el amor hizo menguar las fuerzas y con sus lisonjas los niños quebrantaron sin dificultad el talante arisco de los padres. También entonces empezaron a trabar amistad vecinos ansiosos de no recibir del otro daño ni atropello[62]; y en manos de otros ponían a sus niños y a la casta de las mujeres, dando a entender con voces y gestos inseguros que es justo que todos se compadezcan de los débiles. No pudo sin embargo producirse acuerdo en toda cosa; pero la parte honrada y mayor respetaba con pureza las alianzas, que si no, todo el género humano habría perecido ya entonces, sin que su descendencia pudiera alargar las generaciones hasta la presente[63].

Origen del lenguaje

De otra parte la naturaleza obligó a emitir los cambiantes sonidos de la lengua[64] y el interés sacó los nombres

[62] El pacto de no violencia trabado en los orígenes por el hombre aparece en EPICURO: «La justicia no se da por sí sola, sino que está condicionada por las relaciones entre los hombres y, en cualquier nación, por un contrato efectuado con miras a no dañarse unos a otros» *(Opiniones principales* 33; *cf.* las sentencias 31, 32, 34 y 36).

[63] Pasaje crucial para el pacifismo epicúreo; *vid.* K. ALGRA, «Lucretius and epicurean other. On the philosophical background of *DRN* V. 1011-1027», en K. ALGRA, M. H. KOENEN, P. H. SCHRIJVERS, *Lucretius...*, págs. 141-150.

[64] La teoría epicúrea sobre el origen del lenguaje se opone claramemente a toda noción de pacto primordial. *Vid.* P. H. SCHRIJVERS, «La pensée de Lucrèce sur l'origine du langage», *Mnemosyne* 27 (1974), págs. 337-364.

de las cosas, tal como, no por una razón muy distinta, su propia incapacidad de hablar arrastra a los niños a gesticular, cuando hace que señalen con el dedo las cosas que tienen delante; pues cada cual presiente sus capacidades hasta que pueda emplearlas: antes de que los cuernos al ternero le nazcan y asomen por la frente, ya embiste furioso y tira con ellos maliciosas topadas; y los cachorros de pantera y retoños de león se defienden con zarpazos de la pata y mordiscos cuando apenas todavía han echado dientes y uñas; la raza de los alados también vemos que entera confía en sus alas y ensaya la ayuda temblorosa de sus plumas. Por tanto, pensar que alguien entonces fue asignando nombres a las cosas y luego enseñó a los hombres sus primeras palabras es delirar: pues ¿por qué, si ese podía designar todas las cosas con palabras y emitir los cambiantes sonidos de la lengua, los otros por aquel mismo tiempo iba a pensarse que no pudieran hacerlo? Además, si los otros no hubieran usado palabras entre ellos, ¿de dónde a ese le brotó la noción de su utilidad y de dónde le vino la capacidad inicial para saber e imaginar qué pretendía hacer? Y más, no podía obligar él solo a muchos y amaestrarlos como a gente sometida, para que aceptaran aprender los nombres de las cosas; ni es fácil por procedimiento ninguno enseñar y aconsejar a sordos lo que hay que hacer: porque no lo hubieran consentido ni por ningún procedimiento hubieran aguantado que se les siguiera machacando para nada las orejas con los sonidos desusados de las palabras. Y en este asunto finalmente, ¿qué hay más asombroso de la cuenta si el género humano, cuya lengua y voz eran bien fuertes, fue designando las cosas con voces diversas según diversamente las sentía, siendo así que las reses mudas, que hasta las fieras y su ralea lanzan voces disparejas y mudables, sea que tengan miedo y dolor o sea que su gozo estalle? Y es fácil, desde luego, comprender eso

por casos evidentes: cuando el blando hocico enorme de los perros molosos[65], destapando los duros dientes[66], empieza a rechinar, su rabia contenida amenaza con un son muy diferente que cuando ladran ya y lo llenan todo de voces; pero, cuando, zalameros, intentan lamer con su lengua a los cachorrillos o los zarandean con zarpazos y tirándoles mordiscos remedan con los dientes en alto blandos bocados, halagan con el gañido de su voz de modo muy diferente que cuando abandonados, aúllan dentro de las casas o cuando gimoteando huyen de los golpes con el cuerpo achantado; en fin, ¿no parece también diferente el relincho cuando entre las yeguas un joven potrillo en la flor de la edad se enfurece maltratado por las coces aladas de Amor y cuando para el asalto[67] echa un bufido por los ollares abiertos y cuando relincha jadeante removiendo las carnes? Y por último, la raza de los volátiles y pájaros variopintos, gavilanes, quebrantahuesos y somormujos, que entre las olas del mar salado se buscan la vida y el sustento, lanzan voces en unos momentos y otras muy distintas en otros, cuando luchan por su sustento o defienden su presa, y algunos hay que según el tiempo que haga van cambiando sus roncos cantos, como la añosa casta de las cornejas y las bandas de grajos, cuando decimos que están pidiendo agua y lluvias o reclamando a veces vientos y brisas. Por consiguiente, si las diferentes sensaciones obligan a los animales, pese a ser, como son, mudos, a lanzar diferentes voces, ¡cuánto más natural que

---

[65] Canes oriundos del Epiro, al norte de Grecia, muy apreciados para la caza y el pastoreo.

[66] El pasaje está lleno de onomatopeyas muy efectistas *(primum magna Molossum / mollia ricta fremunt duros nudantia dentis); vid.* P. FRIENDLÄNDER, «Pattern of sound and atomistic theory in Lucretius», *American Journal of Philology* 62 (1941), pág. 16.

[67] En la batalla.

los mortales entonces hayan podido designar cosas dispares una con esta voz y otra con otra!

Fuego y civilización

Para que en estas cuestiones no vayas a echar de menos sin decirlo lo que te voy a decir: el rayo les bajó el fuego a tierra a los mortales en los comienzos, de ahí se fue repartiendo todo calor de llama; pues vemos muchas cosas sembradas de fuegos celestes, cuando el azote del cielo las honra con el rayo y su ardor. Pero aparte de ello, cuando un árbol ramoso, bamboleándose al golpe de los vientos y dando en las ramas de otro árbol, se inflama, sale un fuego formado por las fuerzas poderosas del roce, chisporrotea a ratos el hirviente calor de la llama, al tiempo que ramas y troncos entre sí se rozan. Una y otra cosa puede haberles dado el fuego a los mortales. Luego, a cocer y ablandar la comida al calor de la llama se lo enseñó a ellos el sol, pues veían que muchas cosas en el campo se ponen suaves y tiernas con el golpe y fervor de sus rayos.

Fundación de ciudades y sucesión de regímenes

Y más cada día a cambiar la dieta y forma de vida anterior por nuevos usos y modos se lo iban enseñando aquellos que por su inventiva destacaban y tenían más arrestos. Empezaron a fundar ciudades los reyes y a levantar allí fortalezas para defensa y refugio suyo, y dividieron ganados y campos y los fueron repartiendo a cada cual según su cara, su fuerza y su talento; y es que la cara pudo mucho y la fuerza se imponía. Más adelante se inventó la propiedad y se halló el oro, que sin más a los fuertes y hermosos quitó su predominio: porque en la comitiva del más rico casi siempre mar-

chan los más valientes y los guapos de nacimiento. Pero si 1115
uno maneja su vida con razón y verdad, las riquezas mayo-
res son para el hombre el vivir tranquilo con poco, pues de
lo poco, bien se sabe, nunca falta[68]. En cambio los hombres
quisieron ser nobles y poderosos, para que su suerte se 1120
asentara en fundamento estable y siendo ricos pudieran lle-
var una vida sosegada; en vano, porque en su lucha por su-
bir hasta el prestigio más alto han vuelto ingratos el camino
y su viaje; y de lo alto, mal que les pese, la envidia como
una suerte de rayo que les cae, una vez y otra los despeña en 1125
el Tártaro[69] astroso del oprobio (porque con la envidia lo
mismo que con el rayo más veces arden las cumbres o cual- 1131
quier altura que por encima de otra se alce), de modo que 1132
viene a ser preferible obedecer mansamente antes que que-
rer gobernar y tener el mando supremo. Deja por tanto que
se cansen ellos en vano y suden sangre batiéndose en la es-
trecha senda de la ambición, toda vez que se muestran pru- 1130
dentes por boca ajena y buscan lo bueno más de oídas que 1133
por comprobaciones. Y esto no vale ahora ni valdrá luego
más de lo que antes valió. 1135

En consecuencia, tras la matanza de los reyes, por tierra andaba tirada la primitiva grandeza de los tronos y los cetros soberbios, y la brillante corona ensangrentada de la cabeza más alta a los pies del pueblo lloraba su gloria y su grandeza; porque con ganas se pisotea lo que antes se temió
más de la cuenta. Y así el poder en suma regresó a la hez y 1140
la canalla, en tanto que cada cual para sí buscaba el mando y la supremacía. Luego, quienes hacían paces enseñaron a nombrar cargos y a establecer fueros para que aceptaran vi-

[68] Se reproduce con un gracioso sesgo popular el pensamiento de Epicuro: «Pobreza adaptada a los fines naturales es gran riqueza; riqueza descontrolada es gran pobreza» *(Sent. Vat.* 25).

[69] Véase la nota a III 42.

vir con ley; porque el género humano, maltrecho por pasar el tiempo en guerra, se iba debilitando con la violencia; más razón así para que voluntariamente cayera bajo leyes y estrechos fueros: pues, como cada cual en su despecho se disponía a vengarse con mayor encono de lo que ahora le permiten leyes justas, por eso justamente se hartaron los hombres de llevar sus vidas con violencias. El miedo al castigo mancha por eso los frutos del vivir: porque ley y delito envuelven a cada cual en sus redes, y de quien sale la falta, sobre él recae las más de las veces; y no es fácil que lleve en paz y sosiego su vida quien viola con sus hechos las paces y acuerdos de todos: porque, aunque engañe a dioses y hombres todos juntos, debe desconfiar sin embargo de que ello vaya a ser así por siempre[70], sobre todo cuando muchos hablando a menudo en sueños o en delirios de fiebre revelaron secretos crímenes y sacaron a la luz sus tropiezos.

Origen de la religión

Ahora, qué causa popularizó genios y deidades por grandes naciones y llenó de altares las ciudades y se ocupó de que se comprometieran en las sagradas solemnidades que hoy florecen sembradas en grandes repúblicas y territorios, de dónde además hasta hoy se les quedó metido a los mortales ese espanto que en todas las tierras del orbe levanta nuevos templos a los dioses y, frecuentarlos obliga en días de fiesta, dar

[70] Como dice Epicuro: «No es posible que quien quebranta a escondidas el pacto trabado entre los humanos de no perjudicarse esté convencido de que su culpa quede siempre en secreto, aunque mil veces lo siga estando en el presente, pues hasta el día de su muerte no podrá saber si será descubierto» *(Opiniones principales* 35).

razón de ello con palabras no resulta tan difícil[71]. Y es que, en efecto, ya entonces las generaciones de mortales veían en su imaginación durante el día rostros maravillosos de dioses, y más todavía durante el sueño, con asombroso aumento de su talla[72]: les atribuían, claro es, sensibilidad , debido a que parecían mover sus cuerpos, pronunciar frases altivas conforme a sus singulares rostros y grandes fuerzas, y les atribuían vida eterna, porque ese rostro una y otra vez sin parar les llegaba y permanecía su hermosura, y sobre todo, además, engrandecidos con tantos poderes, era claro que ninguna fuerza así como así podía desbancarlos; y pensaban por tanto que en suerte y dicha andaban muy por encima, puesto que el temor de morir a ninguno de ellos lo maltrataba, y a la vez, porque en los sueños los veían realizar hazañas, muchas y admirables, sin que por ello jamás la fatiga los dominara. Aparte de eso, veían que en orden fijo tornaban las cuentas del cielo y las diversas estaciones del año, sin que pudieran conocer por qué causas ello ocurría: de manera que no tenían más recurso que achacar todo eso a los dioses y hacer que todo se doblegue a una seña de estos; y en el cielo situaron las mansiones de los dioses y sus templos, pues por el cielo parece moverse como volteado todo

[71] Un estudio del pasaje en F. GIANCOTTI, «Origini e fasi della religione nella 'storia dell'umanità' di Lucrezio», *Elenchos* 2 (1981), págs. 45-78.

[72] «Epicuro cree que los hombres derivaron su concepto de los dioses de las apariciones en sueños *(katà toùs hypnous phantasiôn)*, 'pues', dice él, 'cuando grandes imágenes de aspecto humano les sobrevienen durante el sueño, ellos supusieron que tales dioses de forma humana se daban de verdad'» (SEXTO EMPÍRICO, *Contra los profesores*, IX 25). En sus epifanías los dioses se muestran siempre de tamaño mayor que humano; ello sucede así ya desde los poemas homéricos (en su imitación virgiliana los dioses salen también recrecidos, como es natural).

aquello[73]: la luna, el día y la noche con sus estrictas constelaciones, las celestes antorchas noctívagas y las llamas voladoras, nubes, sol, lluvias, nieve, vientos, rayos, granizo, y los tronidos raudos y grandes estruendos amenazadores.

¡Oh raza desdichada de los mortales[74], cuando atribuyó tales acciones a los dioses y les endosó amargos enfados! ¡Qué grandes llantos ellos solos se granjearon entonces y qué golpes tan recios para nosotros, qué lágrimas para nuestros descendientes! Y no es devoción ninguna el que una vez y otra se vea a uno cubierto de velo[75] dirigirse a una piedra[76] y arrimarse a todos los altares, tampoco caer postrado en tierra y abrir las manos ante santuarios de dioses, ni rociar las aras con mucha sangre de cuadrúpedos, ni ensartar promesas y oraciones, no, sino más bien poder verlo todo con mente serena. Porque, cuando miramos arriba las celestes bóvedas del mundo inmenso y el éter tachonado de rielantes estrellas y nos vienen a la memoria los caminos del sol y la luna, entonces la angustia que otros males en el pecho aprietan, también ella empieza a despertar y sacar su cabeza, no sea que tengamos que es acaso el inmenso poder de los dioses el que con diversos movimientos hace girar los astros relucientes; y es que la falta de una razón tantea y deja a la mente dudosa de si es que hubo un inicio que engendró al mundo y hay a su vez un límite hasta el que los

---

[73] La edición de A. García Calvo *(uorsata illa uidentur)* se aparta aquí de la lectura de los manuscritos y editores *(nox et luna videtur)*.

[74] Estudio del pasaje que sigue en J. H. Waszink, «Zum Exkurs des Lukrez über Glaube und Aberglaube (5, 1194-1240)», *Wiener Studien* 79 (1966), 308-313.

[75] El ritual romano exigía oficiar ciertas ceremonias *capite velato*.

[76] Hay también razones para pensar que la cubierta de velo sea la piedra, pues los antiguos recubrían con cintas o telas mojones y ónfalos sagrados; *vid.* P. Boyancé, «*Velatum ... ad lapidem*», *Latomus* 35 (1976), 550-554.

muros del mundo pueden soportar este esfuerzo también de moverse en silencio, o si, al estar dotados de integridad por obra de dioses, pueden por siempre, resbalando por su lisa vereda, desafiar los recios embates de un tiempo sin medida.

Y de otra parte, ¿a quién el ánimo no se le encoge de temor a los dioses, a quién no se le desmayan de miedo las carnes, cuando la tierra chamuscada por el espantoso azote del rayo retiembla y los truenos recorren el cielo inmenso? ¿No tiemblan los pueblos y naciones, y los reyes altivos se achantan si el miedo a los dioses se les mete en las carnes, no vaya a ser que por algún torpe delito o frase altiva[77] se les aumente penosamente el tiempo de pagar su castigo? También cuando por los mares la mayor fuerza de un viento impetuoso barre sobre las aguas al general de una armada junto con sus poderosas legiones y sus elefantes, ¿no intenta con promesas apaciguar a los dioses y con oraciones, despavorido, pide paz a los vientos y soplos favorables? En vano, pues muchas veces arrastrado por violento torbellino marcha pese a todo hasta los varaderos de la muerte: hasta tal punto cierta fuerza oculta aplasta los humanos poderes y parece pisotear y tomarse a broma las bonitas condecoraciones y los sangrientos estandartes. En fin, cuando bajo los pies la tierra entera se tambalea y entre sacudidas caen ciudades o amenazan hacerlo ¿qué hay de extraño si se desprecia a sí misma la estirpe de los hombres y consiente unas potencias mayores y asombrosas, las fuerzas divinas que en sus asuntos habrán de dirigirlo todo?

---

77 A. Ruiz Castellanos, «Metaenunciados en el *De rerum natura* de Lucrecio», *Excerpta Philol.* 1 (1991), pág. 773, da una interpretación glosada del verso apegada a la legalidad romana del término *dictum*: «por haber permitido la injusticia o haberla ordenado con abuso de autoridad».

Metalurgia y guerra

Vayamos al punto siguiente. Se descubrieron el bronce, el oro y el hierro, y también el peso de la plata y el poder del plomo, cuando el fuego hubo tostado con su llama bosques ingentes sobre grandes montes, ya fuera por caer rayo del cielo, ya porque al tiempo que unos a otros se hacían guerra en los bosques metieran fuego para dar miedo al enemigo, ya porque, incitados por la bondad del suelo, quisieran despejar feraces labrantíos y sacar tierras de pasto, o matar fieras y atesorar sus despojos (porque con zanjas y fuego se empezó a cazar, antes de cercar vaguadas con redes y hacer batidas con perros); comoquiera que fuese, a medida que por cualquier razón el ardimiento de las llamas con espantoso crepitar iba devorando bosques desde sus hondas raíces y recociendo con su calor el suelo, rezumaba de las venas hirvientes hacia hoyos y pozas una corriente acumulada de plata y oro, también de bronce y plomo; cuando luego veían estas masas solidificadas relucir en tierra con brillante color, las cogían seducidos por el encanto de su nitidez y lisura, y veían que quedaban con la misma forma y figura de la huella que cada una en su charca dejaba; entonces se les ocurría a ellos derretir con calor estas masas y darles la forma y aspecto de lo que quisieran, y más adelante que era posible aguzar y afilar sobremanera machacando salientes y bordes, para hacerse con dardos y para poder talar los bosques, trocear la madera, desbastar y cepillar tablas e incluso atravesarlas con berbiquí y hacer en ellas agujeros. Y disponían estas cosas no menos con plata y oro al principio que con la fuerte resistencia del bronce agresivo; en vano, porque el poder de aquellos retrocedía vencido sin que pudieran por igual afrontar los duros embates. Porque hubo más aprecio por el bronce, y el oro por no servir de nada con su filo romo y

embotado sufría abandono; ahora el bronce se abandona, el oro heredó su mayor prestigio. Así las vueltas del tiempo trastorna los momentos de cada cosa y lo que gozó de aprecio acaba sin ningún prestigio; más adelante otra cosa viene detrás y sale de su desprecio, y cada día más un hallazgo se ve solicitado y cubierto de alabanzas, y entre los mortales goza del mayor prestigio.

Ahora tú, cómo se halló la sustancia del hierro, fácilmente podrás conocerlo por ti solo, Memio. Las armas primigenias fueron manos, uñas, y dientes, también piedras y en los bosques trozos de rama, el fuego y la llama, en cuanto por vez primera se conocieron; luego se descubrió la fuerza del hierro y el bronce. Y primero era conocido el uso del bronce antes que el del hierro, en la medida en que es más manejable y lo hay en mayor abundancia; con bronce trataban el suelo de la tierra y con bronce mezclaban oleadas de guerreros y sembraban heridas infinitas y robaban ganado y campos: pues ante aquellos armados cedía fácilmente todo lo desprotegido e inerme. Luego poco a poco fue llegando la espada de hierro y se pasó a mirar con desprecio la hoz de bronce; y empezaron a hender con hierro el suelo de la tierra y se igualaron los combates en guerras indecisas. Y es antes montar el armado a lomos de caballo y gobernarlo con freno y mano acuciosa que afrontar los riesgos de la guerra sobre carro de dos tiros, y sobre dos tiros es antes que uncir dos con dos y subir el armado a carros portadores de hoces[78]; luego a los bueyes lucanos[79] de cuerpo torreado y trompa

[78] *Cf.* III 642.

[79] Nombre que los latinos dieron a los elefantes cuando los vieron por vez primera en las campañas del rey Pirro por tierras de Lucania (280 a. C.), tal como los aztecas llamaron 'ciervos' a los caballos de los conquistadores. Esta denominación tiene resonancias arcaicas, pues eran ya comunes

serpentina los púnicos les enseñaron a soportar las heridas de la guerra y a desordenar marciales mesnadas inmensas. Así una cosa de otra fue pariendo la aciaga discordia para que a los pueblos de hombres les valiera de espanto en la guerra, y día a día sobre la guerra fue amontonando terrores.

Probaron también[80] toros en los menesteres de la guerra e intentaron mandar rabiosos jabalíes contre el enemigo, y algunos mandaron por delante fuertes leones con sus encargados y domadores, fieros soldados, para que en el caso los dirigieran y con cadenas los sujetaran; en vano, puesto que al trabar batalla se enardecían y con fiereza desordenaban sin distinción los escuadrones sacudiendo acá y allá las terroríficas crines de sus cabezas, sin que los jinetes pudieran apaciguar los ímpetus de los caballos espantados con los rugidos y llevarlos de la rienda hacia el enemigo. Rabiosas las leonas acá y allá lanzaban sus saltos, a los que llegaban de frente se les presentaban sus fauces abiertas y a los desprevenidos los mordían por la espalda y, encima acurrucadas, daban en tierra con ellos una vez vencidos por la herida, hincándoles sus recios dientes y corvas uñas. Los toros zarandeaban a los suyos y los aplastaban con sus pezuñas, y con los cuernos por debajo vaciaban los costados y vientres de los caballos que caían a tierra con el vientre anheloso. Y los jabalíes con sus recios colmillos golpeaban a los suyos, que en sangre suya mojaban sus venablos rotos, fieros aque-

---

los términos griegos *elephas* y *elephantus* para designar a estos bichos (aquí mismo en II 237 y V 1228).

[80] Hay unas reflexiones sobre el pasaje que sigue en Ch. Segal, «War, death and savagery in Lucretius. The beasts of battle in 5, 1308-49», *Ramus* 15 (1986), 1-34; J.A. Shelton, «Lucretius on use and abuse of animals», *Eranos* 94 (1996), 48-64; W.W. De Grummond, «On the interpretation of *De rerum natura* V 1308-49», *Atene e Roma* 27 (1982), 50-56.

llos, que en sangre suya mojaban venablos contra ellos rotos[81], y hacían que, revueltos, fueran cayendo jinetes e infantes: pues las caballerías torcían y se espantaban ante los fieros bocados del colmillo o, empinadas, atacaban los aires; en vano, pues, al quedar con los tendones sajados, las verías allí derrumbarse y cubrir el suelo con su mole caída. Si antes de la batalla creían que algunos estaban bien amaestrados, los veían enardecerse ya en la acción misma con los golpes, el griterío, la desbandada, el terror, el desorden, sin que pudieran reconducir ni a una parte de ellos (porque se desmandaban fieras diferentes de toda clase, como ahora muchas veces los bueyes lucanos[82], acuciados de mal modo con la pica, se desmandan), una vez que causaron a los suyos muchos males fieros, si es que los causaron; pero me cuesta creer que antes no pudieran presentir en sus ánimos y ver lo general y desastroso que era el mal que ocurriría. Pero esto pretendieron hacerlo no tanto con la esperanza de derrotar al enemigo, como de hacer que tuviera de qué lamentarse, mientras ellos por su parte morían, pues desconfiaban de su escasa hueste y no tenían armamento[83]. Y po-

[81] Estos dos versos (1327-1328) que suenan tan parecidos recogen acaso una doble redacción. Los editores suelen eliminar uno de los dos como sobrante.

[82] Los elefantes.

[83] J. Gil («Lucrecio y los leones», art. de próxima aparición en *Habis)* ha puesto este pasaje en conexión con otro de Plutarco *(Vida de Bruto* VIII 6-7) que cuenta un percance ocurrido en el sitio de Mégara (48 a. C.). La viveza del pasaje revela que el poeta tiene en mente un suceso de actualidad. Doy aquí lo principal del pasaje griego y pongo en cursiva las palabras más llamativas: «Entre otros agravios que Casio tenía contra él [*sc.* César] era que le achacaba haberle quitado los leones que tenía reunidos en Mégara para su edilidad cuando esta ciudad fue tomada por Caleno. Se cuenta que estas bestias causaron gran daño a los megarenses, pues ellos, al ver su ciudad a punto de caer, abrieron los cerrojos y soltaron las amarras, *para que las fieras estorbaran a los atacantes; pero ellas se abalanzaron*

días abogar por que esto más bien ocurrió en el todo, en los diversos mundos formados según diverso fundamento, que no en un único y determinado círculo de tierras cualquiera[84].

El vestido

Los vestidos trenzados fueron antes que la ropa tejida, el tejido después del hierro, ya que las telas se elaboran con hierro; y no de otra manera pueden hacerse tan lisos enjulios y husos, radios y premideras resonantes[85]. Y la naturaleza obligó a trabajar la lana a los varones antes que al sexo femenino (pues mucho aventaja en habilidades y es mucho más emprendedor todo el sexo masculino[86]), hasta que los austeros campesinos lo volvieron conducta impropia, de manera que se avinieron a poner aquello en manos de mujeres y cargar ellos por su lado con el trabajo duro al tiempo que en la dura faena endurecían brazos y manos.

---

contra los propios megarenses y los agarraban en tanto que corrían de un lado a otro desprovistos de armas, de manera que hasta a los enemigos les daba lástima el espectáculo». Agradezco al prof. Juan Gil el haber puesto en mi conocimiento su trabajo inédito.

[84] Estos últimos versos se hallan antes de 1347-1349 donde no encajan. Adopto aquí la ordenación de J. Martin que los desplaza al final, como una reflexión cosmológica no del todo apropiada, hay que decirlo.

[85] Lucrecio saca a relucir cuatro piezas de la rueca y el telar. La traducción no puede más que valerse del viejo vocabulario de aquellas máquinas que la revolución industrial expulsó de los hogares de nuestros abuelos. Los enjulios *(insilia)* son maderos cilíndricos colocados horizontalmente donde se enrolla el pie o urdimbre; los husos *(fusi)* sujetan la vadija de lana de donde se devana el hilo; los radios *(radii)* pertenecen a la rueda de la rueca; las premideras o cárcolas *(scapi)* son en los telares artesanales unos listones que sirven de pedal.

[86] Esta concepción patriarcal se encuadra dentro de la actitud íntima que el poeta toma ante la mujer, según analiza D. Fowler, «The feminine principal: gender in the *De rerum natura*», en G. Giannantoni, M. Gigante, *Epicureismo* ..., vol. II, págs. 813-822 (esp. pág. 814).

La agricultura

De otra parte, el modelo de la siembra y el origen de plantar fue primero la propia naturaleza cosechadora de todo, ya que a sus árboles nueces y bellotas caedizas les daban a su tiempo gavillas de retoños junto al pie; de ahí les vinieron ganas también de meter brotes en ramas y hundir en tierra por los campos jóvenes matas. Luego, iban probando un cultivo tras otro en gratas finquitas y observaban que los frutos bravios de la tierra se iban amansando al darles regalo y cultivarlos con mimo. Más y más cada día obligaban a los bosques a retirarse al monte, y a prados, charcas y arroyos en la parte baja a hacerles sitio a sus cultivos, para que en collados y llanos pudieran ellos tener mieses y viñedos lozanos y que la red azulenca de los olivos, separándolos entre ellos, discurriera derramándose por cerros y vaguadas y llanos, tal como ahora ves que se dibujan con su variado encanto todos esos sitios que adornan plantándolos acá y allá de deliciosos frutales y los mantienen sembrados de feraces arbustos en torno.

La música y el canto

De otro lado[87], el imitar con la boca los claros sones de los pájaros fue mucho antes de que los hombres pudieran cantar a coro finas canciones y dar gusto a los oídos; también los silbidos del Céfiro[88] a través de huecos de caña enseñaron primero a los campesinos a tañer huecos carrizos; luego, poco a poco, fueron aprendiendo los dulces lamentos que, pellizcada por dedos de músico, derrama la flauta, inventada por perdi-

---

[87] Sobre el pasaje que sigue, véase V. Buchheit, «Lukrez über den Ursprung von Musik und Dichtung», *Rheinisches Museum* 127 (1984), 141-158.

[88] Véase la nota a V 738.

dos matorrales y bosques y sotos, en yermos y clara holganza de pastores.

Así cada cosa poco a poco el tiempo la va poniendo al alcance y el cálculo la saca a las riberas de la luz. Estas cosas ablandaban sus corazones y les agradaban junto con el buen comer: que es entonces cuando todo al corazón llega; a menudo por eso tumbados en compañía sobre la blanda grama, junto a las aguas de un arroyo, bajo las ramas de un árbol crecido, sin muchos gastos daban regalo a sus cuerpos, sobre todo si sonreía el buen tiempo y la estación del año pintaba de flores el verde prado; solían venir entonces las bromas, la charla entonces, entonces las gozosas carcajadas: pues entonces la musa campesina florecía; entonces una alegría retozona aconsejaba coronar cabeza y hombros de guirnaldas trenzadas con flores y hojas, y sin compás salir a mover el cuerpo sin maña y con desmañado pie zapatear sobre la tierra madre; ello levantaba risas y gozosas carcajadas, pues todas estas cosas entonces por nuevas y raras tenían más realce. Y si luego se quedaban en vela, aliviaba su sueño hacer mil variaciones con la voz y modular tonadas, y sobre carrizos deslizar arqueado labio: por eso todavía hoy los centinelas cumplen tales tradiciones. Y los de aquella raza aprendieron a mantener el compás, y no creas que luego el monto de gusto que de ello se saca sea ni una migaja mayor que el que sacaba en los bosques la raza de los terrígenas.

Felicidad primitiva y culminación del progreso

Porque lo que de pronto se presenta, si es que antes no conocemos nada más agradable, en un primer momento gusta y parece tener fuerza, y cualquier cosa mejor de después anula los antiguos hallazgos y va orientando nuestros senti-

dos hacia lo más reciente en todo caso. Así se empezó a aborrecer la bellota, así se abandonaron aquellos lechos tapizados de hierba y henchidos con frondas; también la piel de fiera, ya vestido despreciable, fue decayendo, el cual pienso yo que se inventó ya rodeado de tal malquerencia que el que primero lo llevó halló muerte en emboscada, y que, pese a ello, desgarrada por unos y otros con la mucha sangre se perdió del todo y no pudo valer para disfrute. Así que fueron las pieles por aquel entonces, ahora el oro y la púrpura los que abruman de angustia la vida de los hombres y la agobian con guerra; tanta mayor responsabilidad, según creo, estriba por eso en nosotros; y es que a los terrígenas que andaban desnudos sin pieles los atormentaba el frío; en cambio a nosotros nada nos daña el estarnos sin ropas de púrpura o recamadas de oro e insignias, cuando para que en el caso nos cubran a mano tenemos las vulgares.

Conque en vano y para nada se esfuerza el género humano constantemente y gasta su tiempo en hueras angustias; y es natural, porque no conoce cuál es el límite del tener[89] y en modo alguno hasta dónde alcanza el verdadero placer; y esto poco a poco ha ido engolfando lejos la vida y de lo hondo ha removido las grandes marejadas de la guerra.

Por su parte los centinelas del mundo, el sol y la luna, repasando con su luz en torno la inmensa bóveda giratoria del mundo, enseñaron a los hombres que giran las estaciones del año y que la cosa se hace según una razón determinada y un determinado orden.

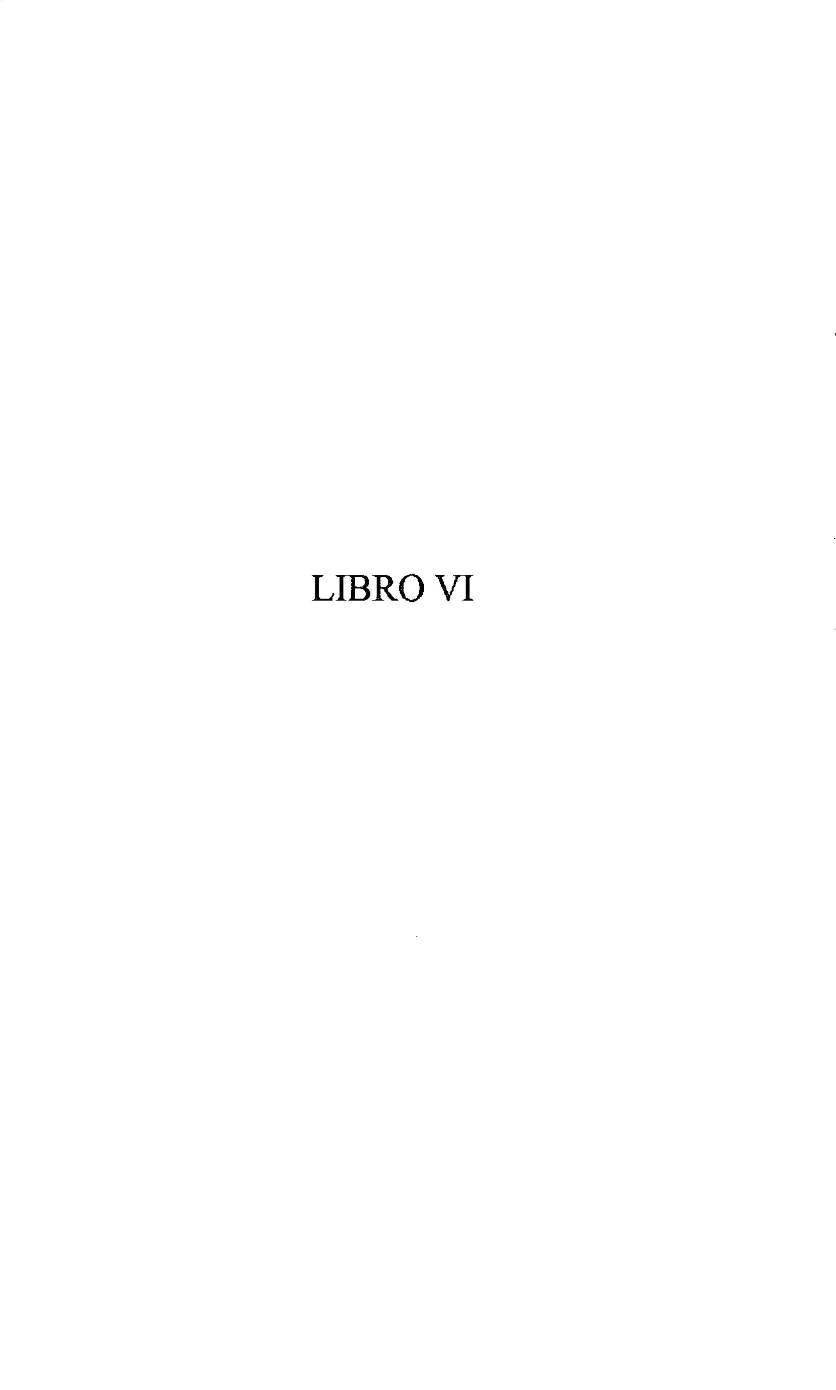
Ya pasaban el tiempo tapiados en fuertes torres y la tierra se cultivaba troceada y repartida, ya el mar en sus riberas

---

[89] «Las riquezas adaptadas a la naturaleza son limitadas y fáciles de adquirir; las riquezas tal como las entiende la vana opinión escapan y se agrandan sin un límite» (Epicuro, *Opiniones principales* 15).

florecía con las alas de cisne de las velas, ya tenían en alianza formal mercenarios y aliados, y, cuando los poetas empezaron a transmitir gestas y hazañas en sus versos, no mucho antes se descubrieron las letras: por ello, qué fue lo que antes pasó, no puede hacia atrás verlo nuestra época, si no es por donde la razón muestra huellas.

Las navegaciones y cultivos del campo, murallas, leyes, armamentos, caminos, vestidos y lo demás de esta clase, las compensaciones y también de raíz los lujos todos de la vida, versos, cuadros y esculturas primorosas, poco a poco la práctica y, junto con ella, los ensayos de la mente incansable se lo fueron enseñando a gente ya refinada que a tientas iba avanzando. Así cada cosa poco a poco el tiempo la va poniendo al alcance y el cálculo la saca a las riberas de la luz; porque es que en las artes una cosa a partir de otra y a su turno debe descollar, hasta que llegan a la cumbre más alta.



LIBRO VI

SINOPSIS

PROEMIO (1-95).

1. Atenas, que había dado a la humanidad la agricultura y las leyes, trajo al mundo al divino Epicuro y su doctrina liberadora (1-41).
2. Programa del libro: enseñar que los fenémenos de tierra y cielo no son obra de dioses (42-95).

A. FENÓMENOS ATMOSFÉRICOS (96-534).

1. Truenos y rayos (96-422).
2. Corrientes violentas de agua (423-450).
3. Nubes y lluvia (451-534).

B. FENÓMENOS TERRESTRES (535-1296).

1. Terremotos (535-607).
2. Volumen constante del mar (608-638).
3. Volcanes (639-702).
4. Las crecidas del río Nilo como caso ejemplar de fenémeno explicable de muchos modos (703-737).
5. La caída de los pájaros sobre el lago Averno y otros (738-839).
6. Pozos y manantiales que se enfrían y calientan (840-905).

7. Magnetismo (906-1089).
8. Epidemias (1090-1286).

C. Episodio final: la peste de Atenas (1138-1286).

LIBRO VI

Exaltación de Atenas, cuna de la civilización y de Epicuro

Antaño[1] produjo la primera trigales y panes para los desfallecientes mortales Atenas de nombre famoso, y renovó la vida y propuso leyes, y trajo la primera consuelos dulces del vivir, cuando engendró un hombre[2] que vino a tener un corazón así, que con boca veraz en tiempos fue divulgándolo todo; de él, aunque muerto, por los divinos hallazgos que difundió, hasta el cielo, ya antigua, se alza la honra. Porque cuando él vio que las cosas que el uso exige para el sustento todas estaban ya ahí poco menos que dispuestas para los mortales y que, en lo posible, la vida estaba puesta a buen recaudo, que los hombres rebosaban poderosos de riquezas, de honor y de gloria, y se enaltecían con fama buena entre los conocidos, y que no menos cada cual en sus adentros tenía sin embargo para hacer que su alma en lo hondo angus-

[1] *Vid.* K. BÜCHNER, «Ueber das sechste Proömium des Lukrez», *Hermes* (1937), 334-345.

[2] La figura de Epicuro, como descubridor primero de la doctrina salvadora, continúa y culmina la historia de la civilización trazada en V 925-1457, según dilucida D. R. BLICKMAN, «Lucretius, Epicurus, and prehistory», *Harvard Studies in Class. Philol.* 92 (1989), págs. 157-191.

tiada lo fuerce a maltratar igualmente la vida con quejas ingratas y a ensañarse sin tregua en esas hostilidades, él entendió entonces que la propia vasija ocasionaba el fallo y que por tal fallo se corrompían dentro de ella todos y cada uno de los bienes que de fuera reunidos le llegaban, en parte porque veía que aquella estaba cascada y maltrecha, tanto que no había modo de poder llenarla nunca, en parte porque veía que quedaban como enranciadas de mal sabor todas y cada una de las cosas que dentro recogía. Así pues, purgó los corazones con sus palabras de verdad y puso lindes al deseo y el miedo, y expuso cuál era el bien supremo al que todos tendemos, y señaló el camino y atajo más corto por donde podíamos correr hacia él en derechura, o también qué mal por todos lados había en las cosas mortales, sea que de natural se hiciese o que volase sin rumbo, sea por azar o por fuerza[3], porque así naturaleza lo haya dispuesto, y por qué puertas convenía salir al encuentro de cada uno; y demostró que el género humano en vano las más de las veces revuelve en su corazón tristes oleadas de preocupaciones: porque tal como los niños en las cerradas tinieblas tiemblan y de todo tienen miedo, así a plena luz nosotros en ocasiones tememos por cosas que en modo alguno son más temibles que las que en la oscuridad los niños sienten con espanto e imaginan a punto de suceder. Este terror del alma, pues, y estas tinieblas es menester que los disipen no los rayos del sol ni los dardos lucientes del día, sino una visión fundamentada de la

[3] Nueva aparición del azar (*cf.* V 107). Propone interpretar *seu casu seu ui* como 'o por caída o por choque' E. Otón Sobrino, *art. cit.*, pág. 47. Este trabajo concluye (pág. 50): «En Lucrecio no existe un gran campo de maniobra para el azar o la fortuna. En cambio la necesidad es preponderante. Recordemos que de ella ni siquiera escapa el *clinamen* (*cf.* II 243-244: *quare etiam atque etiam paululum inclinare necessest / corpora*)».

naturaleza[4]. Tanto más por ello seguiré trabando las palabras de este arranque.

Programa

Y una vez que ya he enseñado que las bóvedas del mundo son mortales ⟨*y*⟩ que el cielo está hecho de cuerpo nacedero, y que cualesquiera cosas que en él nacen o es forzoso que nazcan, las más se desbaratan[5], entérate ahora de las otras que quedan, pues subir a la vez al noble carro ⟨*de este poema veraz conmigo quisiste. Ahora podrás conocer, el trueno, la nieve, los rayos y el granizo,*⟩[6] cómo los lanza la cólera de los vientos, cómo al revés todas las cosas que se derrumban quedan luego puestas en una paz amigable, y las demás cosas que ven suceder en tierras y cielo los mortales, cuando a menudo se quedan suspensos con las almas despavoridas y dejan sus corazones abatidos con el miedo a los dioses y los oprimen tirados contra el suelo, porque la ignorancia de las causas los obliga a poner sus negocios bajo el mando de los dioses y cederles a ellos la soberanía, pues las causas de ta-

---

[4] VI 35-41 = II 55-61 y III 87-93.

[5] Interpreto como infinitivo subordinado (de *docui)* y no como perfecto independiente el *dissolvi* del texto, forma que siempre (I 528, 546, 1040, III 455, 577, 611, *etc.*) usa el poeta en el sentido de «deshacerse», nunca para decir «yo he resuelto» (si bien tenemos el *poterit ratio dissolvere causam* de V 500). La versión alternativa (adoptada por la gran mayoría de traductores y comentaristas), suena: «y ya que de cuanto acontece y acontecer debe en ellos lo más he aclarado» (A. García Calvo). Concuerda con la presente, sin embargo, la interpretación del Abate Marchena (que es traductor unas veces brillante y otras descuidado): «y que los seres todos ... es preciso que necesariamente se disuelvan»; también en cierto modo el arreglo de Lachmann *(fateare necessest pleraque dissolvi)* contestada por Giussani; *vid.* C. Bailey, *com. ad loc.*

[6] Restitución de A. García Calvo.

les acciones de ninguna manera aciertan a verlas, y piensan que suceden por gracia divina[7]. Pues quienes tienen bien aprendido que los dioses llevan una vida despreocupada, si pese a ello entretanto se extrañan de cómo puede ser que cada cosa se haga, sobre todo ante aquellas que sobre nuestras cabezas en las regiones del éter se divisan, se vuelven otra vez a las antiguas religiones y se asignan unos duros amos que creen los pobres que lo pueden todo, por desconocer ellos qué es lo que puede darse y lo que no, según qué fundamento, en fin, cada ser tiene una capacidad restringida y unas lindes bien asentadas; tanto más por ello se arrastran sobre ciego fundamento descaminados. Y si no rechazas de corazón ni mandas muy lejos el pensar tales cosas impropias de los dioses y reñidas con su paz, los númenes venerables de los dioses por ti disminuidos te dañarán mucha veces, no porque la fuerza soberana de los dioses pueda sufrir ultraje, de modo que por despecho se empeñe en exigir duro castigo, sino debido a que tú por cuenta propia vas a establecer que los aquietados en paz serena andan revolviendo grandes marejadas de cólera, y no entrarás en santuarios de dioses con el corazón serenado, ni las representaciones que desde su cuerpo santo cayeron sobre las mentes de los hombres como mensajeras de la forma divina podrás acogerlas en la tranquila paz de tu corazón; de ahí puede verse qué clase de vida vendrá[8]. Y para que sin duda la fundamentación más verdadera la aparte lejos de nosotros, por muchas cosas que de mí hayan salido, muchas más quedan y hay que engalanar de limpios versos, y tengo que proseguir con la explicación sobre el cielo y ⟨*sus capacidades*⟩; hay que cantar qué

[7] VI 96-97 = I 153-154.

[8] Una formulación parecida de estas ideas se halla en EPICURO, *Carta a Heródoto* 76-77

hacen las tempestades y rayos esplendorosos y a partir de qué causa en particular se mueven, para que no tiembles pasmado haciendo en el cielo particiones a ver de dónde llegó el fuego volante o hacia qué parte desde tal sitio se dirigió, de qué manera se fue metiendo por sitios bien tapiados y de allí se levantó tras conquistarlos, pues las causas de tales acciones con ninguna explicación pueden verlas, y piensan que suceden por gracia divina.

Tú a mí, pues a la carrera cruzo la pista hacia las luminosas prescripciones de este último tramo, muéstrame delante el camino, astuta musa Calíope[9], reposo del hombre y deleite de dioses, para que, contigo de guía, me lleve entre alabanzas nobles la palma.

Fenómenos atmosféricos: el trueno

Para empezar, retiemblan con el trueno negruras del cielo precisamente porque, volando encaramadas, las nubes en el éter corren al encuentro unas de otras cuando los vientos de frente se combaten. Y es que no se levanta ruido por la parte despejada del cielo, sino que dondequiera que las nubes se junten en formación más apretada, tanto mayor alboroto y murmullo por allí se levanta a las veces.

Además, ni pueden ellas por ley ser de cuerpo tan espeso como lo son las piedras o maderos, ni tampoco ser tan finas como lo son las nieblas y humos tornadizos: porque o deberían caer empujadas por su peso bruto, como las pie-

[9] Musa principal de todas en la lista que da Hesíodo *(Teogonía* 79). Lucrecio la invoca brevemente pero con la misma solemnidad que a Venus (I 1) y se entretiene en hacer un juego de asonancias etimológicas sobre el nombre *(callida... Calliope)* para subrayar la conexión de esta antigua Musa de la épica con la poesía didáctica.

dras, o, como el humo, no serían capaces de mantenerse ni de encerrar frías nieves o chaparrones de granizo.

Hacen ellas ruido además sobre las llanuras del ancho mundo, como en la ocasión una lona tendida sobre inmenso teatro da unos chasquidos si entre postes y vigas el aire la sacude, otras veces de punta a punta rasgada se encabrita al asalto de los vientos y remeda ⟨*como*⟩ chasquido de papel quebradizo; también puede que en el trueno percibas algo así como cuando o ropa colgada o papeles volanderos los vientos con su látigo zarandean y en vilo azotan; pues sucede también a veces ⟨*que*⟩ las nubes no tanto pueden correr a chocar de frente como marchar de lado en direcciones distintas, rozando a rastras sus cuerpos, y de ahí viene que raspe los oídos ese ruido seco que se alarga mucho rato, hasta que ellas salen de las regiones estrechas.

De esta manera además, sacudidas por el trueno y su carga, parece que retiemblan todas las cosas y que, arrancados de pronto, han saltado rotos los muros abarcadores del ancho mundo, cuando al instante una fuerte borrasca de viento acumulado en las nubes torciendo se mete y allí encerrada al giro de su remolino más y más por todas partes obliga a la nube para que se ahueque y en torno quede con una masa dura; luego, una vez que su fuerza y recio impulso la rompió, produce allí al rasgarse un fragor con ruido de espantosos reventones; y no es de extrañar, cuando una vejiga chiquita llena de aire a menudo produce un ruido semejante, si de repente estalla.

Hay también una razón, cuando los vientos soplan contra nublados, para que hagan ruido: y es que a menudo vemos pasar nubes abiertas en rama y quebradas de mil formas, y es entonces como cuando los soplidos del Cauro[10]

[10] Viento del noroeste. Es aquí la primera vez que en latín se le nombra.

dan contra un bosque enmarañado, que hace ruido el follaje y dan crujidos las ramas.

Sucede también a veces que el recio empuje del viento rasga una nube al quebrarla en frontal ataque; y lo que allí, en efecto, puede un soplo, el hecho de todos sabido lo declara aquí en el suelo, donde aquel pega más suave, cuando, pese a ello, tumba plantas crecidas y de lo hondo de sus raíces las saca.

Hay también olas por los nublados, que producen una suerte de estruendoso murmullo al romper, lo que asimismo ocurre en los ríos hondos y el mar abierto, cuando rompen en la marejada.

Ocurre también, cuando de nube a nube cae el golpe ardiente del rayo, que si la otra lo recoge en la mucha humedad suya, al punto aniquila el fuego con fuerte vocerío, tal como en su ocasión el hierro resplandeciente sacado del horno caluroso rechina cuando al lado en agua helada lo hundimos.

Si, de otra parte, una nube seca de más recibe fuego, arde con ruido enorme encendida de repente, como si a través de montañas pobladas de laureles se paseara la llama en torbellino de vientos, quemando con mucho empuje; que no hay cosa como el délfico laurel de Febo[11] que con más terrible estrépito al crepitar de la llama se abrase.

En fin, a menudo el fragor crecido del hielo y el derrumbe del granizo arman ruido arriba en las anchas nubes: y es que, cuando el viento dentro los amontona, se quiebran montes bien cuajados de nubes y mezclados con granizo.

[11] Apolo, en cuyo santuario y oráculo de Delfos desempeñaba una función importante el laurel.

Relámpagos

Relampaguea asimismo cuando las nubes hacen salir muchas simientes de fuego al chocar entre sí, como si a una piedra la golpea piedra o hierro; pues también entonces salta lumbre y el fuego despide lucientes chispas. Pero ocurre que sentimos en los oídos el trueno después de que vean los ojos relampaguear, porque siempre llegan a los oídos más tarde que a la vista las cosas que le impresionan; y cabe que esto comprendas por lo siguiente: si de lejos ves a uno cortar con hacha filosa el grueso de un árbol, sucede que divisas el toque antes de que por las orejas el golpe te meta el ruido; así también por lo mismo vemos el relámpago antes de que percibamos el trueno, que, tras nacer por causa parecida en el mismo choque, sale despedido a la par que el fuego.

De esta manera también las nubes con vuelo de luz tiñen los sitios y la tormenta relampaguea a impulsos temblorosos: una vez que el viento ha atacado una nube y allí mismo volteando ha hecho, como antes mostré, que la nube se ahueque y espese, con su propia inquietud se enardece, tal como todas las cosas, recalentadas con el movimiento, las ves arder, incluso, ya se sabe, una bala de plomo volteada en largo recorrido se derrite; conque, él hirviendo, cuando rompe negra nube, desparrama de pronto simientes de calor como fraguadas por su fuerza, que hacen relámpagos de llama parpadeantes; sigue luego un ruido, que alcanza los oídos más tarde que lo que llega a los umbrales de nuestros ojos. Es a saber que esto sucede al adensarse las nubes y a la vez en alto amontonarse unas encima de otras con asombroso alcance: que no te lleve a engaño el que nosotros desde abajo esas cosas veamos mejor lo anchas que son que no lo que hacia arriba amontonadas se alzan; inspecciona, por tanto, cuando los vientos acarreen nubes semejantes a mon-

tañas a través de los aires o cuando por las altas montañas veas que se amontonan unas sobre otras y estribar por lo alto puestas sobre su asiento mientras los vientos en torno quedan allí sepultados: entonces podrás percibir sus moles inmensas y ver como cavernas techadas con voladizos rocosos; y, cuando al levantarse tempestad los vientos las llenan, protestan con mucho estruendo de su encierro en las nubes y a la usanza de las fieras en sus jaulas amenazan, ora de aquí ora de allá lanzan entre el nublado rugidos, dan vueltas y vueltas buscando salida y revuelven simientes de fuego y ⟨*de*⟩ las nubes así amontonan muchas y le dan vueltas a la llama dentro en el hueco de los hornos, hasta que, al reventar la nube, relampaguean chispeantes.

También sucede por tal causa precisamente que ese movedizo color dorado del claro fuego vuela a tierra, porque es forzoso que las propias nubes tengan muchísimas simientes de fuego (pues, cuando están sin humedad ninguna, tienen ellas las más de las veces brillante color de llama, como que además es forzoso que de la lumbre del sol recojan otras muchas, de modo que con razón enrojecen y derraman fuegos[12]), y ellas, por tanto, cuando el viento las lleva empujándolas y las aprieta amontonadas en un mismo lugar, derraman las simientes fraguadas que hacen que relampagueen colores de llama.

Relampaguea asimismo cuando hay nubes esparcidas por el cielo: es que, cuando el viento con ligereza las arrastra en su marcha y las desbarata, es forzoso que más sueltas caigan las simientes que hacen relámpagos; entonces sin terror aciago ni ruido relampaguea, sin alboroto ninguno.

[12] «Anaxágoras asegura que [el rayo] surge del éter y del ardor ingente del cielo caen muchos que las nubes acogen y guardan largo tiempo» (Séneca, *Cuest. nat.*, II 12, 3).

Rayos

Y lo que luego sigue: de ⟨*qué*⟩ naturaleza los rayos están hechos y dotados, lo proclaman en el golpe incluso las señales requemadas del ardor y las trazas de azufre que exhala apestosos vapores: de fuego son señales éstas, en efecto, no de viento ni de lluvia; además, por sí solos incendian la techumbre de las casas y al correr de la llama se enseñorean de las propias estancias.

Este fuego, sutil entre los más sutiles fuegos, tienes tú que la naturaleza lo ha formado de cuerpos menudos y movedizos, tal que a él no hay cosa ninguna que pueda estorbarle: pues traspasa el rayo poderoso los tabiques de las casas como los gritos o la voz, traspasa la piedra y el metal, y en breve instante vuelve líquido el bronce y el oro; consigue asimismo que, sin que se rompan las cántaras, el vino de pronto escape, debido sin duda a que su calor, al llegar, fácilmente lo afloja todo en torno y deja porosas las paredes de la cántara, de modo que metiéndose dentro de ella disuelve al moverse y separa los primordios del vino; eso el vaho del sol no parece poder lograrlo sin más con sus destellos tan vivos y cálidos: tanto más movediza y dominante es la fuerza esta.

Ahora, de qué modo se engendran y salen con empuje tan fuerte que pueden al golpe abrir torres en dos, destrozar casas, arrancar tablas y vigas, empujar y remover tumbas de personajes, dejar a gente sin sentido, abatir reses a voleo, y otras cosas por el estilo con qué fuerza pueden hacerlas todas ellas, lo voy a exponer sin entretenerme de momento en más premisas.

Los rayos se engendran, así hay que pensarlo, de nubes espesas y puestas en montón hacia lo alto: nunca, en efecto, salen despedidos de un cielo despejado o de nubes de espesor

escaso; y que sin duda tal ocurre, por tanto, lo enseña el hecho manifiesto de que entonces se apelmazan nubes por todo el aire, de manera que pensamos que todas las tinieblas han dejado el Aqueronte[13] y llenado por doquier las inmensas cavernas del cielo (hasta tal punto, tras levantarse noche aciaga de nubarrones, amenazan encaramadas en la altura caras de negro Espanto[14]), cuando la tempestad ya se dispone a remover rayos. Y hay más, muchas veces negro nubarrón también por el mar, como chorro de pez escapado del cielo, a lo lejos cae atiborrado de tinieblas sobre las aguas y arrastra honda tempestad preñada de rayos y chubascos, él mismo, entre los que más, repleto de fuegos y vientos, tal que incluso en tierra la gente se espanta y busca ponerse bajo techado. Tan honda, por tanto, hay que pensar que sobre nuestras cabezas se cierne la tempestad: porque no cubrirían la tierra con tan espesa bruma, si no hubiera arriba muchos nublados puestos sobre otros muchos quitando al sol de la vista, ni podrían al llegar cerca descargar tanta lluvia, que hagan rebosar a los ríos y nadar en agua a los llanos, si el éter hacia lo alto no quedara apilado de nubes. Aquí, pues, todo queda lleno de vientos y fuegos, de modo que acá y allá se producen truenos y relámpagos; como que más arriba enseñé, pues, que las nubes huecas tienen muchas simientes de calor y es forzoso que recojan muchas de los rayos del sol y su ardimiento; así, cuando el viento, ese mismo que a la sazón las reúne en un solo sitio cualquiera, ha fraguado muchas simientes de calor y él a su vez se mezcla con ese fuego, el remolino allí introducido gira en estrechura y aguza el rayo dentro de ardientes hornos; pues por doble razón se prende: cuando él por su propia velocidad se calienta y por contacto con fuego; luego, una

[13] Véase la nota a I 120.

[14] La misma personificación se hizo en IV 173.

vez que se ha recalentado, ⟨*así que*⟩ el pesado empuje de aquel viento cae sobre el fuego, el rayo entonces, maduro por así decirlo, rasga de pronto la nube y su llama veloz se mueve recorriendo todo el espacio con sus chispas resplandecientes; le sigue fuerte ruido, que parece que las bóvedas del cielo estallan y se derrumban desde lo alto: luego un estremecimiento somete la tierra a prueba terrible y recorren el hondo cielo retumbos; porque entonces la tempestad entera casi se estremece sacudida y se levantan rugidos; de tal sacudida se sigue lluvia recia y copiosa, tal que parece que el éter entero se vuelve lluvia y al precipitarse así de nuevo al diluvio nos lleva: tan grande con la rotura de la nube y el turbión de viento es la riada, cuando con el golpe ardiente cruza volando el tronido.

Otro caso es cuando desde fuera un golpe acelerado de viento da en una nube reforzada con un rayo ya maduro; y cuando la rasga, al punto cae ese torbellino de fuego que en su recorrido designamos con el nombre de 'rayo'; eso sucede lo mismo hacia cualquier otra parte que su fuerza le lleve.

Sucede también que a veces un golpe de viento lanzado sin fuego se incendia sin embargo en su recorrido de larga distancia, en tanto que llega perdiendo en su carrera algunos cuerpos gruesos, que no pueden penetrar a la par por los aires, y raspando otros del propio aire arrastra los pequeñitos, que al volar mezclados hacen fuego, no por razón muy diferente que una bala de plomo a veces se va calentando al correr, pues va dejando muchos cuerpos de frío y recogiendo fuego en los aires.

Sucede también que la propia violencia del azote levanta fuego, cuando de viento un frío golpe lanzado sin fuego pega; evidentemente porque, cuando asesta con vehemencia su golpe, pueden confluir elementos de calor salidos de él mismo y de aquella cosa a su vez que entonces encaja el golpe, como,

cuando golpeamos pedernal con hierro, salta fuego, sin que, por ser fría la virtud del hierro, dejen, pese a todo, de acudir a él simientes de cálidos fogonazos al golpear. También así, por tanto, debe una cosa prender con el rayo, si acaso resulta accesible y buena para llamas. Ni la virtud del viento, pues con tanta violencia desde arriba se lanza, puede ser, pese a todo, tan fría en realidad que, si antes en su carrera no prende con el fuego, no venga sin embargo mezclada con calor al entibiarse.

De otra parte, surge la velocidad del rayo y su fuerte golpe, y ya los rayos se disponen a moverse en veloz caída, debido a que antes en las nubes su propia fuerza acelerada del todo se reagrupa y hace un supremo esfuerzo por salir y luego, cuando ya la nube no puede abarcar el incremento de tal empuje, esa fuerza sale apretada y vuela por ello con extraordinario empuje, como dardos que salen lanzados por ballesta poderosa. Añade que consta de elementos pequeños y lisos y no es fácil que nada estorbe a tal naturaleza (y es que escapa a través y se va metiendo por lo ralo de los pasos; no titubea, pues, al entretenerse con muchos tropiezos: por tal razón vuela deslizándose con rápido impulso); añade luego que absolutamente todos los pesos por naturaleza presionan hacia abajo; pero, cuando se agrega el golpe, la velocidad se redobla y ese empuje se hace más pesado, de manera que con mayor vehemencia y rapidez cualquier cosa que cruzándose con él lo frene la aparta con el choque y sigue su camino. En fin, como viene con duradero impulso, debe tomar una velocidad cada vez mayor, que en su marcha crece y acrecienta sus fuerzas poderosas y fortalece el golpe; porque hace que todas y cada una de las que son sus simientes en derechura se muevan todas hacia un único lugar, y todas juntas las arroja vueltas para esa carrera; tal vez al venir arrastre algunos cuerpos sacados del propio aire, que con sus choques realzan la velocidad.

Llega a través de las cosas sin daño y a muchas las traspasa sin merma, ya que por agujeros el fuego se va colando; y a muchas las rompe cuando los propios cuerpos del rayo vienen a dar en los cuerpos de las cosas allí donde ellas se mantienen trabadas. Desbarata además el bronce fácilmente y hace de repente que el oro hierva, porque su fuerza está hecha de pequeños cuerpos menudos y elementos lisos que fácilmente se entremeten y al entremeterse desbaratan de pronto todos los nudos y aflojan los cepos.

Y en otoño más se estremece la casa del cielo encumbrada de relucientes estrellas y la tierra entera; también cuando se abre la estación florida de la primavera, pues con los fríos no hay fuego y con los calores falta viento y las nubes no son tan espesas de cuerpo; cuando en medio de unos y otros, por tanto, las estaciones del cielo se hallan, entonces allí se juntan todas las diversas causas del rayo: y es que la propia coyuntura del año mezcla frío ⟨*con*⟩ ardores, las dos cosas que nos hacen falta para fraguar el rayo, de tal manera que en colérico desacuerdo de cosas y gran alboroto el aire rebulle entre fuegos y vientos enloquecido. Pues la porción primera de los calores y la última de los fríos, eso es el tiempo de la primavera; es forzoso, por tanto, que se combatan ⟨*cosas*⟩ entre sí disparejas y que al mezclarse se alteren; y cuando los últimos calores se mezclan revueltos con los primeros fríos, estación que llaman con el nombre de 'otoño', también entonces arremete el duro invierno contra el estío; por eso justamente éstas deben llamarse '⟨*angosturas*[15]⟩ del año', y no es de extrañar si en tal tiempo se originan muchos rayos y arrecian turbias tormentas en el cielo, porque en guerra indecisa se alborota de una parte y otra, de acá con llamas, de allá con vientos y aguas en mezcolanza.

---

[15] «Angosturas» = *freta*. Se trata de una conjetura de A. Ernout. La imagen es marinera: son los estrechos o pasos difíciles de un mar a otro.

Contra la visión religiosa del rayo

Es esto examinar la propia naturaleza del rayo incendiario y entender en virtud de qué hace cada cosa, no es desenrollar en vano etruscos formularios[16] y rebuscar indicios de las ocultas intenciones de los dioses, de dónde ha llegado volando el fuego o hacia qué mano de acá se ha vuelto, de qué manera se ha metido por estancias tabicadas y de allí se ha alzado vencedor, o qué puede el rayo dejar marcado al golpear desde los cielos. Pues si Júpiter[17] y las otras divinidades con terrible estrépito golpean los templos resplandecientes del cielo y arrojan el fuego donde a cada cual le viene en gana, ¿por qué no hacen que cuantos andan empollando una maldad evitable reciban el golpe y despidan llamas de relámpago en su pecho traspasado, duro escarmiento para los mortales, y en cambio quien no es culpable de ninguna fea acción se revuelve entre llamas, siendo inocente, y queda preso y arrasado de repente por el celestial torbellino y el fuego? ¿Por qué además atacan parajes desiertos y trabajan en vano? ¿Es que entonces tal vez están acostumbrando sus brazos y robusteciendo los músculos? ¿Y por qué permiten que contra el suelo el dardo del Padre se despunte? ¿Por qué el propio Padre lo deja y no lo reserva para sus enemigos? En fin, ¿por qué Júpiter nunca con el cielo por todas partes despejado arroja a la tierra el rayo ni esparce el trueno? ¿O es acaso que en cuanto las nubes se le ponen debajo, des-

[16] Estos *Tyrrhena carmina* no eran propiamente versos sino fórmulas rituales para interpretar y conjurar los signos y portentos, a las que se le reconocía un origen etrusco. Se consultaban de forma oficial en la llamada *procuratio prodigii*, trámite que se ejecutaba cuando, generalmente en momentos de zozobra y miedos, sucedía alguna señal extraña, el nacimiento de un monstruo o, como es aquí el caso, la caída de un rayo, que habrá de estudiarse según sus detalles propios (véase VI 86-88).

[17] Era el rayo, como se sabe, atributo del Dios Padre.

ciende entonces hasta ellas para cerca desde allí apuntar bien el tiro del dardo? Contra el mar ¿por qué razón también dispara? ¿De qué acusa a las olas, a masas de agua y llanuras inundadas? Además, si quiere que andemos precavidos ante el golpe del rayo, ¿por qué duda en permitir que lo veamos cuando acaso lo dispara?; si quiere aplastar a desprevenidos con su fuego, ¿por qué truena de la parte que sea para que podamos evitarlo?, ¿por qué antes provoca oscuridad, estruendos y murmullos? ¿Y cómo vas a creer que él dispare a la vez en muchas direcciones? ¿O serías capaz de sostener que nunca ocurre eso de que en un solo instante se produzcan muchos golpes? Pero no, muchas veces ha ocurrido y es forzoso que ocurra que, tal como llueve y caen aguaceros en zonas diversas, igualmente se sucedan muchos rayos en un solo instante. Y por último, ¿por qué con el rayo dañino derruye santuarios famosos y moradas santas de dioses, o quiebra estatuas de divinidades bien cinceladas y a su propia imagen la priva de esplendor con estropicio tan fiero? ¿Y por qué las más de las veces ataca parajes elevados y en las cimas de los montes vemos muchísimas trazas de este fuego suyo?

Torbellinos de agua

Por lo demás, es fácil, a partir de estas cosas, conocer por qué razón los que los griegos denominaron *presteres* conforme a su ser[18], se presentan en el mar lanzados desde arriba. Pues ocurre que a veces baja hasta el mar una como columna

[18] La palabra griega *prēstḗr* designa un turbión con aparato de relámpagos. Lucrecio, etimologizando por lo helénico, la hace derivar del verbo *prḗthō*, 'quemar'. Los *presteres* aparecen en las luchas de Zeus contra el gigante Tifeo (Hesíodo, *Teogonía* 846). Se le asocia generalmente con la tormenta (Arist., *Meteor.* II 9, 369a).

descolgándose desde el cielo, en torno a la cual las aguas rebullen empujadas por rachas de viento muy fuertes; y cuantos navíos allí se ven sorprendidos en medio de tal alboroto, quedan maltrechos y expuestos al mayor peligro. Tal sucede cuando el impulso acelerado del viento no puede a veces romper la nube que intentó, pero la aplasta de manera que desde el cielo poco a poco se descuelga hasta el mar como una columna, como algo que a puñetazos y empujones de manos se fuera hincando desde arriba y tendiéndose sobre las aguas; y, cuando la rasga, ahí la fuerza del viento revienta contra el mar y arma un extraño bullir en las olas: pues dando vueltas desciende el turbión y hacia abajo a la vez se lleva la nube aquella con su cuerpo blando; y en cuanto preñada la machaca contra la superficie del mar, él se mete de pronto todo entero en el agua y remueve todo el mar forzándolo a bullir con gran estrépito[19].

Ocurre también que el propio torbellino de viento se envuelve de nubes, al ir raspando del aire simientes de nube, y más o menos remeda un 'prester' que se descuelga del cielo; luego, cuando ya se ha descolgado hasta tierra y se ha desbaratado, vomita y lanza adelante la fuerza descomunal del turbión; ahora bien, como en la tierra sucede muy raramente y es forzoso que las montañas le estorben, aquel se deja ver

[19] Compárese con la explicación triple de los *presteres* que da Epicuro: «Los *presteres* pueden producirse por una nube que al empuje de un viento impetuoso desciende en forma de columna hacia los lugares bajos animada de un movimiento giratorio por causa de ese viento, y sufriendo una traslación horizontal bajo la acción de un viento exterior a ella. Pueden producirse también por un viento que se forma en círculo y que al mismo tiempo es empujado hacia arriba por una corriente de aire; pueden generarse, en fin, por un chorro copioso de viento que no puede fluir hacia los lados por la densidad del aire ambiente» *(Carta a Pitocles* 104).

más a menudo en las anchas perspectivas del mar y en sus cielos abiertos.

Nubes

Los nublados cuajan cuando muchos cuerpos, volando arriba en este espacio del cielo, se juntan de repente siendo rugosos de más, que al trabarse podrían, si bien durante breve tiempo, mantenerse apretados unos contra otros: ocasionan ellos primero que se formen nubes pequeñas; estas luego se traban entre sí y se agrupan, y al unirse crecen y se desplazan con el viento, hasta que acaba ya levantándose fiera tempestad.

Sucede asimismo que cuanto más cercanas al cielo queden las cimas de cada monte, tanto más sus alturas humean habitualmente con la bruma espesa de parda nube, y ello es porque, cuando empiezan a tomar consistencia las nubes, antes de que los ojos, por ser tan finas, puedan verlas, los vientos las acarrean y juntan en las cimas más altas de la montaña; aquí por fin sucede que, al crecer de ellas el bullicio, pueden dejarse ver ya más espesas y al mismo tiempo aparentan que desde la misma cima del monte se alzan hacia el éter; que hacia allá, en efecto, se abre arriba a los vientos, lo declara la realidad misma que sentimos cuando subimos a montes elevados.

Además, que la naturaleza también levanta muchísimos cuerpos del vasto mar lo declaran las ropas colgadas en la costa, pues se impregnan de humedad pegajosa; tanto más por ello parece que para engrosar las nubes pueden asimismo muchos de ellos alzarse desde el salado vaivén del ponto; pues relación de parentesco tienen tales humedades.

Además, de todos los ríos y hasta de la tierra igualmente vemos alzarse nieblas y vahos, que como aliento van así de

acá echadas hacia arriba y derraman su bruma bajo el cielo y ceban espesas nubes juntándose poco a poco; acucia también arriba el calor del éter estrellado y, espesando el azul, como de nimbos lo va entretejiendo.

Sucede asimismo que a este cielo de acá llegan desde fuera los cuerpos que fabrican nubes y nimbos volanderos; que, en efecto, incontable es su número e infinita la suma de las honduras[20] ya lo enseñé, y mostré con qué movilidad y qué pronto esos los cuerpos suelen cruzar ese espacio indecible: no es de extrañar por tanto si en un tiempo pequeño muchas veces al moverse tanta grandeza tempestades y tinieblas cubren mares y tierras quedándose arriba colgadas, puesto que por doquier, a través de los enrejados todos del éter y como a través de los respiraderos del mundo inmenso en torno, los elementos disponen allí de salidas y entradas.

La lluvia

Ea pues, ahora, de qué manera el agua llovediza cuaja en las altas nubes y cómo descolgándose hasta la tierra baja la lluvia, lo voy a exponer. Primero, probaré que ya muchas simientes de agua se alzan a la vez con las propias nubes, procedentes de todas las cosas, y que a la par ambas, las nubes y el agua que en las nubes haya, van creciendo tal como a la par en nosotros crece el cuerpo con la sangre, el mismo sudor y cuantos humores, en fin, haya en nuestros miembros. Se impregnan además a menudo de mucha agua marina, cuando, como vellones de lana colgados, los vientos acarrean las nubes por encima del ancho mar; por semejante razón, de todos los ríos se levantan humedades hacia las nubes. Y por ello, cuando ya mucha simiente de aguas de mil maneras se

[20] Esto es, del espacio.

han juntado amontonándose de todas partes, las nubes atiborradas se afanan en expeler humedades por doble razón: porque la fuerza del viento las estruja, y que la misma abundancia de nubes, al juntarse mayor bullicio, acucia y presiona desde arriba y hace chorrear fuera la lluvia.

Además, cuando ralean también las nubes por culpa del viento o se disipan tocadas desde arriba por el calor del sol, despiden húmeda llovizna y gotean, tal como la cera sobre ardiente fuego se ablanda y en muchas gotas se deshace.

En cambio la lluvia recia se produce cuando con reciedumbre de un lado y otro a las nubes las aplastan y estrujan la fuerza y empuje del viento. Ahora bien, suelen las lluvias aguantar y demorarse largo tiempo cuando se remueve mucha simiente de aguas, y nubes y nubarrones de todas partes en general se desplazan regándose unos a otros por encima, y cuando la tierra entera, humeante, exhala humedades.

El arco iris

Aquí, cuando el sol con sus rayos en oscura tormenta brilla contra nubarrones que enfrente salpican, resalta entonces el color del arco sobre las negras nubes.

Nevadas y granizo

Las demás cosas que crecen arriba y arriba nacen, y todas las maravillas también que en las nubes cuajan, nieve, vientos, granizo y frías escarchas, y la fuerza grande del hielo, el general endurecimiento de las aguas y el retardo que les frena el paso a ríos crecidos, muy fácil es averiguarlas y ver en la imaginación de qué manera todas van cambiando o por qué nacen, una vez que ya sepas qué concesiones a los elementos se les ha hecho.

Fenómenos terrestres: terremotos

Ahora, ea, la explicación que para los temblores de tierra se da cógela bien; para empezar, intenta suponer que la tierra dentro igual que arriba está por todas partes llena de cavernas intransitables y que en su regazo guarda muchos lagos y muchas lagunas, riscos y peñas quebradas; y muchos ríos tapados bajo el lomo de la tierra hay que creer que revuelven con invisible fuerza corrientes hundidas: porque la propia realidad exige ser en todas partes igual que ella misma. Así pues, al tener tales cosas dentro agregadas y dentro puestas, la tierra tiembla por encima agitada por grandes derrumbes cuando por debajo el tiempo va socavando las inmensas cavernas; ya se sabe que una montaña entera cae y al punto con tan gran sacudida salen a rastras de allí a todas partes temblores; y con razón, ya que las casas junto a la calzada retiemblan enteras si la sacude una carreta de no mucho peso, y no menos vibran siempre que un carruaje en la calzada va dando por debajo con las dos llantas metálicas de sus ruedas.

Sucede también, cuando sobre hondas y extensas charcas de agua un terreno enorme se derrumba por vejez desde la ribera, que con la oleada de agua el suelo se agita temblando, tal como la vasija en ⟨*el torno*⟩ no puede estarse quieta si el agua dentro no cesa de agitarse en inconstante vaivén.

Además, cuando el viento por parajes huecos bajo tierra se junta y de un solo lado se acuesta y acucia empujando las hondas cavernas con fuertes embates, la tierra se recuesta hacia donde aprieta la fuerza desniveladora del viento; entonces cuantas casas están encima de la tierra edificadas, y en particular las que al cielo más altas se levantan, amenazan inclinarse, vencidas hacia ese mismo lado, y sus vigas sobresalen y se ciernen dispuestas a ir detrás.

Y temen creer que a la naturaleza del vasto mundo le espera algún día muerte y destrucción, cuando ven que se recuesta una masa tan grande de tierras; porque si los vientos no tomaran resuello, ninguna ⟨*fuerza*⟩ refrenaría las cosas ni podría echarlas atrás en su marcha hacia la muerte; ahora, puesto que en alternancia toman aliento y lo aceleran, regresan como agrupados y se retiran repelidos, por eso la tierra amenaza con derrumbarse más veces de las que lo hace: y es que se inclina y levanta hacia atrás y encaja en sus asentamientos propios las masas deslizadas. Por tal razón, pues, se balancean las construcciones todas por arriba más que por el medio, por el medio más que abajo, abajo muy poco.

Es también causa de un mismo temblor grande cuando el viento y una suerte de embate extremo y repentino de aire, bien desde fuera, bien surgiendo de la propia tierra, se lanza hacia parajes huecos de la tierra y allí mismo ruge antes por cavernas inmensas con alboroto ⟨*y*⟩, al dar vueltas, se desplaza, luego se acelera y revienta fuera batido con energía, y a la vez rajando la tierra dispone una gran abertura; tal ocurrió en Sidón de Siria[21] y fue lo de Egio en el Peloponeso[22], ciudades a las que una salida de aire así derruyó, y el terremoto sobrevenido; y muchas murallas además han caído por grandes movimientos tierra adentro y muchas ciudades de la costa acabaron asentadas en las honduras con sus propios pobladores. Pero si no revienta, el mismo empuje del aire, sin embargo, y la fuerza fiera del viento se re-

[21] El terremoto de Sidón tuvo lugar durante la Guerra del Peloponeso, a fines del s. v a. C. Lo menciona el geógrafo Estrabón (I 3, 16).

[22] Al parecer las que se hundieron en el mar fueron Bura (o Buris) y Hélice, dos ciudades vecinas de Egio en la ribera sur del golfo de Corinto. El suceso ocurrió en torno al año 373 a. C. y Séneca *(Cuest. nat.* VI 23 y 24), como Lucrecio, lo empareja con el terremoto de Sidón.

parten por los numerosos agujeros de la tierra como un espeluzno, y provoca luego temblor, como el frío, luego que se mete hondo en nuestras carnes, nos sacude a nuestro pesar, obligándonos a temblar y movernos. Van temblando por las ciudades con doble terror: recelan de los techos arriba, temen las cavernas de abajo, no vaya a ser ahora que la naturaleza de pronto desbarate la tierra, que, desgarrándose, dilate a lo ancho su abertura y, desconcertada, quiera rellenarla con sus propios escombros.

Por tanto, aunque comoquiera se crea que cielo y tierra por indestructibles estarán puestos eternamente a salvo, no obstante, de vez en cuando la propia fuerza del peligro inminente mete también por algún sitio una punzada de miedo, no vaya a ser que la tierra de pronto se hurte a nuestros pies y se hunda en el abismo, que derrotado le siga el conjunto de las cosas y desde lo hondo caigan en confusión los escombros del mundo.

Volumen constante del mar

En primer lugar, la gente se extraña de que la naturaleza no vaya haciendo mayor cada vez al mar, al que baja un flujo de agua tan grande, adonde acuden todos los ríos de todos lados; añade las lluvias errantes y las tormentas volanderas, que así mojan y riegan los mares todos como las tierras, añade tú sus propios manantiales: pese a ello, en relación al conjunto del mar todo eso viene a suponer un incremento del tamaño apenas de una sola gota; no es de extrañar por ello que el vasto mar en nada se incremente.

Y además, el sol le quita una parte grande con su calor; pues vemos, ya se sabe, que ropas empapadas de agua el sol las seca con sus rayos ardientes; ahora bien, vemos piélagos numerosos que a lo ancho se extienden; de ahí que, aunque

el sol en cada sitio sorba comoquiera del mar una pequeña porción de líquido, mucho en un espacio tan grande sin embargo les arrancará a las aguas.

Y encima en este punto también los vientos pueden llevarse una porción grande de líquido cuando barren premiosos el llano marino, puesto que tantas veces en una sola noche vemos secarse calles y apelmazarse costras de blando lodo.

Y además, ya enseñé que también las nubes se llevan mucho líquido que de la inmensa llanura del ponto se les impregna, y lo derraman por todo el cerco del mundo, cuando sobre las tierras llueve y los vientos acarrean nubes.

Y por último, puesto que la tierra está ahí con su cuerpo poroso, junto a la que hay costa marina por doquier ciñéndola, debe, tal como hasta el mar desde las tierras llega flujo de agua, manar lo mismo hasta las tierras desde la salada llanura; se va colando, pues, el salitre y atrás rebrota la materia líquida, y toda junta corre a la cabecera de los ríos, desde la que en dulce desfile vuelve sobre las tierras por donde el camino que por una vez abrió conduce el claro paso de las aguas[23].

Los volcanes

Ahora, cuál sea la razón de que por las fauces del monte Etna[24] de vez en cuando salgan en remolino exhalaciones de tanto fuego, la voy explicar; pues habiendo la tormenta de llama, con no escasa destrucción, impuesto su dominio sobre los campos sicilianos, hace que los pueblos vecinos vuelvan a

[23] VI 635-638 = V 269-272 (excepto las palabras «corre» y «vuelve»).

[24] Véase la nota a II 593.

ella sus rostros, cuando, al ver toda la bóveda del cielo humear entre chispas, llenaban sus corazones de angustioso espanto ante qué novedades estaría tramando la naturaleza.

En estas cuestiones es obligación tuya ver a lo ancho y a lo alto, y mirar a lo lejos en todas direcciones, de modo que tengas presente que el conjunto de los seres es sin fondo y veas qué parte tan chiquita del conjunto entero es este cielo únicamente, y qué mínima parte resulta, que ni siquiera entero es una parte de él tan grande como lo es un solo hombre de la tierra entera; y, si con claridad miras esto que bien te propongo y lo ves claro, muchas cosas dejarán de parecerte extrañas. ¿Y es que acaso entre nosotros alguien se extraña si uno en sus carnes contrae una fiebre que arranca con fuertes calenturas, o cualquier otra enfermedad dolorosa en sus miembros? Pues se hincha de pronto un pie, entra a menudo dolor agudo de dientes, sufren ataques incluso los ojos, aparece el fuego sagrado[25] y, serpenteando por la piel, requema cualquier parte que coja, y se desliza entre los miembros; y es claro que ello es porque hay simientes de muchas cosas, y esta tierra y el cielo dan buen abasto de malas enfermedades, de donde pueda desarrollarse un montón de dolencias sin cuento. Así, en efecto, al cielo entero y a la tierra hay que pensar que del infinito se le da buen abasto de todo, de donde pueda la tierra de pronto moverse en sacudidas y por mar y tierras cruzar veloz un torbellino, rebosar en el Etna su fuego, llamear el cielo: porque también eso ocu-

---

[25] El médico CELSO (V 58, 4) relaciona el fuego sagrado *(sacer ignis)* de los latinos con el *herpes* de los griegos; ISIDORO DE SEVILLA *(Etimol.,* IV 8, 4), en cambio, con la erisipela. El ABATE MARCHENA consigue recoger la connotación religiosa del término cuando traduce: «de San Antón el fuego va creciendo» (v. 961 de su versión). Este 'fuego de San Antón o San Marcial' lo define el *Dicc. de la Real Acad.* como erisipela maligna acompañada de ardores en la piel.

670 rre, y se incendian las bóvedas del cielo y las tempestades
de lluvia se levantan con más fuerza cuando a la sazón así
se las tienen las simientes de las aguas. «Pero es que el calor
de tal remolino de fuego es demasiado grande»: por su-
puesto, y cualquier arroyo es grandísimo para quien antes
675 no vio uno mayor, y grande parece un árbol o un hombre, y
todas las cosas de cualquier clase, cuando son las mayores
que uno vio, se las imagina enormes, cuando todas sin em-
bargo, y el cielo y la tierra y el mar, nada son frente al ente-
ro conjunto de los conjuntos todos[26].

680 No obstante, ahora, de qué manera la llama se aviva de
pronto y resopla fuera de las hornos inmensos del Etna, lo
voy a explicar. En primer lugar, la hechura del monte entero
es hueca casi y estriba en cavernas de pedernal; en todas
estas cuevas además hay viento y aire: pues se produce
685 viento cuando el aire al removerse se acelera; cuando éste se
recalienta y ahorna embravecido todas las rocas que en tor-
no roza y de ellas sacude la tierra calentada ⟨*revolviéndola*⟩
y por las chimeneas terribles del horno ⟨*arrastra*⟩ fuego de
688a veloces llamas, se alza y se lanza a lo alto así por la empi-
nada garganta; lleva de este modo fuego, esparce cenizas
690 lejos lejos y revuelve humos de espesa negrura, empuja a la
vez rocas de extraordinario peso, no vayas a dudar que en
tal caso se trata de la fuerza arremolinada del aire.

Además en un gran trecho el mar al pie de la montaña rom-
695 pe olas y traga reflujos; desde este mar hasta las hondas caver-
nas del monte corren por debajo unas gargantas; por ahí es
fuerza admitir que pase y, al penetrar el mar, se lance el flujo y
se apelotone en lo cerrado, y que salga resoplando fuera y por

---

[26] Esta declaración cosmocéntrica es la clave para comprender el amargo cuadro de la condición humana que se refleja en el final del libro; *vid.* P. Ferrarino, «La peste nell'Attica *(ad summam summai totius omnem*, Lucr. VI 679)», *Giornale ital. di filol.* 24 (1972), 224-243.

eso levante llamas, tire piedras y alce nubes de arena; en la cumbre más alta hay, en efecto, unos cráteres, como los nombran ellos, y que nosotros llamamos 'gargantas' o 'bocas'.

Fenómenos explicables de muchos modos: las crecidas del Nilo

Hay también[27] algunos casos de los que no basta decir una única causa sino muchas, entre las que sin embargo una sola valdría; es como si de lejos vieras postrado el cuerpo sin vida de un hombre y conviniera decir todas las causas de fallecimiento para que salga la única verdadera; ⟨*no*⟩ podrás demostrar, en efecto, que aquel ha muerto a espada o de frío, ni por enfermedad o acaso envenenado, pero sabemos que es algo de esa suerte lo que le ha acontecido: esto mismo habremos de decir en muchos casos.

Crece el Nilo[28] hacia el verano y rebosa por las llanuras, el único río en todas las tierras de Egipto. Riega él Egipto tantas veces en mitad de los calores sea porque[29] en estío los Aquilones pegan contra sus bocas, en una época del año en que también se les llama 'etesios'[30], y, soplando frente al río, lo refrenan y, empujando sus aguas hacia arriba, lo llenan y obligan a detenerse (porque sin duda alguna se mueven río arriba estos soplos que provienen de las frías estre-

---

[27] Por última vez (después de IV 500-506 y V 526-533) se formula el principio metodológico de la pluralidad de explicaciones, que el sabio puede asumir como suyas siempre que no contradigan abiertamente a los sentidos o impliquen superstición (el principio canónico se remonta, claro es, a Epicuro, *Carta a Heródoto* 79-80 y *Carta a Pitocles* 87-88).

[28] La crecida veraniega del Nilo intrigó muy pronto a los antiguos. Aristóteles dedicó a la cuestión un libro del que acaso tenemos una traducción latina titulada *De inundatione Nili* (A. Ernout-L. Robin, *com. ad loc.).*

[29] Esta es la primera causa (vv. 715-723) de las cuatro que alega Lucrecio. Su promotor fue Tales de Mileto (fr. A 16 DK).

[30] *Cf.* V 742. De este freno de los etesios en el Nilo habló también el filósofo Tales de Mileto (según Séneca, *Cuest. nat.* IV 2, 22).

llas del polo: el río viene de la parte calurosa, del sur, pues nace tierra adentro, entre gentes y hombres de tez tostada, por la parte del mediodía); sea también[31] que acaso un gran acarreo de arena al embate de las olas se apile frente a las bocas, cuando el mar agitado por los vientos derrumba hacia adentro arena; de esta manera sucede que la salida del río quede menos abierta y menos sus aguas hacia abajo empujen; o acaso también[32] suceda que le sobrevengan más lluvias por la cabecera al tiempo que los soplos etesios de los aquilones empujan los nublados todos para juntarlos entonces en aquellas partes; y es claro que cuando, arrojados hacia la parte de mediodía, se reúnen, allí las nubes, al estrujarse entre altas montañas, se agolpan al fin y aprietan con fuerza; o quizá[33] baja crecido de las altas montañas de los etíopes, tierra adentro, donde el sol, repasándolo todo con sus rayos derretidores, obliga a las nieves blancas a correr hasta las llanuras.

La caída de pájaros sobre lagos venenosos

Y ahora, vamos, los Avernos[34] con que topas, cada uno de tales parajes y sus lagos, voy a exponerte de qué naturaleza están hechos y dotados. Para empezar, el que se les dé el nombre

---

[31] Esta seguda causa (vv. 724-728) no se halla en ninguna otra parte y puede ser invención de Lucrecio.

[32] Esta tercera teoría (vv. 729-734) se atribuye a Demócrito (fr. A 99 DK).

[33] Séneca (*Cuest. nat.*, IV 2, 17) atribuye esta cuarta explicación (vv. 735-737) al filósofo Anaxágoras y recuerda que la adoptan los tres grandes trágicos atenienses. En cambio Heródoto (II 22) la rechaza.

[34] Se llamaba 'Averno' propiamente un lago cercano a la localidad de Cumas (VI 747) en la punta norteña del golfo de Nápoles. Lucrecio extiende la denominación a cualquier charca o pantano que exhala gases nocivos. *Vid.* S. Cerasuolo, «L'Averno di Lucrezio. Semasiologia, empirismo e etica», *Studi Ital. di Filol. Class.* 79 (1986), págs. 233-248.

de Avernos[35], ello lo exige su propia verdad, porque son desfavorables para todos los pájaros, que cuando vienen volando derecho hacia esos parajes, se olvidan de remar y arrían las velas de sus alas, con el cuello lacio, acá y allá van cayendo de cabeza a tierra, si es que es tal la condición del paraje, o al agua, si a la sazón aparece debajo la honda charca del Averno. Tal paraje está cerca de Cumas[36], donde montes henchidos de maloliente azufre y ricos en calientes manantiales humean; hay también entre las murallas de Atenas, en la propia ciudadela, junto al templo de la nutricia Palas Tritónide[37], un sitio adonde nunca con sus alas arriman sus cuerpos las roncas cornejas, ni cuando los altares humean con las ofrendas: hasta tal punto evitan, no los enfados desapacibles de Palas por sus desvelos, como cantaron poetas entre los griegos, sino que la propia constitución del lugar cumple con su capacidad la tarea. En Siria[38] también se dice que puede verse un lugar así, que en cuanto las bestias dan en él un primer paso, su propia virtud las fuerza

---

[35] Los antiguos ponían este nombre en relación etimológica con el griego *áornos* ('sin pájaros').

[36] Virgilio, inclinado en su juventud a la filosofía epicúrea, puso allí la entrada a sus infiernos poéticos: *faciiis descensus Averno (Eneida* VI 126).

[37] Epíteto no muy bien explicado de Palas Atenea. Homero llama a la diosa *tritogéneia* (nacida al tercer mes) y se ha pensado que ello se relaciona con el término eólico *tritō* que quiere decir cabeza (recuérdese que Atenea nació de la testa de Zeus). Un río de Beocia y un lago de Libia se proponen como explicación del epíteto. Esto último cuadra con la cercana alusión al lago Averno (v. 746). (Todo según J. Godwin, *Lucretius: De Rerum natura VI,* Warminster, 1991, *com. ad loe.).* La historia de las cornejas está en Ovid., *Metam.* II 547-695.

[38] De estos lugares que exhalan vapores mortíferos *(spiritus letales)* habla Plinio *(Hist. nat.* II 93, 207) y, si bien algunos están en tierras de Oriente, ninguno se halla propiamente en la provincia antigua de Siria (que abarcaba Palestina, Líbano y gran parte de la actual Siria).

a derrumbarse a plomo, como si de pronto las sacrificaran en honra de los dioses Manes[39]. Todas estas cosas se hacen según una explicación natural, y el origen de por qué causas ocurre se deja ver, no vayas a creer acaso que en esos sitios está la puerta de Orco[40], o que luego pensemos que abajo los dioses Manes acaso llevan desde allí las almas hasta las orillas del Aqueronte[41], tal como los ciervos de pies alados se considera que muchas veces con el resuello sacan de sus madrigueras crías de bichas y serpientes; lo mucho que eso se aleja de la explicación verdadera, entiéndelo tú: porque ahora me dispongo a hablar de lo que es de verdad.

Para empezar digo lo que antes a menudo he venido diciendo, que en la tierra hay constituyentes de cosas de cada clase, de los cuales muchos por vivificantes sirven de alimento, y muchos que podrían inocular enfermedades y acelerar la muerte; y que hay cosas más adecuadas para unos seres vivos y otras para otros en la fundamentación de su vivir, ya antes lo hemos mostrado, en razón de su naturaleza desigual, su trabazón desigual y sus peculiares constituyentes; muchas cosas nocivas cruzan por los aires, muchas cosas se meten por las propias narices con ser dañinas y duras de inhalar, ni son menos que muchas las que no es bueno tocar o pararse a mirarlas, o que son desagradables al gusto. Es posible después reparar en cuántas cosas hay que, por sucias y ofensivas, le traen al hombre sensaciones muy adversas: determinados árboles hay primero que están dotados de sombra ofensiva, tanto que a menudo producen dolores de cabeza, si debajo de ellos uno se queda echado sobre la hierba; hay también en las

[39] Las ánimas de los difuntos, sentidas como divinidades o genios que había que apaciguar con sacrificios.

[40] Véase la nota a I 115.

[41] Véase la nota a I 120.

grandes sierras del Helicón un árbol que suele matar hombres con el perfume aciago de su flor[42]. Por supuesto todas estas cosas surgen de los suelos porque la tierra lleva entremezcladas de mil maneras muchas simientes de muchas cosas y las va soltando por separado. Y una lámpara recién apagada de noche, si con su tufo alcanza nariz sensible, allí mismo adormece al enfermo que suele desplomarse y echar espumas; y con el almizcle oloroso la mujer se adormece y recuesta, de sus manos tiernas se le escurren las lindas labores, si es que lo huele en días que el menstruo libera; y muchas otras cosas desbaratan entre las carnes los cuerpos languidecientes y debilitan el ánimo dentro en sus asientos; en fin, también si harto de más te entretienes y lavas en baño caliente, desde tu trono de agua hirviente ¡qué fácil es que ante todos vengas a derrumbarte tantas veces!, y la virtud ofensiva y el olor del carbón ¡qué fácil es que en el cerebro se meta, si antes no lo atajamos con agua![43] De otra parte, cuando fiebres y calenturas agarran el cuerpo de un hombre, entonces el olor del vino viene a ser como golpe de muerte. ¿No ves además que en la propia tierra nace el azufre y cua-

---

[42] Ninguna de las plantas venenosas mencionadas por los antiguos crece en el Helicón (monte poético; *cf.* I 118). Plinio *(Hist. nat.* XVI 51) cuenta que los griegos llaman al tejo 'esmílace', arbusto que se da sobre todo en la Arcadia y que está dotada de un veneno tan eficaz *(tam praesentis veneni)* que los que duermen o comen a su sombra se echan a morir.

[43] M. F. Smith, «Lucretius 6.799-803», *Museum Helveticum* 58 (2001), págs. 65-69, analiza las propuestas de A. García Calvo y otros para este pasaje algo deturpado; propone (pág. 69) un texto que suena así: «en fin, también si harto después del banquete *(ex epulis)* te entretienes, en medio del baño de agua caliente ¡qué fácil es que vengas a derrumbarte tantas veces!, y la virtud ofensiva y el olor del carbón ¡qué fácil es que en el cerebro se meta, si antes de algún modo *(qua)* no lo cerramos *(praecludimus)*!»

ja el betún de olor asqueroso, en fin, cuando buscan las venas de la plata y el oro los que en lo hondo registran los escondrijos de la tierra con herramientas, cómo Escapténsula[44] exhala allá abajo sus olores, o cómo las minas de oro desprenden una pestilencia, qué caras les ponen a los hombres y qué color en la tez? ¿No has visto u oído qué poco tiempo tardan en morir y cuánta vida pierden aquellos que a tales trabajos se ven por fuerza mayor obligados? Es forzoso, por tanto, que la tierra hierva de tales hervores y los sople fuera hacia las zonas disponibles de cielo abierto.

Así también los parajes del Averno les deben echar a las aves desde abajo un aliento mortífero que del suelo se levanta a los aires, de modo que al ámbito del cielo lo envenene en cierta parte y, en cuanto con sus alas hacia ella se traslada un pájaro, al punto allí se traba dominado por el invisible veneno, tal que en el sitio cae a plomo por donde el vaho abajo lo lleva; una vez que allí se derrumba, la misma fuerza del vaho ese le saca de sus miembros lo que de vida le queda. Porque es que al principio moverá una suerte de hervor; luego sucede que, cuando ya los venenos caen en los propios manantiales, allí hay también que vomitar la vida, puesto que en torno nace gran abundancia de mal.

Sucede también que a veces esta fuerza y hervor del Averno despejan todo el aire que entre las aves y el suelo hay puesto, de modo que el sitio aquel se queda luego casi vacío y, cuando ellas derecho al sitio llegan volando, vacila al punto el empuje inútil de sus plumas y todo intento de sus

[44] Nombre latinizado de *Skaptēsýlē,* localidad minera de Tracia, mencionada por Heródoto (VI 46, 3). Tucídides (I 101) dice que producía ochenta talentos de oro por año.

alas a un lado y otro se traiciona; entonces, como no pueden apoyarse y sostenerse en las alas, está claro que la naturaleza obliga a que por su peso hasta el suelo se escurran, y al vagar por el espacio vacío derraman ya casi sus ánimas por las rejillas todas del cuerpo.

Las aguas termales

Más fría también en los pozos por el verano se vuelve el agua, porque la tierra se esponja con el calor y, si de verdad algunas simientes de ardor entonces tiene, la despacha a los aires; así pues, cuanto más calor del vientre de la tierra sale, más fría se vuelve a su vez el agua que en la tierra se esconde. Cuando toda la tierra además se ve constreñida por el frío y, por así decirlo, se junta y apelmaza, ocurre, claro es, que al juntarse rezuma en los pozos calor si alguno ella tiene.

Que hay junto al santuario de Amón una fuente fresca a la luz del día y caliente en horas de la noche, eso dicen[45]; ante esta fuente los hombres se llenan de admiración exagerada y piensan que por debajo de la tierra el fuerte sol hace que hierva, una vez que la noche cubre la tierra con su oscuridad espantosa; eso sin embargo queda muy lejos de ser una explicación certera: porque es que, cuando el sol al palpar el cuerpo desnudo del agua, no ha logrado ponerlo caliente por la parte de arriba, a pesar de que la luz de lo alto

[45] La noticia se remonta a HERÓDOTO (IV 181), a través, probablemente, de ARISTÓTELES (fr. 488, 1557b23). PLINIO habría de referirse a esta fuente en los siguientes términos: «El manantial de Júpiter Amón, habitualmente frío, se calienta durante la noche. Entre los trogloditas se le llama 'Fuente del Sol', dulce y muy fresca a eso de mediodía; luego, poco a poco, se va templando hasta que a media noche ya está toda caliente y amarga» *(Hist. nat.* II 102, 228). (Cit. por A. ERNOUT-L. ROBIN, *com. ad loc.).*

dispone de tanto calor, ¿cómo podría por debajo de la tierra, siendo ella de cuerpo tan espeso, recocer el agua y juntarla a cálidos vapores? Sobre todo cuando apenas puede con sus rayos ardientes entremeter por los tabiques de las casas su propio calor. ¿Qué explicación hay, pues? Está claro que, como está más seco el suelo en torno a esa fuente que el resto de la tierra y hay muchas semillas de fuego junto al cuerpo del agua, por eso, cuando la noche cubre el suelo con las aguas del rocío, al punto el suelo por debajo se enfría y junta; por esta razón sucede que, como si una mano la estrujara, derrama en la fuente cuantas semillas encierra de fuego y ellas vuelven el agua caliente al tacto y vaporosa; luego, cuando el sol al salir abre la tierra con sus rayos y la esponja con el caliente vaho que allí nace, de nuevo los primordios de fuego vuelven a sus antiguos asientos y todo el calor del agua pasa a la tierra: fría se vuelve la fuente por tal cosa a la luz del día. Además, con los rayos del sol se remueve el líquido del agua y ante la luz se esponja en un bullir tembloroso: ocurre por ello que cuantas semillas de fuego acaso tenga, las echa fuera, tal como muchas veces echa el carámbano que en ella encierra y deshace el hielo y afloja sus nudos.

Hay también una fuente fría sobre la que a veces, si se pone estopa, echa una llamarada, pues al punto en fuego se prende, y una tea, de igual manera encendida, brilla flotando en sus aguas, adondequiera que las brisas la empujen; es claro que es porque hay en el agua muchísimas semillas de calor y desde la propia tierra es forzoso que cuerpos de fuego se alcen en lo hondo por toda la fuente, y que a la vez bufen hacia fuera y salgan a los aires, si bien no son tantos que el manantial pueda volverse caliente; además, una fuerza obliga a que ellos de repente estallen desperdigados hacia fuera a través del agua y a que arriba se reagrupen: de tal

suerte hay dentro del mar de Árado[46] una fuente de agua dulce que mana y aparta las aguas salobres en torno, y en muchas otras regiones el mar ofrece tan provechosa oportunidad a navegantes sedientos, pues vomita agua dulce entre la salada. Así, por tanto, a través de aquella fuente pueden estallar y manar unas simientes que, cuando se juntan a la estopa o se pegan al cuerpo de la tea, al punto se echan a arder sin dificultad, porque también las estopas y teas tienen en sí muchas simientes de fuego guardadas. ¿No ves además que, cuando a un candil de noche le acercas una mecha recién apagada, esta se enciende antes de que roce la llama, y que lo mismo pasa con la tea? Y otras muchas cosas a distancia tocadas por el vaho tan sólo se echan a arder antes de que de cerca las sature el fuego: esto mismo por tanto hay que pensar que sucede en la fuente aquella.

El magnetismo

Y lo que ahora sigue: voy a exponer por qué ley de naturaleza sucede que es capaz de atraer al hierro la piedra que los griegos llaman en su lengua natal 'magnete', porque viene a nacer ella en la patria y territorios de los magnetes[47]. La gente se asombra ante esta piedra: como que a veces forma

---

[46] Aldea situada en una pequeña isla frente a las costas de Fenicia. Plinio menciona dos veces esta fuente marina, que se hallaría a cincuenta codos de hondura entre la isla y el continente (*Hist. nat.* II 31, 128 y 102, 227). El geógrafo Estrabón describe los procedimientos de los vecinos de Árado para sacar el agua dulce del mar (XVI 2, 13).

[47] Magnesia, en Lidia. Los antiguos también llamaron al imán 'piedra de Heraclea', que es ciudad situada en el mencionado territorio de Asia Menor. Dieron diversas teorías explicativas. Para Tales (frs. A1, A22 DK) las piedras tienen un alma; «Empédocles es el primero, que sepamos, en aplicar la teoría de las emanaciones y de los poros al fenómeno del imán» (trad. de Ernout-Robin, *com. ad loc.*); Platón (*Timeo,* 80c)

una cadena[48] de anillos que de ella quedan pendientes; es posible, pues, en ocasiones ver que cinco o más, descolgándose en sarta, se agitan a la más leve brisa, en tanto uno a uno se prenden pegándose por debajo y uno a partir de otro reconoce la fuerza y sujeción de la piedra: hasta tal punto se impone a través por difusión su fuerza[49].

En las cosas de esta clase hay que asentar bien muchos conceptos antes de poder dar una explicación del hecho en sí y hay que abordarlos con rodeos bastante largos; tanto más por ello requiero que bien se me oiga y atienda.

Para empezar, de cuantas cosas vemos es forzoso que sin parar fluyan y se lancen cuerpos que golpean los ojos y activan la vista; y sin parar dimanan de ciertas cosas sus olores, como de los ríos frialdad, del sol calor, de las olas del mar ese vaho que cerca de las playas roe paredes; y no cesan de manar sones diversos por los aires; hasta la boca, en fin, a veces nos llega un sabor de agua salada si junto al
929 mar paseamos, o si vemos disolver y mezclar ajenjo ante
934 nosotros, su amargor nos llega: hasta tal punto desde toda
935 cosa cada cosa en corriente se desprende y mueve hacia to-
930 das partes en torno, sin que en su discurrir tercie freno ni

ve en el magnetismo un caso de empuje y recolocación en lo lleno *(antiperístasis);* GALENO *(De fac. nat.* I 14) expone una interpretación sacada de EPICURO (fr. 293 USENER), si bien se refiere a la atracción del ámbar y no habla, como Lucrecio, de atracción y repulsión.

[48] *Vid.* M. BOLLACK, «La chaîne aimantine: Lucrèce et ses modèles grecs», *Revue des Études Latines* 41 (1963), págs. 165-185.

[49] Es probable que Lucrecio tuviera presente aquí el pasaje de PLATÓN, *Ion* 533d-e, donde aparecen los anillos *(daktylíoi),* la fuerza *(dýnamis)* y la cadena *(hormathós).* Según R. WALLACE, «Amaze your friends!': Lucretius on magnets», *Greece and Rome* 43 (1996), págs. 178-187, que también discute el lance de los vv. 1042-1047, Lucrecio sólo habla de una apariencia de repulsión magnética que se da cuando las piececillas de hierro intentan seguir las líneas de fuerza del imán oculto.

descanso, pues sin parar sentimos y siempre podemos ver,
oler todas las cosas y oír que suenan[50]. 933

Ahora volveré a referir qué cuerpo tan esponjoso tienen
las cosas, como al principio de nuestro poema[51] ya suena 936
claro; porque es que, aunque reconocer esto atañe a muchos
temas, ante todo, con miras al tema del que ahora precisa-
mente me dispongo a hablar, es necesario dejar bien sentado
que no hay nada ante nosotros que no sea cuerpo mezclado 940
con vacío. Sucede primeramente que en las cavernas las
piedras de lo alto transpiran humedades y remanan caediza
gotera; nos mana también a nosotros de todo el cuerpo su-
dor, nos crece la barba y pelo por la piel en todos los miem-
bros, se reparte la comida por las venas todas y engorda y 945
nutre hasta las partes del cuerpo más alejadas y las uñas;
sentimos asimismo que el frío y el vaho del calor pasan a
través del bronce, sentimos que también pasa a través del
oro y de la plata, cuando sostenemos una copa llena; en fin, 950
por los tabiques de piedra de las casas cruzan las voces vo-
lando, se cuela el olor, el frío y el vaho del fuego, que suele
atravesar incluso la resistencia del hierro; en fin, ¿qué cota
de mallas pone tope al golpe del rayo?; y, a su vez, cuando
recia epidemia desde fuera se mete o tempestades de tierra o 955
cielo contra tierra y cielo se alzan, se van con razón alejan-
do, toda vez que no hay nada que no esté tejido de masa es-
ponjosa.

A esto se añade que no todos los cuerpos que las cosas
lanzan están dotados de la misma sensibilidad ni se adaptan 960
a todas las cosas de la misma manera: para empezar, el sol
recuece la tierra y la hace secar, en cambio deshace el hielo
y en la alta montaña con sus rayos derrite por fuerza las es-

---

[50] VI 923-935 = IV 217-229 (con leves variantes en el v. 221).

[51] I 346-369.

pesas nieves amontonadas; en fin la cera se derrite si a sus calores se expone; asimismo el fuego vuelve líquido el bronce y disuelve el oro, en cambio encoge cuero y carne y a una sola masa los reduce; y la humedad del agua por añadidura endurece el hierro salido del fuego, pero en cambio ablanda cuero y carne endurecidos por el calor; el acebuche hasta tal punto es bueno para las barbudas cabras, que se derrama delicioso para ellas y como untado de néctar verdadero, cuando no hay nada que al hombre se le agríe y más le amargue que sus hojas; en fin, el cerdo evita el de mejorana[52] y cualquier otro perfume, pues para los cerdos peludos es fuerte veneno lo que a nosotros en ocasiones parece como si nos reanimara; por contra, mientras el cieno es para nosotros la más repugnante de las porquerías, a los cerdos les parece agradable, que no se hartan de revolcarse en él enteros.

También aquí queda por decir, antes de entrar en el tema, algo que al parecer debe decirse primero. Puesto que las diversas cosas están provistas de muchos agujeros, deben estar dotadas de naturaleza dispar unas y otras y tener cada una su propia naturaleza y caminos: pues es evidente que en los vivientes hay diversos sentidos, cada uno de los cuales capta en sí propiamente su cosa; porque vemos penetrar por un sitio los sonidos y por otro el sabor de los jugos, por otro el vaho de los olores: es claro que la naturaleza de los conductos, variable en tantos modos, hace que ello por fuerza ocurra, según mostramos hace poco, a causa de la naturaleza y urdimbre dispar de las cosas. Además, esto de aquí parece colarse a través de la piedra y lo de allá a través de la madera, esto pasa a través del oro y aquello por la plata y el

[52] Esto parace sacado de un refrán recogido por AULO GELIO, *Noches Áticas, praef.* 19: «Nada tiene que ver el grajo con la lira ni el cerdo con la mejorana» (A. ERNOUT, L. ROBIN, *com. ad loc.).*

vidrio sale fuera; pues por acá parece discurrir la imagen, por allá traspasar el calor, y unas cosas parecen cruzar más rápido que otras por el mismo sitio: es claro que la naturaleza de los conductos, variable en tantos modos, hace que ello por fuerza ocurra, según mostramos hace poco.

En consecuencia, una vez que ya nos quedan bien asentados y colocados todos estos puntos que de antemano hemos dispuesto, se sigue que viene a ser fácil a partir de ahí dar razón y poner del todo en claro la causa que atrae el cuerpo del hierro.

Para empezar, es forzoso que de la piedra esta fluyan muchas semillas o bien un vaho que a golpes aparta todo el aire que hay puesto entre la piedra y el hierro; cuando este espacio se despeja y en medio queda mucho sitio vacío, al punto los primordios del hierro, deslizándose hacia lo vacío, caen trabados, y así pasa que el propio anillo le sigue y va detrás con toda su masa, que no hay cosa que, estorbada por sus propios elementos primeros, con mayor trabazón se apriete que la helada rigidez de la naturaleza del duro hierro; no es de extrañar por ello que se deje arrastrar por sus elementos, si los muchos cuerpos surgidos del hierro no pueden dirigirse a lo vacío sin que también el anillo se venga detrás; y eso es lo que hace, que se viene detrás hasta llegar ya a la piedra misma y pegarse a ella en invisible entramado.

Esto mismo sucede en todas direcciones: de dondequiera que un sitio hace vacío, sea de soslayo, sea desde arriba, al punto los cuerpos vecinos se dirigen a lo vacío: porque es que los remueven golpes desde otro sitio, sin que ellos solos por su cuenta puedan saltar hacia arriba en el aire.

A esto se añade asimismo que, para que ello pueda mejor darse, también sirve de ayuda y favorece el movimiento el hecho siguiente, que es que, a la vez que el aire enfrente del anillo se ha vuelto más ralo y el sitio más hueco y vacío, al

1033 punto sucede que cuanto aire hay situado detrás desde atrás
1026 en cierto modo desplaza y empuja hacia adelante; pues el ai-
re situado alrededor de las cosas bate continuamente; pero
sucede que empuja al hierro en ese instante en que de un la-
do el espacio queda vacío y en sí lo toma: ese aire que te
1030 nombro, atravesando por los numerosos agujeros del hierro
y metiéndose en sus adentros por lo fino, lo empuja y lanza
1032 como el viento al barco y su vela.

En fin, todas las cosas deben tener aire en su masa, toda
1035 vez que son de masa rala y hay aire puesto y preparado al-
rededor de todas las cosas; así pues, ese aire, que se esconde
en lo más hondo del hierro, salta siempre con movimiento
inquieto y bate por ello sin duda ninguna al anillo y dentro
lo mueve, y por supuesto lo arrastra entonces al mismo sitio
1040 y hacia la parte vacía a donde por una vez ya se lanzó e hizo
sus amagos.

Ocurre también que la masa del hierro se aleja de esta
piedra a veces, pues tanto apartarse como arrimarse a ella es
su costumbre; bailar incluso el hierro he visto en Samotra-
1045 cia[53] y a la vez rebullir limaduras de hierro en calderos de
bronce, cuando por debajo se pasaba la piedra magnética:

---

[53] Isla situada al norte del mar Egeo, que, según el testimonio tardío de Isidoro de Sevilla *(Etimol.* XIX 32, 5), daba nombre a unos anillos característicos hechos de oro y con una cabezuela de hierro *(capitulo ferreo)*. Aunque Isidoro no diga que se fabricaran magnetizados, es tentador pensarlo a causa de esa borla férrea engastada en metal precioso. Según el poeta Valerio Flaco (II 431), la isla de Samotracia se llamó antiguamente 'Electris', denominación que sugiere la presencia en ella de ámbar y fenómenos de atracción parecidos al magnetismo (según J. Godwin, *com. ad loc.)*. Nótese que, por más que Lucrecio presente el caso como una observación personal *(uidi)*, no es preciso imaginar un viaje a la isla, ya que puede tratarse de una simple experiencia curiosa al alcance de cualquier propietario de tales objetos.

hasta tal punto parecía querer apartarse de la piedra al estar el bronce por medio. Se produce una animadversión tan grande justamente porque, claro es, cuando antes la marea del bronce ocupa y domina los conductos abiertos del hierro, la marea de la piedra viene detrás y todo lo encuentra lleno en el hierro sin que tenga por donde pasar como antes; se ve obligada a golpear, por tanto, y percutir en la urdimbre del hierro con su corriente, de modo que rechaza de sí y a través del bronce remueve aquello que sin él a menudo embebe.

Y en estos extremos que no te extrañe eso de que la marea de esa piedra no valga por igual para empujar otros cuerpos: pues unos aguantan confiados en su peso, de esa clase es el oro, otros en cambio, puesto que son de una masa tan rala que la marea los cruza al vuelo sin roces, no pueden recibir empuje hacia ningún lado, clase en la que, al parecer, se incluye la materia leñosa: la naturaleza del hierro, situada, pues, entre la una y la otra, así que recoge algunos corpúsculos de aire, viene luego sin más que las piedras magnéticas la empujen con su corriente.

Y no es tampoco que estas cosas sean tan diferentes de otras, que tenga yo a disposición demasiado pocas de su clase para poder mencionarlas como adecuadas en cada caso. Repara primero en que las piedras fraguan sólo con la cal; la madera se pega sólo con la goma de toro, de manera que más veces las vetas de la madera por defectuosas se abren que no que el pegamento de toro afloje acaso su ligadura; los zumos de la vid son capaces de mezclarse con el agua clara, mientras que la pez no puede por pesada ni por ligero el aceite; el tinte colorado de la caracola sólo se une a vellón de lana y ya no cabe de allí quitarlo en ningún lado, ni siquiera si Neptuno entre olas se pusiera a la tarea de remozarlo, ni siquiera si el mar entero pretendiera lavarlo con

todas sus aguas; en fin, ¿⟨*por qué razón*⟩ sólo una cosa junta el oro con el oro y ⟨*por qué*⟩ sucede que el blanco estaño suelde los bronces? ¡Y cuántas cosas incontables cabría hallar ahora! ¿Cómo entonces? Ni tú tienes ya necesidad alguna de tan largos rodeos ni es justo que yo en esta cuestión gaste tanto trabajo, sino que es mejor con brevedad ir en pocas palabras abarcando mucho: aquellas cosas cuyas texturas vengan a intercambiarse por modo contrario, tal que lo hueco con lo lleno se corresponde, esta con aquella y aquella a su vez con esta, esa unión se constituye como la mejor; se da también que algunas cosas como por anillas o anzuelos pueden trenzarse entre sí y mantenerse unidas; y ello parece suceder sobre todo en esta piedra y en el hierro.

Contagios y epidemias

Ahora, cuál es la razón de las enfermedades y de dónde es que de pronto una plaga nociva para la raza de los hombres y las manadas de bestias pueda levantarse y fraguar mortandad desastrosa, lo voy a explicar. En primer lugar, que hay simientes de muchas cosas que para nosotros resultan vivificantes, ya antes lo mostré, y es fuerza por contra que haya muchas revoloteando que traigan enfermedad y muerte. Cuando éstas casualmente se levantan y enturbian el cielo, el aire se vuelve malsano. Y toda esa pestilencia y masa de enfermedades o vienen de fuera como las nubes y nublados de lo alto a través del cielo o a veces se alzan nacidas de la misma tierra, cuando ella, por jugosa, da en pudrirse, macerada por lluvias a destiempo y calores.

¿No ves también que bajo un nuevo cielo y otras aguas peligran cuantos marchan lejos de la tierra natal y de sus casas, precisamente porque las cosas son allí muy dispares? Pues ¿cómo es que el cielo de los britanos creemos que es

diferente del que hay en Egipto, por donde el eje del mundo bascula hasta las negras razas de gente de piel tostada?; o ¿cómo el que hay en el Mar Negro es diferente del de Gades a su vez?[54]. Y, puesto que vemos que ellos son cuatro diferentes entre sí según los cuatro vientos y puntos del cielo, así la piel y la cara de los hombres parece que discrepan muy mucho y tienen especies de enfermedades según su raza: se da la elefantiasis[55], que aparece junto a las corrientes del Nilo en el centro de Egipto y en ningún sitio más; en el Ática peligran los pies[56] y en territorios de Acaya los ojos[57]: luego unos parajes son dañosos para ciertas partes y miembros y otros para otros, y eso lo adereza la variedad del aire. Por eso, cuando un cielo, que acaso por sernos extraño se remueve, y un aire nocivo empieza a meterse (tal como las nubes y nublados poco a poco se deslizan y enturbian todo por donde avanzan y lo van obligando a alterarse), sucede también que, cuando al fin llega hasta nuestro cielo, lo corrompe y vuelve semejante al suyo y extraño. Así pues, de pronto el desastre de la peste o cae sobre las aguas o se asienta en los sembrados incluso, o en otros alimentos del hombre y comederos de bestias, o bien

[54] Los britanos del norte, los egipcios al sur, los vecinos del Mar Negro al oriente y los gaditanos de poniente vienen a representar los pueblos de los cuatro puntos cardinales.

[55] «Elefantiasis» = *elephas morbus*. Esta enfermedad, propia de climas tropicales y causada por ciertos gusanos parásitos, debe su nombre a que produce en los enfermos un aumento enorme de algunas partes del cuerpo, especialmente de las piernas y órganos genitales. Que era endémica en Egipto lo confirma Plinio *(Hist. nat.* XXVI 2, 8).

[56] A causa de la gota o podagra, un mal muy relacionado con la dieta y régimen de vida de los ricos. Plinio dice que era muy raro en Italia, no sólo en las generaciones anteriores a la suya sino todavía en su época *(Hist. nat.* XXVI 10, 100).

[57] No sabemos qué dolencia de los ojos se daba en Acaya, la comarca septentrional del Peloponeso.

su fuerza se queda colgada en el propio viento y, cuando al respirar tomamos de ahí el aire con su mezcla, también aquella es forzoso que a la par dentro del cuerpo se embeba; de semejante manera también a los bueyes muchas veces les sobreviene peste y, a las lentas baladoras enfermedad. Y no hay diferencia si es que nosotros vamos a sitios que nos son nocivos y cambiamos de celeste cobertura o sin más la naturaleza nos trae un cielo corrompido o algún otro, al que no estamos acostumbrados, que con su reciente llegada acaso nos pone a prueba.

La peste de Atenas

Un proceso de enfermedades así[58] y un viento funesto volvieron antaño mortíferos los sembrados en territo-

[58] Comienza aquí la descripción de la peste de Atenas, ocurrida al comienzo de la Guerra del Peloponeso (430 a. C.). La versión poética de Lucrecio sigue de cerca el informe del historiador Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (II 47-52). Este pasaje final de la peste ha desconcertado a muchos lectores de Lucrecio y suscitado explicaciones diversas. Es un caso de contradicción antilucreciana para D. F. Bright, «The plague and the structure of the *Rerum nature*», *Latomus* 30 (1971), págs. 607-632; una exaltación indirecta de la terapia epicúrea para C. Segal, *Lucretius on Death and Anxiety*, New Jersey, 1990, pág. 234; una puesta a prueba de la compasión del lector, según J. H. Nichols, *Epicurean Political Philosophy: the De Rerum Natura of Lucretius*, Ithaca, Londres, 1976, pág. 175; una sátira de la vida ateniense antes de la llegada del salvador Epicuro, según J. D. Minyiard, *Lucretius and the Late Republic*, Leiden, 1985, pág. 60; una demostración de que las sociedades políticas fracasan ante el poder natural, según G. Müller, «Die Finalia des sechs Bücher des Lukrez», en O. Gigon (ed.), *Lucrèce*, Ginebra, 1978, pags. 197-231; el poeta se ve arrastrado por la vena artística o bien pretende un contrapeso amargo para las dulzuras poéticas, según R. F. Arragon, «Poetic art as a philosophic medium for Lucretius, *Essays in Criticism* 11 (1961), 371-389 (esp. 386-388); que haya ante todo un interés psicológico en el pasaje pretende H. S. Commager, «Lucretius' interpretation of the plague», *Harvard Studies in Class. Philol.*, 62 (1957), 105-118. El trabajo, más reciente, de K. Stoddard, «Thucydides,

rios de Cécrope[59], arrasó rediles, vació de vecinos la ciudad. Y es que, nacido en territorio de Egipto[60], se presentó sin más tras recorrer el aire en largo trecho y la mojada llanura, hasta que se abatió sobre el pueblo entero de Pandíon[61]; y después, quedaban en masa sometidos a la enfermedad y la muerte.

Al principio la cabeza sin parar les ardía de calentura y los dos ojos se les enrojecían con un color apagado; las fauces por dentro, ennegrecidas, llegaban a sudar sangre y el conducto de la voz, tabicado de llagas, se contraía y la lengua, la traductora de las intenciones, rezumaba cuajarones debilitada por el mal, pesada para moverse, áspera al tacto. Luego, una vez que a través de la garganta la fuerza morbosa llenaba el pecho y se agolpaba en el propio corazón abatido de los pacientes, entonces ya por dentro todos los cerrojos de la vida se aflojaban; el aliento por la boca despedía fétidas vaharadas, de la misma guisa que al enranciarse huele el cadáver que se tira, y ⟨*ya*⟩ sin más las fuerzas enteras del ánimo, ya el cuerpo todo desmayaba en las puertas mismas de la muerte. Estos males insoportables iban siempre acompañados de una asfixia angustiosa y de lloros mezclados con gemidos, sollozos entrecortados, noche y día sin parar haciendo amagos de estirar muchas veces tendones y

---

Lucretius and the end of the *De rerum natura*», *Maia* 48 (1996), 107-128, enmarca el pasaje en el poema y lo conecta con su fuente historiográfica.

[59] Legendario fundador de la realeza ateniense.

[60] El relato de TUCÍDIDES (II 48, 1) pone el origen de la epidemia en Etiopía, de donde se habría extendido a Libia, Egipto y Persia.

[61] Legendario rey, traído aquí para representar a una Atenas asolada por la peste porque acaso su vida fue calamitosa, ya que él es padre de Progne y Filomela (las Dauliades de IV 545). J. GODWIN *(com. ad loc.)* sugiere un juego etimológico con la idea del pueblo entero *(pan)* afectado por la epidemia.

miembros, los destrozaba habiéndolos antes fatigado hasta
la extenuación. Pero a ningún atacado de fiebres tan recias
podías ver que le ardiera la piel por fuera, sino que más bien
1165 daban una sensación de tibieza al toque de la mano, y que a
la vez todo su cuerpo se cubría de rojas llagas como quemaduras,
como es cuando el fuego sagrado se esparce por las
carnes; en cambio la parte interna de los individuos ardía
hasta los huesos, ardía en el vientre una llama como dentro
de horno; nada después a sus carnes por más ligero y delga-
1170 do que fuera les servía de vestido como antes: al aire y los
fríos continuamente, en ríos helados algunos metían sus
carnes ardientes por la enfermedad, echando a las aguas su
1173 cuerpo desnudo; muchos a lo hondo de aguas de pozo se
1178 tiraron de cabeza, bajando allá con las bocas abiertas;
1174 sin hartura posible, a la seca sed que consumía sus cuerpos
le daba igual chorro abundoso que gota chiquita.

Y no había reposo ninguno en la dolencia: yacían los
1177 cuerpos extenuados; musitaban los médicos con temor si-
1179 lencioso[62], sobre todo cuando tantos ojos entonces se re-
1180 volvían abiertos, ardiendo en sus cuencas sin conocer el
sueño; muchas señales de muerte además ya iban apareciendo,
alterados los pensamientos en la cabeza de tristeza y
miedo, el ceño adusto, el rostro de loco y afilado, los oídos
1185 inquietos también y llenos de sonoridades, la respiración
acelerada o profunda y levantándose a ratos, un licor luciente
de sudores empapando por el cuello, finos esputos

[62] Aquí Lucrecio se aparta algo del relato de Tucídides, que sólo dice que los médicos morían en gran número a causa de su contacto obligado con los enfermos y que no acertaban a curar por lo novedoso de la epidemia. El poeta no hace una mala interpretación de su fuente sino que la adapta a sus fines e intenta destacar el impacto del mal en las almas, según J. H. Phillips, «Lucretius on the inefficacy of the medical art: 6.1179 and 6.1226-38», *Classical Philology* 77, págs. 233-235.

menudos con los colores del azafrán y salados, a duras pe-
nas escupidos de las fauces con ronca tos; fruncidas las alas 1189
de las narices y fina la punta, los ojos hundidos, hundidas 1193
las sienes, la piel fría y dura en la boca espantosa, la frente
se mantenía lisa de tirantez; luego ⟨*a quien*⟩ los tendones 1195
⟨*empezaban*⟩ a contraerle las manos y a temblarle las carnes,
⟨*a desplomársele sin querer el cuerpo por entero*⟩ y a subirle 1190
despacio un frío desde los pies, no dudaba ya de que había
llegado su última hora, y no mucho después yacía postrado 1192
con la rigidez de la muerte. 1192

Generalmente, cuando ya el sol con su luz por vez octa-
va ardía o incluso por vez novena alzaba su lámpara, entre-
gaban sus vidas; si alguno de éstos, como fuera, escapaba de
muerte y funerales, a ése, con todo, más adelante, entre lla-
gas repulsivas y negros derrames de vientre, le aguardaban 1200
descomposición y muerte; o bien mucha sangre podrida, a
menudo con dolores de cabeza, salía rebosando por las nari-
ces: por ahí escapaban todas las fuerzas y sustancia de la
persona; a quien además se le escapaba un flujo hediondo
de repulsiva sangre, a ese, en cambio, el morbo se le iba a 1205
los nervios y carnes y a las propias partes con las que el
cuerpo engendra; y algunos, muy asustados ante las puertas
de la muerte, alcanzaban a vivir despojándose a cuchillo de
sus partes viriles; y no faltaban quienes sin manos o pies se
mantuvieran en vida pese a todo, y parte de ellos echaban a 1210
perder sus ojos: hasta tal punto el miedo a la muerte les
asaltaba fiero; e incluso algunos vinieron a sufrir tal olvido
de todo, que ni ellos mismos alcanzaban a reconocerse.

Y, pese a que muchos cuerpos yacían en tierra sin ente-
rrar, unos sobre otros, los pajarracos y la ralea de las alima- 1215
ñas o bien se alejaban espantados, como si escaparan del
áspero olor, o bien, una vez que probaban bocado, desma-
yados morían allí cerca. Y, sin embargo, en aquellas jornadas

no hubo pájaro ninguno que acaso se dejara ver ni bicho de
1220 mala ralea que del bosque saliera: desmayados andaban los
más con la peste y moribundos; los perros los primeros, con
su leal querencia, tirados por todas las calles, daban peno-
samente las últimas boqueadas: pues la fuerza del morbo ex-
1224 traía de sus carnes la vida.

Ni se hallaba el procedimiento seguro de un remedio
1226 general[63], pues lo que a uno hacía que pudiera revolver en
su boca los efluvios vivificantes del aire y contemplar la
bóveda del cielo, eso mismo a otros les suponía perdición y
traía muerte.

1230 Lo más lamentable en estos trances de duelo era con
mucho que, cuando cada uno se veía atrapado por la enfer-
medad, como si estuviese condenado a muerte, le faltaba
ánimo, se postraba con el corazón entristecido y, a la espera
del fallecimiento, allí mismo perdía la vida. Como que en
1235 ningún momento unos por otros dejaban de sufrir el conta-
gio de aquella enfermedad insaciable, y ello más que nada
sobre el montón de muertes otra muerte echaba; y es que a
los que rehuían visitar a su gente enferma, por ansiosos de
vida más de la cuenta y timoratos ante la muerte, los casti-
1240 gaba poco después con muerte mala y deshonrosa, abando-
nados y sin recursos, el desdén asesino; quienes, en cambio,
se habían mostrado dispuestos, se las veían con los conta-
gios y la fatiga que el pundonor entonces les obligaba a afron-
tar, y asimismo las tiernas voces de los enfermos y sus que-
jas juntamente, como de reses lanudas o bueyes en manada:
1245 el de mayor bondad en cada caso sufría esta clase de muerte
1246 por tanto.

Entierros sin cuento rivalizaban por hacerse a la carrera
1225 sin comitiva y, enfrentados unos a otros por dar sepultura a la

[63] Véase la nota anterior.

gente de su parentela, regresaban hartos de llorar y lamentar- 1247
se; de ahí buena parte de ellos con la tristeza entraba en cama.
Y no era posible hallar ni uno solo que no se hubiera visto
afectado por enfermedad o muerte o duelo en ese tiempo. 1250

Además, ya todo pastor y ganadero, e igualmente el ro-
busto conductor del corvo arado, desfallecían y en lo hondo
de su cabaña quedaban postrados sus cuerpos maltrechos
por la pobreza y entregados por la enfermedad a la muerte;
sobre sus hijos exánimes podías ver exánimes los cuerpos 1255
de los progenitores y, al revés, sobre sus padres y madres,
rendir sus vidas los hijos. Y en no pequeña parte desde los
campos confluyó en la ciudad la dolencia, que allí una masa
afectada de campesinos, venidos con la enfermedad de to- 1260
das partes, fue juntando. Llenaban todos los ensanches y
edificios; cuanto más se apretaban entre sus vahos, iba así la
mortandad creciendo a montones. Muchos cuerpos había por
la calle acostados o cubrían el suelo arrodillados junto a los
caños de las fuentes, perdido el resuello ante el dulzor exce- 1265
sivo de las aguas; y acá y allá, por los parajes públicos dis-
ponibles y por calles, verías que muchos cuerpos languide-
cientes con las carnes ya medio muertas, costrosos de mugre
y cubiertos de andrajos, perecían entre excrementos, con
solo la piel sobre los huesos ya casi sepultada bajo llagas 1270
asquerosas y podredumbre.

Todos los santuarios venerables de los dioses, en fin, los
había llenado de cuerpos sin vida la muerte, acá y allá los
templos de los celestiales quedaban todos cargados de cadá-
veres, pues estos sitios los sacristanes los habían ido llenan-
do de huéspedes. Y ya ni la religión ni el poder de las divi- 1275
nidades pesaban mucho: tan recio abotargamiento regía ya
todos ⟨*los corazones; a las divinidades*⟩, pues, les ganaba la 1276a
angustia presente.

Ni en la ciudad se mantenían aquellos usos funerarios que la gente devota solía siempre seguir en los entierros, pues andaba toda ella alterada y temerosa, y cada uno según sus recursos y ⟨*el momento*⟩ enterraba dolorido a su pariente. Lo repentino ⟨*del golpe*⟩ y la indigencia invitó a cometer muchas ignominias; porque es que a los allegados, con gran vocerío, los ponían sobre las piras ajenas ya levantadas y metían por debajo las teas, enzarzándose en peleas a menudo de mucha sangre antes que dejar los cuerpos abandonados[64].

[64] «Con esta visión de muerte multidudinaria, que es a la vez uno de los tramos más perfectos del poema, se cierra el *De rerum natura,* fiel a su táctica de afrontar el miedo de la muerte sin recurso a atenuación ni ocultación alguna, llevando más bien a sus últimas consecuencias la creencia de que también la muerte es natural» (A. García Calvo, *nota ad loc.).*

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE DE MATERIAS

ÍNDICE GENERAL

Págs.